



EL
MENDIGO



PQ7297

.Z3

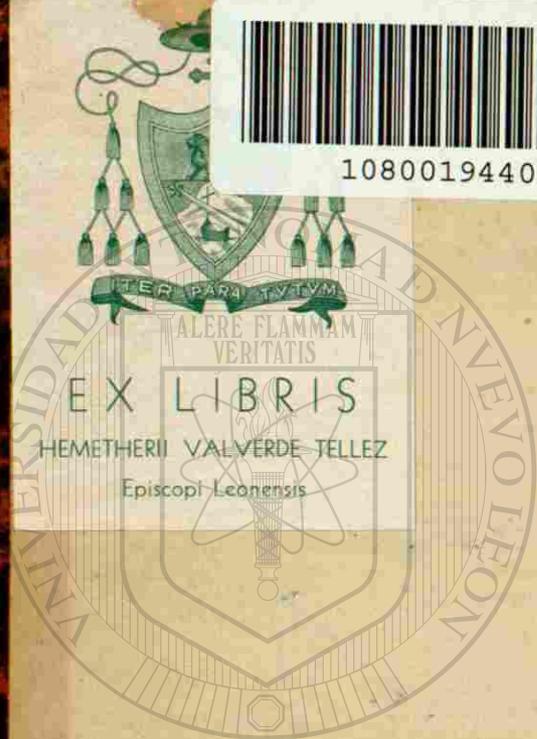
M4

v. 2

002847



1080019440



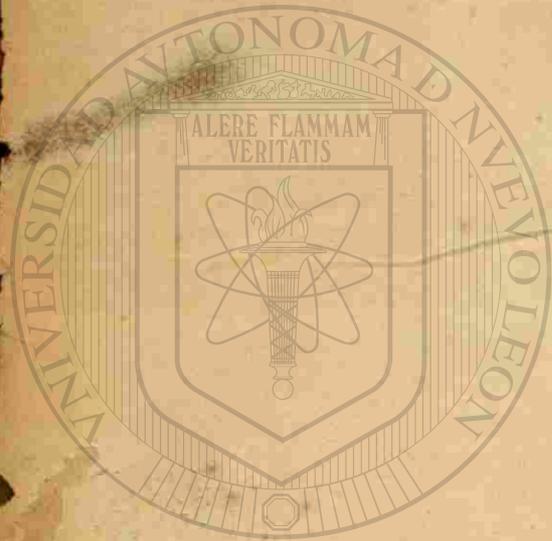
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mano
15 de F



EL
MENDIGO.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

D. Niceto de Zamacois.

TOMO II.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Telles

Capilla Alfonso

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

Biblioteca Universitaria

IMP. LITERARIA, 2^a DE STO. DOMINGO N. 10

1864.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES
40203

PQ 7297

.73



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO 1.

Un manuscrito.

Estamos en un elegante gabinete, adornado con exquisito gusto. Leves cortinas blancas de fina muselina, velan una graciosa puerta de vidrios de colores, que conduce á las piezas del edificio, mientras otras de la misma delicada tela, pero recogidas en dorados y grandes clavos, permiten penetrar por los diáfanos cristales de un primoroso balcon, con vista á un pintoresco jardin, los tibios rayos del refulgente sol que retira lentamente á otro hemisferio sus acarados resplandores.

Apoyada sobre la dorada barandilla del poético balcon, y en ademan dulce y me-

002847

lancólico, se ve á una bellísima mujer de esbelto cuerpo, de airoso talle y de elegante porte, pasear sus bellos y apocibles ojos por el espléndido panorama que desenvuelve á su vista la rica y exuberante naturaleza. La consideracion del sencillez y franco aparato con que la fecunda tierra presenta á la vista los mas sorprendentes tesoros que brotan de su seno, la embelesa.

Desde allí ve conmovida al misterioso girasol volviéndose amoroso hácia el rey de los astros, demandando una mirada de cariño; tierna y delicada flor, triste como el corazon de la mujer cuando se aleja de su lado el dulce objeto que le anima, sin brillo, como la angélica faz del númen de la melancolía, y constante como el pecho virginal de la cándida jóven antes que la falsía de un pérfido amante destruya las dulcísimas ilusiones que alimentaron su fantasía: de allí contempla los blancos, encarnados y violados alelíos, formando graciosos penachos, mecidos por las embalsamadas brisas, indicando en su fresca y resplandeciente flor, que se eleva seductora, *belleza*

durable, porque esparce la salud á su alrededor, la salud que es el primero de los bienes de la tierra, y sin la cual nada puede ser bello ni duradero: la delicada anemón que le recordaba la historia de la afligida Vénus que, al ver muerto á su amante Adonis, le convirtió en esa flor que indica *perseverancia*: la vistosa amapola que encierra en el seno purpurino de su flor el precioso bálsamo que adormece el dolor y dulcifica la pena, simbolizando el *consuelo*: la caléndula, dorada flor, emblema de las penas del alma, cuyas hojas permanecen abiertas desde las nueve de la mañana á las tres de la tarde, siguiendo constantemente el curso del sol, y brillando de noche en los abrasados meses de Julio y Agosto, como si arrojasen chispas luminosas: el heliotropo expresando el afecto violento de amar á un objeto mas que á sí mismo, y otra multitud de aromáticas y pintadas flores que parecían despertar en su alma recuerdos dulcísimos de celestiales atractivos.

Murmurando en armónicos ecos y salpicando la florífera alfombra que matiza el

suelo y perfuma el ambiente, ve deslizarse en caprichosos giros, límpidos arroyos de transparentes linfas que, cual bruñidas cintas de brillante plata, reflejan en sus ligeras ondas los cambiantes de luz de la bóveda celeste.

Al soplo lisonjero del blando céfiro mira esparcirse en el éter, brillando como lucientes perlas, las transparentes gotas del límpido cristal de una alegre fuentecilla de caprichosa forma, á cuyo alrededor ostentan el esmaltado brillo de sus pintadas hojas en deliciosos grupos de fragantes exhalaciones, la cándida azucena indicando pureza; *el espino de la Virgen*, planta de bellissimo aspecto, pura y agradable, que eleva su largo penacho de flores estrelladas, tersas y blancas como el ampo de la nieve, emblema de la virtud y de la castidad: la pasionaria azul, indicando el dolor acervo amoroso y la creencia religiosa; la girosella expresando *sois mi divinidad*, planta de elegante talle, que se levanta del centro de una roseta de hojas grandes echadas en tierra, que se corona en Abril con doce lindas flores, y

á quien Lineo dió el nombre de *dodecatheon*, que significa doce divinidades; la delicada sensitiva revelando sensibilidad secreta y profunda, y la bellissima rosa blanca, emblema del silencio.

Dando grata y regalada sombra á esta deliciosa fuente, y circundándola en armoniosa simetría, extienden sus frondosas ramas el pintoresco naranjo, significado de la *generosidad*, cubierto siempre de fruta y de follaje; el moral negro que expresa *no os sobreviviré, os seguiré á la tumba*; el sauce lloron indicando *melancolía*; la higuera expresando *prudencia dulce y tierna*; el albaricoque, *dulzura*, y el gracioso melocoton, *amor grande que todo lo atropella*.

Pero ¿comprende aquella hermosa mujer el amoroso sentido de lo que extasiados miran sus ojos? ¿Ha arrancado á la naturaleza los misterios de su silencioso idioma? ¿Esas lágrimas que tiemblan en sus largas y sedosas pestañas, como el rocío en el delicado pétalo de la naciente rosa, son consecuencia de alguna página sensible, escrita en las temblantes hojas de las rosas y de

los árboles, ó el llanto del corazón conmovido por el espectáculo tierno de una naturaleza que admira sin comprender? ¡Es ella, tal vez, la entendida Flora de ese ameno pensil, que ha cultivado con sus delicadas manos los prodigios que encierra...? ¡Oh...! no. Por entre el espléndido follaje de los árboles acabo de ver flotar la blanca tela de un elegante vestido de señora, dejando ver la breve planta de un pequeño pié, calzado por un precioso zapato de raso perla: su ebúrnea y delicada mano acaricia en este momento las limpias hojas de un lirio menos cándido que sus nevados dedos, y sus frescos labios se aproximan con expresiva ternura á la flor del pensamiento, pronunciando con una voz mas melodiosa que el canto de las aves, las palabras mismas que expresaba aquel dulce objeto que recibia un ósculo de amor.

—*Os amo, os adoro como á un serafín: sí, os amo y os adoro.* Leopoldo, en esta flor que recibí un día de tu mano, diciéndome en ella, como yo te digo, esas palabras que llevan la felicidad al corazón amante, ¡Ah...!

estas plantas son el precioso libro en que he escrito la historia de mis amores, y el blando céfiro que juega en sus hojas, la embalsamada lengua que la repite á todas horas regalando mi oído. Nadie de los que me rodea comprende este sublime libro, en que habla la naturaleza á los sentidos y al corazón: todos se rien de mi afección á las flores... ¡Ah! si ellos supiesen los encantos que encierran para mí, las inefables dichas que vierten en mi alma cuando me acerco á hablarles de tí, de tí que eres mi vida, mi gloria y mi esperanza....!

Y al decir esto volvió á acercar sus purpúreos labios á la expresiva flor del pensamiento; exhaló un tierno y prolongado suspiro, que recogió el perfumado céfiro, y se sentó al lado de la fuente, en una elegante silla de bejuco, bajo las sonantes ramas de un álamo débil que, por indicar *sollozos y gemidos*, escogió como tierno compañero que le acompañaba en sus penas.

La hermosa mujer que estaba apoyada en la barandilla del balcón, la contempló

con una expresión profunda de cariño y de melancolía, y exclamó dejando asomar á sus ojos algunas lágrimas.

—¡Pobre Clotilde. . . .! ahora empiezas á probar la amarga copa del dolor que yo sigo apurando hace muchos años. . . .! A la vista de esas embalsamadas flores que crecen al contacto amoroso de las rientes ondas, y á los dulces besos de las auroras, del canoro y gracioso pajarillo que agita sus pintadas alas, refiriendo en deliciosos trinos su constante amor; de las inquietas mariposas que hienden en torcido giro la región etérea demostrando la suavidad de sus amores; de las susurrantes abejas, que en torno del oloroso romero liban afanosas la delicada miel de su precioso cáliz, tu corazón se conmueve, despierta á los encantos de esa dulce pasión que es el todo de la mujer, y el llanto baña tus mejillas, y la tristeza oprime tu amoroso corazón. Pero no eres tú sola, no: en el mundo hay mil que te acompañan en ese llanto. Yo también, lo mismo que tú, lloro á la vista de esos dulces objetos que despiertan en mi alma

recuerdos tiernos, juramentos dulcísimos de amor, que llevaba en sus perfumadas alas la cariñosa brisa en mas preciosos días para mí: días de amor, horas de felicidad, ensueños de ventura, de que no me quedan mas que una lánguida esperanza, próxima á extinguirse como la luz de ese moribundo sol, que lanza débil sus últimos resplandores sobre la *yerba del amor*, que vive de sus rayos.

Y la hermosa mujer quedó abatida con el peso de sus melancólicas ideas; la tristeza se apoderó de su alma; y el dolor imprimió su amarga esencia en cuanto le rodeaba; sola, sin otra compañía que sus dolorosas reflexiones, sus ojos humedecidos de lágrimas se detenían en todos los objetos con profunda melancolía, buscando en ellos los bienes y delicias de otros tiempos; pero en las flores, en la fuente, en los arroyos y en los árboles solo ve escrita su desgracia con caracteres indelibles, memorias de dulces momentos pasados y de presentes amarguras. Su vista se nubla por el llanto, sus

mejillas palidecen, y sus purpurinos lábios pierden el fresco y encendido carmin.

En estos momentos de penosa agitacion y de dulces y doloros sentimientos, apareció en la puerta de la estancia una criada anunciando á un jóven.

La contemplativa mujer dejó su actitud reflexiva; dió á su rostro un aire de tranquilidad completa; llevó con disimulo el pañuelo á sus ojos para ocultar sus lágrimas, y dijo con armoniosa voz:

—¿No ha dicho quién es?

—No, señorita: solo me ha advertido que trae un asunto muy interesante para vd.

—¿Para mí?

—Así me lo ha asegurado.

—¿Y no ha estado en casa otras veces?

—Yo, al menos, no recuerdo haberle visto nunca.

—¿Quién podrá ser?

—¿Qué le digo?

—Que pase.

La criada se fué, y á poco se presentó con el elegante traje que sabemos, Nuñez, el que pocas horas antes vimos envuelto en

miserables harapos, y que ahora estaba hecho un elegante, en toda la extension de la palabra.

Al presentarse hizo una galante cortesía, llena de gracia y de finura, y preguntó con agradable acento.

—¿Tengo la honra de hablar con la señorita Inés Landeta?

—La honra es, caballero, para la que tiene el placer de contestar afirmativamente y de suplicarle que se digne tomar asiento.

—Agradezco infinito la oferta; pero tengo el sentimiento de no poder aceptar, porque me veo precisado á desempeñar un asunto de la mas alta importancia.

—Como vd. guste.

—Y aun hubiera prescindido del placer de hablar con vd. para no retardar el asunto que reclama mi presencia, si no hubiera temido confiar á otra persona el negocio que me conduce á esta casa.

—¿Tan impertante es?

—Vd., señorita, juzgará por sí misma:—dijo Nuñez sacando el cuaderno ensangrentado de que ya hemos hecho mencion, y

poniéndolo en sus manos.—Aquí tiene vd. el documento que no he creído prudente confiar á nadie.

Inés fijó los ojos en la portada del cuaderno; en su fisonomía se operó un cambio repentino, y dió un grito de sorpresa.

—¡Ah....! ¡de Ricardo....! ¡Sí; esta es letra de Ricardo....!

—Seguramente.

—¿Le ha visto vd?

Preguntó con viva ansiedad oprimiendo contra su pecho el ensangrentado cuaderno, como si temiese que se le huyera de las manos.

—Sí, señorita; le he visto.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—¿Dos meses?

Exclamó inundada de placer y sin ser dueña de contener su regocijo aquella hermosa mujer, que veía aparecer de repente al dulce objeto de su amor, por quien tantas lágrimas había derramado.

—Sin duda.

—¿En dónde?

—En San Angel.

—¿Dios mio....! ¡tan cerca de mí....!
¿Y le habló vd?

—No, señorita.

—¿Pues cómo ha llegado á manos de vd. este cuaderno?

Núñez le contó la historia que ya conoce el lector.

—¿Está preso!

Exclamó la hermosa, henchida de amargura, al terminar su interlocutor la relación.

—Sin duda que sí; yo le ví conducir en una litera, custodiada por cinco extranjeros.

—¿Y estaba agobiado por el peso de la desgracia?

—Yo le ví subir con gentil continente y noble entereza, mostrando la gracia y la soltura de un hombre que se encuentra en todo el vigor de su mejor edad

El corazón de Inés palpité de placer y de esperanza.

—¿Y no pudo vd. averiguar á dónde se dirijieron al huir de San Angel?

—Me fué imposible por haber recibido un balazo al huir de la azotea de la casa del hombre á quien yo habia ido siguiendo.

—¡Un balazo....!

—Del cual me creyeron á otro dia muerto. ¿No advierte vd. la sangre que salpica la carátula de ese cuaderno?

—¡Y esta sangre....

—Es mia.

—¿Brotada de la herida que vd. recibió?

—Sin duda alguna.

—¿Qué escucho....! ¿Luego vd. es....

Pero Inés se detuvo mirando detenidamente á aquel interesante jóven, teniendo por absurda y ofensiva la pregunta que iba á hacer. Nuñez comprendió el motivo que habia interrumpido la frase, y contestó con franca afabilidad.

—El mendigo, á quien todo San Angel creyó muerto, incluso el mismo Leopoldo.

—¡Vd. el mendigo!

Exclamó Inés observando los finos modales de su interlocutor, y no atreviéndose á dar crédito á lo que escuchaba.

—¿Le sorprende á vd. sin duda?

—Las distinguidas maneras de vd. y su buena conversacion revelan condicion mas elevada.

—¿Ignora vd., señorita, que hay un escritor que compara á nuestra sociedad con los cubos de noria, que cuando bajan vacios los unos, suben los otros llenos y abundantes?

—Es muy cierto. Son cosas de la fortuna.

—La suerte es como la luna, tiene menguante y creciente; mengua quien al bien se aduna; crece quien roba y quien miente....

Son cosas de la fortuna.

—Muy bien.

—¿Creerá vd. ahora que soy el mendigo improvisador?

—Si; pero me ha dicho vd. que ha nacido en otra esfera.

—Si, señorita.

—¿Y no tenia vd. que revelar un secreto á D. Leopoldo Cabrera?

—Se lo he revelado esta mañana.

—Me habian asegurado que vd. le pro-

metió descubrir el misterio que empañaba la honra de su padre.

—Y lo he cumplido religiosamente.

—¿Y está vd. seguro de la inocencia del hombre que le dió la vida?

—Como de la luz que nos está alumbrando.

—¿Conoce vd. al criminal?

—Le conozco, señorita.

—¿Cómo se llama?

—Ignoro su nombre; pero le conozco: sus hechos están designados en las breves páginas de ese cuaderno.

—¿Cómo....! ¿aquí....?

—Por la mano imparcial de la víctima que lo ha escrito.

—Es decir que el vil falsificador, el hombre que causó la muerte del honrado padre de Leopoldo, es....

—El mismo que tiene cautivo al autor de ese escrito.

—¡Dios mío....!

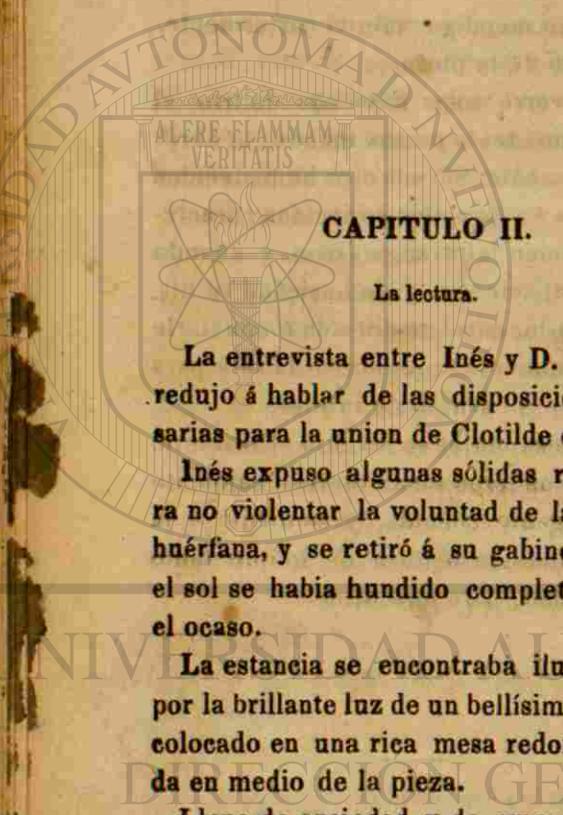
—Adios, señorita: conozco la impaciencia que tendrá vd. por pasar sus ojos por las sentidas frases de ese cuaderno, y me retiro.

—¡Ah....! vd. me ha traído el consuelo y la felicidad....

El antiguo mendigo saludó cortesmente, y se ausentó de la pieza.

¡Inés, al verse sola, besó con delirio el cuaderno que tenía en sus manos: lo abrió apresuradamente: fijó sus ojos humedecidos de lágrimas en aquellos conocidos caracteres que hacían latir su corazón, y cuando llena de impaciencia y de ansiedad se disponía á leerlo, entró una criada á anunciarle que su hermano le esperaba en la sala para comunicarle un asunto de interés.

La hermosa mujer se levantó al instante: guardó el cuaderno en un oloroso cajoncito de una elegante cómoda, y se dirigió á la sala aplazando la lectura de lo que tanto deseaba saber, para más tarde.



CAPITULO II.

La lectura.

La entrevista entre Inés y D. Emilio, se redujo á hablar de las disposiciones necesarias para la union de Clotilde con Duval.

Inés expuso algunas sólidas razones para no violentar la voluntad de la inocente huérfana, y se retiró á su gabinete cuando el sol se habia hundido completamente en el ocaso.

La estancia se encontraba iluminada ya por la brillante luz de un bellissimo quinqué, colocado en una rica mesa redonda, situada en medio de la pieza.

Llena de ansiedad y de amoroso anhelo se dirigió Inés á la rica cómoda, abrió el

aromático cajoncito en que habia guardado el cuaderno; lo tomó con profunda emocion en sus manos, se sentó junto á la mesa, y vió que estaba concebido en estos términos.

“Apuntes de lo que sufre en su oscura prision el coronel Ricardo Guzman, escritos por él mismo.”

“Cuautitlan, 20 de Abril de 1829, á las cuatro de la mañana.—Acabo de ser reducido á prision despues de haber andado prófugo, temiendo caer en manos de mis enemigos: tal vez dentro de poco seré sentenciado á muerte sin que haya cometido ningun delito. ¡Oh....! ¡no lo siento por mí....! Pero me atormenta la idea de lo que sufrirá mi idolatrada Inés al saberla.... ¡Me ama tanto....! ¡es tan buena....! ¡Morir sin decirle adiós, sin estrecharla contra mi corazon y decirle que muero amándola... ¡Oh....! ¡este es el pesar mayor para el que solo vive y alienta por ella....!”

La hermosa sintió agolparse á sus ojos las lágrimas que á su pesar descendieron por su semblante, humedeciendo el ensan-

grentado papel: esperó un momento á que el llanto permitiese distinguir los caracteres, y luego continuó leyendo.

“Día 21 á las doce de la noche: No sé en qué pueblo estoy: cuando yo creí que me sacaban á ser fasilado, me ví metido en una litera y he caminado sin saber por dónde: al bajar de ella me han vendado los ojos, no han dejado acercarse á nadie á hablarme, y me han encerrado en un cuarto: el hombre que me ha servido la comida es un extranjero de aspecto fiero, que no me ha dirigido una sola palabra. ¿Qué será de mi pobre Inés....! ¿Creerá que no me acuerdo de ella....? ¿qué me he olvidado acaso....! No; yo no puedo olvidar á la que es mi vida; al ángel cuyo recuerdo dulcifica los amargos instantes de mi horrible soledad...! No, Inés: desde donde quiera que esté, mi pensamiento cruza los espacios y te sigue amoroso, como el único bien de la tierra: mi alma vuela á encontrarte para decirte que te ama.... ¿que te amaré siempre....! ¿Me olvidará ella acaso....? ¡Oh....! no: ¡me ha dado tantas pruebas de su amor...!”

Inés sintió oprimírsele el pecho con la superabundancia de tiernos sentimientos que embargaban su corazón, y suspendió un instante la lectura, para poder respirar con libertad: aquellos renglones encerraban para ella un manantial de tiernos y dolorosos afectos, que llevaban el llanto á sus divinos ojos. La hermosa llevó á ellos el fino pañuelo, y continuó leyendo.

“Día 22 á las dos de la madrugada: Acabo de despertar de un sueño delicioso, y me he levantado para consignarlo en este cuaderno, que es el único amigo en quien deposito mis mas tiernas afecciones y mis mas íntimos pensamientos. He visto á la mujer que amo; he oido sus dulces palabras y he estrechado su mano entre las mías... ¡Ah...! ¿por qué ha desaparecido tan breve la ilusion, para dejarme sumido en la amarga realidad de mi desgracia....! ¡Era tan dulce mi sueño, que quiero imprimirlo sobre el papel para saborear sus quimeras, en tanto que formo mis pobres caracteres. He aquí minuciosamente descrito, acompañado de las dulces reflexiones que me animan

al pensar en sus delicias. Inés, si algun día hace Dios que llegue á tus preciosas manos este desaliñado escrito, mira en cada una de sus letras un dulce amigo consolador de mi infortunio.

¡Fué un ensueño!

L.

Era la noche: yo gemia preso en la estrecha prisión de un húmedo edificio: mi pensamiento acariciaba la imagen de una mujer hermosa: mis lábios repetían á cada instante el nombre de Inés, mas dulce para mi corazón que el néctar de las flores para la susurrante abeja: soñaba en el término de mi felicidad y en la horrible muerte á que me creía condenado, cuando de repente me ví rodeado de los soldados que guardaban mi prisión, que me condujeron á un sitio sombrío para privarme de la vida: al verme de rodillas, y pronto á ser ejecutado, saqué de mi pecho una pequeña cruz de oro con el divino Salvador espirando en ella, prendida adorada de la hechicera mujer que amaba; y abrazándome con toda fé al signo de

la redención, recé interiormente con el mas vivo fervor, para que Dios me perdonara mis culpas: de repente sentí el ruido de las llaves que se preparaban; un sudor frio corria por todo mi cuerpo; mis lábios imploraron el amparo de la Santísima Virgen, y á los pocos instantes sentí que mis sesos habian saltado por el suelo despedazados por el plomo. Pero ¡oh sorpresa! en vez de la oscuridad á que yo creí que iba á pasar de esta vida; en vez de las sombras y de las negras cavernas, ví debajo de mis piés, pero á una distancia infinita, un abismo de luz desconocida, sublime y suave: á mi derredor esplendorosas nubes que parecían impulsadas por celestiales séres; y sobre mi cabeza un cielo nítido, puro y resplandeciente, del cual descendían las armonías mas tiernas y mas dulces: yo sentí bañado mi corazón de una superabundancia de felicidad indecible, y probé la infinita dicha que no le es permitido al hombre disfrutar en la tierra.! ¡Oh.....! ¡cuán hermoso era aquel cielo, cuyo resplandor deslumbraba mis ojos.....! Yo me sentia suspendido en

los aires, pero tan dulcemente, como cuando la reina de las aves, extendiendo sus alas, se cierne blandamente contemplando la tierra. De repente me sentí impulsado suavemente por las embalsamadas atravesadas que llevaban hácia el empíreo la cruz de la que yo iba abrazado, como se eleva un globo al impulso del gas que lo levanta hácia el éter. Yo no sé qué revolucion se efectuó en mi naturaleza desde que creí que habia abandonado el mundo.... El ambiente que respiraba era tan grato, que se dilataba el alma en un mar de deleites inefables, que le alimentaban como alimentaba á los dioses la ambrosia en el Olimpo. En el inmenso espacio que atravesaba, no habia estrellas, sino blancas nubes que, al acercarme á ellas, se abrían vaporosas para rodear la cruz, dejando salir de su centro una deliciosa armonía, y colocándose luego á los lados en caprichosas formas para sostener el signo de la redencion. Yo bajé los ojos para medir la distancia que me separaba de la tierra; pero solo ví el vacío, y debajo de él mil y mil nubes de vivos y variados colo-

res que corrian con una velocidad indecible, ya elevándose, y ya descendiendo como las espumosas olas del mar sacudidas por el fuerte viento que las hincha y altera. Asombrado con lo que me pasaba, alcé los ojos, y descubrí á lo lejos, en ángulo obtuso, pero á una distancia incalculable y sin guarismo, una magoífica ciudad, llena de aéros palacios, de hermosos templos, y de soberbios alcázares de una arquitectura fantástica; pero llena de belleza y valentía, que se oscilaba mansamente, cual si edificada estuviera sobre las resplandecientes nubes ó sobre la luz que en todas direcciones se extendia y que bañaba suavemente la creacion entera. Aunque á distancia tan considerable, mis ojos, favorecidos por la claridad de aquella luz que hacia percibir los mas pequeños objetos, alcanzaron á ver multitud de personas de una belleza sobrenatural, que se asomaban á unos elegantes, altísimos y espaciosos balcones, admiradas de ver llegar á un personaje de la tierra. No tiene el idioma humano palabras para expresar el número de sensaciones tiernas

que mi corazón gozó en aquel momento: iba á llegar tal vez á la mansion de Dios: iba á presenciar la belleza incomparable de la Madre del Salvador, y á inundarme con su amor, porque yo ignoraba el lugar que el Eterno habia destinado á mi alma....

Un temor religioso, pero dulce y tierno, como era dulce y tierno todo lo que allí sentia el alma, se apoderó de toda mi existencia; y á medida que me aproximaba á aquella ciudad santa, inundada de una luz diáfana y pura, se aumentaba tambien ese placer inefable, todo espiritual, todo religioso y puro, que experimenta el justo cuanto mas se separa de la tierra para acercarse á Dios. Conocia que una fuerza eléctrica me conducia hácia mi centro, y que la tierra no es mas que un punto en que se ha detenido por un momento el hombre, para rodar despues con mas fuerza hácia su centro, que es la eternidad, hácia la cual me parecia que me llevaban. Si grandiosa me pareció la aérea ciudad cuando por primera vez la descubrí á lo lejos, al llegar á ella, mis ojos quedaron absortos de tanta magnifi-

cencia. Era una ciudad de calles rectísimas, anchas como el cielo que vemos sobre nuestras cabezas, compuesto el pavimento de nubes tersas, blancas y llenas de luz, que la planta no sentia debajo de ella; de templos elevadísimos, cuyas puertas iban á perderse, lo mismo que las finas y delicadas columnas que los adornaban, en un cielo purísimo de plata. Los edificios eran de una materia trasparente y brillante, de una arquitectura extraña y sublime; de puertas altísimas y anchas, sostenidas por columnas exquisitas y elevadísimas, de una materia desconocida á los mortales, pero trasparente y hermosa, aun mucho mas que la que se notaba en los edificios. Era una ciudad aérea, inundada por todas partes de luz y de belleza. Desde allí abarcaba la vista todo el espacio: desplegábase bajo mis piés la naturaleza entera, y ante mis ojos la creacion sin límites perdiéndose en el resplandeciente horizonte, bañado por la luz divina de un cielo sin término ni fin.

Sobre las nubes que en el abismo contemplaba, sobre los templos, sobre los al-

cázares y sobre cuanto la vista alcanzaba á descubrir, mandaba el sol sus esplendentes rayos, tiñendo la sublime perspectiva de nítidos y flameantes resplandores: parecía que un mundo de luz, pero suave, dulce, fresca y resplandeciente, acababa de salir de las manos del Criador, para que un nuevo Adán viniera á gozar de su hermosura. Mi alma se sumergía toda entera, con un placer indecible, en un océano de eterno amor, que la elevaba hasta el trono del Señor.... ¡Oh! ¡aquello era hermoso....! ¡aquel era un goce sin medida.... una dicha sin guarismo.... y una eternidad de bienaventuranza....!

Agobiado por el exceso del placer, dirijí mi vista hácia las ventanas y elegantes balcones que desde abajo habia visto llenos de gente, esperando descubrir al dulce objeto que hacia latir mi corazón; al ángel que esperaba encontrar en mi delicioso camino, á la bellísima Inés, cuya seductora imagen se asociaba á todas mis ideas; pero ya nadie estaba en ellos; por todas partes reinaba el silencio y la soledad; pero aquel silen-

cio y aquella soledad tenían para mí algo de sublime, algo de celestial, y algo de incomprendible felicidad. ¿Qué país será este! me preguntaba á mí mismo. ¿Es la mansion de los ángeles que han dejado el mundo á penas pisaron sus abrojos, la de los escogidos que han pasado una vida de tribulaciones y de miseria, ó la de los tiernos amantes, donde me espera la angélica mujer de mi cariño....?

En este caos de dudas me encontraba, cuando descubrí en el extremo de una calle que se extendía á mi izquierda, un fiel amigo, con quien habia tenido estrechas relaciones en el mundo antes de abandonarlo.

Aquel encuentro me llenó de indecible gozo: era una recomendable persona iniciada en el secreto de mis amores, y corrí hácia ella para preguntarle por Inés, que era el bello ideal de mi esperanza. Al verme, la sorpresa de mi leal amigo fué igual á la que yo habia experimentado, y echándome los brazos exclamó:

—¿Qué poderoso motivo te ha conducido á estas apartadas regiones?

Yo que sentía mezcladas en halagador consorcio algunas vagas ideas de la tierra con otras apacibles, creaciones recientes de mi exaltada fantasía; yo que asociaba sin violencia en aquel vagaroso instante las variadas escenas de mi pasada vida con las dulces y fantásticas que me presentaba la eternidad; que amalgamaba sin esfuerzo la vida con la muerte, el cielo con la tierra, lo eterno con lo frágil y perecedero, y el dulce objeto de mi amor con todos los objetos que me rodeaban, le contesté:

—La envidia de los hombres me ha desterrado del mundo, y Dios me conduce á la mansion en donde habita la mujer que adoro.

—Sí; á la grata mansion de los escogidos. Me respondió con una voz armoniosa que bañó mi alma de angélica felicidad.

—Pero dime, venturoso amigo, ¿qué bella region es esta adonde he sido colocado de una manera que excede á mi limitada comprension?

—Este es el planeta Saturno.

—¡Estoy en el planeta Saturno.....!

—Sí, amigo mio; en el planeta Saturno.

Yo no sé qué especie indefinible de asombro y de sorpresa se apoderó de mí al escuchar aquellas inesperadas palabras.

—¿Y existe aquí, por ventura, el ángel de mis ensueños?

—Sí; vive en este planeta, en aquel espacioso palacio que oscila en medio de las nubes, y en donde llora sin consuelo tu prolongada ausencia.

—¡Llora, llora por mí....!—exclamé profundamente conmovido:—¡Ah....! ¡yo tambien lloro y he llorado por tí, mi idolatrada Inés....! Pero no me culpes por mi tardanza, vida mia.... los pérfidos hombres, los enemigos de mi felicidad me han separado de tí, me condujeron á una oscura prision de donde no podia escribirte; prision húmeda y estrecha que he regado abundantemente con mi llanto, consagrado á tu memoria....!

—Llanto de amor que el cielo recompensará con interminables venturas. Sígueme, querido amigo, á la mansion en que habita

el bello sér de tu cariño, donde te aguardan las inefables delicias de los bienaventurados.

Yo seguí con religioso silencio á mi bondadoso guía, en cuyos apacibles ojos veía impresas la pureza del corazón y la grata sencillez y benevolencia de un alma sin mancha.

II.

Apenas habian trascurrido algunos instantes en nuestra marcha, cuando mi servicial amigo detuvo el paso enfrente de un suntuoso palacio de maravillosa arquitectura, adonde llamó por medio de una aldaba, que representaba un ángel con alas de zafiro. Las paredes eran de una materia trasparente y brillante, en que estaban incrustados, formando graciosas y caprichosas labores, las esmeraldas, los rubíes y los diamantes: las puertas eran de oro resplandeciente y de caprichosa forma; los espacios balcones de bruñida plata, con bazar de preciosas amatistas y finos ba-

laustres de blancas perlas y de azules turquesas.

Aun no volvia yo de mi admiracion, cuando ví que se abrian por sí solas las auríferas puertas, girando blandamente sobre riquísimos goznes de diamantes. Cuatro hermosas jóvenes, envueltas en elegantes y airosos ropajes blancos, y un anciano de respetable fisonomía y varonil presencia, yacían muellemente sentados sobre blandas hotomanas, en medio de un delicioso patio cubierto de naranjos y limoneros, que exhalaban un delicado aroma que embalsamaba la atmósfera.

Al verme, se levantaron con una suavidad vaporosa, se acercaron á mí con la mayor afabilidad y me saludaron, pero de una manera tan tierna y tan afable, que yo me sentí conmovido hasta lo mas íntimo del alma. Mi fiel amigo, lleno de bondad y de ternura, les refirió entonces quien yo era, y al escuchar que era un sér que acababa de abandonar la tierra, me prodigaron atenciones que me dejaron enagenado de felicidad.

Habia en los rostros de aquellos séres

tanta bondad, tanto candor, tanta inocencia y tanta franqueza y hermosura, que, desde el instante mismo inspiraban cierta confianza respetuosa, cierta mezcla de ternura y de consideración, que encantaban, y que en vano trataría de pintar el mas distinguido escritor.

Pasados los primeros momentos de agradable sorpresa, el respetable anciano nos invitó á que pasásemos á un pintoresco jardín que en el mismo palacio habia, donde deseaba escuchar de mi boca algunas particularidades de la tierra que acababa de abandonar. Entonces dos de las jóvenes se acercaron á mí con aire gentil y magestuoso porte: apoyaron sus torneados y blancos brazos sobre mis hombros con una confianza pura y tierna, y colocándome en medio de ellas me condujeron al hermoso jardín. Embriagado de dicha al contacto de aquellas formas hechiceras, y al aspirar el balsámico aliento que exhalaban sus purpúreos lábios, dirijí mi adormecida vista á la que mas dulcemente se apoyaba, y ví atónito de placer y de ventura, pero sin com-

prender cómo se habia verificado aquel encanto, que era mi dulce compañera, la bellísima Inés, que se sonreía de felicidad, mirándome con profunda y angélica pasión. ¡Oh....! ¡nunca he sido mas dichoso que en aquel instante....! ¡Mis ojos estaban fijos en los suyos, en donde temblaban brillantes lágrimas de amor....! ¡mi amante corazón sentia los latidos del suyo virginal y cariñoso, y nuestro aliento se mezclaba como se mezclaban nuestras apasionadas almas....! ¡Inés, ángel de consuelo y de esperanza, de quien me separan los hombres, tu imagen es el bálsamo que suaviza los ínferos tormentos que oprimen mi pecho en la oscura prision en que me encuentro....!"

La hermosa mujer se ejuó algunas lágrimas que bañaban su celestial semblante, y continuó leyendo.

"Así, dulcemente enlazados, y expresando en la mirada los mas íntimos afectos del corazón, penetramos venturosos en el ameno jardín, donde nos aguardaban deferentes

mi leal amigo, el venerable anciano y las otras hechiceras jóvenes.

Cuanto nos han contado de lo hermoso del Paraiso, quedaba muy atras de lo que mis ojos contemplaron al entrar en aquel pensil de flores y delicias. Era un delicioso Eden, cuyos limites no alcanzaba á descubrir la vista del mortal: arboles de las mas delicadas frutas, desconocidos en la tierra, formando calles rectísimas que se iban á perder en el horizonte, partian en todas direcciones del centro del jardin, formando una estrella: flores de los mas raros colores y de las mas caprichosas formas, pero de un aroma celestial, embalsamaban una atmósfera llena de luz: cascadas aéreas, colocadas sobre oscilantes nubes, se precipitaban sobre fuentes de bruñido y diáfano cristal que, despues de recrear la vista con sus primorosos surtidores, dejaban correr sus claras linfas sobre una matizada alfombra de exquisitas y delicadas rosas: mil y mil pájaros de raro y brillante plumaje cruzaban el inmenso espacio cantando de una manera armoniosa y desconocida. Pero lo

que mas me sorprendia era el ver que aquellos árboles, y aquellas fuentes, y aquellas flores, y hasta el mismo jardin, descansaban sobre la luz que envolvía toda la naturaleza: luz pura y diáfana que no molestaba con sus rayos, y que jamás llegaba á nublarse.

Embriagado con el exceso del placer, dirijí mi vista adormecida con la superabundancia de felicidad, hácia una deliciosa gloria, donde en inocentes juegos se divertían mil y mil jóvenes hermosas, vestidas todas de blanco, símbolo de su pureza, mas bellas que las ninfas que nos describen los poetas, y que las huris que adornan el Eden de Mahoma.

Embebecido con lo que á mis ojos contemplaba, y admirado de la dulce armonía que reinaba en los dichosos habitantes de aquella magnífica mansion, en que imperaban la virtud y la tranquilidad, supliqué al venerable anciano se dignase darme á conocer la historia de aquel bellissimo planeta, cuyos seres participaban de la celestial hermosura de los ángeles de la gloria.

Entonces él, con una amabilidad sin lími-

tes, que se revelaba en su simpática y respetable fisonomía, nos invitó á descansar sobre una alfombra de fragantes flores; tomó asiento en un blando sofá, formado por la naturaleza y matizado de blancas y exquisitas rosas; Inés se sentó á mi lado; yo acaricié una de sus blancas y torneadas manos, y fijando en mí sus bellísimos ojos, con una ternura celestial que conmovió todo mi sér, escuchamos, tiernamente elazados, la sonora y armoniosa voz del respetable anciano, que habló de esta manera.

Saturno, despues de haber gobernado sábiamente las tierras del Lacio en que reinaba Jano, y de haber introducido la paz, la industria y la riqueza en los pueblos, alcanzó de Júpiter, por favor especial, el trasladarse con su familia á este planeta que hoy lleva su nombre, para que lo gobernase y engrandeciese. Sábio y previsor, para alcanzar los altos fines de bien social, desterró el uso de los viñedos y de toda planta que pudiese producir el torpe vicio de la embriaguez; hizo que no tuvieran valor ninguno el oro y la plata; prohibió el uso y la

fabricacion de las armas; exigió, bajo penas las mas severas, que se desterrase el excesivo lujo de la sociedad, y cuidó de que todo individuo se educase en la creencia religiosa y en la práctica de las virtudes. Celoso de la pureza de costumbres, cerró las puertas de su reino á todos los séres de la tierra, y solo las dejó abiertas para los tiernos amantes que, perseguidos y desgraciados en el mundo, buscasen un consolador asilo donde vivir felices. Sí; en esta mansion de paz y de inefables delicias, solo penetran las almas puras y sensitivas que viven de amor, pero de amor íntimo, desinteresado y sin término, como el que abraza el candoroso pecho de tu angélica Inés, y el tierno corazon que late dentro de tí mismo. Aquí hallarán término vuestras penas, y principio sin fin vuestra felicidad....! La Honestidad, que habita en un modesto alcázar en medio de esta ciudad flotante, presidirá vuestro anhelado enlace; las Gracias velarán por vuestra eterna juventud, ó Himeneo os unirá para siempre en sus bellísimos altares.

Y al decir esto, la hermosa jóven que yo amaba, la celestial Inés, fijó en mí sus ojos, pero de una manera que me hizo estremecer de dicha: me habló de amor, y el sonido de su voz era tan dulce y armonioso, que adormecía el corazón, dejándole en un éxtasis delicioso. Yo la contemplaba como á un sér sobrehumano; sobre su cabeza me parecía descubrir una aureola divina que la rodeaba; en su hermosa y espaciosa frente habia algo de luminoso y de celestial; en su rostro se notaba un resplandor indefinible y no sé qué de divino, que seducía, y cual si su dulce aliento fuera un fluido magnético, me tenia encadenado á ella, y sin fuerzas para separarme de su lado.

Y no solo en ella, sino en todas las personas que me rodeaban, veía yo aquel mismo resplandor que parecia envolver sus vaporosos cuerpos; aquel mismo aire de candor y de pureza, propios de los que habitan las regiones inmortales, y unos movimientos tan leves y suaves como el de la superficie del mar cuando yace en calma y siente los halagos de las ligeras brisas. Yo llegué

á conocer allí la esencia de las cosas, de las cuales solo habia en el mundo la apariencia: tenia descornado ante mis ojos el velo de la creacion, y comprendia sin esfuerzo los misterios de la vejetacion y del lazo salvador que une á los mortales con el Eterno....! Allí ví de cerca ese mundo de luz, un sol purísimo y fulgente, que en nada se parece al sol que alumbra nuestro planeta, porque el sol del mundo es opaco y triste; su luz es oscura y dudosa, como el porvenir del hombre, mientras el sol que yo he visto en mi feliz ensueño, tiene una mezcla de luces radiantes, y siempre diáfanas, una magnitud que abraza todo lo creado, y unos rayos tan dulces y agradables como la esperanza del justo.

Entonces compadecí á los hombres, porque entonces me convencí de sus delirios y de su ignorancia, de su orgullo y su miseria, de sus altas preteusiones y su ningun saber; y conocí que la tierra no era mas que un continuado quejido de angustia, un antro de dolores, un valle de lágrimas y de tinieblas, envuelto en la oscuridad de la ter-

rible duda, donde todo gime, el hombre y la naturaleza,....!

¡Y aun los habitantes de este planeta se juzgan pecadores.....!—pensé yo interiormente.—¡Ah.....! ¡cuán perfectos serán los espíritus que rodean el trono del Señor....! ¡En qué mundo de corrupcion he vivido hasta ahora.....! ¡Ahora conozco que para ser feliz es preciso acercarse á Dios.....! ¡Aquí me encuentro mas cerca de él, y ya soy bueno.....! Pero yo pertenezco á los séres degradados de la tierra, y no soy digno de habitar entre los justos séres de este planeta.

—He leído vuestro pensamiento—me dijo el venerable anciano;—pero os habeis engañado: habeis defendido la religion y habeis vertido por ella vuestra sangre: habeis practicado la virtud y habeis amado con pasion pura, desinteresada y tierna á la jóven cuyo brazo enlaza vuestro cuello. Ved, pues como recompensa Dios las buenas obras practicadas por el hombre: ved ahí el altar donde os espera la dicha inefable á que aspirábais.....

Yo fijé mis ojos en el sitio que con su resplandeciente dedo me señalaba, y quedé asombrado y herido de un religioso pavor.

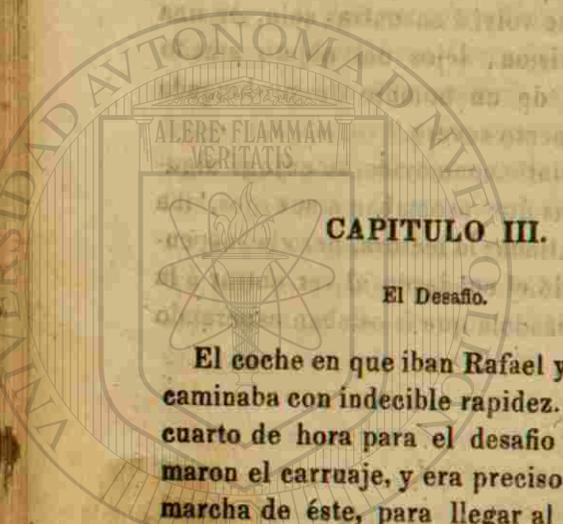
Un mirífico altar, sostenido por alados ángeles, velados por blancas y transparentes nubes, dejaba ver á su pié la respetable forma de un venerable sacerdote, envuelto en cándidas vestiduras: una cruz de tosea madera, donde yacía el Cuerpo del Divino Salvador enclavado, se veia suspendida en los aires, y rodeada de arcángeles y querubines, que cubiertos con sus resplandecientes alas le adoraban de hinojos; pero de aquella cruz, de rústica madera, salian tan vivos resplandores de luz divina, que difundian en el alma sentimientos desconocidos, de una ternura religiosa indecible. Sobre la preciosa cabeza del Señor se descubria una aureola de suavísimos resplandores que iluminaban su corona de espinas, que comunicaban su exquisita brillantez á los grupos de ángeles que, suspendidos en los aires, entonaban el canto de la redencion del mundo de una manera dulce, armoniosa y melancólica. ¡Qué espectáculo tan grandioso.....! Aque-

llos celestiales séres que cercaban el árbol de la vida, regado con la sangre del Eterno, eran de una belleza indescribible, y sus delicados contornos tan fuera del alcance de la comprensión del hombre, que los que fingien los pintores y los poetas, no llegan á ser ni un borron, ni un punto, ni la mas ligera imitacion de aquellos ángeles divinos de divinas formas que absortos contemplaban mis ojos. ¡Cómo pintar aquellas formas celestiales, llenas de pureza, que respiran candor, y un amor santo, puro, eterno, al Criador del universo...! ¡Cómo pintar aquella luz nitida y suave que está unida á sus mismos cuerpos...! ¡Cómo expresar aquellos bellísimos ojos que están siempre fijos en Dios, como el objeto único de sus delicias...!

Aun no volvia yo de mi religioso asombro, cuando ví acercarse á mí al númen de la Piedad y de la Providencia, que uniendo bondadosas mi mano con la blanca de la pudorosa Inés, nos condujeron al pié de los altares. El venerable sacerdote nos envió una mirada de profundo amor, iba á enla-

zarnos para siempre.... cuando un ruido desapacible vino á destruir mi ensueño....! ¡Ah....! me volví á encontrar solo, en una húmeda prision, lejos del objeto amado y al frente de un hombre de prolongada barba y aspecto severo."

Inés se sintió conmovida, se enjugó algunas lágrimas que asomaban á sus ojos, iba luego á continuar la lectura, pero la suspendió y guardó el cuaderno al ver entrar á la criada, diciéndola que la estaban esperando para cenar.



CAPITULO III.

El Desafío.

El coche en que iban Rafael y Leopoldo, caminaba con indecible rapidez. Faltaba un cuarto de hora para el desafío cuando tomaron el carruaje, y era preciso acelerar la marcha de éste, para llegar al tiempo señalado.

Leopoldo marchaba preocupado con la idea de su anciana madre.

Temía dejarla abandonada, y esto le oprimía el corazón.

--¿Qué será de ella—pensó—si yo muero?
Y sintió embargada su alma de profunda melancolía.

No tenía en el mundo mas que á él; y él,

tal vez, iba á morir dentro de breves instantes.

Amaba á su anciana madre como hijo bueno y cariñoso, y un funesto presentimiento de que no volvería á verla, le presaba el pecho y le robaba la tranquilidad.

Sin embargo, en su semblante nada se leía.

Su rostro se mantenía sereno y apacible, sin dejar traslucir lo que el corazón sufría, como se ostenta terso y tranquilo en su superficie el nevado volcán, ocultando la abrasadora lava que dentro encierra.

Rafael no se atrevía á distraerle de sus meditaciones. Era su amigo verdadero; conocía los sentimientos tiernos de su corazón, y estaba persuadido de que le ocupaba la idea de su cariñosa madre.

¿Por qué privarle del placer de pensar en el objeto mas caro que existe para el corazón del hombre?

—Temo haber hecho esperar á Duval.

Dijo al fin Leopoldo rompiendo el silencio, y queriendo dar otro giro á sus téticas ideas.

—¿No era la cita para despues del toque de oracion que da á las siete?

—Sí, querido Rafael.

—¿No le suplicó á vd. en una esquila que le entregó á vd. la casera cuando bajamos la escalera, para que el duelo tuviese lugar á las nueve, en vez de á la oracion, como indicaba su tarjeta?

—Sí, querido Rafael.

—Pues aun faltan diez minutos para ellas.

—Me alegro; pero la noche está tan oscura que creí fuese mas tarde.

—Pues no señor; faltan diez minutos; y diez minutos son mas que suficientes para ponernos en la calzada de la Piedad.

—En estos asuntos me gusta mas esperar, que ser esperado.

Rafael no respondió, y ambos volvieron á guardar silencio.

La noche estaba en extremo oscura.

El paseo de Bucareli, que atravesaban en aquel momento, se encontraba envuelto en espesas sombras. Ni una alma se veia en su espacioso recinto.

El vasto edificio de la Ciudadela, que dejaban á la izquierda, ostentaba sobre la sólida cornisa de sus oscuras y sólidas paredes, centenares de zopilotes que agitaban sus negras alas despidiendo horrendos graznidos. A la derecha se descubria el venerando bosque de Chapultepec con su enramado cerro, en cuyo vértice se levanta, como un palacio de hadas, el suntuoso colegio militar, que parece descansar sobre las espesas copas de los robustos sabinos y de los antdiluvianos ahuehuetes.

Leopoldo tirijó una mirada melancólica hácia este sitio de históricos recuerdos, y se acordó de su anciana madre, en cuya compañía habia visitado, pocos dias antes, aquella deliciosa mansion.

Al llegar al fin del paseo, Rafael mandó al cochero que se detuviera: Leopoldo cogió las dos espadas, se embozó en su capa, y bajó del carruaje con su leal amigo.

—¿Me marcho ya, ó espero á vdes. aquí, señores amos?

Preguntó el auriga, quitándose el ancho sombrero forrado de hule.

—Espéranos.

—Está muy bien, señores amos.

El cochero volvió á montar, se envolvió en su grueso capote azul, se caló el sombrero hasta las cejas, inclinó la cabeza sobre el pecho, y empezó á roncar tranquilamente.

Los dos amigos atravesaron el corto espacio que se interpone entre el paseo de Bucareli y la calzada de la Piedad, y á poco penetraron en esta, donde los árboles proyectaban en el suelo con su extendido ramaje mil caprichosas figuras de extravagantes formas.

—Aun no viene Duval;—dijo Leopoldo mirando hácia todas partes—pues no descubro á nadie, ni veo coche alguno.

—Con efecto, contestó Rafael, nada se ve.

—¿Se habrá ido acaso cansado de esperar?

—No, porque precisamente en este instante es la hora señalada.

—Sí; ahora son las nueve.

Dijo Leopoldo mirando su reloj.

—Ya no tardará en estar aquí.

—Me alegro de no haberle hecho esperar.

—Mientras llega—exclamó Rafael—busquemos el sitio mas propio para medir las armas.

Al decir esto salvó de un salto la estrecha acequia que divide la calzada del ancho campo que se extiende á la izquierda.

Leopoldo le imitó; y mientras su amigo se ocupaba de escoger el terreno para el combate, él se apoyó á un árbol, y se puso á mirar hácia el camino por donde esperaba ver llegar el coche de su antagonista.

Leopoldo no temia; pero la memoria de su anciana madre le tenia triste.

Iba á batirse, no porque anhelase verter la sangre de su rival, sino por cumplir con un deber que la sociedad llama honor.

Rafael, entre tanto, buscaba en aquel llano, siempre fangoso, el sitio mas igual y seco, donde los combatientes no estuvieran expuestos á los accidentes de un terreno desigual y falso.

Al cabo de algunos instantes, se detuvo satisfecho de sus pesquisas.

Habia encontrado un pedazo inmejorable para el duelo.

En aquel instante Leopoldo, que seguía con la vista fija en el punto por donde debía llegar su contrario, vió asomar un coche por el paseo de Bucareli.

El corazón le dió un vuelco dentro del pecho, y experimentó una violenta inquietud que siente todo hombre, por valiente que sea, como lo era Leopoldo, ante un peligro inminente, cuando se le espera entregado á las reflexiones de la fría razón.

Cuando el corazón está dominado por la ira, ó por la indignación que produce un ultraje reciente; cuando se excita por el ruido de las armas la pasión de la gloria en los combates, entonces la razón suspende sus funciones, y el hombre, ciego, arrostra los peligros sin pensar en ellos, sin comprenderlos siquiera.

Pero cuando sin ese motivo de locura, de vértigo y de frenesí, la sangre circula con calma, dejando expedito á la razón el dominio de dirigir las acciones, el pensamiento de la muerte nos conmueve, y solo

hacemos frente á los peligros, y los arrojamos con aparente calma, por delicadeza, por pundonor, por no atraer sobre nosotros la nota de cobardes ante los ojos de la sociedad.

Hay hombres valientes que se cubren de gloria distinguiéndose por su arrojo en las sangrientas batallas, que no admiten un desafío del mismo que tal vez ha temblado á su lado en el comun peligro.

¿En qué consiste esto? La explicación es muy sencilla. El hombre de nobles sentimientos hace abnegación de sí mismo en aras de la patria, y se lanza á las lides por un sentimiento de verdadera honra, de dignidad nacional, de libertades patrias. ¿Qué interés de bien social va á sustentar en un duelo? El de la vanidad, el de un mal entendido honor.

Si es ofendido y trata de lavar la mancha inferida en la honra de una esposa ó de una hermana, no consigue otra cosa que hacer pública la ofensa. Si es ofensor, disponerse á cometer un nuevo crimen, tratando de quitar la existencia á quien ha robado ya

los goces de la vida doméstica. Verter el desconsuelo, la desolacion y el llanto en la inocente familia del contrario, si sale vencedor; y sumir á la suya en los mismos horrores, si es vencido.

Leopoldo tenia fija la vista en el coche que descubria á lo lejos.

No quiso separarse del árbol en que estaba apoyado, hasta no convencerse de que se dirigia hácia el punto en que estaban ellos.

Poco tardó en convencerse de esta verdad.

El carruaje cruzó el espacio que media entre el paseo y la calzada, y penetró en ésta, marchando con notable rapidez.

—Ahí está ya mi contrario.

Dijo Leopoldo separándose del árbol, y dirigiéndose al sitio que habia escogido para el duelo su buen amigo Rafael.

—Bien;—contestó éste—el terreno es sólido y excelente.

—Gracias.

—¿Dónde están las espadas?

—Aquí las traigo.

Replió Leopoldo sacando las que llevaba debajo de la capa, y entregándoselas.

Rafael las examinó, y dijo:

—Son de temple inmejorable.

—Regular.

—¿Y te has ejercitado estos días en la esgrima?

—Precisamente jugué un gran rato esta mañana.

—¿Y qué tal te encontraste?

—Bastante bien.

Contestó Leopoldo por no alarmar á su amigo diciéndole lo contrario, aunque él tenia presente la facilidad con que habia sido desarmado por el mendigo.

—Bueno: estoy seguro de que vencerás.

Leopoldo no puso atencion en aquellas palabras. Ni el deseo del triunfo ni el temor de ser vencido le habian ocupado un solo instante. Era uno de esos jóvenes de corazon sereno y generoso, que se olvidan de sí mismos para pensar en la desgracia que amenaza á las personas que aman, y cuyas penas les preocupa mas que las suyas pro-

pías. La memoria de su amorosa madre embargaba en aquel momento toda su existencia: sonaba aún en su oído la triste voz con que en aquella misma mañana le había revelado el funesto presentimiento que tenía de un sangriento duelo, donde le había visto caer sin vida bajo el furibundo golpe de la espada de Duval. Este recuerdo le conmovió profundamente: amaba tiernamente á la que le dió la vida; el temor de dejarla abandonada le enterneció sobremedera, y no pudiendo resistir á la fuerza del tierno afecto filial, exclamó con triste acento, dirigiéndose á su buen amigo.

—Si muero, te recomiendo encarecidamente mi anciana y cariñosa madre.... discúlpame con ella.... dila que me he visto obligado á admitir este duelo para no manchar el buen nombre que heredé de mi desdichado padre.... que he sido provocado á él.... que no la he olvidado un solo instante.... que le amo con todo mi corazón.... y que mi último pensamiento ha sido para ella....!

—No pienses en morir:—dijo Rafael con

movido por las tiernas palabras de su amigo:—piensa en vencer: no sea el recuerdo de tu amorosa madre causa de debilidad, sino de confianza y de fortaleza. Sabes, sin embargo, que soy tu leal, tu franco, tu mejor amigo, y que si tiene la desgracia, que no espero, de perder un hijo, en mí encontrará otro que se afanará por consolarla y servirla.

—¡Gracias, amigo mio, gracias....!—exclamó Leopoldo apretando la mano de Rafael, tiernamente conmovido por aquel rasgo de generosidad.—Ahora estoy tranquilo.

—Bien; eso es lo que yo quiero; porque cuando el corazón siente, el brazo se debilita.

En aquel momento se detuvo el coche en el camino, á corta distancia de ellos: el cochero se apeó, abrió la portezuela, y salió por ella un hombre, llevando en la mano dos espadas.

—¡El es....!

Dijo Rafal.

Leopoldo volvió á apretar la mano de su fiel amigo mientras se aproximaba á ellos

el que habia bajado del carruaje, y le dijo en voz baja:

—¡No te olvides de mi querida madre, ni de llevar á Clotilde mi último adios si muero.

VERERE FLAMMAM
VERITATIS



CAPITULO IV.

Continuacion del cuaderno.

La hermosa Inés se sentó á cenar llena el alma de alegría y de impaciencia. De alegría, porque existia el hombre á quien amaba y habia juzgado muerto; y de impaciencia, porque anhelaba ver lo que contenia el resto del cuaderno.

Clotilde advirtió el contento de su hermosa protectora, y lo atribuyó á alguna buena nueva con respecto á Leopoldo, bien agena de pensar de que en aquel instante quizás, caía sin vida á los piés de su odioso rival.

Alzados los manteles, Inés se retiró á su

el que habia bajado del carruaje, y le dijo en voz baja:

—¡No te olvides de mi querida madre, ni de llevar á Clotilde mi último adios si muero.

VERERE FLAMMAM
VERITATIS



CAPITULO IV.

Continuacion del cuaderno.

La hermosa Inés se sentó á cenar llena el alma de alegría y de impaciencia. De alegría, porque existia el hombre á quien amaba y habia juzgado muerto; y de impaciencia, porque anhelaba ver lo que contenia el resto del cuaderno.

Clotilde advirtió el contento de su hermosa protectora, y lo atribuyó á alguna buena nueva con respecto á Leopoldo, bien agena de pensar de que en aquel instante quizás, caía sin vida á los piés de su odioso rival.

Alzados los manteles, Inés se retiró á su

cuarto, se encerró en él, sacó del cajon de su cómoda el cuaderno que besó mil y mil veces, y continuó la lectura de esta manera.

“Dia 23.—Cuando ayer desperté al ruido de la puerta del sueño delicioso en que yacía, me encontré con el hombre que me habia hecho prisionero, y cuyo nombre nadie me habia querido decir: venia en compañía de otro de barba larga, con quien me dejó, saliéndose él á poco: yo creí que habia llegado la hora de morir; pero con sorpresa escuché lo contrario: me dijo el de la barba larga que se interesaba por mi vida; que desde aquel momento respondia él de ella; y que al gobierno, para salvarme, se le habia contestado diciendo que no se pudo lograr mi captura á pesar de haber corrido varios meses en mi busca. Este rasgo es muy generoso, y sin embargo, yo no sé por qué no he sentido hacia este hombre, ni agradecimiento ni simpatía. ¿Se habrá cerrado mi corazon á la gratitud? Lo sentiria infinito. Pero no; mi corazon es leal y tierno... ¡Oh...! sí; á no serlo, me juzgaria indigno del amor de Inés....! ¿Qué estará haciendo en este

instante....? ¡Llorará por mí, como yo lloro sin descanso por ella....?”

Inés se enjugó algunas lágrimas, y continuó:

“Dia 1º de Mayo:—Hace nueve dias que no escribo: al acabar mi apunte del dia 23, entraron dos extrangeros á decirme que les siguiese, porque íbamos á emprender un viaje. Era de noche; obedecí, y me hicieron entrar en una litera. Quise sacar varias veces la cabeza para saber por dónde caminaba; pero me lo prohibieron los mismos hombres que habian ido por mí, y que marchaban uno á cada lado de la litera. De dia no haciamos alto en ninguna parte, y cuando se detenian á comer, me llevaba uno de ellos la comida á la litera, diciendo que no convenia que nadie me viese y me reconociera.

“Nada, pues, he visto del camino: ignoro por dónde me han traído y las poblaciones por donde hemos pasado. Esta noche, poco antes de que llegásemos al sitio en que me encuentro, oí que decian que era preciso encender hachas de brea, que traian en

abundancia; á poco ví, en efecto, al través del lienzo de la litera, la luz que despedían; luego sentí como que entrábamos en un largo callejon, por donde caminamos por espacio como de una hora; de repente hicimos alto; entró uno de mis cuidadores en la litera, me vendó los ojos, me agarró del brazo, y me hizo bajar cuarenta escalones que conté; en seguida marchamos otra vez derechos; entramos á la pieza en que ahora me encuentro, y me desvendaron, al mismo tiempo que me dejaban sobre una mesita de pino blanco una cena regular: "Este es el cuarto destinado á vd.," me dijo el de la barba larga; "de nada carecerá vd. por ahora sino de la libertad: ahí tiene vd. su cama, y puede vd. acostarse cuando guste; buenas noches;" y desapareció, cerrando tras sí la puerta con llave y cerrojo. ¡En dónde estoy...? ¡Qué se intenta hacer conmigo...? ¡Volveré á ver á Inés...! ¡Cuánto sufrirá la infeliz al carecer de noticias mías...!

"Dia 2.—¡Sin duda estoy en un calabo-

zo....! ¡No tiene la pieza en que estoy encerrado, ni ventana, ni parte alguna por donde entre la luz....! Esta me la envía una lámpara que está ardiendo constantemente sobre la mesa, y cuya opaca claridad le comunica un aspecto lúgubre á la húmeda mansion en que habito. El servicio del desayuno, la comida y la cena, me hace conocer el tiempo que transcurre lejos de la mujer que adoro....! ¡Yo que no podía vivir ni un instante lejos de ella...! ¡Ah, querida Inés....! ¡ángel de mi amor y de mi esperanza....! ¡Por qué me separé de tu lado la noche que me perseguían....? ¡Cuánto mas dulce me hubiera sido espirar, mirándote llorar por mi muerte, que vivir abandonado, solo, privado de la luz de tus divinos ojos en este antro de horror y de miseria....!"

"Hace un momento que entró á verme el hombre de la barba larga: me ha dicho que sus ocupaciones le impedirán verme con frecuencia, y ha recomendado que me traten bien. Es en efecto mi salvador, ó mi verdugo....? ¡Lo ignoro....! Entre tan-

to, solo tengo corazon para amar á Inés, ojos para llorar su ausencia, mente para pensar en su cariño, y mano para escribir á todas horas su nombre....! ¡Adios, Inés....! ¡Adios, único bien que adoro sobre la tierra....!"

Inés se enjugó el llanto que corria por su celestial semblante, y siguió leyendo varias hojas que contenian recuerdos de amor hácia ella.

De repente se detuvo en un página que llamó altamente su atencion: su contenido era el siguiente.

"Dia 10 de Junio de 1840.—Acabo de descubrir lo que sospechaba: estoy entre malvados: acabo de oir la voz del hombre de la barba larga. Desde que estoy preso, solo me ha visitado ocho veces. Sin acordarse seguramente de mí, pronunció cerca de mi cuarto el nombre de Landeta: yo apliqué el oido á la puerta, y pude escuchar que hablaban de unas libranzas que habia cobrado, fingiendo la letra de éste girándolas á favor de un D. Ignacio Cabrera, en

cuyo nombre se habia presentado á cobrar las en Guadalajara."

"Es un robo que ha hecho de treinta mil pesos, haciendo que el crimen recaiga sobre el inocente Cabrera, á quien sin duda la justicia castigará severamente, en tanto que el verdadero criminal goza de esa cantidad, insultando con su fausto la miseria de una familia á quien arruina. Si; yo les he oido complacerse de haber hecho recaer las sospechas y echar la responsabilidad sobre ese inocente, y de asegurar que, por mas que se empeñó en justificarse, nunca lo consiguió, porque se le juzgó, por lo menos, como cómplice en el robo. Yo, pues, que estoy convencido de su inocencia; yo que he escuchado á estos malvados, y sé que ellos solos son los que han cometido ese delito, me apresuro á consignarlo aquí, por si algun dia cae este cuaderno en manos de alguna persona honrada que se interese por la honra del calumniado Cabrera."

A este punto llegaba del cuaderno, cuan-

do oyó la voz de Clotilde que, al retirarse á dormir, le daba las buenas noches.

Inés corrió á abrir la puerta enagenada de placer.

—Entra, hija mia, entra, porque tengo que darte una buena noticia.

—¿Cuál, madre mia?

—La justificación de la honrada conducta del padre de Leopoldo.

—¿Cómo...!

—Era el único obstáculo que se oponía á tu union, y ese está ya destruido.

—¿De veras?

Exclamó Clotilde, brillando en sus ojos la alegría mas intesa.

—Míralo.

Dijo la hermosa Inés mostrándole lo que acababa de leer.

—¡Oh...! sí;—respondió Clotilde despues de haber recorrido las líneas que el lector conoce ya.—No hay duda; aquí está probada su inocencia; es preciso que mi protector sepa esta verdad que rompe el único obstáculo que me separaba de Leopoldo.

—Sí; lo sabrá.

—¿Ahora?

—No; lo sabrá mañana. Ha empeñado su palabra con Duval, y es preciso que yo tenga con él una entrevista larga que le haga cambiar de idea.

—¡Temo mucho que no lo consiga vd...!

—Es difícil, pero no imposible. Fué amigo íntimo del padre de Leopoldo, y al ver probada su inocencia, tal vez quiera reparar su falta uniéndote á su hijo.

—¿Olvida vd. que á Duval le debe hoy cuanto tiene, y que es imposible que corresponda retirando la palabra que le dió de hacerle dueño de mi mano?

—No, no lo he olvidado. La generosidad de Duval fué estudiada; fué el lazo con que le sujetó fuertemente; pero ese lazo se puede romper aún.

—¿Y cómo?

—No lo sé; pero tengo fé en que se romperá.

—¡Ah...! vd. me llena de esperanza y de consuelo!

—La Providencia vela sobre los buenos y los desgraciados.

—¿Pero el autor de ese escrito le merecerá entero crédito á mi protector?

—Sin duda alguna.

—¿Quién es?

—Mira.

—¿Ricardo Guzman.....!

—El mismo.

—¿Su amante de vd.....?

—Sí, hija mia; el amante que lloraba muerto.

—¿Vive?

—Ciertamente.

—¿En dónde está?

—Lo ignoro: ni él mismo lo sabe.

—No comprendo.

—Gime preso, sin que sepa á qué sitio le condujeron.

—¿Es posible?

—Lee los primeros apuntes del cuaderno, y te convencerás.

Clotilde fijó los ojos en los caracteres trazados en aquel interesante papel.

Inés, llena de júbilo y de dulces lágrimas, estaba á su lado escuchándola leer.

La cabeza de un hombre se dejó ver detrás de la vidriera del balcon que caia al jardin, sin que ninguna de la dos hermosas notase su aparicion.

—Están leyendo el cuaderno:—dijo para sí el hombre;—¿Lo habrá visto ya D. Emilio Landeta.....? ¡Ah.....! esos malditos que nos detuvieron para hablarnos de negocios, tuvieron la culpa de que no nos apoderásemos de ese cuaderno antes de que el mendigo lo pusiese en manos de Inés.

—El cielo se ha compadecido de nuestras penas;—dijo Clotilde despues de leer;—aquí está la esperanza de ambas, y la vindicacion del honrado padre de Leopoldo.

—Sí; la justicia de la inocencia y la acusacion del criminal.

—¿Y no cree vd. conveniente enseñárselo ahora mismo á mi protector?

—No, hija mia; esperemos á mañana.

—Como vd. guste.

—Bueno:—pensó el que escuchaba;—no lo ha visto aún D. Emilio: es preciso que

no lo vea; que yo me apodere de él á todo trance.

—¿Te vas ya, hija mia?

Preguntó Inés, viendo que Clotilde se disponia á salir.

—Si, madre mia, que ya es tarde; le dejo á vd. para que pueda entregarse libremente al placer que le debe inundar el alma en este momento.

—¡Gracias....!

—Hasta mañana.

—¡Adios....!

Exclamó Inés abrazándola y besándola en la frente: luego la acompañó hasta la puerta, donde se detuvieron otro instante, para hablar de su futura felicidad.

El hombre que espiaba detras de la vidriera, al verlas entretenidas, empujó con cuidado la puerta, entró de puntillas sin hacer ruido, y se colocó detras del pabellon de la cama.

Poco despues se marchó Clotilde.

Inés cerró con llave la puerta por donde ésta habia salido; en seguida hizo lo mismo:

con la del balcon, y se quedó sola en su cuarto.

El que estaba oculto detras del pabellon, sacó la cabeza para observarla.

Inés tomó la vela; la puso en un lugar á propósito junto á la cabecera de la cama; se sentó en ésta á leer otro instante el cuaderno antes de acostarse: el hombre volvió á asomar la cabeza por detras del pabellon, y al verla enajenada en la lectura, salió sin hacer ruido, se colocó á la espalda de ella, sacó un pañuelo que agarró con ambas manos de cada punta, inclinó el cuerpo hácia la hermosa en aquella actitud, conteniendo la respiracion; Inés vió dibujarse una sombra en el papel, y cuando, asustada, iba á volver la cabeza, el hombre apagó la luz al mismo tiempo que le tapaba la boca con el pañuelo, amarrándose fuertemente.

La desventurada quiso gritar, pero no pudo: fué á hacer uso de las manos para quitarse el pañuelo, pero en el acto sintió que le sujetaban los brazos con un cordel

y que le quitaban el cuaderno que tanto amaba.

En aquel instante se escucharon ligeros golpes en la puerta por donde poco antes habia salido Clotilde.

El hombre se alarmó; guardó el manuscrito, y se dirigió hácia el balcon que daba al jardin para abrirlo y huir por él.

La oscuridad era completa.

Los golpes en la puerta que comunicaba con el interior de la casa se repitieron mas fuertes.

—Abra vd., querida mamá; soy yo que vengo por la llave de mi cómoda que he dejado olvidada sobre la mesa.

El hombre no acertaba en la oscuridad á abrir la puerta del balcon para escapar.

Enés no podia responder ni abrir á su protegida, porque estaba amarrada.

—¡Ah...! ¡si me cojen aquí soy perdido...!—Dijo interiormente y alarmado en extremo el asaltante:—¡Gracias al infierno que he dado ya con el resorte...!—continuó diciendo:—ya no hay cuidado.... me he salvado....!

Y al decir esto, abrió el balcon, salió apresuradamente por él, bajó al jardin, llegó á la pared que le cercaba, subió por una escala que habia colocado para entrar, y subido sobre la tapia se puso á recoger la escala para ponerla hácia el lado de la calle, y bajar por ella contento del éxito de su empresa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El que marchaba hácia ellos, con aire resuelto y á paso apresurado, preguntó en alta voz al verse ya cerca.

—¿Es D. Leopoldo el que aguarda?

—El mismo, señor Duval.

—No me quiera vd. tan mal, querido amigo Cabrera:

llamarme Duval, no hiciera, aunque ofenderme quisiera, el mismo señor Duval.

—¿Qué oigo....! ¡Nañez!

Exclamó Leopoldo reconociendo al mendigo y corriendo á abrazarle.

—El mismo.

—¿Qué viene vd. á hacer por aquí?

—¿A hacer....? nada; porque todo está hecho ya.

—¿Qué quiere vd. decir?

—Que tengan vdes. la bondad de entrar en el coche que he traído, y que nos retiremos de este sitio.

—No puedo complacer á vd., querido amigo.

—¿Qué inconveniente existe?

CAPITULO V.

De la mano á la boca.....

Volvamos ahora á la calzada de la Piedad en donde dejamos á los dos amigos dispuestos para el duelo.

El hombre que habia bajado del coche, salvó de un salto la estrecha acequia que separa la calzada del sitio en que le esperaban, y avanzó solo, llevando en la mano las dos espadas con que le vimos bajar.

Rafael y Leopoldo extrañaron verle llegar sin padrino.

La noche habia cerrado completamente.

La sombra de los árboles y matorrales que orillan el camino aumentaban la oscuridad.

—El inconveniente de que estamos esperando á una persona.

—Lo sé; pero esa persona no vendrá.

—¿Por qué?

—Porque ya vino.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¿Cómo puede ser eso, si ella misma me suplicó por medio de una esquila, que me entregó mi casera, que el duelo tuviese lugar á las nueve.

—Porque quien tomó el nombre de esa persona fué otra, con el objeto de que vd no se presentase.

—¿Quién?

—Un amigo de vd.

—¡Ah!...! ese amigo me ha hecho pasar por cobarde á sus ojos, pues al no encontrarme, me habrá acusado de villano.

—Todo lo contrario.

—¿Cómo?

—Se ha ido convencido de que sabe vd. cumplir su palabra.

—¿Sin batirse conmigo?

—Es que él cree que se ha batido con vd.

—No comprendo.

—Y que ha sido vencido.

—¿Se chancea vd?

—Digo la verdad.

—Le suplico á vd. que tenga la bondad de explicarme este logogrifo.

—Voy á hacerlo con mucho gusto.

—Ya escucho á vd.

—Esta mañana, sobre la mesa del estudio de vd., y entre los papeles, pinturas y pinceles, ví una tarjeta doblada por las tres puntas. Convencido de que se trataba de un desafío, leí el nombre que contenia, la hora, y el sitio de la cita: interesado por la vida de vd., sostén de una anciana madre, quise conocer cuál seria aproximativamente el resultado del duelo. Entonces invité á vd. á tirar un instante el florete, resuelto á darle á vd. venir, si era mas fuerte que yo, pero á batirme en su lugar si sucedia lo contrario, como sucedió. Convencido de que á favor de la oscuridad de la noche no seria conocido por Duval, vine á esperarle, despues de haberle enviado un recado en

nombre de vd. suplicándole retardase el duelo hasta las ocho, mientras á vd. le enviaba otro, pidiéndole en nombre de Duval, viniese á las nueve, para lograr así que la noche entrase para no ser conocido de él en la oscuridad, y salvar á vd. de una muerte segura, haciéndole llegar mas tarde. Todo salió como yo me habia propuesto: alquilé estas espadas; llegó poco despues que yo; le dije que no traia padrino porque confiaba en su hidalguía; cruzamos las espadas sin que la oscuridad nos permitiese distinguirnos; me anunció que aquel era el último instante de mi vida; que Clotilde, libre de mí, se uniria á él para siempre. Yo le contesté que las armas lo decidirian.

Entonces nos acometimos sin hablar mas palabras; y me alegré de haber tomado la resolucion de acudir al desafio, porque tiraba muy bien, y la muerte de vd. hubiera sido segura. Sin embargo, conocí desde luego que yo tenia gran ventaja sobre él. Para manifestarle que vd. era generoso y que no le quitaba vd. la vida, aunque podia hacerlo legalmente, le amenacé con un golpe al

pecho, y cuando él acudió á quitárselo, le dí de plano sobre el hombro. Furioso de ira al ver que se burlaban de él, se arrojó sobre mí, pero su espada saltó á tres varas de distancia: le habia desarmado. Pude al mismo tiempo que le desarmaba tirarle una estocada y matarle; pero no quise; hubiera sido para mí un remordimiento, antes le dije que cogiera la espada y que volviésemos á combatir si le parecia.

—¡Don Leopoldo!—me dijo no pudiendo disimular la ira de verse vencido—me ha perdonado vd. la vida; pero le advierto que no estoy dispuesto á corresponder á su generosidad: le aborrezco á vd., y no descansaré hasta no vengarme de este rasgo de benevolencia. Adios.

Y se alejó de mí; subió en el coche con su padrino, y desaparecieron los dos.

Al verles marchar, me dirijí á casa de vd. para decirle lo que habia pasado; pero habia vd. salido, y conociendo que estaria vd. aquí, he vuelto para que no esperase vd. al que ya no ha de volver.

—Pero yo no me he batido, y no quiero que nadie pueda tacharme de cobarde.

—¿Y quién podrá hacerlo? ¿Duval, ante cuyos ojos únicamente debía vd. quedar como hombre de pundonor? Para él se ha batido vd., le ha vencido y ha sido generoso. ¿Nosotros? Aquí le vemos á vd. esperando á su rival para medir con él sus armas.

—Tiene razon el señor Nuñez;—dijo Rafael.—Al único á quien tenias que convencer de tu valor, pues nosotros lo conocemos perfectamente, era á Duval, y éste ha quedado plenamente satisfecho de él. La accion del señor Nuñez ha sido muy noble, y no hay mas que conformarse con ella. Ha querido evitar la muerte de un hombre honrado, las lágrimas de una amante y la desolacion de una madre anciana, y todo lo ha conseguido sin mancillar en nada tu buen nombre.

—Sí, es verdad;—contestó Leopoldo:—me conuenzo de la exactitud de esas reflexiones.

—¿Y me perdona vd.—preguntó Nuñez—

una accion que no reconocia otro origen que el de la amistad que profesó á vd?

—¡Ah...!—exclamó Leopoldo abrazándole;—vd. es el salvador de mi honra y de mi vida....!

—Bien; ahora podemos marcharnos, pues su affligida madre estará impaciente por su tardanza.

—Sí, marchemos ya.

Contestó Leopoldo. Y los tres subieron en el carruaje en que habia ido Nuñez. Al llegar al paseo de Bucareli, donde les esperaba el otro carruaje, despertaron al cochero que roncaba grandemente; le pagaron, y le dijeron que podia irse: en seguida se dirijieron adonde vivia Rafael, le dejaron en su casa, y los dos nuevos amigos marcharon juntos á la calle de Tacuba.

Nuñez quiso retirarse al dejar á Leopoldo en su habitacion; pero éste no lo permitió.

—Desde hoy—le dijo—quiero que viva vd. conmigo; que pertenezca vd. á mi familia

—Imposible: eso seria abusar de la benevolencia de vd.

—Y rehusar, lo traduciria yo por un desaire hecho á la amistad.

—Eso nunca.

—Ademas de que yo queria utilizarme de sus luces para un plan que tengo entre manos.

Dijo Leopoldo queriendo favorecer á su amigo, sin herir su amor propio.

—Todo cuanto valgo, que es muy poco, está á la disposicion de vd.

—¿No me ha dicho vd. que sabe pintar?

—En otro tiempo lo hice con bastante perfeccion.

—Pues bien: hace tiempo que me encargaron hiciese unos cuadros para colocarlos en las salas del colegio de *Las Vizcainas*; tengo ejecutados los bocetos, pero no me he podido ocupar todavía de trasladar la idea á los grandes lienzos que preparé con este objeto, por estar ocupado en otros trabajos que me ha sido imposible abandonar. ¿Tendria vd., pues, la bondad de hacerse cargo de su ejecucion?

—Temo que mi capacidad y mi buen deseo, no sean bastantes á llenar la idea de los que han ocurrido al diestro pincel de vd.

—Estoy seguro de que quedarán satisfechos. Por ahora lo que deseo es que vd. admita.

—Para mí seria una dicha suprema.

—Pues no hablemos mas: desde este instante es vd. mi socio; trabajaremos en un mismo estudio, y viviremos bajo un mismo techo.

Núñez estrechó la mano de su nuevo amigo en señal de agradecimiento.

—Admitido: voy á avisar á la posada en que tomé un cuarto esta tarde, que no me esperen, y que dispongan de él.

—Cuento con que viene vd.

—Dentro de un momento.

—¿No quiere vd. que suba las espadas?

—Si me hace vd. favor, le agradeceré que se lleve una, pues juzgo prudente ir provisto de la otra, que la llevaré oculta debajo de la levita.

—Está muy bien.

Leopoldo subió deseoso de abrazar á su

querida madre que le esperaba inquieta, y Nuñez, despues de despedir el coche, se dirigió, contento de lo que le pasaba, hácia la posada.

—Dios me hizo conocer á este excelente jóven—iba pensando;—para hacerme volver á la senda del honor. ¡Ah...! ¿para qué me separaría nunca de ella....? ¿Por qué en lugar de entregarme á la desesperacion, al desaparecer la jóven que era mi delicia, y de abrazar ciegamente el vicio, no trabajé con empeño para descubrir su paradero....? ¡Tal vez la infeliz me llamaba en su socorro, cuando yo, creyéndola ingrata la maldecía....! ¡Si has muerto, si estás en ese limpio cielo, ángel de mi inestinguible y único amor, perdóname mi fragilidad....!

Y á este recuerdo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Dominado por aquellos dulces sentimientos que le trasportaban á los gratos días que nunca olvida el corazón, porque se graban en él de una manera indeleble, cruzó maquinalmente varias calles, sin ocuparse del rumbo que llevaba.

De repente vino á sacarle de sus meditaciones un ruido extraño; miró á todos lados, y nada vió.

La calle estaba enteramente sola.

Entonces alzó la vista, y descubrió á un hombre sobre la cerca de un jardín, que se habia detenido, esperando, sin duda, á que él pasase para bajar despues.

Nuñez reconoció el sitio, y vió que aquel jardín era el que pertenecía á la casa de Clotilde.

Esto, y el hallarse aquel hombre sobre la tapia, le hizo sospechar que era algun malvado que queria huir; sacó la espada que llevaba oculta debajo de la levita, y se dispuso á impedirle el paso.

En aquel momento se oyeron voces dentro del jardín, dadas por varias personas que sin duda venian en persecucion del mismo que esperaba Nuñez.

El que permanecía arriba se vió perdido.

Nuñez conoció que su intencion era saltar hácia donde él estaba por librarse del peligro mayor, y se acercó mas para acometerle tan pronto como descendiera. Pero

preocupado con aquel noble pensamiento, no vió que en la acera contraria, y embutido, por decirlo así, en una puerta, habia otro hombre, de larga barba, que le observaba á él, y que montaba una pistola apuntándole con ella.

El ruido y las voces de los que llegaban por el jardín, se oyeron mas cerca.

El hombre, al verse perdido, saltó á la calle, cayéndosele del bolsillo un cuaderno que llevaba.

Nuñez iba á acometerle.

El hombre de larga barba que le apuntaba disparó sobre él la pistola, y temiendo ser perseguido, huyó, siguiendo el mismo rumbo que el primero.

Al encontrarse lejos y ver que nadie les seguía, se detuvieron, y el de la barba larga preguntó al otro.

—¿Se apoderó vd. del cuaderno?

—Con la mayor facilidad.

—¿Entonces de qué provinieron las voces que se oían?

—Porque Clotilde que habia ido, no sé con qué motivo, al cuarto de Inés, al verlo

cerrado y que nadie le respondia, empezó á dar voces, á las cuales acudieron los de la casa; pero cuando ya yo, por fortuna, habia logrado salir del cuarto.

—Venga el cuaderno que en tan grave peligro nos puso.

—Voy á dárselo á vd.

Y el hombre metió la mano al bolsillo para sacarlo; pero se quedó pálido y sorprendido al encontrarse sin él.

—¿Qué sucede?

Preguntó alarmado el de la barba larga, al notar la inquietud de su compañero.

—¿Qué ha de suceder....! que no tengo el cuaderno.

—¿Cómo!

—Sin duda se me cayó del bolsillo al saltar la tapia del jardín.

—¿Será posible?

—Sí, por desgracia.

—Regístrese vd. bien.

—No, no lo tengo:—contestó el hombre despues de registrarse todos los bolsillos:— se cayó al dar el salto hácia la calle.

—¡Ah....! pues es preciso volver para buscarlo.

—Seria una imprudencia: ¿no ve vd. que si, como es posible, ha matado vd. del pistoletazo al que trató de acometerme, la justicia que estará en el teatro de la sangrienta escena, pudiera echarnos mano?

—Tiene vd. razon. ¿Qué debemos, pues, hacer?

—Por ahora retirarnos á nuestras casas, y mañana, despues de informarnos de lo que ha pasado, discurrir y meditar el modo de reparar lo perdido.

—Puesto que no queda otro remedio, marchemos hácia casa. ¡Oh....! ¡ese cuaderno.... ese cuaderno es toda mi ambicion!

Y lamentándose ambos de aquel fatal contratiempo que les habia arrebatado lo que tanto habian anhelado, se alejaron, perdiéndose á poco en la oscuridad de las solitarias calles.

¿Qué habia sido del cuaderno?

¿Se quedó tirado en la calle sin que nadie lo viera?

¿Por qué Nuñez no persiguió á aquellos dos malvados?

¿Temió el hacerlo, ó habia sido víctima del pistoletazo disparado por el hombre de la barba larga?

Antes de satisfacer á estas dudas, preciso nos es ocuparnos de otros acontecimientos que importan á nuestra historia.

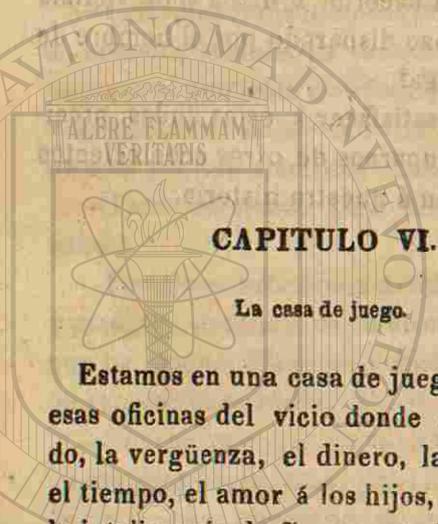
CAPITULO VI

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



CAPITULO VI.

La casa de juego.

Estamos en una casa de juego; en una de esas oficinas del vicio donde se pierde todo, la vergüenza, el dinero, la delicadeza, el tiempo, el amor á los hijos, á la esposa, la inteligencia, la fé, y cuanto hace al hombre digno de la sociedad.

Entre los seres que frecuentan esos sitios en que pierden sus buenos instintos, sus modales y las máximas de virtud tantos y tantos jóvenes que hubieran podido ser el ornato de su patria, lo primero que se pierde es el sentimiento generoso de humanidad, de amor al prójimo y de amistad.

¿Qué sentimiento noble puede abrigar el corazón del hombre que le estrecha á otro la mano con deseo de ganarle el dinero que lleva?

¿Puede haber virtud ninguna en el que desea su engrandecimiento particular con la ruina de miles que exponen á una carta lo que debieran emplear en saciar el hambre de su esposa y de sus hijos, que acaso perecen de necesidad y de miseria?

En el juego se acaban los mas dulce afectos: el corazón se cierra á todo sentimiento digno y se abre á todas las iniquidades.

Es una infernal pasión que ciega á los hombres hasta el extremo de que el mas humano se convierta en feroz y sanguinario, el mas probo en fullero y petardista, el mas tímido en insolente y quimerista, y el mas desprendido en egoísta y duro.

Para el jugador no hay más patria, mas amigos, ni mas familia que la mesa en que brilla el oro, y al rededor de la cual pasa los dias y las noches, fijos los ojos en aquel tesoro, que es el centro de atracción en que

giran todos sus sentidos, todas sus potencias, entera su alma.

¿Puede acordarse de los deberes de ciudadano, quien se olvida de los deberes de padre?

¿Puede correr á la defensa de su patria, el que no vuela á defender del hambre y de la desesperacion á su desgraciada familia?

¡Ah....! el jugador no debiera tener lazos ningunos que le ligasen á la sociedad: sus padres debieran morir antes de verle sumido en esa senda fatal; no debiera tener ni parientes, ni hermanos, ni esposa, ni hijos.... debiera vivir solo, enteramente solo en el mundo: así no arrastraria en su desgracia á los desdichados seres que forman su familia, y que son mil veces mas desgraciados que él mismo....!

Y no se crea que me contraigo únicamente á los que, careciendo de riquezas, arriesgan á una carta lo que tienen para el sustento de las personas que les pertenecen.

El rico que penetra una vez en esas peligrosas casas, y pierde á una carta lo que

hoy le sobra, mañana para resarcir la pérdida, aventura lo necesario; luego arriesga el préstamo de un amigo, el depósito tal vez que le han confiado, creyéndole honrado y poderoso, y si lo pierde, la desesperacion, el furor se apodera de él, le ciegan, le trastornan la razon, y colocado en la fatal pendiente se precipita de un paso imprudente á otro vergonzoso, hasta rodar á la sima del crimen.

El juego es un semillero de males que todo gobierno debe tratar de extirpar con mano inexorable y vigorosa. Y no se dé por disculpa el que, siendo imposible evitar completamente este vicio, los gobiernos deben ponerlo á contribucion, sacando de él todo el bien pecuniario que se pueda para las rentas del Estado.

Si el ser inevitable en su totalidad un vicio, sirviese de disculpa, ¿no tendria el mismo derecho de permiso el robo, pagando les salteadores una contribucion fuerte que les impusieran?

¿A dónde iriamos á parar con la pernicioso máxima de que los gobiernos deben

sacar todo el provecho posible de los vicios, puesto que no los pueden evitar del todo? Si cierto es que la autoridad no puede destruir por completo los males, debe al menos hacer lo posible porque sean menos las víctimas. Quien tiene conocimiento de las reuniones políticas, por insignificantes que sean, ¿podrá ignorar las sociedades del juego?

Vigile la policía sobre las segundas como vigila sobre las primeras, y fácil le será arrancar de la sociedad la mortífera gangrena que mata á millares de familias.

Nunca he jugado, porque siempre he mirado con horror ese detestable vicio; pero he penetrado, con objeto de observar, en esas casas, y me he sobrecogido de espanto al ver pintados en los rostros de todos, al caer las cartas sobre la carpeta, el temor, el sobresalto, la inquietud y la desesperación.

En medio de un magnífico salon se ve una larga mesa cubierta con una carpeta verde, donde brillan miles de onzas y de pesos, colocados en varios montones: al re-

dedor de ella están de pié, y agrupadas unas detras de otras, multitud de personas que han llegado tarde, y sentadas las que acudieron á hora mas oportuna. En medio de la mesa está el director de la banca, delante del cual está el fondo destinado á pagar los *puntos*; enfrente á él está el que le ayuda á *tallar*, alternándose en barajar cada media hora: á izquierda y derecha del primero, como á una vara de distancia, se descubre otro *tallador*, cada cual ocupado en recoger y pagar, para lo cual tienen delante el oro y la plata suficiente.

En los semblantes de estos cuatro personajes no se retratan jamás los sentimientos: sus rostros se mantienen impassibles, sin demostrar emociion ninguna, bien vaya el dinero del fondo á los *puntos*, ó bien vuelvan de los *puntos* al fondo.

No sucede lo mismo con los que se agrupan al rededor, ávidos de oro.

Ved la fisonomía de aquel hombre que asoma la cabeza por entre los hombros de los que están delante de él: vedle pálido y agitado, alargar el pescuezo, clavada la vis-

ta en las cartas que van saliendo, dejando ver en sus pálidos y secos labios la siniestra sonrisa del temor y la esperanza, y en sus ojos la sombría expresión que los nubla.

Ese hombre padece mucho sin duda, á juzgar por la contracción nerviosa que se opera á cada instante en su descarnado y macilento rostro.

Y todos los días los pasa ahí, al rededor de esa mesa, fijos los ojos en las manos del que baraja, como queriendo sorprender el lugar en que penetran ciertas cartas favoritas. Algunos días la fortuna le sonríe y le hace dueño de un capitalito con que pudiera emprender algún giro; pero el juego le ha quitado el amor al trabajo, y halagado por la ganancia y por la facilidad con que en un instante se ha hecho de una cantidad envidiable, vuelve al siguiente día, y pierde en un instante cuanto ganara el día anterior.

Delante de él, y sentado junto al que baraja, se ve á otro hombre, de avanzada edad, con varios montones de onzas delante, que acaba de poner, con la mayor calma, una

suma considerable á la carta contraria del que se halla detras de él.

El director corre la baraja con un magisterio y sangre fría que llaman la atención, seguro, sin duda, de aquella máxima que dice: *de Enero á Enero, el dinero es del banquero.*

El hombre que hemos visto de pié, apenas respira; cada carta que sale es un golpe que le da el corazón: nadie habla; un silencio sepulcral reina en todos los concurrentes, cuyo punto de atracción son las cartas.

Detras de este hombre, pero sin tomar parte en los azares del juego, se ve á un individuo vestido con el traje del campo, de tez bronceada, de pelo áspero y negro, de toscas maneras, pero en cuya fisonomía franca, aunque vulgar, se revelan sentimientos generosos, que no aparta la vista de él, mirándole con cierta mezcla de interés y de compasión.

Por sus anchas calzoneras, con botadura de plata, su sombrero adornado con ancho galon de oro, su *jorongo* y sus modales, se viene en conocimiento de que debe

ser una de esas personas ricas del campo, conocidas en México con el nombre de *rancheros*.

El hombre á quien observaba, ni siquiera habia reparado en él: tal era la ansiedad con que esperaba el éxito del albur.

Las cartas, entre tanto, iban saliendo sobre la mesa.

Los ojos de los jugadores se van fijando en las que salen, llevando al corazon, ya el temor, ya la esperanza.

De repente se oye clara y firme la voz del banquero, diciendo:

—El cinco mozo.

En todos los semblantes se opera un cambio instantáneo.

El hombre que hemos visto de pie se puso cadavérico; brillaron sus ojos con el fuego de la desesperacion; apretó los puños, llevó las manos á los bolsillos, y al no encontrar nada en ellos, se retiró de la mesa, y penetró en la pieza de descanso que estaba contigua al salon del juego, y en la cual se paseaban otros tan desgraciados como él.

El campesino que le habia estado observando le siguió disimuladamente, se embozó con su *jorongo* hasta los ojos para no ser conocido, y se sentó en un extremo de la pieza, desde donde siguió observándole.

—Le han tratado á vd, mal, D. Diego?

Le preguntó uno de los muchos que habian perdido lo poco que llevaban.

—Lo he perdido todo... ¡todo....! ¡hasta el dinero destinado para comprar pan á mi esposa y mis dos inocentes criaturas, que me esperan hambrientas y anegadas en lágrimas....! ¡Oh....! ¡por qué no morí la noche en que me dieron el balazo....? ¡Pobre Elisa....! ¡ella tal vez ruega al lado de sus hijas por mí en este mismo instante en que yo les condeno á morir de miseria y de necesidad....!

—No me han tratado á mí mejor que á vd. Ya sabe vd. que yo siempre juego *lugar*, con el objeto de sacar la *amanesca* (1), pues de cobrador de cuentas incobrables no saco mas que romper los zapatos sin encontrar á los acreedores. Pues bien, hoy he perdi-

(1) El diario para comer.

do uno tras otro todos los albures, sin que se hubiese hecho ni una carta mia. Y lo que siento es que el dinero estaba destinado á desempeñar un vestido de gró que mi esposa Crucecita, queria ponérselo el Juéves Santo.

—Pero yo soy un criminal. Desde que sané de mi herida y de mi enfermedad, no he hecho mas que sumir mas y mas en la miseria á mi mujer y mis hijos: soñando adquirir riquezas, he vendido cuanto la bondad de una amiga les ha proporeionado, y todo lo he dejado en esa maldita mesa de juego.

—Pero vd. siquiera tiene mas recursos que yo.

—¿Cuáles?

—Cuando veníamos hácia aquí, se encontró vd. con una persona que, al verle, puso en sus manos de vd. dos onzas.

—Sí, era el bondadoso Pablo, el rancharo de Texcoco, de quien ya he hablado á vd. otras veces.

—¿El que le encontró á vd. herido en S. Angel y le trajo en coche á México.

—El mismo. Iba á verme á mi casa, con

objeto de prestarme ese dinero que le pedí la última vez que estuvo en ella. ¡El creeria que iba á emplearlo en cosas útiles, necesarias á la familia....! ¡oh....! ¡soy un monstruo....!

En este diálogo estaban, cuando entró una mujer con una porcion de cajitas con anillos y alfileres de camisa, pañuelos, botones de pechera, arracadas, cortaplumas, y otra porcion de chucherías.

—Adios, D. Diego;—dijo en voz baja el esposo de Crucecita:—es mi vecina Doña Anita, y no quiero que vaya á contar á mi costilla que me ha visto aqui: voy á ver si me desquito y hago mi *bolichada* (2): le aconsejo á vd. que juegue *contrajudia*, que es lo que se está haciendo. Adios.

Y desapareció, evitando que le viese la mercachifle.

Diego se quedó abatido. Habian venido á tierra en un momento los lisonjeros sueños que le habian halagado durante su enfermedad.

(1) Fortuna

Por endurecido que estuviese su corazón por la pasión del juego, al fin era padre, y un padre siempre sufre con el recuerdo de la miseria de sus hijos. Sabía que le esperaban hambrientos y afligidos, ¡y no tenía que llevarles.....!

Esta idea despedazó su corazón; cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó meditabundo.

El hombre que le había estado observando desde un rincón, permaneció en el mismo sitio sin que nadie pusiese cuidado en él.

A corta distancia del desgraciado Diego, y sentado sobre un sofá, con los codos sobre las rodillas y el rostro oculto entre las manos, se ve á otro jóven de buena presencia, con la corbata en desórden y desabrochado el chaleco, indicando en su actitud y en su rostro, que levanta de vez en cuando, para volverlo á dejar caer sobre su manos, la desesperación y la inquietud.

Ese jóven pertenece á una honrada y principal familia. Casó hace dos años con una señorita de fina educación, con la cual

vino á vivir y establecerse en México. Pero tuvo un día la desgracia de encontrarse con un *convivador* tenaz que le condujo al juego; y desde entonces empezó á huir la paz de su corazón y la felicidad conyugal.

Al principio, el mejor éxito coronó su entrada en la senda de ese espantoso vicio; pero pronto le volvió el rostro la fortuna, y vió marchar tras las primeras ganancias, los bienes cuantiosos que recibió de sus padres. Entonces, no teniendo nada suyo, echó mano de los bienes de su afligida esposa, cuyos ruegos y lágrimas no consiguieron volverle al buen sendero, y pensando recobrar sus pasadas riquezas, solo consiguió quedar reducido á la mayor miseria.

La tierna esposa sufrió con resignación cristiana aquel funesto golpe, sin quejarse; sin abrir sus labios para exhalar delante de él un suspiro: lloró á solas la pérdida de sus bienes, no por ella que nada ambicionaba mas que el amor de su esposo que le robaba el juego; pero era madre, madre de una encantadora niña de ocho meses, y le desgarraba el corazón el pensar en el triste

por venir que á aquella inocente criatura le esperaba.

El jóven, dominado por la funesta pasion, no se apartaba un solo instante del rededor de aquella funesta mesa, cuyo oro le seducía, mientras su esposa, estenuada, sin probar alimento, llorosa y afligida veia morir-se al fruto de su amor, porque sus pechos, secos por la falta de alimento, no podian proporcionar á la inocente criatura el precioso sustento.

Era una virtuosa jóven, verdadero corazon de mujer, y mas queria sufrir que escribir á sus amorosos padres la triste situacion en que se encontraba: aceptaba gustosa sus tormentos, por no hacer perder á su esposo el aprecio que le dispensaban, y el buen concepto que de él habian formado al unirle con su hija.

Una noche le sonrió la suerte haciéndole concebir la esperanza de recobrar sus perdidas riquezas. Habia acertado algunos albures, y tenia ganados diez mil pesos; creyendo que aquel era el momento favorable para alcanzar sus fines, siguió jugando; y

cuando al dia siguiente se dirigió á su casa sin un real, pues todo lo habia vuelto á perder, halló la puerta de la alcoba cerrada, llamó, y viendo que nadie respondia, forzó la cerradura, y á sus ojos se presentó la escena mas tierna y desgarradora. Sobre un miserable colechon tendido en el suelo, yacian una mujer y una niña muertas y fuertemente abrazadas.... aquella tenia puestos los labios sobre la frente de la hermosa criatura, indicando el último beso que le habia dado al espirar: la niña tenia dentro de su entreabierta boca el seco pecho de su yerta madre.... Eran su esposa y su hija á quienes habia matado el hambre....!

Y él vive todavía; y es tal la fuerza de esa funesta pasion al juego, que no sale jamas de esa casa de maldicion.

—¿No compran vdes. anillos ó algunas otras alhajitas de gusto y baratas que traigo?

Preguntó en alta voz la mercachifle dirigiéndose en general á los que allí estaban.

—¿Y no trae vd. una soga de venta?

—Dijo un ilimitado de levita calva y abro-

chada hasta el pescuezo, de sombrero piramidal grasiento, y de zapatos rojos.

—¿Para qué?

Respondió Doña Anita.

—Para ahorcarme.

—Vamos, no te desesperes;—le dijo otro de casaca con faldones de gallardete hasta las tavas, y tan madura que se deshacia al tocarla:—voy á venderle á esta señora una cosa, cuyo importe lo emplearemos en desayunarnos.

—Véamos la prenda:—contestó la mercachifle:—yo vendo y compro.

—Aquí está.

Dijo el de los gallardetes sacando del mugriento bolsillo un pañuelo de algodón que Doña Anita tomó con mucho tiento en sus manos.

—¿Y cuánto vale?

—Un real.

—Si parece cedazo.

Dijo extendiéndole y viéndole lleno de agujeros.

—Mejor, así se puede destinar á dos usos.

—No; no compro claraboyas: si tiene vd. otra cosa....

—Sí, traigo aquí en el bolsillo una obrita que he escrito, y que podrá vd. venderla con estimacion entre los jugadores.

—Bueno; ¿y cómo se llama?

—Reflexiones para despues de haber perdido.

—No; no me convienen las mercancías de usted.

El jóven que estaba sentado en el sofá, alzó la cabeza al escuchar las palabras de venta, é hizo seña con la mano á Doña Anita para que se acercase.

Esta dejó al ilimitado y su compinehe ocupados en trazar con números un plan para no perder nunca, que aseguró uno de ellos ser infalible, y se acercó al jóven diciéndole.

—¿Qué quiere vd. comprar? Vea vd., aquí tengo preciosos anillos, ricos alfileres... cosas de gusto y de valor que me dan en comision las personas de alto *hirie*, pues como me conocieron en otro *predicamento*, y saben que soy toda una señora....

El jóven le atajó diciendo:

—Vendo; no compro.

—¿Es alhaja?

—Un retrato con marco de oro.

—Si es barato, no hay inconveniente; por que ya ve vd. como están los tiempos tan malos, si una no compra con comodidad... Y no es que yo quiera valerme de la aca-sion, que eso no lo hace una señora como yo soy, sino que las circunstancias y lo abatido del comercio....

—Lo sé. Yo no pido por él mas que la mitad de lo que vale.

—Véamos.

—Aquí lo tiene vd.

—¡Bonita miniatura!

—No; yo no vendo la pintura: no vendo mas que el marco.

—¡Ya....! el retrato será, sin duda, de su esposa.

—De mi esposa....!—exclamó el jóven conmovido:—No.... ¡es... de mi madre...! ¡Es el último presente que he recibido de ella....!

Y aquel hombre, en medio de la sed de oro que le devoraba, sintió despertar, por

un momento, los afectos mas tiernos del amor filial, y besó anhelante el retrato llenándolo de lágrimas.

Doña Anita se enterneció con aquella escena.

—¡Pobre jóven....!

Exclamó sin poder disimular su emocion.

—¡Muy pobre, sí... muy desgraciado...!—exclamó éste con amargo acento:—¡Ah...! señora; si tiene vd. hijos, no les deje vd. penetrar jamás en estos sitios, donde el hombre se olvida de todos sus deberes.... Pínteles vd. con los mas negros colores las funestas consecuencias del vicio detestable al juego....

—¡Y conociendo vd. eso....!

—¡Oh....! el que una vez ha penetrado aquí, se encuentra encadenado á la maldita mesa; y dado el primer paso por la senda del juego, la fatalidad le empuja por ella sin que haya fuerza humana que logre detenerla....

Doña Anita le compró el marco, casi de balde, á pesar de asegurarle á cada instante que era toda una señora: el jóven besó la

miniatura; la guardó en su cartera, y penetró en el salón del juego con la esperanza de enriquecerse en un momento.

La mercachifle, contenta de su compra, se acercó á ofrecer sus mercancías á otros varios que entraban revelando en sus alegres fisonomías que la suerte no habia sido ingrata con ellos.

Viendo á todos entreteñidos, el campesino, que habia permanecido hasta entonces en un rincón, se levantó de su asiento y se dirigió á D. Diego, que estaba olvidado de todo el mundo.

—No se *achicopale* vd. D. Diego, que Dios aprieta pero no *ajorca*.

Dijo el ranchero en voz baja, acercándose al afligido esposo de Elisa: éste levantó la cabeza, y exclamó admirado.

—¡Don Pablo....! ¡Aquí vd!

—Sí.

—Pero ¿cómo?

—Le *vide* á vd. entrar en esta casa cuando nos *desapartamos*, y como cuando *golvi* por la *misma* calle, me atajaron el paso unos hombres que estaban en la puerta, invitán-

dome á jugar, dije para mis adentros, ¿luego D. Diego vino á echar *sus pasados por agua?* y me subí para *devisar* lo que en *ralidad* habia.

—¡Y ha visto vd....?

—Que se le ha *arrancado* (1) á vd. hasta el último *claco* (2).

—¡Oh....! he hecho muy mal en jugar.

—Por *de contado*: el hombre, y mas si tiene familia, debe cuidar lo que ha *alquirido*, y no por ambicionar oro, como el rey *Medias*, perderlo todo, como decia mi antiguo amo D. Miguel.

—Sí; el rey Midas, ambicionaba, es verdad, riquezas como el jugador.

—Yo no sabia que tenia vd. la *debelidad* de gustarle el libro de cuarenta hojas, porque entonces, en vez de darle á vd., le hubiera *emprestado* á su *probe* familia.

—¡Ah....! sí; soy un criminal.

Exclamó Diego ocultando el rostro entre las manos. Pablo, enternecido al ver su aflicción, y deseando consolarle, le dijo:

[1] Que se ha quedado sin nada.

[2] Moneda de cobre equivalente á un ochavo español.

--Vamos, no se *desafija* vd., pues por fortuna, su esposa y niñas no necesitan hoy de nada.

--¡Cómo!

--En el mismo instante que me *jallé* con vd., iba de mi parte un criado á presentar un regalo de pollos, huevos, fruta y otras cosas que *truje* de mi ranchito de Texcoco.

--¿Será posible....? ¡Ah....! á vd. le debo la vida y la felicidad: me salvó vd. en San Angel de la muerte, y ahora lleva vd. el consuelo á la familia de un infame jugador....

--A Dios es á *quien* se lo debe vd. todo, y no á mí.

--A él y á vd.

--Ademas ¿no decia vd. *endenantes* que hubiera sido *mas mejor* que le hubiesen dejado morir cuando le hirieron en San Angel?

--¡Ah!.... no sabia lo que decia.... el sentimiento de mi ruina me tenia loco.

--Por poco se *achahuisclan* (1) y des.: el dinero *güelve* trabajando, pero la vida no

(1) Entristecen.

retoña. ¡Quererse ir al *joyo* (1) cuando tiene uno la virtud *mesma* por mujer y dos ángeles por hijos....!

--Tiene vd. razon.

--Lo que debe vd. *precurar* es salir de esta casa y no volver á poner jamas los piés en ella: contentarse con lo que le deja su trabajo, y de *altiro* (2) abandonar el juego.

--Ese es mi anhelo; pero despues de que haga algo; de que me ayude la fortuna acertando cinco albures á la dobla.

--Trabajando es mas segura la ganancia y se le toma sabor al dinero. Yo, D. Diego, no era mas que un triste indio *cuatro orejas*, criado de un excelente sujeto llamado D. Miguel, y con mi *hombria de bien*, y teniendo, *con perdon de usted*, menos talento que un burro, he llegado á *alquirir* un ranchito que está á su disposicion, y vivo á gusto, aunque *probemente*, en union de una esposa á quien nunca he dado el mas ligero disgusto, ni ella á mí, á Dios gracias. Pues si esto he conseguido yo á *juerza* de trabajo,

(2) Al sepulcro.

(1) Completamente.

y que soy, mala es la *comparanza*, mas caballo que mi caballo, qué no haria vd. que es *sabijondo*, sabe *escrebir* y es mas *talentudo* que *Titolivo*.

—Es que para hacer fortuna, mas vale ser honrado y trabajador, que un *Titolivio*.

—¿Es decir que se *jinca* vd. en seguir jugando?

—Hasta que haga una *bolichada* nada mas.

—Entonces nada tengo que hacer aquí: voy á ver si su familia de vd. ha recibido el corto presente que le envié, y me retiro, diciéndole á vd. que si pierde, y en *cualisquiera* apuración que tenga, no tiene mas que avisarme, que mi ranchito de *Texcoco* está á su disposición.

—Gracias, D. Pablo: tiene vd. un excelente corazón.

Y el campesino se alejó dispuesto á hacer cuanto bien le fuera posible por la virtuosa familia de aquel desgraciado.

Diego, avergonzado de sí mismo, pero sin poder apartar de su imaginación sus quiméricos proyectos de juego, se quedó abatido y pensativo.

Doña Anita, que iba á acercarse á él, se detuvo al ver al doctor Willey que llegaba en aquel momento, y que dirigiéndose á Diego le dijo:

—¿Qué hace vd. tan cabizbajo, D. Diego? ¿Le han dejado á vd. acaso sin blanca?

—Sin un real; sin nada absolutamente, señor Willey.

—¿Y no quiere vd. seguir jugando?

Doña Anita se puso á escuchar la conversacion.

—¿No le digo á vd. que he perdido todo?

—No se pierde todo cuando hay amigos que puedan disponer de algo. ¿Quiere vd. que le preste dos onzas? Aquí las tiene vd.: juegue vd. *mayores*, y estoy seguro de que se desquitará vd.: es lo que se está haciendo en este momento.

La mercachifle se sonrió maliciosamente de la generosidad del doctor.

Don Diego vió el cielo abierto: su fisonomía, poco antes abatida y pálida, brilló con la luz de la esperanza.

—Gracias, señor doctor:—exclamó con

indecible gozo:—voy á jugar lo que vd. me aconseja.

—Le aseguro á vd. que entonces ganará.

—Así le pagaré á vd. pronto.

—Eso no corre prisa: cuando vd. pueda y quiera.

—¡Um....!

Murmuró Doña Anita fingiendo arreglar sus mercancías.

—Voy, pues, á aprovechar el momento.

Adios, generoso amigo.

—Adios, D. Diego.

Dijo el doctor alargándole la mano.

Doña Anita, que no habia perdido ni un solo movimiento de ambos, dijo interiormente, viendo que aun seguian estrechándose la mano y dirijiéndose lisonjeras palabras de amistad.

—Cuando un hombre regala dinero á otro que tiene mujer bonita, no trata seguramente de observar el noveno mandamiento de la ley de Dios.

—Si pierde vd. lo que lleva, vuelva vd. á verme.

Dijo el doctor á Diego.

—Gracias.

Contestó éste, y dando el último apretón de mano á su falaz amigo, y olvidando los consejos de Pablo, se dirijió al salon en que jugaban.

Willey, al verle alejarse, se sonrió malignamente, y dijo para sí.

—Ve, imbécil, á jugar, que mientras te entretienes con la sota y el caballo, yo entraré en tu casa sin que haya ningun testigo que me impida hablar con Elisa. Pero antes voy á cerciorarme de que te quedas entregado al juego.

Y Willey se dirijió á la sala de juego, poco despues de Diego, para ver si podia ir sin riesgo á casa de Elisa.

Doña Anita, al verle desaparecer, y como si adivinase el pensamiento que le dominaba, exclamó:

—¡Um....! este doctor algo intenta....
¿Tendrá la esposa de D. Diego, como decia mi difunto, un *lapsus lingue*?

Y la mercachifle se entregaba ya á conjeturas avanzadas, que se disponia á poner en conocimiento de su amiga Crucecita en

cuanto la viera, cuando se abrió una puerta de uno de los cuartos contiguos á la pieza en que se hallaba, dando salida á Duval que se dirijia á la sala de juego.

—¿Me compra vd. estas pulseras que me han dado á vender....?

Le dijo Doña Anita presentándose al paso.

—Cuando me case.

—Entonces tengo mala esperanza.

—¿Pues qué, me juzga vd. incasable?

Dijo riéndose Duval.

—A vd. no; pero sí á ella con vd.

—¿Cómo....! ¿quién es ella....?—exclamó Duval, picado en su curiosidad:—Vd. conoce....

—¿A Clotilde....? ¡Vaya....! Como que la he visto entrar á casa de mi vecinito Leopoldo.

—¿Vd. es vecina de Cabrera?

Preguntó Duval con marcado interés.

—Vivo en la vivienda próxima, y visito á su mamá, que como conoce mis antecedentes y sabe que soy toda una señora....

—¿Y en qué se funda vd. para creer que Clotilde no se casará conmigo?

—En que la mamá de Leopoldo me ha dicho que lo único que se oponia al enlace de su hijo con Clotilde, era una acusacion contra su padre, y que esta acusacion está destruida con un cuaderno manuscrito que allí tienen, cuaderno que no deja duda de su inocencia, el cual piensan entregar á tiempo oportuno al señor Landeta.

—¿Un cuaderno?

—Sí señor.

—¿Que destruye la acusacion contra el padre de Leopoldo?

—Sí señor.

—¿Y qué no deja duda de su inocencia?

—Sí señor.

—Pero ¿cómo ha llegado ese cuaderno á manos de Leopoldo?

—Porque se lo ha dado su amigo Nuñez, un jóven rubio, muy guapo, que es muy galante conmigo y que improvisa versos con una gracia....

—Ya.

—Y que tiene mucho valor, como que para apoderarse de ese cuaderno expuso su vida.

—¿Sí?

—Figúrese vd. que pasaba por una calle, cuando oyó gritos dentro de una casa y vió sobre la tapia del jardín á un hombre que trataba de huir: entonces sacó su espada, y cuando aquel saltaba y Nuñez se lanzaba á aprehenderle, disparó sobre él un pistoletazo otro hombre que estaba escondido en la puerta de la acera de enfrente.

—He oído algo de eso.

—Por fortuna la bala no le tocó; y hubiera seguido á los malvados á no haberle llamado la atención una cosa blanca que miró tirada en el suelo, y que se detuvo á recogerla.

—¿Y aquel objeto....?

—Era el cuaderno que le he dicho á vd., y que revela la inocencia del padre de Leopoldo.

—¿Y no sabe vd. cuándo piensan entregarlo al señor Landeta?

—No lo sé á punto fijo; pero estoy segura que será muy pronto.

—¿Es decir que se proponen robarme mi felicidad?—Dijo Duval con marcada inquie-

tud; y cambiando de repente de tono, y aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir, añadió.—Pero eso es imposible: todas las pruebas están contra el padre de Leopoldo; y ese cuaderno de que vd. me habla, será obra, sin duda, de mi rival, para engañar al señor Landeta.

—No lo crea vd.: la mamá de Leopoldo es muy buena; y estoy segura de que me ha dicho la verdad, porque como sabe que soy una señora, y que por lo mismo puede confiármelo todo....

—¡Ojalá fuese cierta la inocencia de Cabrera!—exclamó con refinada hipocresía Duval, para sacar partido de ella:—Entonces yo mismo sería quien se interesase en que su hijo alcanzase, en premio de lo que sufrió, la mano de la mujer que amo.

—¿Sería vd. capaz de ese sacrificio?

Preguntó Doña Anita admirada.

—Yo prescindo de mi dicha por la del objeto que amo; y repito que si estuviese convencido de esa vedad....

—Nada hay mas fácil.

—¿Cómo.....!

—¿Quiere vd. que le pida el cuaderno para que vd. lo vea?

—¿Cree vd. que se lo daría?

—Sin duda: de mí hace una confianza ciega, pues como ya conoce que soy toda una señora....

—Pero....

—Yo creo que en asegurándole que vd. desea verlo para prescindir de su empeño...

—No.

—¿Por qué?

—Porque sería difícil que creyesen en mi sinceridad, y en la abnegación á que estoy dispuesto.

—Entonces....

—Mejor sería que yo viese el manuscrito sin que Leopoldo ni nadie lo supiera.

—¿Cómo!

—No podría vd. traérmelo, sin que él entendiese nada, y llevarlo luego para colocarlo en el mismo sitio que lo tiene?

—Lo que es poder, sí; porque como saben que soy toda una señora, entro y salgo en todas las piezas como si estuviese en mi propia casa, sin que nadie desconfie de mí.

—Bien.

—Pero....

—¿Pone vd. obstáculos?

—Que quiere vd.... yo tengo mis ideas... como soy una señora....

—Pero ¿en qué se opone ese paso á....

—En que es clandestino, opuesto á la educación que he recibido; pues ya vd. ve, que una que es verdaderamente señora, como yo soy, no debe....

—Pero cuando se trata del bien de la humanidad; de prestar un importante servicio á una familia calumniada; de hacer feliz á un joven, á quien desde este instante aprecio, las personas bien educadas, las que se hacen superiores á las preocupaciones del vulgo, las que son verdaderamente señoras, no se detienen en nada, bien convencidas de que el fin justifica los medios.

—Eso es mucha verdad.

—¿Le había yo de proponer de otra manera á vd., que es toda una señora, el favor que solicito?

La mercachifle sintió halagado su amor

propio al ver que la decían que era toda una señora, y agradecida á esa palabra que lisonjeaba su vanidad, contestó:

—Con efecto, bien visto, es una obra buena, y bien puede una señora....

—Mientras vd. se decide:—dijo Duval sabiendo que nada inclina mas que el dinero—le compraré á vd. las pulseras: ¿cuánto valen?

—Quieren una onza.

—Ahí la tiene vd.

Doña Anita quedó agradecida á la franqueza con que compraba su interlocutor.

—¿Y no tiene vd. otra cosa?

Añadió Duval tratando de tener de su parte á aquella mujer.

—Este anillo.

—Me gusta: ¿qué es lo que pide vd. por él?

—Ocho pesos.

Duval se puso á mirarlo, y dijo mientras lo examinaba.

—¿Tendré la dicha de que me proporcione vd. ver por un instante ese cuaderno?

—¿Pero me lo volveré á llevar inmediatamente?

Contestó la mercachifle inclinada á obsequiar el deseo de tan generoso comprador.

—En el mismo instante.

—Porque ya ve vd., como soy una señora, no sería justo que....

—¿Y cuánto vale este anillo?

Exclamó Duval cortando la palabra y mezclando la conversacion sobre el cuaderno con la del anillo para disimular de esta manera el interes por el primero.

—Cinco pesos.

—Téngalos vd. Con que ¿puedo contar con que se tomará vd. la molestia de traerme el manuscrito, por un solo momento?

—Pero me lo vuelvo á llevar en seguida.

—Inmediatamente.

—Pues bien, supuesto que es con el objeto de hacer una buena accion, voy por él ahora mismo. ¡Ah....! ¿no quiere vd. comprarme estos botones de camisa?

—Cuando vuelva vd. se los compraré.

Dijo Duval impaciente por ver el cuaderno.

Doña Anita salió contenta de la venta de sus alhajas, y discurriendo la manera de apoderarse, por un momento, del cuaderno, sin ser vista.

—En esto no hago mal á nadie;—iba diciendo cuando bajaba la escalera:—al contrario: este señor lleva, en ver ese manuscrito, el fin mas noble. Además de que, lo que contiene es honroso para la familia de Leopoldo; cosas que él quisiera que las conociese todo el mundo, de modo que en nada se rebaja con este paso mi dignidad de señora.

Duval, contento del servicio que le iba á prestar Doña Anita, y sobresaltado á la vez con el temor de que si no se apoderaba del cuaderno, se descubriese la inocencia del padre de Leopoldo, como aseguraba la merechifle, quedó meditando un rato. Luego, llamando á uno de los criados que andaba por allí, le dijo:

—¿Has visto al doctor Willey?

—Si señor: está en el salon del juego.

—Dile que tenga la bondad de venir á

verme: que le espero ahí dentro, en mi gabinete.

El mozo marchó á cumplir con la orden, y Duval penetró en la pieza de donde le vimos salir.

Doña Anita, entre tanto, se dirigia hácia su casa cuando se encontró en la calle con su amiga y vecina Crucecita.

—¿A dónde va vd., Doña Anita?

—A un asunto de la mayor importancia.

—¿Muy lejos?

—A casa; pero entremos á este portal, mi alma, porque está haciendo mucho viento, y le contaré á vd. lo que pasa.

—Sí, sí.

Y las dos antdiluvianas amigas entraron en un espacioso portal para ocuparse del prójimo.

Tan embebecidas estaban en su conversacion, que no vieron que el cielo se empezaba á poner negro, y que caian algunas gruesas gotas de agua, indicando uno de esos fuertes aguaceros tan notables en México.

Pero mientras ellas, saciando su desordenado apetito de murmuración, permanecen desollando al prójimo, pasemos nosotros á ocuparnos de otros personajes que interesan á nuestra historia.



CAPITULO VII.

Un plan.

Willey, al saber por el criado de Duval que éste deseaba hablarle, dejó la sala de juego adonde había seguido al esposo de Elisa, y se dirigió al gabinete en que le aguardaba su socio.

—¿Han llegado, señor doctor, los conductores del dinero?

Le preguntó Duval no bien le vió entrar en su gabinete.

—Hace una hora.

—¿Y se lo ha entregado vd. al señor Flan?

—En el momento que llegó.

—¿Y lo ha contado?

—Delante de mí.

Pero mientras ellas, saciando su desordenado apetito de murmuración, permanecen desollando al prójimo, pasemos nosotros á ocuparnos de otros personajes que interesan á nuestra historia.



CAPITULO VII.

Un plan.

Willey, al saber por el criado de Duval que éste deseaba hablarle, dejó la sala de juego adonde habia seguido al esposo de Elisa, y se dirigió al gabinete en que le aguardaba su socio.

—¿Han llegado, señor doctor, los conductores del dinero?

Le preguntó Duval no bien le vió entrar en su gabinete.

—Hace una hora.

—¿Y se lo ha entregado vd. al señor Flan?

—En el momento que llegó.

—¿Y lo ha contado?

—Delante de mí.

—¿Y nada ha conocido?

—Absolutamente nada. ¿Ni quién es capaz de conocer una moneda tan perfectamente imitada? Para descubrir el engaño sería preciso recortar los pesos, como yo lo hice para ver que el corazón es de metal blanco.

—¿Y las mercancías se las entregó á vd?

—Sí señor; y pronto irán caminando hácia Guanajuato.

—Perfectamente.

—Lo que temo es que la gente encargada de custodiar el dinero llegue algun dia á sospechar algo, y....

—Es de lo que menos temo: son hombres del bajo pueblo, vigilados por los nuestros, á quienes pago bien porque vengán escoltando el dinero, y ellos en lo que menos se ocupan es en saber su procedencia. Además, ven que tengo grandes empresas, y no extrañan que reciba esas cantidades.

—Es verdad. Y como, por otra parte, tienen formado tan buen concepto de todos los que venimos de otros países....

—Sin embargo.... ahora que contamos

con cuantiosas riquezas, es cuando empiezo á temer. Tenemos situadas, es cierto, en el banco de Lóndres y de Paris cantidades respetables con que vivir espléndidamente en Europa; pero aun tenemos aquí mucho por situar; y si en tanto se descubriese....

—Sí; lo mas acertado sería realizar cuanto aquí existe, y ponernos á cubierto de cualquier percance.

—Sí; yo no espero mas que mi enlace con Clotilde: en cuanto este se realice, parto con ella para Francia.

—Pues ese dia está ya próximo.

—Sin embargo, hay un obstáculo que se presenta á mi paso.

—¿Cuál?

—Leopoldo.

—¿El hombre que le desarmó á vd?

—El domingo por la noche debe tener una entrevista con ella en el jardín.

—¿Cómo lo sabe vd?

—Por la casualidad de no haber encontrado á Inés ni á Clotilde en su casa: habían salido á una visita, y yo, aprovechando aquella ausencia, entré, sin ser visto de na-

die, á la alcoba de la segunda, y dentro de un cajoncito me encontré una esquelita perfumada de Leopoldo, en que le citaba para el domingo en la noche en el jardin.

—¿Y cuál será su intento?

—Aconsejarle, sin duda, que resista á las pretensiones de D. Emilio.

—¿Y qué ha pensado vd. hacer?

—Vd. ¿qué me aconseja?

—¿Yo....? Ya sabe vd. cómo me gusta tratar esas cuestiones; matando las causas.

—¡Un asesinato....!

—Es el mejor remedio; porque los muertos ni hablan, ni estorban.

—¡Ah....! no; no quiero verter mas sangre: aun veo manchadas mis manos en la del baron....!

—Pues con la de éste se lavan. Todo lo demas es alargar tiempo y crear embarazos. Quitemos este estorbo, y alejémonos de este país para gozar tranquilamente del fruto de nuestro trabajo.

—Alejarme de él lo anhelo ya.

—Y es lo mas prudente. No olvide vd. que un fatal amor fué la causa de la muer-

te de su hermano de vd., D. Francisco Picaluga.

—¡Oh....! sí.

—Al mal paso, pues, es preciso darle prisa.

—Pero ¿quién querrá encargarse de esa comision delicada?

—No faltará, y que la desempeñe tambien á las mil maravillas.

—¿Y si Leopoldo, por una casualidad, no es vencido al sorprenderle, y se descubre nuestro intento?

—No sucederá.

—¿No valdria mas apoderarnos de él y tenerle en lugar seguro hasta la realizacion de mi enlace?

—No estoy conforme con ese parecer, porque si Clotilde, con la esperanza de unirse á Leopoldo, busca pretextos que alarguen el plazo de su enlace con vd., podria cambiarse la fortuna, y sernos fatal la espera.

Duval conocia que esos pretextos presentaria, sin duda, la jóven que amaba, puesto que Leopoldo pondria en conocimiento de

ella, si no lo habia pnesto ya, el hallazgo del cuaderno en que se manifestaba la inocencia de su calumniado padre. Conocia, por lo mismo, que el parecer de Willey era el mejor; pero su corazon, á pesar de estar endurecido en el crimen, se resistia á pronunciar la muerte de un jóven á quien toda la sociedad apreciaba. Convencido, por lo mismo, que si confiaba al doctor el secreto de que existia el documento indicado por Doña Anita, insistiria en quitar la vida á Leopoldo, quiso guardar silencio sobre este particular, y resuelto á no echar mano de ese extremo sino en el caso de no hallar otro medio de conseguir su objeto, contestó:

—Los temores de vd., doctor, no dejan de ser fundados: estoy casi seguro de que Clotilde se valdrá de todos los medios posibles para alargar el plazo de su union conmigo; pero tambien sé que cuando el señor Landeta, su protector, resuelva que se verifique, Clotilde obedecerá sin replicar.

—Puede ser muy bien.

—Estoy persuadido de ello. Por eso quisiera que, al sorprenderla en el jardin, nos

contentásemos con llevarle á lugar seguro, como antes dije, y tenerle en él hasta mi union con Clotilde.

—Repito que no estoy conforme con ese parecer: sin embargo, no lo desapruibo del todo. ¿A qué hora es la cita?

—A la hora en que todos descansan: á la una de la mañana.

—Pues si vd. quiere, asistiremos al mismo sitio para ver de lo que tratan, y obrar en consecuencia.

—Estoy de acuerdo.

—Quiere decir que el domingo en la noche, antes de la hora de la cita, penetraremos en el jardin, y ocultos en él esperaremos el resultado.

—Precisamente.

—Y cuando quitado ese obstáculo se haya vd. unido á Clotilde, abandonaremos el país.

—Al siguiente dia.

—Es lo que nos conviene.

—Y vd., doctor, que tiene un corazon tan inflamable y ancho, que ama á todas, ¿se

resigna vd. á marchar sin haber alcanzado el amor de Luz ni el de Elisa?

—De ambas habré alcanzado lo que deseo antes de nuestro viaje.

—De Luz no es fácil, porque está muy próximo su enlace.

—Mas próximo está un raptó.

—¿Cuándo?

—He resuelto que sea la víspera de su casamiento.

—Con vd. no hay mujer segura.

—Es mi única pasión; la pasión que me domina, y no me paro en los medios para conseguir los fines.

—¿Y no echa vd. mano de otras personas?

—Va á ser la segunda vez que me sirva de auxiliares, porque siempre me ha gustado hacer las cosas por mí solo. La primera vez cumplieron perfectamente con su obligacion; pero caí enfermo, y antes de que me aliviara y partiese al punto en que habia mandado llevar á una jóven, que robé, logró salvarse.

—¿Otra?

—Sí; y era linda.

—¿Y no la ha vuelto vd. á ver?

—Jamás.

—¿Y esos auxiliares?

—Son de allende los mares, porque la índole de los mexicanos es demasiado buena para prestarse á esas empresas en que es preciso hacer daño al prójimo.

—¿Y quiénes son esos hombres?

—El director de nuestra oficina falsificadora que es un leal paisano mio, amigo de aventuras, y los otros que trabajan con él, y que han venido conduciendo el dinero.

—Veo que vd. saca provecho de todo.

—Será mi última empresa amorosa en México.

—Dios quiera que salga vd. con tanta felicidad de ella, como yo anhelo salir de la mia.

—En dos cosas confío para conseguirlo.

—¿En cuáles?

—En mi fortuna y mi osadía.

—Puesto que de la primera no dudo, deseo que la segunda le sea favorable.

—Lo será.

—Esa confianza es un seguro presagio de buen éxito.

—Y el presagio se realizará.

—Así lo espero.

—Adios, señor Duval.

—Adios, señor doctor.

Willey estrechó la mano de su socio y salió de la pieza.

Duval arregló algunos papeles, pensó un momento en el plan que debía seguir para ser dueño de la mano de Clotilde, y se puso á esperar con muestras de marcada impaciencia la llegada de Doña Anita con el cuaderno prometido.

CAPITULO VIII.

Una escena en el agua.

El cielo estaba cubierto de negras y gruesas nubes que enviaban á torrentes la lluvia; el ruido de los canalones por donde salía á grandes chorros el agua y el de los continuos truenos, se unia al que formaban los infinitos coches que en esos momentos de espantoso aguacero cruzan en todas direcciones la capital, que se convierte en una inmensa laguna.

—¡Qué aguacero tan espantoso....!—Dijo un jóven que estaba concluyendo un retrato, á otro que seguia pintando un magnifico cuadro del apostolado:—Hoy es dia de

—Esa confianza es un seguro presagio de buen éxito.

—Y el presagio se realizará.

—Así lo espero.

—Adios, señor Duval.

—Adios, señor doctor.

Willey estrechó la mano de su socio y salió de la pieza.

Duval arregló algunos papeles, pensó un momento en el plan que debía seguir para ser dueño de la mano de Clotilde, y se puso á esperar con muestras de marcada impaciencia la llegada de Doña Anita con el cuaderno prometido.

CAPITULO VIII.

Una escena en el agua.

El cielo estaba cubierto de negras y gruesas nubes que enviaban á torrentes la lluvia; el ruido de los canalones por donde salía á grandes chorros el agua y el de los continuos truenos, se unia al que formaban los infinitos coches que en esos momentos de espantoso aguacero cruzan en todas direcciones la capital, que se convierte en una inmensa laguna.

—¡Qué aguacero tan espantoso....!—Dijo un jóven que estaba concluyendo un retrato, á otro que seguia pintando un magnifico cuadro del apostolado:—Hoy es dia de

que se aneguen las calles hasta penetrar el agua al zaguan.

—Y eso que aun no es el tiempo de lluvias.

—Pero es una tempestad que convertirá en un lago la ciudad.

—La oscuridad del cielo así lo indica al menos.

—Voy á descansar un momento mientras pasa el chubasco, porque me falta luz:—dijo el primero dejando sus pinceles y acercándose al que continuaba pintando:—Va perfectamente: ese toque ha sido feliz. ¿Ve vd., querido Nuñez, cómo no me engañaba cuando le decia que su pincel debía ser excelente?

—¿Le gusta á vd., amigo Leopoldo, la marcha que lleva el cuadro?

—En extremo. Los contornos están perfectamente: el pasaje muy bien comprendido, las figuras maestramente colocadas, y el colorido es inmejorable.

—Me alegro que sea de la aprobacion de usted.

—En un todo.

—¡Y yo que en mi abatimiento, en mi desgracia, cuando perdí las dulces ilusiones de mi amor, me entregué al vicio de la embriaguez, creyendo ahogar en él las penas del alma, cuán lejos estaba de conocer que el verdadero remedio á nuestros males, la eficaz medicina de las dolencias del corazón, es el trabajo!... Es cierto que ahora se han despertado en mí sentimientos tiernos, recuerdos íntimos que me hacen verter lágrimas; pero en estos sentimientos encuentro una grata melancolía que me hace feliz. Entonces, para no sufrir, renuncié á la razon; pero si es cierto que el espíritu dormia, la materia, en cambio, padecia todos los tormentos y todas las miserias que aquejan al cuerpo como consecuencia del abandono de su desenido al trabajo.

—¿Quiere decir que es vd. ahora menos desgraciado?

—No; ahora soy casi dichoso; porque ahora, si cierto es que perdí los dulces placeres del amor correspondido, disfruto de las dulzuras de la amistad franca, leal y desinteresada con que vd. me honra.

—El honrado y el favorecido con ella he sido yo; yo que le debo á vd. la honra de mi calumniado padre, la vida que hubiera acaso perdido á manos de mi rival, y la posesion de ese cuaderno que habian arrebatado traidoramente á la hermosa Inés.

—Todo eso está pagado con usura por haberme hecho entrar de nuevo en la senda del honor. Vd. me ha dado ejemplo de resignacion y de amor al trabajo, que nunca olvidaré.

—Pero no le he podido dar á vd. el remedio á su pena amorosa.

—Las heridas del corazon son incurables: duermen muchas veces, pero no acaban.

—Tiene vd. razon.

—Cuando se ha amado como yo amé á la hermosa jóven en quien veia el conjunto de todas las perfecciones; cuando nuestro corazon se ha alimentado con los juramentos de amor del objeto amado, y cuando cerca de las puertas de la suprema felicidad, cuando vamos á tocar la gloria apetecida, la realizacion del bello ideal que nos ha halagado, el encanto desaparece y el al-

ma bebe las heces del amargo desengaño, el corazon se abate, se anonada; pero queda grabada en él para siempre la imagen del sér que hemos idolatrado.

—Veo que le hacen á vd. mal esos recuerdos.

—No, don Leopoldo; todo lo contrario; me hacen mucho bien. Yo la amé con todas las veras de un corazon leal y tierno: lloré su desaparicion como llora el desterrado la ausencia de su patria; la lloro aún y la lloraré constantemente; pero ese amor y ese llanto son dulces, como los recuerdos de los goces pasados.

Y Nuñez quedó con la mano descansando sobre la tiente, con los ojos fijos en el lienzo que pintaba, y tiernamente conmovido.

Leopoldo que amaba, comprendió como nadie lo que sufría, y guardó silencio para no profanar sus dulces sentimientos.

Sabia que hay gratos dolores, penas balsámicas de que sería un tormento separarnos.

Entre tanto la lluvia habia cesado, pre-

—Seguramente se han entretenido charlando por ahí, y han tenido que esperar á que pasase el agua.

—Es muy regular. Pero ¿cómo entrarán ahora en casa....? ¿Se resolverán á que las traigan cargadas?

—Véamos.

—¿A dónde las pasamos á vdes., señoritas?—Les decían varios cargadores cercándolas y agarrándolas:—Yo no me caigo con la carga.

—Echénnoslas en las espaldas, valedores—decían otros.—Iremos pregonando la bula.

—¡Insolentes....!—exclamó exaltada la mercachifle:—No saben vdes. distinguir las personas. ¡No ven vdes. que somos unas señoras?

—Por lo *mesmo* queremos que no se mojen los ahuecadores.

—Oiga vd.; yo no uso nada postizo, ¿está vd? todo lo que llevo es mio.

Y se aplastaba el vestido con las manos para hacer ver que no llevaba miriñaque debajo.

—Vd. dispense, señorita;—respondió el

cargador con sorna—equivocé los huesos con los aros: como los tiene su merced tan salientes y *preunciados*....

—Ya quisiera vd. tener mis carnes.

—Déjalas, compadre:—añadió un tercero:—que ya son *vigilias* (1).

—Oiga vd., mal criado;—exclamó Doña Anita no pudiendo tolerar que la llamasen vieja, que era el mayor insulto que la podían hacer:—nada le deben mis años, sean pocos ó sean muchos: ¿está vd....? y pena de la vida el que no llegue á viejo.

—No les haga vd. caso, Doña Anita:—decía Doña Cruz:—¿Quién se pone á disputar con esa gente?

—Tiene vd. razon, mi alma; Pero lo peor es que me precisa llegar á casa.

—¿*Quere* su merced que yo la pase, señorita?

Dijo uno separándose de los demas cargadores con quienes habia fraguado una burla, y quitándose el sombrero con hipócrita respeto.

(1) Viejan.

A Doña Anita le lisonjeó aquella sumision, y le dijo al oído á su vecina.

—Este siquiera sabe tratar á las señoras.

—Es verdad.

Le contestó Doña Cruz.

—Pero ¿no me caeré!

Preguntó la mercachifle con afable sonrisa.

—No señorita, no tenga su merced cuidado; sé demasiado la preciosa carga que llevo para que la cuide como merece su alto nacimiento.

Los cargadores, que estaban de acuerdo con su compañero, se quitaron los sombreros con fingido respeto como asombrados de lo que oían.

Doña Anita se sonrió con satisfaccion y vanidad, y les envió una mirada de perdon y de superioridad.

Los cargadores inclinaron la cabeza.

—Vamos, señorita: la llevaré á vd. al instante.

—Pero....

—Cuando le digo á su merced, señorita, que no tenga su merced cuidado....

—Bueno; confío en vd.

—Hace su merced muy bien, señorita. ¿Y á dónde la llevo á su merced?

—Ahí enfrente; al número 3.

—Está muy bien.

Y el cargador guiñó el ojo á sus compañeros mientras se agachaba para que montase Doña Anita sobre sus espaldas.

Igual cosa hacia Doña Cruz, colocándose encima de otro cargador.

—Cuide vd. de que no se me suba el vestido.

—No se verá nada, señorita.

—Espere vd., espere vd., que se me ven los piés.

Dijo Doña Anita volviéndose á bajar para arreglarse el vestido.

—¡Ay....! Doña Anita;—dijo Cruz:— ¿No ve vd? Leopoldo nos está viendo del balcon.

—¡Ay....! ¡qué rubor....! pero ¡qué remedio, mi alma? ¡Nos hemos de estar aquí hasta la noche, cuando á mí me interesa llegar? Marchemos juntitas para taparnos mutuamente.

Y ambas se colocaron sobre la espalda de su correspondiente acémila racional, encargándoles que fuesen unidos.

En cuanto los que habían estado esperando aquella escena, las vieron sobre las espaldas de sus compañeros y en medio del agua, empezaron á silbarles y á dirigirles pullas.

—¡Ay....! ¡no se caiga vd., por Dios....!

Exclamó la mercachifle viendo que se bamboleaba su cabalgadura bipeda.

—¡Virgen Santísima....!

Gritó Doña Cruz notando que las piernas de la suya flaqueaban.

—Está muy resbaladizo el suelo.

Dijo el que llevaba á Doña Anita, fingiendo resbalar.

—¡Que me caigo....! ¡que me caigo....!

Exclamó Cruz afianzándose fuertemente con una mano del pescuezo de su cargador, y con la otra del vestido de su amiga.

—¡No me estire vd., vecina....!

Dijo asustada Doña Anita viendo que la otra le agarraba.

Los silbidos y la risa de los curiosos iban en aumento.

—¡Que se le ven los piés....! ¡que se le ven los piés....!

Gritaban unos.

—¡Que se le sube el vestido....!

Decían otros.

—¡Ahora.... ahora....!

Exclamaron todos á la vez.

A aquella voz, el cargador que llevaba á Doña Cruz, hizo como que tropezaba, bamboleándose con la carga: asustada la que iba encima, dió un agudo chillido, y se volvió á agarrar de Doña Anita para no caer; pero al esfuerzo que hizo, fió perder el equilibrio el que conducía á la última, y todos cayeron al agua en medio de la risa universal.

Doña Anita, temiendo ahogarse, gritaba que le sacasen; y su amiga renegaba de la hora en que le detuvo para contarle vidas ajenas.

Después de haber tragado una cantidad regular de agua, ambas consiguieron poner-

se en pié y salir empapadas, dejando los zapatos en el agua.

La rechifla entonces fué mayor, y no cesaron los silbidos hasta que consiguieron entrar en sus respectivas viviendas, corridas y avergonzadas.

Leopoldo sacó el reloj, y dijo á su amigo.

—Son la cinco. ¿Quiere vd. que vayamos al colegio de las *Vizcainas*, como quedamos?

—Sí; marehemos.

—Ahí pasa un coche vacío casualmente.

Advirtió Leopoldo llamando al cochero, y diciéndole que se acercase á la puerta.

El cochero paró el carruaje y esperó á que bajasen.

Leopoldo se puso la levita, echó una mirada sobre su cuadro, se acercó á la mesa, cojió un manuscrito que estaba encima de ella, y se puso á leerlo mientras su amigo Nuñez se mudaba tambien la levita para salir.

—¿Cuándo piensa vd. poner en manos de Inés ese cuaderno, amigo Leopoldo?

Le preguntó Nuñez.

—Dentro de pocos dias; y si no lo he he-

cho hasta ahora, ha sido por temor de confiarle á otro la comision de entregarlo.

—¿Es decir que piensa vd. dárselo vd. mismo?

—Así lo he resuelto.

—Pero ¿de qué medios se podrá vd. valer para conseguirlo, cuando le ha sido á vd. prohibida la entrada en la casa, y Duval espía los paso de vd?

—Aprovechando los instantes de una cita que debo tener con Clotilde muy pronto, á una hora en que nadie nos puede sorprender.

—¡Cuidado con las citas!

—Tomaré mis precauciones.

—Y cuidado tambien con el cuaderno. Es preciso que no lo deje vd. encima de la mesa, no sea que nos lo arrebatan tambien á nosotros.

—No es fácil.

—Sin embargo, todo es de temer de esos hombres que tanto empeño manifestaron en apoderarse de él, asaltando la casa de D. Emilio Landeta.

—Eso es cierto.

—¡Oh. . . ! si no hubiera sido porque en recoger el cuaderno me detuve un instante, yo me hubiera apoderado de ese malvado de la barba larga que, al disparar la pistola echó á correr.

—Esto hubiera sido para mí el principio de mi felicidad.

—Por eso es preciso guardar su obra.

Dijo Nuñez acabándose de vestir.

—Voy á hacerlo así.

Leopoldo abrió el cajon de la mesa, pero viéndolo lleno de varios objetos, volvió á dejar el cuaderno sobre ella, mientras los arreglaba.

En aquel momento se abrió con ímpetu la puerta del estudio, penetrando por ella, desolada y sin aliento, la vecina Doña Anita.

—Señores, por el amor de Dios—entró exclamando con la mayor aflicción—salgan vdes. al balcon y griten que aprehendan á esos infames cargadores.

—Pero ¿qué pasa, señora?

Le preguntó Leopoldo acercándose á

ella, y dejando abierto el cajon de la mesa, y encima de ésta el cuaderno.

—¡Que me han robado!....

Dijo afligida, corriendo al mismo tiempo hácia al balcon, y mirando á la calle para ver si descubria al cargador que le habia dejado caer.

—¡La han robado á vd!.... ¿y quién?

—El cargador que me arrojó en el agua.

—¡Cómo!

—Mientras, llena de miedo, temiendo caer, me agarraba de mi vecina Crncecita, él sin duda me sacó del bolsillo todo el dinero y las alhajas que traía!... ¡Ah!... ¡Estoy arruinada!... ¡Estoy arruinada, si no logro que se agarre á ese hombre!....

Y la infeliz Doña Anita lloraba amargamente, dirijiendo la vista hácia todas partes para ver si descubria al cargador.

Nuñez y Leopoldo, conmovidos pasaron tambien la vista por la anegada calle; pero no llegaron á descubrir al hombre que la arrojó en el agua, y á quien sin duda hubieran conocido por el traje, pues habian fi-

jado la atencion en él cuando tuvo lugar la escena de la caída.

—¿Le ven vdes?

—No, Doña Anita:—Dijo Leopoldo.—Sin duda se ha marchado temiendo que lo aprehendan.

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio!... exclamó afligida la infeliz.—¡Y no poder salir en su busca por estar las calles anegadas!...

Y Doña Anita, perdida toda esperanza, y olvidándose, en su dolor, hasta del encargo que le habia hecho Duval, se dejó caer sobre una silla lamentando su desgracia.

Leopoldo y Nuñez trataron de consolarla; pero teniendo precision de salir, y haciendo ya gran rato que les esperaba el coche, se despidieron de ella.

—Adios, Doña Anita:—le dijo el primero:—ya daremos los pasos necesarios para encontrar á ese cargador; pero si no lo conseguimos, sabe vd. que le ayudaremos á vd. mi madre y yo con cuanto sea necesario.

—Mil gracias, D. Leopoldo.

—Adios, pues; tenemos que salir, y le de-

jamos á vd. en su casa: no tardará mi madre en venir á esta pieza.

Y Leopoldo y Nuñez salieron compadeciéndose de la desgraciada Doña Anita: bajaron la escalera, entraron en el coche, y poco despues se dirijian al colegio de las Vizcainas.

Doña Anita, no pudiendo resignarse á perder todo lo que constituía su fortuna, salió veinte veces al balcon, entrando otras tantas desconsolada al no ver al cargador, y dejándose caer en una silla.

De repente vino á fijarse una idea en su imaginacion.

El cuaderno que le habia encargado Duval.

¿Estaria allí?

¿Le seria fácil apoderarse de él?

¿No podria alcanzar, presentándolo, mas dinero que el que acababa de perder?

Duval era hombre rico: le habia comprado sus alhajas al precio que le habia pedido: ¡podia dudar, pues, que dejaria de recompensarle liberalmente el servicio de entre-

garle el manuscrito por el que tanto interes habia manifestado?

Doña Anita sintió que la alegría volvía á su corazón con aquel pensamiento.

—Sí: Duval me dará cuanto oro quiera por ese cuaderno: le diré la desgracia que he sufrido por servirle, y todo me lo pagará.

Alentada con esta idea, se levantó de la silla que ocupaba, dirigió la vista hácia la mesa, y al tropezar sus ojos con un objeto que en ella habia, se pintó en su rostro la alegría mas intensa.

—¡Allí está el cuaderno....!

Exclamó alborozada.

Luego, temiendo ser sorprendida, miró hácia todas partes para ver si álguien la observaba.

Convencida á poco de que estaba sola, se dirigió sobre las puntas de los piés, y conteniendo la respiracion, hácia la mesa.

Al llegar á ella se detuvo un instante, y volvió á mirar hácia todas partes temiendo que álguien entrase.

Asegurada de que nadie le veía, se apoderó del cuaderno, y se dispuso á guardarlo.

En aquel momento la puerta vidriera que daba al estudio se abrió.

Doña Anita se puso pálida.

La puerta volvió á cerrarse tras de una persona que entraba.

Esta persona era la madre de Leopoldo.

¿Qué hizo Doña Anita al verla?

¿Guardó el cuaderno?

Los acontecimientos nos vendrán á revelar mas adelante lo que pasó en aquel momento.

hasta los ojos, embozado en su capote azul, con la espada entre las piernas, y el agonizante farol en medio de la calle, roncando dulcemente con la cabeza caída sobre el pecho.

De repente se oyeron los pasos de algunas personas que caminaban á prisa.

Eran dos hombres que marchaban juntos y sin hablar palabra.

Al cabo de algunos minutos moderaron el paso, y miraron hácia atrás para ver si álguien les seguía.

Al llegar á la esquina de Flamencos, se dirijieron hácia el Empedradillo, atravesando por la plaza de la Constitucion, llamada de Armas, dejando á la derecha el palacio y la suntuosa Catedral, cuyas gigantescas torres se elevan magestuosas como centinelas perennes de la religion, y á la izquierda el Portal de las Flores, la Diputacion y el Portal de Mercaderes, tan animados de dia y tan solitarios en aquel momento.

Al llegar á la esquina de la calle de Tacuba, los dos silenciosos personajes dirijieron la vista hácia los balcones de una

CAPITULO IX.

La Cita.

Los relojes de los sólidos templos de la ciudad daban casi á un mismo tiempo las doce de la noche.

A esa hora México reposa en el mayor silencio.

En los espaciosos y bellos edificios no se descubre luz ninguna.

Los teatros, lo mismo que los cafés y los billares, están cerrados.

Las anchas y rectas calles se miran desiertas.

Solo al llegar á las boca-calles, se descubre al descuido sereno, sentado en la puerta de alguna casa, metido el sombrero

casa, y sin detenerse mas que el tiempo indispensable para ver si se descubria luz alguna, continuaron su marcha por las calles de Santo Domingo, torcieron á la izquierda para entrar en la de Medinas, y detuvieron de repente su marcha al llegar á un edificio, contiguo al cual se elevaba entonces la sólida tapia de un pequeño jardín con algunos árboles frutales (1).

Aquellos dos hombres, sin hablarse palabra, dirijieron la vista á todas partes para cerciorarse de si estaban solos.

Al convencerse de que nadie les veia, uno de ellos se apoderó de la escalera del sereno, que estaba en la otra acera; la arrió á la pared, subió por ella, y se quedó encima de la tapia observando hácia adentro.

—No hay nadie:—dijo en voz baja al que se habia quedado en la calle:—vuelva vd. á colocar la escalera donde estaba, y venga usted.

El hombre á quien se dirijian estas palabras hizo lo que su compañero le mandaba, y volvió á colocarse debajo de la tapia.

(1) Hoy se han edificado casas donde estuvo ese jardín.

El que estaba arriba habia, entre tanto, logrado poner dos enormes clavos encima del paredon; sacó de debajo de un ancho leviton en que iba envuelto, una escala de mano; la aseguró á los clavos, y la colocó hácia la calle, diciendo al que esperaba.

—Suba vd.

Este subió con indecible rapidez.

Al verla arriba, el primero levantó la escala y la colocó á la parte del jardín.

Su compañero bajó por ella: en seguida hizo lo mismo él; miraron hácia un balcon de la casa contigua al sitio en que estaban y que daba al mismo jardín; caminaron luego sobre las puntas de los piés para no ser sentidos, y se escondieron detras de unos árboles que se levantaban á un lado de la puerta de aquel pequeño pensil que comunicaba con la calle, y que estaba cerrada por dentro con llave, tranca y fuertes cerrojos.

—Hemos llegado á buena hora, doctor:—dijo en voz muy baja uno de ellos:—esto está solo, y no faltan mas que algunos minutos para la hora de la cita.

—El principio es bueno, y creo que será excelente el fin, señor Duval.

—¿No nos habrá visto entrar alguno?

—Ninguno.

—Es preciso que nadie sospeche ni remotamente que hemos dado este paso.

—Me importa á mí tanto como á vd. el secreto, pues somos interesados y ejecutores.

—Nuestro nuevo plan de apoderarnos de ella y de él para que todos crean que ha huido con Leopoldo, es excelente, y digno del talento de vd.; pero temo que los dos solos no séamos bastantes para obligarles á salir de aquí, y llevarles adonde hemos dispuesto.

—Le repito á vd. que sí, señor Duval. Yo, encubierto con la careta, me apoderaré del amante, y vd., haciendo lo mismo, se arrojará sobre Clotilde, y amenazándole á cada cual con la muerte del otro, nos seguirán al instante, estoy seguro de ello.

—¿Y si, contra lo que es de esperarse, resistiesen?

—Entonces morirá Leopoldo; pero no se opondrá: el temor de que asesinen á su amada le obligará á seguirnos lo mismo que á ella al ver amenazada su vida por mi puñal.

—Parece que así debe suceder.

—Y sucederá. Entonces, libres de todo temor, vd., para no despertar sospechas, fingirá un profundo sentimiento por la desaparición de la mujer que adora; manifestará que no puede vivir en el sitio que le recuerda á cada instante la desgracia del objeto amado; dirá vd. que necesita volver á Europa para distraer la pena que le consume. Entre tanto yo habré llegado á Veracruz con Clotilde, valiéndome para que me siga sin quejarse, de la amenaza de que Leopoldo será muerto á la menor resistencia que haga; y cuando todos estemos en el puerto, fletaremos el primer buque, y dejando á Leopoldo en México, nos haremos nosotros á la vela para Europa, donde, después de repartir las utilidades, nos separaremos como buenos amigos, para vivir cada cual como mas conveniente juzgue.

—Así lo hemos resuelto, y así se hará: veo que no hay otra manera de vencer á Clotilde, y será mía por la fuerza, lejos del suelo de su patria.

El doctor llevó en aquel momento el dedo índice de la mano derecha á los lábios, indicándole que no hablase, y señaló con la derecha hácia el balcon que caia al jardin.

Duval guardó silencio y miró adonde su cómplice señalaba.

La puerta interior se abrió suavemente, y una luz brilló al través de las cortinas que velaban la vidriera. Una sombra se dejó ver detras de ésta: poco despues giró una de las hojas al impulso de una mano blanca y delicada: luego se abrió la otra; la luz desapareció; y en seguida se dejaron ver en el balcon dos señoras, afianzadas fuertemente de las manos, y mirando con pavor hácia el jardin.

Una de ellas se dispuso á bajar, y la otra se detuvo temblando.

—No tenga vd. miedo, madre mia!—dijo en voz baja la primera y con una dulzura

encantadora:—no tenga vd. miedo. Si vd. me abandona, ¿qué será de mí....? ¡Me ha suplicado tan encarecidamente que le conceda esta entrevista....!

—Sí, querida Clotilde; conozco que es preciso que des á Leopoldo una seguridad de tu amor; que le jures que de nadie serás sino de él; que le ruegues que espere tranquilo el resultado.... pero, ¿qué quieres....! La oscuridad, el sitio, la hora.... todo me hace temblar sin saber por qué.

—¿Y dónde quiere vd. que le vea, cuando me está prohibido recibirle en casa; cuando Duval pregunta á todos los criados si le han visto entrar....!

—¿Todo lo conozco, hija mia....! ¡Pero he sido tan desgraciada en mis amores.... que tengo miedo....! ¡miedo por tí, por tí cuya felicidad la compraria á costa de toda mi sangre....!

—¿Pero cree vd. que realmente exista algun peligro en esta amorosa entrevista...?

—¡No, idolatrada Clotilde....! Pero cierto funesto presentimiento.... No sé.... pero

yo me alegraría que desistieses y que volviésemos á entrar en mi cuarto.

—¡Ah....! ¿Y qué diría Leopoldo....?

¡Diría que me había olvidado de él... creerían sus temores, y tal vez me maldeciría....!

—Mañana te disculparías con él.... le dirías que yo te había suplicado que no asistieses al jardín; pero que le amas y que estoy dispuesta á defenderte contra el poder del señor Duval. ¿No te parece bien, hija mia....?

Clotilde se quedó triste y abatida, y contestó con melancólico acento.

—¡No tengo mas voluntad que la de vd...!

Inés se conmovió al ver la resignacion de aquel ángel de inocencia y de bondad. Nadie como ella, que amaba, podía comprender la honda pena que le costaría renunciar á aquella dulce entrevista con su amante, y no quiso exigir aquel sacrificio, que sin duda desgarraría el corazón de la jóven.

—¡No, hija mia....!—exclamó la hermosa protectora estrechando contra su pecho á Clotilde:—veo que es una pueril preocu-

pacion la mia: mi excesivo amor me presenta fantasmas que debo desechar: bajemos, sí; Leopoldo es digno de las mas altas pruebas de consideracion.

—¡Cuán buena es vd.:—dijo arrebatada de gozo Clotilde, brillando en sus ojos las lágrimas del placer.—¡Vd. me vuelve la vida!....! Sé que hace vd. un esfuerzo para sobreponerse á los temores de su présago corazón.... Pero no tenga vd. recelo: ¡es la primera, y acaso la última cita que nos demos....! ¡Y le amo tanto....! tanto como vd. amó, madre mia, al hombre que no le ha olvidado un solo momento en la oscura prision en que gime.

Los bellos ojos de Inés se arrasaron de lágrimas.

—Bajemos, hija mia;—exclamó conmovida:—bajemos: ¿por qué te he de privar del placer único que existe en el mundo para los desventurados seres que de veras aman? ¡Es tan dulce jurarse eterno amor á quienes une una misma voluntad y un mismo pensamiento!.... Sí; te acompañaré, Clotilde hermosa, y Leopoldo

verá que tienes en mí una amiga, una madre que te defenderá constantemente!....

—¡Gracias, gracias, madre mia!....

Exclamó la tierna jóven, estrechando agradecida la mano de la cariñosa Inés.

—Sí, bajemos: ¿qué debemos temer? Tal vez traiga el cuaderno que por un caso providencial volvió á su poder; y si es así y nos sorprende mi hermano, se lo mostraremos como motivo de esta entrevista, y de su lectura resultará acaso el bien que anhelas.

—¡Ah!.... ¡cuánto celebraría que lo trajese!.... En él están los tiernos caracteres del hombre que hace latir el corazón de vd, y la prueba de la inocencia del sér que yo idolatro!....

—¡Oh!.... ¡sí!.... En las breves páginas de ese precioso manuscrito está escrita la historia de los padecimientos de mi fiel Ricardo!.... del hombre que no me ha olvidado un solo instante.... que me ama como me amó en los primeros días de nuestro amor!....

Y la hermosa Inés se sintió conmovida

hasta lo mas profundo del corazón al pronunciar estas palabras.

Clotilde la estrechó la mano enternecida.

El reloj de catedral sonó entonces la hora.

—¡La una!....!

Dijeron las dos á un tiempo, descendiendo una tras otra al jardín con el mayor sigilo.

—¿Traes la llave de la puerta?

Preguntó Inés en voz casi imperceptible.

—Sí; aquí la traigo.

Contestó Clotilde.

—Pues marchemos á abrir, porque sin duda estará esperando.

Y ambas, caminando sobre las puntas de los piés, y agarradas de las manos, se dirigieron por una calle de árboles frutales con dirección á la puerta.

Duval y el doctor se ocultaron mas aún, detras de los troncos, cubriéndose los rostros con ligeras caretas de tafetan para no ser conocidos en caso de que los vieses.

Las dos hermosas pasaron por junto á ellos.

Los enmascarados contuvieron la respiración.

—Ahora que ha llegado el momento, es cuando tiemblo, madre mía.

Dijo Clotilde deteniéndose á pocos pasos de los que estaban ocultos.

—Si temes, volvamos:—contestó Inés que no había podido desechar un funesto presentimiento:—aun estamos cerca.

Duval y el doctor echaron mano á las dagas, y se dispusieron á arrojarlas sobre ellas en caso de que intentasen retroceder.

Clotilde titubeó un instante sin saber qué resolución tomar; pero el amor era el sentimiento que se sobreponía á todo, y dijo:

—No; es preciso que no me crea indiferente.

Y echó á andar sin esperar respuesta.

Inés le siguió recelosa y pálida.

Los que escuchaban volvieron á guardar las dagas, y esperaron sin moverse.

La noche seguía serena y hermosa.

Nada alteraba el silencio de ella.

La naturaleza entera dormía.

El viento había plegado sus ligeras alas, y no jugaba en las hojas de los árboles.

Solo el acompasado y constante ruido de una pequeña fuente, situada en medio del jardín, dejaba oír el monótono son de sus aguas, que saltaban de graciosos surtidores.

—¿No has oído?

Dijo Inés deteniendo á Clotilde, y mirando á todas partes sobresaltada y pálida.

—¿Qué!....

Exclamó la jóven participando de su terror.

—Creí escuchar....

—Nada:—dijo la jóven viendo que todo estaba quieto y solitario:—es el ruido de la fuente á quien nuestro pavor le presta sonidos terribles.

—Sí.... creo que tienes razón.... marchemos.

Clotilde llegó á la puerta del jardín que daba á la calle; miró por la cerradura; aplicó luego los labios á ella y preguntó en voz baja.

—¿Quién?

—Anagáida.

Al oír el nombre de esta yerba que indica *cita*, y reconocer la voz del que respondía, la joven descorrió el cerrojo, quitó la tranca, dió dos vueltas á la llave, abrió con gran precaucion la puerta, y recibió al artista, volviendo á echar el cerrojo únicamente.

Al entrar Leopoldo, un hombre que le habia venido siguiendo, sin ser visto, y que se detuvo en la esquina mientras esperaba á que le abriesen la puerta del jardin, cruzó la calle, se acercó á la tapia, miró hácia todas partes, y exclamó.

—No le perderé de vista.

Leopoldo, entre tanto, bien ageno de pensar que junto á él estaban ocultos dos hombres que espiaban todos sus movimientos, y que afuera le esperaba otro que habia ido siguiéndole, saludó respetuosamente á Inés, estrechó la mano de su amada, y bendijo en el fondo de su corazon aquel instante de felicidad.

—Alejémonos de la puerta; —advirtió Inés; —no sea que álguien pase y escuche nuestras palabras.

Esta reflexion pareció justa, y se dirijieron hácia el centro del jardin tomando la misma calle que habian llevado.

El doctor y Duval viendo que tenian que pasar por junto á ellos, se pegaron cuanto les fué posible á los árboles, tras los cuales estaban ocultos.

Clotilde condujo á su amante bajo de un moral circundado de un asiento rústico y gracioso.

Inés, fingiendo cojer unas flores, se retiró un poco para dejarles en libertad de expresar sus sentimientos.

—Este es mi árbol favorito:—Dijo la joven á Lopoldo:—cuando mi imaginacion, temiendo perderte, me representa contratiempos y peligros, vengo á llorar en él, porque es el intérprete de mi ferviente anhelo: él encierra este inmutable concepto, dictado por mi amante corazon: *no te sobreviviré; te seguiré á la tumba.*

—¡Ah...! Clotilde, ¡cuán dichoso me haces con tus palabras....! Pero cuando no las oigo, cuando estoy lejos de tí, acompa-

ñado de los temores que me inspira ese Duval que se ha propuesto poseerte, robarme mi felicidad, entonces mil ideas me asaltan, mi corazón sufre horriblemente, y el temor de perderte me hiela la sangre.

—Perderme....! ¿No tienes confianza en mí....? ¿No sabes que todo el poder del mundo no bastará á hacer cambiar mi corazón?

—Sí, todo lo sé; todo, hermosa mía. Yo sé que tus palabras son la expresión pura de tu alma angelical; pero es tan inmenso mi amor, tan necesaria á mi vida la ventura de llamarte mía, que el mismo deseo me convierte en temeroso y desdichado. Por eso he solicitado de tí esta entrevista.... porque en ella quiero que acaben mis temores y mis desconfianzas; porque en ella quiero alcanzar la garantía para el porvenir, y la seguridad de que no pertenecerás á nadie mas que á mí sobre la tierra.

—¿No te bastan mis repetidos juramentos de amor....? ¿No te repite que seré tuya á todas horas ese anillo que miro brillar en tu dedo...?

—Sí, Clotilde mía; todo me está diciendo que me amas, que soy el mas venturoso de los hombres; pero ¿te negarias á complacerme, si te suplicase que repitieses en esta noche, aquí mismo, el juramento de ser mía ante la imagen de un Sér que ambos adoramos?

—Dispuesta estoy á satisfacer tu exigencia. ¿Cuál es la imagen ante la cual crees que tendrán mas fuerza mis juramentos...? Dimelo, presentámela, y mis labios repetirán lo que mil veces han dicho, que soy tuya hasta la muerte.

—Aquí está:—Dijo Leopoldo sacando un pequeño crucifijo de oro que llevaba al cuello;—ante este Sér de amor y de piedad en quien crees, como yo creo; ante este divino Salvador de los hombres que lee en el fondo de tu corazón como lee en el mio y ante el cual es un crimen jurar en vano, prométeme que me amarás como yo lo prometo; júrame que serás mía, como yo juro ser tuyo para siempre.

Clotilde tomó en sus manos con fervoroso anhelo la sagrada imagen, la estrechó

contra su corazón, se puso de rodillas y exclamó:

—Juro ser tu esposa ó de ninguno sobre la tierra; lo juro por la preciosa sangre que vertió el Redentor sobre el sacrosanto madero.

Duval apretó los puños dejando ver en su rostro la ira.

El doctor le agarró del brazo para que se contuviera.

La jóven se levantó con apacible rostro despues de pronunciar su juramento, besó con religioso respeto la sagrada imagen, y se la entregó á su amante.

Leopoldo estrechó lleno de júbilo contra su corazón á la amorosa jóven, diciéndole con apasionado acento:

—Ya eres mi esposa ante el Eterno.

—Sí; y nada puede quebrantar mi juramento. ¿Estás tranquilo?

—¡Oh! sí; tus palabras han sido el bálsamo que ha calmado los recelos y los tormentos que me inquietaban sin cesar.

—Tuya ó de ninguno.

Volvió á repetir Clotilde con firme acento.

—Hermosa Inés;—dijo Leopoldo viendo acercarse á la protectora de su amada:—si algun dia llegasen á conducir por violencia al pié de los altares á la mujer que amo; si la hiciesen dudar de mi amor para conseguir que me dejase por otro hombre. . . . si llegase á echar en olvido los sagrados juramentos que en este instante acaba de hacerme solemnemente para dejarme sumido en penas y constantes lágrimas. . . . Recuérdela vd., bella Inés, recuérdela vd. los juramentos que acaba de hacerme; dígame vd. que son sagrados; que faltar á ellos seria faltar á la promesa hecha ante el Supremo Juez que nos tomará cuenta de nuestros ofrecimientos. . . .

—Antes me faltará la vida, que valor para cumplir mi sagrada promesa:—exclamó Clotilde:—Delante de Dios he jurado ser tu esposa, y nunca podré ser perjura: él nos ha unido, y nadie en el mundo tendrá poder para separar nuestras voluntades, ni nuestras almas.

—Sí, Leopoldo:—dijo la hermosa Inés estrechando la mano de su protegida:—

Clotilde cumplirá su palabra, y en vano los hombres se opondrán á la felicidad de vdes.: yo seré su consejera, su sostén y su guía, y de nadie será mas que de vd., de vd. á quien ama; de vd. que es un jóven honrado, digno del aprecio general, y que estoy segura de que labrará la felicidad de Clotilde. Si hasta hoy se ha opuesto la calumnia á la realizacion de este deseo, yo que estoy persuadida de la honradez de su desgraciado padre; yo que he leído la infamia de que se valieron para acusarle, publicaré su inocencia.

—¡Ah...! ¿Con que llegó vd. á leer el cuaderno antes de que llegasen á arrebatárselo?

—Sí, leí ese cuaderno escrito por un hombre que me merece entero crédito.... por un hombre que sufre en una horrible prision, y que es víctima de la maldad del mismo que labró la desgracia de su padre de vd.

—¡Oh...! ¿qué me importa ya la calumnia levantada para empañar la limpia honra del sér que me dió la vida, si vd. y el ángel que

idolatre están convencidas de su inocencia....!

—Es que nunca dudamos de ella.

—Pero á mí me importaba corresponder al buen concepto que tenían vdes. formado de la honradez de mi calumniado padre, manifestando de una manera palpable que no habia sido infiel el corazon de vd. y de Clotilde al juzgarle inocente.

—La prueba sobraba donde la conviccion era firme é invariable.

—¡Ah... gracias....! Si la opinion del señor Landeta me fuera tan favorable, nada temeria ya.

—Mi hermano cambiará tan pronto como vea ese escrito.

—¿Cómo....! ¿no llegó vd. á enseñárselo?

—Me lo arrebataron antes de que yo misma lo acabase de leer.

—¿Qué desgracia!

Exclamó abatido Leopoldo.

—¿Por qué?

Preguntó inquieta Clotilde.

—Porque en ello se fundaba mi esperanza de alcanzar su aprecio.

—Pero eso se conseguirá fácilmente.—
Avirtió Inés.—¡No hizo vd. saber á Clotilde que el cuaderno habia caido otra vez, por un caso providencial, en poder de vd?

—Sí; pero ha desaparecido del sitio en que estaba guardado.

—¡Cómo!

Duval aplicó el oido.

—Lo ignoro; lo dejé olvidado en la mesa de nuestro estudio la tarde de la fuerte tempestad, y cuando volvimos de la calle Nuñez y yo, nos encontramos sin él.

—Pero ¿no sospecha vd. quién pueda haberse apoderado de él?

—Absolutamente.

—¿No sabe vd. qué personas entraron ese dia en su casa?

—Solo una pobre vecina, ya anciana, que entró llorando á suplicarnos saliésemos al balcón para pedir que aprehendiesen á un cargador que, al pasarla cargando, la habia tirado á la agua y robado el dinero y alhajas que llevaba en el bolsillo.

—Pues tal vez sea esa mujer.

—No: fué cierta su desgracia: nos mere-

ce entera confianza: ademas, á poco de haber salido Nuñez y yo, entró mi madre, que no se separó de ella mientras estuvo en casa: luego cayó enferma á consecuencia de haberse caido á la agua, y aun sigue hasta este momento en cama.

Duval, que no habia perdido ni una sola palabra de aquel diálogo tan interesante para él, sintió inundado su corazon de alegría y de esperanza, y dijo interiormente.

—Ahora comprendo por qué no fué Doña Anita á entregarme ese cuaderno. ¡Y yo que creí que se habia burlado de mí....! Mañana mismo iré á su casa y me haré de ese interesante manuscrito.

—La pérdida de ese documento—dijo Inés—viene á trastornar el plan que yo habia trazado para vencer á Duval.

—Pero ¿no cuento con el amor de Clotilde?

Preguntó Leopoldo enajenado de gozo y estrechando la mano de su amada.

—Siempre.

Contestó la hermosa huérfana.

—¿No ha jurado ante la sagrada imagen del Crucificado, ser mía?

—Hasta la muerte.

—¿Qué falta, pues, á mi amor?

—Que el cielo lo proteja.

Exclamó Inés.

—Y el cielo lo protegerá:—dijo Leopoldo lleno de fe:—porque el cielo premia todo lo justo, todo lo noble, todo lo santo.

—¡Sí...!—pronunció Clotilde enajenada de placer y participando de la confianza de su amante:—el cielo que ha oído mis juramentos los acogerá benigno; y la Providencia velará por nosotros.

—Sí; la Providencia velará:—contestó Leopoldo:—Ahora, pues, que ella nos ha oído, ahora que ella ha escuchado los juramentos que Clotilde ha pronunciado solemnemente, parto tranquilo y con la fe en el corazón. Adios, bondadosa Inés: adios, hermosa Clotilde: ¡Adios!....

El joven artista saludó respetuosamente á Inés; estrechó ardientemente la mano de su amada que le envió una mirada profunda de amor, y se dispuso á marchar.

Clotilde se levantó de su asiento para acompañar á su amante hasta la puerta, y cerrarla.

Inés para dejarles libres aquellos últimos instantes, tan dulces para los que aman, penetró á un precioso cenador, cubierto de enredaderas y de flores, y se sentó á esperar y su protegida.

El doctor y Duval, cubiertos con las caretas, se prepararon al verles caminar con direccion á ellos, empuñaron sus dagas y esperaron el momento oportuno.

La cabeza de un hombre asomó en aquel momento por encima de la tapia del jardín.

Era el mismo que habia ido seguido cautelosamente á Leopoldo.

Cansado de esperar se habia valido de la escalera del sereno para subir.

El pintor, entretanto, se adelantaba tranquilo y sin recelo al lado de la mujer que amaba, bien agenos ambos de pensar que tan cerca estaban de un peligro inminente.

—Ahora nada temo, querida Clotilde:—decia Leopoldo cuando estaba á pocos pa-

sos de los que le esperaban;—tú eres mi esposa delante de Dios, y á nadie puedes ya pertenecer: mis temores han cesado, y las pretensiones de Duval se estrellarán ante un imposible.

En aquel momento llegaron á los árboles en que estaban ocultos los dos malvados.

La jóven iba á contestar; pero se vió de repente sujeta por detras y tapada la boca con un pañuelo lo mismo que Leopoldo, y amenazados ambos por dos puñales dispuestos á caer sobre sus pechos.

Inés se encontraba dentro del cenador y nada pudo ver.

—Sígueme, ó muere tu amada.

Exclamó uno en voz baja, pero terrible, dirigiéndose al sorprendido artista.

—¡Salgamos, ó muere tu amante!....

Dijo el otro á la angustiada hermosa.

Leopoldo quiso desprenderse, pero su contrario le tenia fuertemente sujeto.

—Si hace vd. otro movimiento, es muerto.

Pronunció el que le tenia fuertemente asido, levantando el puñal.

Clotilde palideció.

El hombre que estaba sobre la tapia, sacó una pistola, apuntó con ella, la disparó prontamente, se oyó un ¡ay....! desgarrador en el jardin, y se vió caer envuelto en su sangre á uno de los tres, y sin sentido á la desdichada Clotilde.

que de oraciones, temiendo que tengan la cortesía de aligerarles de lo que llevan.

Pero es preciso hacer justicia al pueblo bajo de México.

El es valiente y pendenciero; expone su vida, ó la *rifa*, para servirme de sus palabras, por una expresion ofensiva, por la menor prueba de desprecio que reciba de otro igual; pero no mata, no insulta, no se mezcla con la gente pacífica y decente que transita por lo mas solitario y retirado de la ciudad, aunque sea la hora mas avanzada de la noche.

Los que lo contrario dicen; los que le pintan en Europa acechando en cada esquina al confiado ciudadano que pasa, para despojarle del dinero y de la vida, no conocen el país, ó han tratado de denigrarle.

Yo he recorrido á las once y doce de la noche, por espacio de muchos años, los barrios señalados como los mas peligrosos, sin llevar arma ninguna, y jamás he tenido que arrepentirme de mi confianza.

He asistido á las diversiones populares, á sus fiestas públicas, á sus paseos favoritos

CAPITULO X.

Un baile leperocrático.

Estamos en una casa de vecindad del barrio de la Palma, uno de los mas afamados en México por lo valiente y pendenciera que es la gente baja que en él vive.

Al ver á aquellos hombres envueltos en sus frazadas, caido el sombrero *jarano* (1), ó de petate, de inmensas alas, sobre la oreja derecha y generalmente hácia atras, de rostros cetrinos, con el cigarro en la boca y el *jerro*, como ellos dicen, metido en el ceñidor que sostiene su ancho calzon blanco, los transeúntes aligeran el paso al to-

(1) Sombrero semejante al que usan los picadores en España, aunque de ala menos ancha.

para estudiar sus costumbres; me he mezclado, por decirlo así, entre ellos, para escuchar sus palabras, juzgar de su talento natural, y conocer sus tendencias; he observado de cerca cuanto les atañe, y nunca he tenido contratiempo ninguno.

Esto prueba la índole excelente del pueblo mexicano, tolerante hasta el extremo, valiente como el primero, y dócil sin igual.

En prueba de la verdad de lo que llevo dicho, quiero consignar aquí un hecho muy curioso, y el lector me perdonará la digresión, que bastaría él solo á desmentir todo lo que se ha escrito en el extranjero contra el carácter mexicano.

Al volver de España en 1860, descansé con otros compañeros de viaje en la Soledad, á la sazón en que las tropas del general Miramón pernoctaban en el mismo sitio con dirección á Veracruz, cuya plaza iban á sitiar.

Varios habitantes de la población, al saber que al siguiente día continuábamos nuestra marcha para México, nos aconsejaron que no lo hiciésemos, que esperásemos la vuelta de las tropas, porque de lo con-

trario moriríamos á manos de una partida que estaba en un monte cercano en acecho de todo pasajero.

Esto nos alarmó sobremanera; pero, sin embargo, era preciso, y continuamos nuestro viaje resueltos á sufrir lo que Dios dispusiera.

Con efecto, no bien empezamos á subir una altura, cuando descubrimos un hombre á caballo.

—Ahí están.

Dijo el cochero, y continuó subiendo, porque retroceder era imposible.

Al llegar á la altura nada vimos, el hombre había desaparecido; pero cuando mas descuidados íbamos, aparecieron por ambos lados del camino, y ocultos entre los árboles, como veinte hombres, á pié unos y á caballo otros.

—¡Alto ahí...!—dijeron apuntándonos;— y abajo todo el mundo.

La obediencia era indispensable, y todos saltamos del carruaje.

—A ver qué llevan vdes. en esos baules.

Todos los que íbamos allí, exceptuando

un frances, que nos sirvió de mucho, y un mexicano que venia de España, éramos españoles. que volvíamos despues de dar un paseo por Europa, y que conocíamos la índole de los hijos del país: dos comerciantes de Oaxaca, uno de México, otro de S. Luis y el que esto escribe.

Esto nos sirvió de mucho, porque la confianza que infundia el conocimiento del carácter de las personas, nos dió valor para que entráramos en conversacion con ellos.

Uno de nosotros sacó una porcion de cajetillas de cigarros de la Habana, y le fué dando una á cada uno, mientras bajaban los baules.

Otro, sacando algun dinero, repartió una peseta á cada individuo de á pié, diciéndoles que era un obsequio para que echaran un trago, y por último, otros dos regalaron dos zarapes á los que parecian hacer cabeza.

Entretanto mi baul lo habian puesto en el suelo, y me fué preciso abrir.

Al alzar la tapa, lo primero que se presentó á la vista del que hacia de jefe, fue-

rón unas estampas de las últimas acciones de los españoles contra los marroquies.

—¿Qué es eso?

Me preguntó.

Yo le expliqué entonces algunos episodios de la guerra de Africa, y me hice tan amigo de él en mi corta conversacion, que concluí diciendo:

—¿Puedo cerrar mi baul? Nada traigo en él.

—Sí; ciérrelo vd., y que no se registre ninguno.

Este rasgo de generosidad nos volvió el alma al cuerpo.

Mi baul tenia adentro porcion de alhajas de valor que algunas mexicanas, radicadas en España, enviaban á sus familias. Los de mis compañeros venian igualmente bien provistos.

La conversacion entonces se hizo familiar; los baules volvieron á colocarse en el carruaje, y aquellos hombres, á los cuales nos habian pintado con los mas negros colores, no solo no nos quitaron nada, ni nos

maltrataron, sino que nos acompañaron tres leguas para custodiarnos.

Allí hicimos lumbre; calentamos la comida que llevábamos dispuesta de la Soledad, huevos pasados por agua, gallinas y pollos asados, chorizos, queso, vino y pan; almorzamos amigablemente con ellos, nos despedimos estrechándonos la mano, nos dieron un papel para que nadie se metiese con nosotros en caso de que nos saliese otra partida, y nos separamos agradecidos y admirados del comportamiento de unos hombres que, careciendo de todo, viviendo en las montañas y expuestos á perder la vida á cada instante, en un país desgarrado por la revolución, hubieran respetado todo lo que nos pertenecía, tornándose de repente, por unas cuantas palabras deferentes que con ellos cruzamos, de señores, á quienes obedecemos, en leales amigos que nos respetaron.

¿Y hay otro pueblo alguno sobre la tierra que obre de esta manera en circunstancias iguales!... Ninguno.

Pero volvamos á nuestra historia.

Hemos dicho que estamos en una casa de vecindad del barrio de la Palma. Varios cuartos colocados á izquierda y derecha, y extendiéndose á lo largo, formando una especie de callejon, forman el edificio.

Un farol, sostenido por un cordel, cuelga del techo y alumbra la entrada del zaguan, iluminando su luz las mal formadas letras blancas de un rótulo escrito con mala ortografía que se ve encima de la primera vivienda, y que dice "Cacera," por casera.

Entre el segundo y tercer cuarto se descubre una escalera que conduce á la única habitacion alta que cuenta el edificio, en cuyos balcones se ven las cédulas que indican que se alquila.

Eran como las ocho y media de la noche. El cielo estaba negro, y los relámpagos se sucedían con una rapidez prodigiosa.

El barrio de la Palma presentaba el aspecto mas imponente y lúgubre.

Las casuchas bajas de adobe, por entre cuyas desvencijadas y rajadas puertas, se dejaba entrever el débil resplendor de una flaca y agonizante vela, pegada en la pared,

aumentaban la lobreguez y el aspecto sombrío de aquel sitio por donde de vez en cuando se veía cruzar algún hombre de fiero ceño, embozado en su sábana ó frazada, que entraba en su especie de barraca para descansar, vestido, sobre un petate colocado en el húmedo suelo, donde pasaba la noche roncando tranquilamente.

De distancia en distancia veíanse abiertas las puertas de algún desprovisto tendijón de carcomido mostrador, alumbrado por un farolito de papel. En él se veían tres ó cuatro velas colgadas, algunas tortas de pan y un frasco de aguardiente con algunos vasitos á su lado, y al tendero sentado en una silla rota, dormitando y embozado en su zarape.

Al oír la última campanada de las nueve, todas las puertas se cerraron casi á un mismo tiempo, y el barrio quedó en completa oscuridad.

—¡A dónde me dirijiré, Dios mio....?—
Exclamó una mujer envuelta en un vestido pobre y remendado que cruzaba en aquel momento:—¡Será posible que me vea pre-

cisada á pasar la noche en medio de la calle, y sin tener donde guarecerme de la tempestad que amenaza....? ¡A nadie conozeo...! ¡Estoy cansada del camino, y ando á la ventura sin saber en dónde me encuentro...! ¡Dios mio, Dios mio....! ¡ten piedad de esta desgraciada....!

Y la mujer marchaba rezando interiormente.

Los alegres acordes de algunos instrumentos fueron en aquel instante á herir su oído.

—¡Música....!—Exclamó con tristeza la pobre mujer, dirijiendo la vista hácia donde aquella salía.—¡He aquí los contrastes de la vida....! ¡he aquí las ironías de la sociedad....! ¡la comedia del mundo!.... ¡Allí ríen y gozan....! ¡aquí lloran y sufren....! ¡Marchemos hácia donde son felices....! ¡tal vez me concederán un rincón donde pasar la noche....!

Y la mujer se encaminó poco á poco á la casa de vecindad que llevamos descrita.

La casera iba ya á cerrar la puerta del

zaguan, cuando se presentó la pobre al umbral, diciendo:

—¿Tiene vd. la bondad de darme un lugar cualquiera para pasar la noche?

La casera le miró, y le pareció descubrir en las facciones de aquella mujer algo que revelaba buen nacimiento y educacion.

—Pero....

—¡Soy una desgraciada muger que ha sufrido mucho en la vida!

—Lo comprendo así.

—Que no tengo conocimientos en la ciudad, á la cual acabo de llegar en este momento.

—¡Pobre muger!

—Era muy pobre, sí; pero ahora lo soy aun mas, porque en el camino me han despojado de lo poco que traia.

—¿Le han robado á vd?

—Sí, señora.

—Entre vd., entre vd.: eso es suficiente para que la reciba á vd.

Dijo la casera haciéndose á un lado para que pasara la que demandaba hospitalidad.

—Dios le pagará á vd. este rasgo de caridad.

Exclamó con profundo reconocimiento la infeliz mujer al verse bajo techo.

—No hago mas que cumplir con una de las obras que él ordena: "dar posada al peregrino."

Dijo la casera mientras cerraba la puerta.

—Sin embargo, para cumplir con ella se necesita tener un buen corazon, como el que vd. tiene.

—Gracias á Dios—dijo la casera acabando de cerrar la puerta—no creo que lo tengo indiferente á las desgracias del prójimo.

Y luego, dirigiéndose hacia su cuarto y deteniéndose fuera, añadió:

—Tenga'vd. la bondad de entrar, señora, á la pobre habitacion que le puedo ofrecer con la mejor voluntad.

La favorecida mujer penetró en el cuarto, y se quedó de pié en medio de él, mientras la casera entraba y entornaba la puerta.

La habitacion de la casera se componia, como generalmente se componen todas las de los caseros de casas de vecindad, de una sola pieza. Las paredes estaban descasca-

radas por la humedad, y en ellas se veían, en pequeños cuadros, algunas estampas ordinarias de los santos á quienes mas devoción hay en México.

En un rincón de la pieza se veía una pequeña hornilla de barro en que se cocían los frijoles (1); junto á ella unas tenazas y un aventador; en el rincón opuesto una cama limpia, aunque indicando pobreza: entre la cama y la hornilla, una mesita de pino blanco, encima de la cual habia un espejito roto en unas partes, y sin azogue en otras; una almohadilla de hechura antigua y sin bisagras, un candelero de barro en que ardía una flaca y agonizante vela de á clao y un libro de misa, cuya pasta, por el sudor y el uso, presentaba un color indifinible.

El pavimento de la pieza era de vigas ya carcomidas por el tiempo, y que se movían al pisar sobre ellas, como las teclas amarillentas de un mal órgano.

—Siéntese Vd., mi alma, dijo la casera á su huésped después de entornar la puer-

(1) Judías.

ta, y ofreciéndole de dos sillas descompuestas, únicas que componían el ajuar, la menos peligrosa.

—Gracias.

Contestó con voz dulce la mujer, aceptando el asiento, y bajando el rebozo con que hasta entonces habia tenido cubierto el rostro.

La casera fijó entonces sus escudriñadores ojos en la huésped, y pudo advertir, á la opaca luz de la flaca vela, que su fisonomía era dulce y simpática, franca y tierna la mirada de sus bellísimos ojos azules, abundante y fino su cabello castaño, que llevaba recogido en dos hermosas trenzas; pequeñas y torneadas sus manos; gracioso y de gallardas formas su esbelto cuerpo, y su edad, si no revelaba la primavera de la juventud, era sí todavía esa en que la mujer recoge los obsequios mas tiernos.

La casera, al ver tanta belleza bajo los viejos harapos que envolvían á su huésped, examinó sus movimientos, y se convenció de que aquella mujer habia pertenecido á la buena sociedad.

Creendo que grandes desgracias, sin duda, la habrían afligido para reducirla al triste estado de pobreza en que la veía, sintió un vivo interés, mezclado de respeto, hacia ella, y tomando asiento á su lado, y tratando de pasar á sus ojos por persona acostumbrada también á la buena sociedad, le dijo:

—¡Ay! no puede vd. figurarse la vergüenza que me da vivir en esta pieza. Como estoy educada en una esfera mas alta, cuanto aquí me rodea me hace echar de menos mi pasada posición social.

—Es decir ¿que ha sido vd. desgraciada?

—Ya vd. debe figurarse si lo habré sido, para haber venido á parar del estado mas alto de la sociedad al de triste portera de casa de vecindad.

—Efectivamente.

—Figúrese vd., por lo mismo, si me compadeceré de los robados, cuando la causa de que me vea vd. reducida á la necesidad de servir de casera de vecindad, es el que me hayan también robado hace pocos dias.

—¿Será posible....?

—Y tan posible, si señora; porque yo, aunque me esté mal decirlo, me crié en magníficos pañales y con mucho regalo.

—Lo creo, porque conozco demasiado lo instable que es la rueda de la fortuna, y las continuas evoluciones de ella.

—¡Ay!—dijo la casera exhalando un prolongado suspiro:—nadie tiene pruebas mas amargas de esa verdad como yo. Figúrese vd. que soy nada menos que viuda de un general de brigada.... ¡Ya ve vd., toda una señora!....

Y la casera exhaló otro suspiro mas prolongado que el primero.

—Con efecto.... su conversacion de vd....

—¿Es verdad que se conoce a la legua? Sino que como el gobierno no nos pagaba, me ví precisada á meterme á *mercadela*, porque ya vd. ve, mi alma, que no es deshonra el trabajar.

—Todo lo contrario: el capital producido por el trabajo es el que mas satisface á una conciencia limpia.

—Eso es lo que yo he dicho siempre. Pero una tarde me detuve á hablar en la

calle con una amiga mia llamada Doña Cruz: nos cogió el agua y esperamos á que pasara. Cuando esto sucedió, todo estaba ya anegado, y como tenia precision de llegar á mi casa, hice que me cargase un cargador; pero al maldito se le antojó caerse conmigo en medio del agua. Con el susto, yo no atendí mas que á salir; pero al subir á mi habitación para mudarme el vestido mojado, advertí que me faltaba el dinero en oro de unas alhajas que habia vendido, y otros objetos de valor que los llevaba envueltos en un pañuelo. Inmediatamente sospeché que el cargador me habia robado, y corrí al balcon de unos vecinos para señalar al ladron y gritar que lo cogieran; pero ya para entonces habia huido. Conservando, sin embargo, una esperanza de que se hubiese caido el pañuelo en el agua, estuve esperando á que se desanegase la calle, y cuando todo estuvo seco, solo encontré entre el lodo mis zapatos, pero no el pañuelo que contenia mi caudal.

—¿Qué desgracia!

—Y lo peor, mi alma, era que la mayor

parte de las alhajas me las habian fiado; porque ya ve vd., como soy una señora, todos hacian confianza de mí: de manera que no solo perdí lo mio, sino lo ageno, que es lo que mas me atormentaba; pues como soy una señora, no queria que tal vez sospechasen....

—Calculo lo que vd. sufriria.

—Y todo, sabe vd. ¿por qué? por hacer una buena obra.

—Lo creo.

—Figúrese vd. que se trataba de hacer ver la inocencia del padre de un jóven honrado, á quien se le negaba la mano de una hermosa, y como para conseguirlo era preciso mostrar un cuaderno en que se patentizaba su honradez, me suplicaron lo presentase, puesto que yo habia indicado dónde se hallaba.

—¿Y lo consiguió vd?

—Lo que es del cuaderno logré apoderarme; pero como me fué imposible salir en aquel momento por hallarse anegadas las calles, y al siguiente dia caí en cama con calentura, á consecuencia de la mojada, el

cuaderno se quedó sin que lo pudiese presentar á la persona interesada.

—Pero lo habrá vd. hecho despues, y la recompensa por el buen servicio, habrá reparado la pérdida que tuvo vd. de su dinero y alhajas.

—¡Ay!—dijo arrojando un suspiro la casera, en quien el lector habrá reconocido desde las primeras palabras á Doña Anita;—así lo esperaba yo tambien; pero estaba de Dios que me viera reducida, yo, toda una señora, al estado miserable en que vd. me encuentra.

—Pero ¿por qué causa?

—Figúrese vd., mi alma, que en el mismo dia en que yo me alivié y me preparaba á presentar el cuaderno, hubo una desgracia en un jardin, que me ha retraido de mi intento, temiendo que me compliquen en el negocio; porque ya vd. ve lo que es la justicia; y no seria justo que siendo yo toda una señora

—Obró vd. cuerdatamente.

Contestó la pobre mujer, deseando que terminase aquella conversacion, que para

ella ningun interes encerraba, y mucho menos cuando su cuerpo le pedia el descanso de sus fatigas.

Doña Anita tambien, ya fuese porque tenia costumbre de cenar temprano, ya por que considerase que debia estar fatigada su huésped, se levantó de su silla, se acercó á la mesa, puso un mantel limpio, aunque ordinario, sacó del cajon de ella dos platos rajados en el borde, se aproximó luego á la hornilla, preparó la pobre y escasa cena, hizo que participase de ella la deseñocida mujer, y sacando despues un colechon viejo que tenia envuelto en un petate á un lado de la cama, y tendiéndolo en uno de los ángulos del miserable cuarto, le dijo:

—Vd. estará cansada, mi alma, y justo es que se acueste ya: aquí tiene vd. este colechon que llevaba mi difunto en campaña: acuéstese vd. en él, y mañana le contaré á vd. una porcion de cosas muy curiosas.

La mujer le dió las gracias por los favores que le dispensaba, y se acostó en el rincón donde la nueva casera habia tendido el colechon.

Pero entretanto que la una descansa y Doña Anita medita en las consecuencias de un momento de murmuración, que tan caro le había costado, entremos en la pieza contigua en que suenan los acordes de varios instrumentos, y en donde se escuchan los gritos de alegría de una numerosa concurrencia.

Es un cuarto espacioso y bien envigado, con un tapanco, al cual se sube por una escalera muy estrecha de madera que está en un rincón.

En un extremo de la pieza, y sobre una mesa de pino sin pintar, se ven un enorme jarro de pulque, vasos, y varias cosas de comer, y debajo, un cuero, lleno del mismo licor, que sirve de reserva.

En la misma mesa, en otras dos rinconeritas y en el tapanco, arden algunas velas de sebo, colocadas en candeleros de barro.

Al lado de la puerta de entrada, se ven tres músicos mal sentados sobre dos sillas quebradas, tocando uno el bandolon, otro el arpa, y el último el bajo, y guardando constantemente el equilibrio para no caer.

Al primero le falta el ojo derecho, y le sobra un chirlo que le cruza de un lado al otro la cara: el segundo es tuerto del izquierdo, pero en cambio en el derecho tiene una nube; y el tercero, ni es tuerto ni tiene nube, gracias, sin duda, á que los dos están sin vista.

Allí todo es placer y alegría.

Los vecinos de todos los cuartos han acudido á la zambra, y el jarro de pulque anda de mano en mano, calentando los estómagos, y dando libertad al pecho, y torpeza á la lengua y á las piernas.

Unos de pié, algunos sentados en malas sillas, y los mas en el suelo, echado el sombrero de anchas alas hácia atrás y embozados en sus frazadas, tienen fija la vista en dos parejas que bailan en medio de la pieza un precioso jarabe que entusiasma á la concurrencia.

Entre tanta gente del país se ve tomar parte en el regocijo general á tres extranjeros que, como todos, no apartan los ojos de las lindas hijas de Eva, que revelan suma destreza en el arte de Tersícore.

La dos jóvenes que están llamando la atención en aquel instante, por su gracia y sus naturales movimientos en el baile popular que les anima, son de simpática fisonomía.

Una de ellas va vestida con ricas enaguas anchas y cortas de seda, bordadas de lentejuela, debajo de las cuales se asoman las caladas puntas de otras blancas, limpias y perfectamente planchadas: un precioso zapato blanco de raso, oprime su breve pié, de pronunciado empeine, que lo lleva sin media, como todas las mujeres del bajo pueblo, y que á no dudar, cuadra perfectamente con el airoso traje que ostentan: dos gruesas y largas trenzas negras como el ébano, enlazadas en sus puntas por una cinta de raso azul, caídas hácia atrás, contrastan con un fino ceñidor de seda encarnado que oprime su estrecha y flexible cintura: sobre sus delicados hombros luce un rebozo nácar con labores negras, terciado con suma gracia, para permitir, sin duda, admirar una finísima camisa bordada, que cubre á medias su elevado y provocativo seno:

sus brazos desnudos y torneados lucen doblemente sus bellísimas formas por la actitud que guardan al descansar las manos sobre la estrecha cintura.

La fisonomía de esta mujer es apacible y hechicera: sus ojos grandes y negros como el azabache, velados por largas y arqueadas pestañas, comunican una sombra dulce á sus párpados, que interesa y conmueve: sus lábios, proporcionadamente gruesos, pero encarnados como la fresca rosa, dan á su pequeña boca una voluptuosidad cautivadora: su color, suavemente moreno, adquiere nuevos hechizos por el desleído carmin que alhora sus mejillas: y sus negras y finas cejas hacen resaltar la tersura de su espaciosa y serena frente, donde se revela, lo mismo que en la dulce mirada de sus lindos ojos, la clara inteligencia, y el fuego de un corazón dispuesto al amor.

La que baila á su lado, aunque vestida con menos lujo, no por eso le cede en gracia y soltura: su cuerpo es alto, esbelto, y notable por las proporciones de sus bellas formas.

Uno de los hombres que con ellas bailan, va completamente desaliñado. Sobre una cabeza despeinada, lleva un sombrero ordinario de petate, de inmensas alas, echado para atrás, dejando caer sobre la frente largos y espesos mechones de pelo: está despechugado y en mangas de camisa: un calzón blanco, por la tela, pero negro por la mugre, se sostiene en la cintura por un ceñidor azul, no mas limpio que el resto del traje: una frazada echada sobre el hombro, y unos zapatos amarillentos de gamuza con tacon estrecho y alto, completan su vestido. En su rostro cetrino y poco franco, se ostenta un enorme chirlo que le coje parte del carrillo y le divide el labio superior, prueba inequívoca de su vida tumultuosa.

El otro, por el contrario, va vestido con lujo: lleva un fino sombrero *jarano* de anchas alas, galoneadas de oro, con rica *toquilla* (1) de plata y *chapetas* (2) de lo mismo:

(1) Grueso cordón de oro, plata, fina piel, ó de chaquirá, en forma de culebra enroscada, colocado al rededor del sombrero.

(2) Adorno figurando águila ú otra cosa, que se coloca

una lujosa *manga* (1) morada con *dragona* (2) de oro, y orlada de ancho galón del mismo metal, ostenta sobre sus hombros: una rica *calzonera* (3) de paño azul, con botonadura de plata, sostenida por un ceñidor bordado y con grandes borlas de oro colgando por detrás, está en armonía con una vistosa *cotona* (4) de fina piel de venado, que ostenta en la espalda una águila de oro, primorosamente bordada, y sobre los hombros porción de alamares del mismo metal.

Los espectadores, embozados ellos en sus frazadas, y ellas en sus ligeros rebozos, manifiestan en la alegría de sus rostros el placer de que están animados,

Los músicos, con ronca y destemplada

á ambos lados del sombrero entre la copa y el ala, para que no salga la toquilla al quitarse el sombrero.

(1) Se da el nombre de *manga* á una pieza redonda de paño, de dos varas y media de largo, abierta en medio, á manera de casulla, para meter la cabeza ó embozarse cuando llueve.

(2) *Dragona* se llama el adorno que se pone á la abertura de la *manga*.

(3) Pantalón con botonadura de plata á los lados.

(4) Especie de chaquetilla andaluza, de cuero de venado, sobre cuyos hombros y espalda cuelgan porción de alamares de plata.

voz cantan, de vez en cuando, algunos pi- cantes versos, que son recibidos con estre- pitosos aplausos.

Los que bailan, animados por los vivas y los bravos, se esmeran en hacer nuevas fi- guras que llamen la atencion.

—Vaya un versito, D. Dolores, un verso del *Butaquito*.

Gritó uno desde un rincon, acabando de apurar un enorme vaso de pulque.

—Sí, sí, un versito.

Repitieron todos.

—Allá va.

Dijo el músico, y cantó con empulcada voz la siguiente:

Ese lunar que tienes
cielito mio, junto á la boca,
no se lo des á nadie
cielito mio, que á mí me toca.

—¡Bravo, bien.! D. Lolo.

Gritan unos.

—Aquí hay pulque.

Exclaman otros, y hacen que circulen el jarro y el vaso por toda la pieza.

—Valedores—dijo uno deteniendo á otro que se disponia á salir del baile;—D. Genevevo se *quiere dir* para su casa, y es preciso que no se le permita.

—No, no; nadie se *chispa* (1);—respon- dieron varias voces:—aquí nos ha de ama- necer á todos.

—Si es que de un *trompezon* se me ha *co- pinado* (2) la uña, y ya no puedo bailar.

—No le hace: beba vd. pulque, pues con pulque se cura todo.

—Don Dolores, toque vd. un *Parreño* pa- ra que lo baile D. Pilar con la linda *Piés de plata*.

—Sí, sí; el *Parreño*.

(1) Gritaron todos.

Y una nueva pareja se agregó á las dos que bailaban.

—Otro versito, D. Dolores.

El músico tomó un trago para refrescar la garganta, y cantó el siguiente verso:

Si el *Parreño* bailas,
pierde hasta el magin

(1) Se marcha.

(2) Levantado.

con tu pié de á geme
todo gachupin.

Y si mas arriba

te alza el aire el ruedo
del vestido.... queda....

como yo me quedo.

Parreño sí, Parreño no;

Parreño dueño de mi corazon.

—Don Trenidd.

Dijo uno de mala catadura á otro de no
mas halagüena facha que estaba á su lado.

—¿Qué hay compadre?

—Que parece que la Tangos no le *dis-*
cuadra.

—¿Por qué, compadre?

—Porque le está vd. *pelando el jalisco* (1)
que parece que la va vd. á comer.

—Ni pensaba en ella.

—Es vd. *muy pico largo* (2); pero yo no lo
soy menos; y como está tan *chula*... (3).

—De veras, compadre, que está *güena* y
bonifacia (4).

[1] Mirando de hito en hito.

[2] Muy vivo, sagaz.

[3] Graciosa.

[4] Bonita.

—¿Y vd. no le ha *desembuchado* su atrevi-
do pensamiento?

—No, compadre, porque su *amasio* (1) es
mi valedor, y esto me *injuende respeto*.

—Bien hecho, y como nunca la dejan *só-*
lida (2).... Pero oigamos, que van á can-
tar los músicos, y me pasma la voz del que
toca el bajo porque es *rebusta* y *sempática*.

Y el músico, cuya voz era ronea y des-
templada, cantó el siguiente mal perjeñado
verso.

Señora, ¿por qué razon
á mi corazon *hirites*;
si tenias otro amante,
por qué no me lo *dijites*?

—¡Bravo, bravo....! ¡eso es *devino*....!
viva el barrio de la Palma, y que vivan sus
mujeres, exceptuando las *vigilias* (3) y las
manuelas (4).

—¡Qué vivan!—gritó un maton; y luego
añadió por lo bajo dirijiéndose á una gra-

[1] Querido.

[2] Sola.

[3] Viejas.

[4] Malas.

ciosa jóven de ojos negros:—Mas sobre todo, que viva esta linda *chatita* (1), que me tiene sorbido el seso con su lindo bozo y su boquita de azúcar candi.

—Llamarada de petate:—contestó ella mirándole con gachonería.—Sin duda no le deja á vd. ver bien el humo del mucho pul que le sube del *estógamo*.

—No, no es el *jumo* del *tlamapa* (2), sino el *retemucho* amor que siento, *quen* mueve mi lengua.

—*Cayetano la botica* (3), y estese *silencio* (4) con las manos, porque solo los diablos tientan.

—No se muestre vd. *polinaria* (5), mi alma.

—¿Quere vd. que le queran á *chaleco* (6)?

—No, por voluntad; pues ya sabe vd. que nada quero por la *juerza*.

(1) Término de cariño.

(2) Pulque.

(3) Silencio, callarse la boca.

(4) Quietó.

(5) Ingrata.

(6) A fuerza.

—Así me *cuadra*.

—¿Y cuándo me carresponderá vd., cielo?

—Cuando me *nazca*.

—¿Pero cuándo?

—Verónica (1). Mas no hablemos quedito porque nos están todos *pelando el jalisco*.

—¿Pero debo esperar? ¿*Cirilo ó norte?* (2).

—Ya le he dicho á vd. que *Verónica*.

—¿Valedor?

Dijo acercándose á uno de los bailarines uno de los concurrentes.

—¿Qué se ofrece?

—Que me permita vd. bailar un *cachito* (3) con la *chula* compañera que con tanta gracia *repiquetea* los piés.

—Está *güeno* valedor: le doy la *paloma* (4).

—Con la *benia* (5).

Dijo el agraciado poniéndose delante de la que bailaba, en tanto que el otro se sen

(1) Veremos.

(2) ¿Sí, ó no?

(3) Poco.

(4) La gracia de bailar un rato con su compañera.

(5) Con el permiso.

taba, esperando á que le devolviesen su compañera.

—Que toquen el *Mal-creado*.

Gritaron varias voces.

Y el del bandolon, bajo y arpa, dieron sus notas al viento, entusiasmando á la concurrencia.

Entonces, el que acababa de salir á bailar, se quitó su *zarape* (1) y su sombrero; puso aquel sobre los hombros de su compañera, y éste en su hermosa cabeza; se quitó el machetè que llevaba al cinto, entregándoselo á la jóven, y siguieron bailando de aquella manera, provista ella de los arreos varoniles.

—Una coplita, D. Lolo, de esas de pican-te salsa, por el *chisgo* (2) de la que cantó *endenantes*.

Dijo uno desde la mesa en donde el pul que se hallaba, mientras echaba de beber á varios sedientos.

Los músicos, deseosos siempre de com-placer, cantaron este mal forjado verso.

(1) Manta fina como la de los contrabandistas.

(2) Estilo.

*Onde quera que yo voy,
como que soy mal-creado,
á cualquiera endina jembra
á chaleco la arrebató;
Lo digo quedito y recio,
que para eso el fierro traigo;
quéranme, pues, todititas,
y no chisten sus amacios.*

—¡Uy!... que bien!... Ande, D. Roso—digeron á uno de los que bailaba:—oblíguela, que no hiere.

Y D. Roso, anhelando dejar bien puesta su fama de bailarín, repicó admirablemente con sus pies sobre la tabla.

—Saca tú á D. Margarito

Dijo la que bailaba con D. Roso volviendo el rostro, y dirigiéndose á una jóven piz-pereta de airoso cuerpo y de hechicero rostro.

—Si yo no se, señorita.

Contestó aquel á quien se refería.

—No importa: me *nace* que baile vd., y basta.

Entonces se levantó la jóven de su asien-

to y se acercó á D. Margarito atravesando con gracia sin igual la sala.

Tendria diez y ocho años la interesante jóven que hácia él se dirijia llevándose tras sí las miradas de todos.

Conocida era en el barrio por la *linda Federacha*, apodo por el cual contestaba sin que nadie supiese qué origen reconocia aquel nombre.

Era blanca y de ojos negros y expresivos: su largo pelo de azabache, suave y ondulado, formando graciosas ondas en su serena frente caia en dos trenzas, cuyas puntas recogia en el bordado ceñidor que oprimia su estrecha cintura: su preciosa boca, de encendidos lábios, dejaba ver unos dientes blancos, iguales y perfectos que, remedaban brillantes perlas.

Vestia unas vistosas enaguas, hechas de exquisitos pañuelos de seda de la India, anchas, airosas y cortas, que dejaban lucir una torneada pierna y un pié en abreviatura, sin media, pero calzado por un lindo zapato de raso verde, en cuya punta y talon brillaba una flor de oro primorosamente

bordada. Debajo de estas vistosas enaguas, llevaba otras de finísima bretaña, que dejaban asomar un delicado encaje ancho de un precioso dibujo. Un exquisito rebozo *calandrio* de seda, puesto con suma gracia, dejaba ver al desembozarse, que lo hacia con frecuencia, una camisa bordada de colores, que dudaba cubrir su turgente y elevado seno.

—Sabe vd., valedor, que está *devina* la Federacha?—dijo en voz baja uno de los concurrentes, á otro que le alargaba un vaso de pulque.—Con razon el *doitor* se suele *apropinguar* á ella *cada y cuando* que nos *vesita* en nuestras *divirsiones*.

—Lo cual no le cuadra *naidita* á D. Margarito que tiene *afeuto*, *asigun* se *devisa*, á la linda Federacha.

—¡Vaya si la *quere*! Y por eso *mesmo* tiene *melcocha* (1) de que se la *chispe* (2) el *doitor*, que es como la romana del diablo que con todas entra.

(1) Miedo.

(2) Lleve.

La Federacha, airosa y seductora, se acercó á D. Margarito que estaba sentado, y con el cual le habia invitado la Tangos á que bailase.

El favorecido le miró con ojos apasionados, pero permaneció sin levantarse.

—A que me hagan un desaire no estoy acostumbrada, D. Margarito:—dijo la jóven viendo que el otro permanecía sentado:—vea vd. que le aguardo para bailar.

—No es desaire, mi vida, sino que no sé bailar.

—¿Quere vd. que se lo ruegue? Estoy segura de que si el *doitor* se hallase aquí, no se hubiera hecho tanto *del chiquear*.

—¡El *doitor*....!

Contestó con disgusto D. Margarito, pero sin atreverse á pronunciar ninguna palabra contra él.

—Y eso que él sabe menos que vd. el jarabe.

—Es verdad.

Contestó secamente D. Margarito.

—Pues entonces....

—Bien: para que vea vd. que tengo *reté-*

muchas ganas de bailar con vd.; pero que no lo hago, porque de *al tiro soy destalentado* para ello, pondré mi sombrero para que me represente.

—Corriente.

Dijo la Federacha.

Y D. Margarito llevó á la jóven al sitio en que los demas bailaban; se quitó el sombrero y lo colocó en el suelo enfrente á ella; se despojó de la frazada que llevaba, la colocó en los hombros de su linda compañera, y se retiró á su asiento dejando su sombrero en el suelo para que representase su persona.

—¡Viva la gente del bronce!

Dijo uno remojando con un vaso de pulque la garganta.

—Y que vivan—respondió otro—los hombres ricos que nos ocupan en custodiar el dinero en el camino, recompensando nuestro trabajo generosamente.

—Sí, ¡qué vivan!

—¡A la salud de ellos!

Gritó uno bebiendo del mismo jarro.

—Lo que me *admira* es que siempre vamos por la plata á un *mesmo sitio*.

Observó otro.

—¿Qué tiene eso de particular?

Preguntó alarmado con aquellas palabras uno de los extranjeros que habia estado en conversacion con los otros dos.

—Nada, sino que nunca he visto á *nenguno* de la escolta que lo conduce hasta allí.

—Eso consiste en que la escolta se va antes de que vdes. lleguen; esto es, tan pronto como lo dejan seguro en la casa de donde vdes. lo traen.

—Es verdad.

—¿O *quieres* ir mas lejos de lo que *solemos dir*?

Le preguntó un compañero.

—No, sino que era una *refleision*.

En aquel momento se abrió la puerta dando entrada á un hombre que iba envuelto en un largo leviton.

—Buenas noches, señor *doitor*.

Dijeron varios del pueblo saludándole, mientras el resto seguía en los goces de su diversion.

Buenas noches señores.—Dijo el nuevo personaje con voz gruesa y toseca.—Veo que están vdes. muy divertidos.

Y Willey se dirigió hácia los tres extranjeros que estaban en la pieza.

Don Margarito, hizo un gesto de disgusto, miró á la Federacha que volvió el rostro para ver al que acaba de entrar, y refunfuñó entre dientes algunas palabras que indicaban sus zelos.

El extranjero que poco antes habia contestado al hombre del pueblo, se levantó de su asiento, y se acercó al doctor que le hizo seña de que se aproximase.

La concurrencia continuó bailando y viendo bailar.

—¿Qué se ofrece, señor Willey?

Le preguntó en voz baja.

—Una cosa muy importante para mí.

Contestó en el mismo tono el doctor.

—¿Se ha descubierto algo?

Dijo asustado su interlocutor.

—No.

—Pues entonces....

—Es asunto de amores el que me trae.

—Me habia vd. alarmado, porque como siempre estoy temiendo que estos conductores lleguen á sospechar....

—Pues no es nada de eso, sino, como le he dicho á vd., negocio de amores.

—Vd. siempre aficionado á las hijas de Eva.

—¿Qué quiere vd!.... Es mi debilidad.

—Yo digo que su fuerte.

—Es cierto.

—Pero venir á este sitio para un asunto de esos.... ¿Se trata de algunas de las jóvenes que están en este baile?.... ¿de la Federacha acaso?....

—Nada de eso; para esta clase de gente no necesito auxiliares.

—Sin embargo, suelen decir que las que parecen mas blandas suelen ser las mas difíciles de pelar.

—Será así; pero de lo que ahora se trata, es de una joven que ha encendido mi amor con sus desprecios.

—¿Su nombre?

—Luz.

—¿La señorita de quien me habló vd. hace algunos dias?

—Sin duda.

—¿La joven que se debe enlazar con un joven médico, llamado D. Rafael?

—La misma.

—¿Pues qué sucede?

—Que trato de impedir su casamiento á toda costa.

—¿Cuándo?

—Lo mas pronto posible.

—¿Y cómo?

—Excúcheme vd.

Y Willey, llevando á un extremo de la pieza á su interlocutor, y bajando la voz cuanto le fué posible, le impuso del plan que habia concebido para conseguir su objeto.

El que escuchaba se sonrió con satisfaccion; puso su mano con familiaridad sobre el hombro del doctor, y cuando acabó de hablar, le dijo:

—Cuente vd. conmigo: ya sabe vd. que me gustan esos lances.

—Por eso he recurrido á vd.

—Luz será de vd. sin duda alguna.

—Entonces me proporcionará vd. en el mundo las delicias de la gloria.

—¿Y cuando es el casamiento?

—Después de Semana Santa.

—Bien; aun nos quedan algunos días.

—Pero el plan es preciso ponerlo en ejecución antes.

—Lo entiendo así: señale vd. el momento, y todo será ejecutado á medida de su deseo.

—Por ahora me basta saber que se halla vd. en la mejor disposicion para servirme, que es con lo que anhelaba contar: con respecto al día y al plan ya hablaremos con mas calma.

—Cuando vd. disponga.

—Gracias. Ahora, para no hacerme sospechoso con los concurrentes al baile, voy á acercarme á ver la fiesta.

—Me parece bien.

Y el doctor se aproximó cuanto le fué posible á las parejas que bailaban.

Al ver á la Federacha tan lista y graciosa, sus ojos se inyectaron con el fuego de una pasion impura.

—¿Es posible, dijo, que á la flor del baile, á la mas graciosa del barrio de la Palma, le falte compañero, y que la obliguen á bailar con un sombrero? Vamos, que el que tal hace no debe tener corazon amante.

—¿A que su merced hubiera bailado conmigo?

Exclamó la Federecha sonriendo, sin dejar de bailar, y mirando á D. Margarito.

—Porsupuesto que lo hubiera hecho aqui que no entiendo el jarabe; pero por acompañar á una jóven hechicera, seria capaz de bailar de cabeza.

Y al decir esto le puso la mano sobre el hombro acariciándola.

Don Margarito dejó ver en su rostro un gesto de marcado enojo.

—El *doitor*—dijo á su compañero el hombre que antes se ocupó de hablar de la Federacha—se parece al diablo.

—¿Por qué?

—Porque le gusta tentar.

—De veras que lo primero que hace cuando habla con alguna es acariciarla.

—Y no sé cómo D. Margarito lo *premite*.

—Por *respeito* á que es el amo.

El doctor, despues de haber permaneci-
do un corto rato viendo bailar, se dirijió de
nuevo al extranjero con quien habló al prin-
cipio, y le dijo en voz baja:

—Me voy: no olvide vd. que me ha pro-
metido ayudarme en mi empresa.

—Lo tengo muy presente.

—Adios, pues.

—Adios.

Los dos se dieron la mano, se la extre-
charon afectuosamente, y Willey salió del
cuarto saludando en general, y se dirijió al
de la casera á cuya puerta llamó.

Entretanto la música y la algazara con-
tinuaba con mayor entusiasmo.

Los concurrentes seguian haciendo fre-
cuentes visitas al liquido fermentado, y los
bailarines parece que se habian propuesto
romper el envigado con los piés segun el
ruido que hacian.

—¿Quién es?

Prégnzó la casera al oír que llamaban á
su puerta.

—El que hace un instante entró.

Contestó Willey.

Doña Anita abrió prontamente y dijo al
presentarse.

—¿Va vd. á salir cuando apenas acaba vd.
de entrar?

—Sí; pero antes deseo que me informe
vd. de una cosa.

—Pase vd., caballero.

A aquellas palabras, la mujer que pare-
cia dormir en un rincón del cuarto, levantó
la cabeza para ver al que entraba.

Willey penetró en la pieza diciendo.

—¿Está vacia la vivienda de arriba?

—Sí, señor.

—Pues yo la necesito.

La mujer que observaba desde el oscuro
rincón sin ser vista, se estremeció al sonido
de la voz del que hablaba, y fijó los ojos en
él con afán extraordinario.

—Está muy bien.

Contestó Doña Anita.

—¿Quién es su dueño?

La antigua meretriz pronunció el nom-
bre del propietario, y Willey contestó:

—Le conozco; pasará á verle, y le suplico

vd. que á nadie se le alquile esa habitación, porque desde ahora corre de mi cuenta.

—Está muy bien.

—Ahora, si tiene vd. la bondad de abrirme la puerta de la calle....

—Con mucho gusto.

La casera salió á abrir: el doctor la siguió: la pobre mujer que yacía reclinada sobre el colchón, volvió á estremecerse, y exclamó.

—¡El es....! ¡No me cabe duda....!

CAPITULO XI.

Lo que pasó en el jardín.

Volvamos ahora al jardín de D. Emilio.

Al tiro disparado por el que había estado observando sobre la tapia, se oyeron dos exclamaciones, la una de un hombre que cayó al suelo envuelto en su sangre, y la de la desventurada Clotilde que perdió el sentido.

Uno de los que quedaban en pié, temiendo, sin duda, que acudiesen los criados de la casa á la explosión de la pistola, corrió sin detenerse hácia la escala de cuerda, subió apresuradamente por ella, y saltando á la calle, desapareció entre las sombras.

vd. que á nadie se le alquile esa habitación, porque desde ahora corre de mi cuenta.

—Está muy bien.

—Ahora, si tiene vd. la bondad de abrirme la puerta de la calle....

—Con mucho gusto.

La casera salió á abrir: el doctor la siguió: la pobre mujer que yacía reclinada sobre el colchón, volvió á estremecerse, y exclamó.

—¡El es....! ¡No me cabe duda....!

CAPITULO XI.

Lo que pasó en el jardín.

Volvamos ahora al jardín de D. Emilio.

Al tiro disparado por el que había estado observando sobre la tapia, se oyeron dos exclamaciones, la una de un hombre que cayó al suelo envuelto en su sangre, y la de la desventurada Clotilde que perdió el sentido.

Uno de los que quedaban en pié, temiendo, sin duda, que acudiesen los criados de la casa á la explosión de la pistola, corrió sin detenerse hácia la escala de cuerda, subió apresuradamente por ella, y saltando á la calle, desapareció entre las sombras.

El otro, en vez de huir, se dirigió á donde estaba desmayada Clotilde, y la cojió en sus brazos, al mismo tiempo que Inés, alarmada con la detonacion del arma mortífera, salia de la glorietta, y corria desolada al sitio de la sangrienta escena.

El hombre que habia disparado, al ver caer en tierra al que habia apuntado, bajó, antes de dar tiempo á que le viesen, por la escalera del sereno que habia arrimado á la pared, la llevó al sitio de donde la habia cogido, y se detuvo oculto detras de ella como en espera de alguno.

—Póngase vd. en salvo:—gritó Inés al acercarse, dirijiéndose al que estaba con Clotilde:—Huya vd., por Dios, que ya están en movimiento todos los de la casa.

Y en efecto era así. Varios criados, provistos de hachas de brea, aparecieron en el balcon del jardín, precedidos de D. Emibio, que avanzaba con una espada en la mano.

El hombre, sin detenerse mas, corrió hácia la puerta, quitó el cerrojo y salió á la calle, diciendo con afligido acento:

—Prudente es el no aguardar.

El que habia hecho fuego, y estaba oculto detras de la escalera, respondió presentándose:

—Donde se llega á lograr
promesas de eterno amor
y la muerte de un traidor,
prudente es el no aguardar.

—¡Qué oigo....! ¡Nuñez....!

Dijo el que salia deteniéndose asombrado.

—El mismo, querido Leopoldo.

—¿Luego ese tiro....?

—Ha sido disparado por mí que, sabiendo que tenia vd. esta cita, y temiendo á sus enemigos, le he venido siguiendo.

—¡Ah....! Vd. es siempre mi salvador.

—Y el verdugo de Duval, á quien apunté, y que espero que en este momento esté dando cuenta á Dios de sus buenas obras. Pero marchemos á casa, que permanecer aquí seria una imprudencia.

—Tiene vd. razon: apresuremos el paso.

Y los dos amigos, contento el uno con haber purgado la tierra de un malvado, y satisfecho el otro con los irrevocables ju-

ramentos de su amada, se perdieron de vista á poco entre las espesas sombras que velaban la ciudad entera.

Durante este tiempo, D. Emilio, asustado de no hallar en su cuarto á su hermana y ver la puerta del balcon abierta, habia bajado al jardin seguido de sus criados y ciego de ira y de despecho.

—Registrad por todas partes.

Exclamó con ronco acento; y mientras todos, tomando distintos rumbos, recorrian el jardin, él, acompañado de un sirviente, se encaminó hácia la puerta con el corazón inquieto, recelando de la conducta de Inés.

Preocupado con la idea de su deshonra, que se habia fijado en su mente de una manera firme, marchaba sin que su vista se pudiese detener en ningun objeto.

De repente tropezó con un cuerpo que estaba tendido en el suelo.

—¡Aqui hay un hombre muerto....!— exclamó:—traigan luces.

Los criados acudieron en el instante; acercaron las hachas al rostro del ensan-

grentado cuerpo; Landeta fijó los ojos en él, y exclamó asombrado.

—¡Cielos, Duval....!

Al resplandor de las luces y al escuchar aquel nombre pronunciado en alta voz, el que estaba nadando en su sangre, pareció volver á la vida, abrió sus moribundos ojos, y moviendo con trabajo sus blancos labios, pronunció con desfallecida voz, fijando la vista en D. Emilio.

—¡Ah....! ¿es vd., amigo mio....? el cielo le envia á vd. en mi auxilio.

—Ayúdame á levantarle del suelo:—dijo Landeta á sus criados:—y vaya uno en el instante por el médico que mas próximo viva, mientras le conducimos á casa.

Uno de los criados partió en el acto á cumplir con las órdenes dadas.

—¡Gracias amigo mio....! ¡gracias....!

Dijo Duval con trabajoso acento.

—¡Pero ¿qué ha sucedido....?—Preguntó Landeta.—¿Cómo le encuentro á vd. aquí y en este estado....?

—Nada hay mas sencillo:—contestó Duval haciendo pausas para poder continuar:—

La amistad.... el amor.... el celo por la honra de vd. me han causado esta herida....

—¿El celo por mi honra...? ¡Acabe vd., por Dios....!

—Si; vi en peligro su honor.... acudí á salvarlo.... y un infame me hirió de muerte. Clotilde....

—¡Ah....! ¡continúe vd....! ¡Clotilde...! ¿qué....?

—Clotilde y Leopoldo trataban de huir juntos esta noche mientras todos descansaban....

—¡Oh....! lo sospechaba. Pero ¡y mi hermana....?

—Estaba interesada en protegerles.

—¡Ella....! ¡tambien ella...! ¡Todos me engañaban....!—Exclamó D. Emilio rechinando los dientes.—Pero ¿dónde están, dónde....? ¡Han huido....?

—El, sí.

—¿Pero ellas....?

—No.... están cerca de aquí....

—¿En dónde....?

—¡Allí....!

Y Duval indicó el sitio señalando con la mano.

Landeta dirigió la vista al punto que indicaba, y vió muy próximo á él, pero á un lado de la vereda, á Inés afligida y silenciosa, prestando toda clase de auxilios á la desdichada Clotilde que yacía en profundo desmayo. Ciego de ira y de enojo corrió hácia ellas, arrojó lejos de sí á su hermana, y sacudió el cuerpo de Clotilde.

Esta volvió en sí á aquel brusco sacudimiento: abrió poco á poco sus hermosos ojos, y preguntó con tímida y dulce voz.

—¡Inés....! ¡amiga mia...! ¿dónde estoy....?

—¡En los brazos de un padre desesperado!—Gritó furioso Landeta:—¿de un hombre cuya felicidad has destruido para siempre....!

—¿Es vd....? ¡mi protector....!—Dijo Clotilde como si saliese de un sueño, y sin traer á la memoria nada de lo que habia pasado:—¿Qué ha sucedido, pues....? ¿Quién me ha traído á este sitio....?

—¿Quién....?—contestó iracundo Landeta:—¡Tu liviandad....!

A estas palabras pareció la infeliz que recobraba su memoria; miró alrededor de sí; dió un grito de terror, y se echó á los piés de su protector exclamando con doloroso acento.

—¡Perdon, perdon, padre mio...! ¡soy inocente.... tan inocente como él....! ¡Pero dónde está....? ¡dónde está Leopoldo....?

Y la infeliz estrechaba con afán las rodillas de su protector.

—Te prohibo que vuelvas á pronunciar nunca ese nombre.

—¡Bien, bien... ya no le volveré á pronunciar....! ¡Pero respóndame vd., por Dios....! ¡Respóndame vd....! ¡vive!

—Sí.... vive; pero nunca serás de él.

Respondió D. Emilio con firme resolución.

—¡Oh!.... ¡vive!.... ¡Gracias, Dios mio!....

—Ahora, jóven imprudente:—dijo Landeta agarrándola de la mano y llevándola al sitio en que estaba el herido—mira tu obra.... ¡mira las consecuencias de tu liviandad!....

—¡Duvall!....

Exclamó aterrada Clotilde.

—Sí.... hermosa mia....—Contestó el herido con acento débil:—el hombre que ama á vd. con todo su corazón y que me re contento por vd.

—Ahora, Clotilde—dijo D. Emilio desarugando el entrecejo y dando á su fisonomía y á su voz toda la dulzura de un hombre que trata de persuadir—júrame, si no ahelas mi desgracia, que olvidarás para siempre á Leopoldo, á ese hombre que ha intentado robarme lo que mas amo en el mundo.

—¡Ah!.... ¡padre mio....! ¡qué es lo que exige vd. de mí!....

Exclamó la jóven afligida, llenándosele los ojos de lágrimas y juntando las manos como un pecador suplicante.

—¡Júralo, hija mia....! ¡júralo delante de Dios que nos oye!....

—¡Oh!.... ¡no puedo, padre mio....! ¡no puedo!....

—¿Quién se opone?

—El cielo y yo.

Exclamó la hermosa Inés que habia per-

manecido en silencio viendo padecer á su inocente protegida y reprimiendo sus generosos sentimientos.

—¡Tú!

Dijo asombrado D. Emilio mirándole fijamente.

Duval se estremeció.

—Sí, hermano mio; yo que tengo tanto derecho como tú á su felicidad; yo que conozco los nobles sentimientos de su corazón y su virtud, y que no puedo consentir en que se la sacrifique á un hombre que nunca puede amar.

—A un hombre que le ha salvado de la deshonra.

—Es una calumnia.

—No, Inés; es la realidad: iba á huir con Leopoldo—exclamó Landeta:—¡Nos iba á cubrir de infamia y de baldon!....

—¡Ah! no lo creas, hermano mio; tú, cuya alma es tan tierna y generosa, es imposible que des acogida á esa acusacion que hierde de muerte el buen nombre de nuestra hija!... No; tú no puedes dar crédito á esa impostura, cuando ves que yo he venido acom-

pañando á la que nunca se ha separado un ápice del círculo de sus sagrados deberes.

Clotilde estrechó la mano de su protectora para mostrarle su reconocimiento.

—Es que á tí tambien se te acusa.

—¡A mí!....

Exclamó asombrada Inés.

—Sí.

—¿Y de qué?

—De ser su cómplice.

Inés levantó la cabeza con dignidad y dirigió á su hermano una mirada de reconvencion.

—Mi conducta—dijo con notable entereza,—me pone al abrigo de la calumnia; y tú, hermano mio, que no te has separado nunca de mi lado, tú que en tanto aprecias el honroso apellido que heredamos de nuestro padre, no puedes creer que haya en la familia un ser tan indigno que lo haya mancillado.

Don Emilio abrigaba nobles y elevados sentimientos: amaba á su hermana entrañablemente: habia tenido en su virtud una ciega confianza y nunca se habia atrevido á

dudar de ella. Sin embargo, en aquel momento, habia apariencias que la condenaban y que casi equivalian á una prueba. La fama pública de su virtud la defendia; pero la voz de un moribundo la acusaba. D. Emilio fluctuaba, pues, entre estos dos encontrados extremos.

—La hermosa Inés leyó lo que pasaba en el corazón de su hermano, y agregó tomándole una mano y con el acento de la inocencia.

—¡Te han engañado, Emilio; te han engañado!.... Han conocido la delicadeza de tu alma, y te han sorprendido.

—¡Pluguiese al cielo!...—Exclamó Landeta con voz conmovida.—Pero....

Y se detuvo sin atreverse á continuar.

—¡En dónde está nuestro acusador?

Exclamó Inés.

—Míralo.—Contestó D. Emilio señalando al herido:—¡las puertas de la muerte no se puede mentir!....

—¡Al menos es un crimen, porque es el suicidio del alma...!—Replicó la hermosa:—Pero si ese crimen no se consuma; si ese suicidio no se verifica; si el hombre que nos

ha acusado en un momento irreflexivo de ira y de despecho, confiesa en este de separacion de los bienes de la tierra, nuestra inocencia y su error, ¿prometes no oponerte á la felicidad de Clotilde?

—Lo prometo.

Duval se estremeció.

—¡Prometes consentir en su union con el jóven que ama, tan pronto como quede probado que fué injusta la acusacion que contra la honra del padre de Leopoldo existe?

—Lo prometo solemnemente.

Exclamó D. Emilio deseando con todas veras el triunfo de aquellos dos seres en quienes hasta entonces habia cifrado su ventura.

Clotilde, agradecida, llevó á sus labios la mano de su protector, que conmovido la estrechó contra su pecho.

Inés, confiando en la buena causa que defendia y en la proteccion del cielo, se adelantó resueltamente al herido.

Este volvió á estremecerse, y pareció tomar una resolucion.

Aquel era un momento supremo.

Se iba á resolver del porvenir de Clotilde, de su amor, de su dicha entera.

La jóven estaba pálida y su corazón palpitaba con fuerza queriéndosele salir del pecho.

—Señor Duval:—dijo con solemne voz Inés, inclinándose al herido:—¿puede vd. sostener á los umbrales del sepulcro, cuando quizá Dios va á juzgarle á vd. dentro de breves instantes, la ofensiva acusacion fulminada contra la honradez de Clotilde y mi buen nombre....?

Duval se puso cadavérico: sus facciones se contrajeron de una manera espantosa, como si sostuviese una lucha terrible entre el temor del castigo eterno y el de renunciar á la esperanza de sus mundanos deseos. Pero sostenido, sin duda, por el génio del mal, que presidia todas sus acciones, ó no creyendo acaso que aquel era el último instante de su vida, miró con ojos iracundos á Inés, y haciendo un violento esfuerzo para hablar, contestó:

—Sostengo y juro ante ese Dios, á cuya presencia apareceré dentro de un momento, que es cierta mi acusacion.

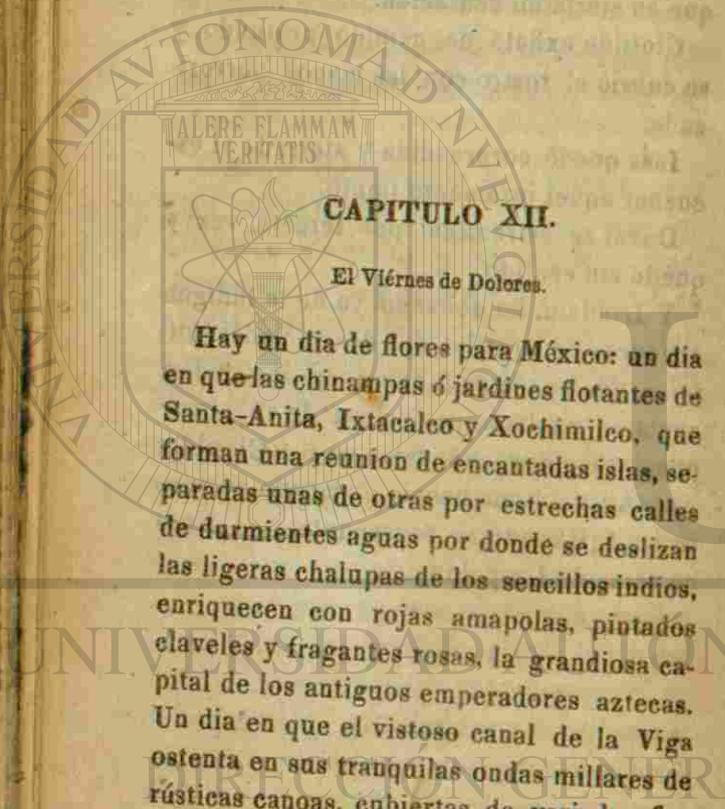
Clotilde exhaló un gemido profundo, y se cubrió el rostro con las manos horrorizada.

Inés quedó sorprendida y aterrada al escuchar aquel juramento impío.

Duval se estremeció por tercera vez y quedó sin sentido.

Y Landeta, no dudando ya de la indigna conducta de aquellas dos desgraciadas mujeres, que no tenían fuerzas para responder, exclamó exaltado por la ira de su honor ofendido, y arrojando lejos de sí á Clotilde.

—¡Ah....! ¡me habeis engañado vilmente....! ¡Ha muerto acusándote....! ¡Nunca serás de Leopoldo....



CAPITULO XII.

El Viérnes de Dolores.

Hay un día de flores para México: un día en que las chinampas ó jardines flotantes de Santa-Anita, Ixtacalco y Xochimilco, que forman una reunion de encantadas islas, separadas unas de otras por estrechas calles de durmientes aguas por donde se deslizan las ligeras chalupas de los sencillos indios, enriquecen con rojas amapolas, pintados claveles y fragantes rosas, la grandiosa capital de los antiguos emperadores aztecas. Un día en que el vistoso canal de la Viga ostenta en sus tranquilas ondas millares de rústicas canoas, cubiertas de variadas flores que, embalsamando la atmósfera, se des-

lizan sobre el sereno cristal al leve impulso de los remos, penetrando en la pupulosa ciudad por debajo de los toscos puentes de Sto. Tomás, S. Pablo, Curtidores, Blanquillo, Colorado, de S. Dieguito, de la Merced, y de la Leña, deteniéndose desde la calle de Roldan y el callejon de S. Miguelito, hasta una distancia larga en que la vista se pierde en un pensil de flores, oscilando sobre las aguas.

Sí, un día de vida, de animacion, de alegría, de solaz y de contento; y este día en que la naturaleza misma parece empeñada en presentarse risueña y tranquila, vestida con el brillante trage de un cielo limpio y un sol siempre esplendente, es el Viérnes de Dolores, en que el pueblo católico de México acude á comprar flores para adornar los altares, que en casi todas las casas particulares, se levantan en esa época á la Madre del Salvador.

Eran las ocho de la mañana. La calle de Roldan, el callejon de San Miguelito, el Puente de la Leña, el de la Merced, el de San Dieguito y el Colorado, se veian apre-

tados de una lucida concurrencia, compuesta de las personas de ambos sexos mas distinguidas de la sociedad, que de todos los puntos de la ciudad habian acudido á ver entrar las canoas que, cargadas de flores, remedaban vistosos tapetes bordados de preciosos ramilletes tendidos sobre un pavimento de bruñido cristal.

Los jóvenes mas elegantes y las señoritas de mas distinguidos modales y perfecta belleza se paseaban en aquel sitio, convertido de repente en ameno y delicioso pensil.

Lindas y fragantes eran las flores que embellecian el estrecho canal que lame cariñoso el borde de las calles por donde corre mansamente; pero habia otras flores mucho mas bellas, mucho mas hermosas, mucho mas risueñas que ellas; y estas flores eran las seductoras hijas del Anáhuac, cuyo balsámico aliento era mas dulce y embriagador que el perfume de los blancos lirios y nacaradas rosas de todos los pensiles.

—¡Chicos, chicos!—decia un elegante á otros con quienes estaba en conversacion:—

¡mirad qué lindo ramillete de tres pimpollos animados camina hácia este sitio.

—¡Ah...! sí:—contestó otro de los del corrillo:—son las hijas del diputado H.... que viven en la calle del Seminario núm....

—Son tres lirios trasplantados del Paraiso para enriquecer la linda coleccion de flores del delicioso pensil de América.

—Y tres tipos que adivinó existirian el poeta zacatecano Calderon, cuando escribió su graciosa comedia: "A ninguna de las tres."

—Pues si yo fuera autor dramático, escribiria otra, titulada: "A cualquiera de las tres."

—Y yo—añadió un almibarado pollo—compondria una que llevase por nombre: "De las tres, á todas tres."

—Pues, hombre, si en vez de ser autor te resuelves á ser actor, pronto tendrás correspondencia de las tres.

—¡De veras?

—Solo que seria preciso que primero recibieses algunas lecciones de declamacion de algun artista dramático.

—Si no es mas que eso. . . .

—Pues no es necesario otra cosa. . . .

—¿Cómo!

—La mayor es una jóven dedicada á la política, que ha leído todos los publicistas, que traga los periódicos, que no habla mas que de noticias, y que muchas veces escribe los discursos que ha de pronunciar su padre.

—¿De veras!

—Como lo están vdes. oyendo. Para ganar, pues, su corazón, no tienes mas que dirigirle una epístola concebida, poco mas ó menos, en estos términos: "Señorita: el gran paso político que las primeras naciones del mundo han dado para mantener por las buenas relaciones el equilibrio del continente Europeo, es el de las alianzas, ya por medio de enlaces, ya por medio de arreglos comerciales que interesen á los países contratantes. Yo que he vivido hasta ahora como potencia neutral; porque no veía en otra las cualidades indispensables que me inspiraran la confianza necesaria para una alianza ofensiva y defensiva, he visto en

vd. una potencia con quien me convendría estrechar relaciones que la diplomacia aconseja, y. . . .

—Después acabarás de dictar la nota diplomática:—dijo interrumpiéndole.—Por ahora atiende á esa lindísima jóven que se acerca, acompañada de su mamá. Es un bellísimo ranúnculo en medio de tantas flores.

—El ranúnculo indica ingratitud, impaciencia, fiereza, y la encantadora Luz es un corazón de ángel que desconoce el rencor.

—Entonces será una amapola que, según tengo entendido, revela consuelo, amabilidad.

—Es cierto; pero se te olvida que esa flor, aunque tiene la corola de fuego, su temperamento es frío, y que, por lo mismo, simboliza á la persona fría que finge un amor y un entusiasmo que no siente, como un amante falso, un patricio que solo trabaja por su interés, ó un cortesano lisonjero y adulator; y la hermosa de quien hablas, ama, y ama de veras. Yo creo que le convendría, por lo mismo que es hermosa y de corazón constante, que la hubieses compa-

rado con el clavel encarnado ó con la clavellina del mismo color, que indica *amor vivo y puro*.

Con la boca abierta y escuchando la conversacion se hallaba junto al corrillo de nuestros elegantes un sencillo campesino, á quien acompañaba un jóven militar, bien puesto y de arrogante presencia, que mientras aquel se entretenia en oír hablar, él se ocupa en ver pasar á las seductoras jóvenes.

—Que *sabijondos* son estos *catrines*;—dijo el campesino llamando la atencion del militar.—Hasta lo que *senifican* las flores lo saben ellos: ya veo que en la *suidá* es donde se aprende la *cencia* de *Salmon*, como decia mi amo D. Miguel.

—De Salomon diria, Pablo, y no de salmon.

—Eso, eso; de Salmeron. Entonces su merced, niño D. Juanito, *entovia* estaba su merced muy pequenito, y ni siquiera soñaba en servir á la diosa *Pelona*.

—Belona querrás decir, que es la diosa de la guerra.

—Eso; pero oiga su merced, niño D. Juanito,

qué bien se *explicotean* los *catrines*. A mí me *cuadra* mucho oír á los *letrados*, porque así se *destruye* uno.

Y Pablo volvió á fijar su atencion en la conversacion de los jóvenes.

—La idea de compararla con el clavel encarnado ó con la clavellina del mismo color, que indica *amor vivo y puro*, me parece muy feliz;—dijo uno de los elegantes del corrillo;—pero yo, ademas, le agregaria la acacia rosa, que indica *elegancia, finura y compostura*, que son cualidades que resaltan en la hermosa Luz.

Pablo escuchaba lleno de asombro.

—Sin duda.

Contestaron varios.

—Y segun dicen, está muy próximo el dia de su enlace con el jóven médico Rafael.

—Es un individuo muy digno de ella.

—Y es milagro que no viene acompañandola.

—No tardará mucho en aparecer por aquí.

—Tambien aseguran que la pretende el doctor Willey.

—Willey pretende á todas y á ninguna. Es decir, quiere á todas las mujeres, pero jamás ha pensado en casarse.

—Apuesto á que no viene muy lejos de ella.

—Allí le veo bajar el Puente de la Leña en compañía de otros tres extranjeros.

—¿No os lo dije?

Pablo miró hácia el sitio que indicaban los alegres jóvenes.

Estos siguieron hablando por otro instante, y luego se ocuparon de las personas que conocian y que habian concurrido al paseo de las flores.

Pablo que vió terminada la conversacion de las flores, que era lo que mas le habia interesado, le dijo á D. Juan.

—¿Quere su merced, señor amo, que demos una *güelta* para *devisarlo* todo?

—Vamos por donde gustes. Pero ¿no me dirás qué asunto te ha traído de Texcoco?

—Hemos hecho una capillita en el rancho, y queremos que la bendiga el padre Enrique, que tan buen amigo *jué* de mi amo D. Miguel.

—Nadie como tú tiene pruebas mas seguras de lo leal y franca que fué esa amistad. Mi querida madre me lo ha referido mil veces, y nadie como ella siente que su hermano Enrique, aquel que siendo militar valiente no se separaba ni un instante de su amigo Miguel, al abrazar el estado de la Iglesia, se haya retirado para siempre del trato de los séres que mas amaba.

—¡Vaya si tengo pruebas de la amistad que se profesaban! Y muchas: como que les llamaban en todas partes, Pilatos y Orates.

—Pilades y Orestes, querrás decir.

—Pero *dende* que se casó mi amo D. Miguel con su prima María, se ordenó el señor D. Enrique, y nunca ha querido *golver* á casa de su antiguo amigo, por mas que éste le suplica que vaya.

—¡Pobre Enrique!—Dijo D. Juan.—A pesar de ser mi tío y amarme entrañablemente, jamás me ha querido confiar el motivo que tiene para no obsequiar el deseo de su antiguo amigo Miguel. Sin duda es cierto que se hizo eclesiástico porque no pudo

unirse á la mujer que amaba, y teme visitar al que se unió á ella por no despertar en su corazón recuerdos que deben estar dormidos.

—Yo no sé: aunque la verdad yo veía que le *pelaba* tamaños ojos á la señorita María antes de que se *matrimoniara*, y que *después* se puso triste, flaco, pálido, y que por último se *metió* á padre, y que hoy es modelo de sacerdotes.

—Tal vez por eso no haya querido volver á ver á su leal amigo Miguel.

—Me *rabiato* á esa idea.

—Y estoy seguro que tu antiguo amo siente en extremo la ausencia de su amigo.

—Y tanto, que viendo que *no quiere* irlo á *visitarlo*, ha venido mi amo acá para abrazarle.

—¿Ha llegado D. Miguel?

—Sí, señor amo, y ha venido con su esposa María.

—¿Y dónde está?

—Se *jué* inmediatamente á mi casita de Texcoco: de suerte que cuando el padre

D. Enrique vaya á bendecir la capillita de mi rancho, se encuentran.

—Y yo también iré para preguntarle por mi familia.

—*Güeno*.

Y Pablo siguió andando, ponderando al padre Enrique, al antiguo amigo de su amo D. Miguel.

La hermosa Luz, entre tanto, cruzaba gentil y esbelta la en aquel momento concurrida calle de Roldan, radiante de juventud y de belleza, como una blanca ninfa á orillas de un limpio y cristalino lago esmaltado de lindos ramilletes que embalsamaban la atmósfera con su fragante aroma.

En su frente virginal y pura se reflejaba la sensibilidad y ternura del alma, como se refleja en el blanco y misterioso disco de la callada luna, la melancólica ternura con que la desventurada y hechicera Diana consagró su amor al gentil doncel Eudimion, á quien, rigiendo el curso del astro luminoso de la noche, y envuelta en una nube, descendía á verle á su poética gruta para contemplarle durante su tranquilo sueño: en

sus hermosos y grandes ojos, que los dirigia de vez en cuando hacia el numeroso concurso, como en solicitud de algun objeto que esperaba encontrar, brillaba una dulcísima mirada en que se leia la ternura de una alma virginal y el dulce placer que imprime la esperanza de una próxima ventura.

La hermosa luz sabia que encontraría en aquel sitio al hombre que idolatraba; al tierno y constante Rafael, que era el centro de atraccion á donde se dirigian todos sus pensamientos; al jóven de alma noble y amorosa, que le habia hecho presentir una vida de inagotable felicidad, y al cual muy en breve debia pertenecer.

¡Felices momentos de la mujer son esos en que su alma, bellísima como su rostro, recorre el florífero vergel que su poética y fecunda imaginacion, llena de risueñas ilusiones, le presenta como realizables y sin término!

Es la venturosa época de los dorados ensueños, en que todo sonríe á su vista, en que todo halaga su sensible corazon, en que se desliza su vida en un piélago de de-

licias, y en qué mira el porvenir como el delicioso Eden, sembrado de flores y de plantas, en donde se resbalarán las horas entre amores y caricias.

Son los instantes poéticos de la mujer: es el dulcísimo período de su vida en que los horizontes de su porvenir se presentan á su vista bañados de esplendente y nítida luz: es la página mas bella de su existencia, en que lee en dulcísimos raudales de poesía, el poema de todas las venturas de la tierra.

Los que se complacen en no conceder á la mujer ninguna de las bellas cualidades que la adornan; los que por doctrina sistemática le niegan ese sentimiento de ternura en que supera al hombre, esa exquisita sensibilidad que en muy pocos de nosotros reside; los que la niegan constancia y amor, cuando el amor y la constancia están vinculados en el corazon de la mujer; los que, en fin, niegan á esta hermosa mitad del género humano todo sentimiento noble y generoso, y solo le conceden, lo que está muy lejos de tener, un corazon egoista y

especulativo; esos repiten á todas horas que la mujer no dedica á nadie su corazón, que su mano está dispuesta á entregarla al primero que solicite unirse á ella; porque todas las aspiraciones de la mujer, todo su afán, todo su anhelo es enlazarse á un hombre, sean cuales fueren sus cualidades físicas, sean cuales fueren sus cualidades morales: su dorado ensueño, sus dulcísimas ilusiones, el blanco de todos sus deseos es.... casarse.

¿Y á qué, respondo yo, debe aspirar una jóven pura, hermosa, celosa de su buen nombre, de su reputacion sin mancha y del aprecio y respeto que alcanza en la sociedad, que á unirse á un hombre que sea su amigo, su compañero, su protector, su apoyo, y su esposo y amante á la vez? ¿Es culpable la mujer, porque dotada de un corazón tierno y amoroso, aspira á llevar el apellido del hombre que hace latir su corazón de amor, y cifrando en él solo su felicidad futura y su risueño presente, espera impaciente el instante venturoso de llamarse para siempre suya? No; todo lo contrario. Ese

anhelo de la mujer es laudable, es conveniente, es moral, es justo.

La jóven de sentimientos religiosos, la jóven que está dotada de capacidad y de rectos principios, la que quiera ocupar en la sociedad un lugar digno y respetable, debe aspirar á enlazarse á un hombre que se esmere en hacerla feliz.

Convengo, pues, en que toda mujer que no haya renunciado á la razón, al aprecio y al porvenir, aspira al matrimonio. Pero que este matrimonio lo contraiga como un negocio de especulación, sin mas objeto que el de casarse, sin otra idea que la de tener quien atienda á vestirla y sustentarla, esto es una falsedad, es una calumnia, es un ultraje, una suposición gratuita y ofensiva que se hace á la mujer.

La mujer ama, y ama de veras, ama con todo su corazón, ama para siempre, y jamas sacrifica este amor puro, noble y grande, que lo consagra todo entero al sér que ha interesado su corazón, aunque carezca de bienes de fortuna, al bastardo interés, ni á la elevada posición social con que le brin-

de aquel hácia quien no se sienta conmovida.

Los hombres aspiran á empleos, á honores, á mando y á riquezas, y muchas veces, para conseguir lo que intentan, se humillan, se envilecen.

La mujer no tiene otra ambicion que alcanzar el amor del hombre que ama; pensar en él, consagrarle todas sus ideas, ser de él para siempre.... vivir á su lado. ¿Cuál de las dos pasiones es mas noble?

La mujer piensa en el casamiento, no por el hecho egoísta de tener un hombre que la sostenga, sino porque en el casamiento encuentra al compañero que ella ama, al joven de alma fogosa que ha cautivado la suya; al hombre que le ha hecho presentir un eden de continuas delicias; al hombre por quien vive, en quien piensa, y sin el cual la vida le seria una insufrible carga.

El lector disimulará esta ligera digresion en defensa de la mujer.

Otros echan mano con frecuencia de esas digresiones para atacarlas por sistema: sea-

me permitido á mí defenderlas con razones y por conviccion.

Luz pertenecia á ese número de jóvenes tiernas, sensibles, de rectos principios y corazón constante, invariables en su amor, que cifran todo su bien en el sér que ha logrado cautivarlas.

Amaba á Rafael con todas sus potencias, y la esperanza de que muy pronto se uniría á él, era el sol de su felicidad.

La época del amor, ese breve tiempo en que los amantes se comunican, llenos de pasión y de ternura sus mas íntimos pensamientos, el grato dolor que sufren en los cortos instantes en que no se ven; el placer angélico que les inunda al dirigirse una mirada en que beben todos los deleites celestiales; el temor, el sobresalto en que viven de perder el cariño de la persona amada, y la consoladora constancia que se prometen; esa época, repito, de temores y de esperanzas, de duda y de fé, de inquietud y de consuelo, es la época de poesía en la vida de la mujer. Despues vienen los cuidados de ama, de madre; esto es, como dicen los

enemigos del santo lazo de himeneo, *la prosa del matrimonio*; pero prosa que la mujer lleva con cariño; prosa que tambien tiene sus encantos, sus delicias, sus goces puros y constantes, cuando el hombre á quien se ha unido le consagra su ternura y su amor: cuando el sér que la hizo presentir una existencia de goces sin guarismo, cifra sus deleites en el cuidado de su dulce compañera y de sus tiernos hijos.

La hermosa Luz se hallaba en la época de agradable poesía, y sus ojos se dirijian por entre la multitud, en busca del objeto que idolatraba.

La calle estaba llena de gente y con dificultad se podia avanzar un paso en ella.

El ruido y el calor eran insoportables.

De las canoas y de los puestos de flores colocados á la orilla del canal, se oye salir la voz de las indias ofreciendo claveles, rosas de Castilla, amapolas y otra porcion de flores de vistosos colores y de fragante aroma.

Luz, sin fijar la vista en los objetos que tenia á su paso, la dirijia á un punto por

donde sin duda esperaba ver llegar á su amante.

Willey, acompañado de tres amigos, de los cuales ninguno de ellos habia visto la luz primera del sol en México, le seguia abriéndose paso por entre la multitud, sin perderla de vista.

—Ya veo, doctor—dijo uno de los que con él iban—que tiene vd. buen gusto. Todas las mujeres en quienes he visto que ha fijado vd. la atencion, son hermosas.

—Y esquivas.

Añadió otro.

—Y aun peor que esquivas;—agregó el tercero;—porque la esquivez no ofende; pero sí el que nos desprecien por otro.

En el semblante de Willey se pintó la indignacion.

—Es verdad:—dijo herido por aquellas palabras:—me desprecian hace algun tiempo todas aquellas á quienes dirijo mis juramentos de amor; pero pronto me vengaré de esos desprecios, y muy particularmente de los de esa jóven, para lo cual cuento con la eficaz cooperacion de vdes.

—Eso, desde ahora.

—Así será doblemente grato mi triunfo; porque me proporciona el placer de la venganza y la realización de un deseo.

—Si no le sucede á vd. con ella lo que con la jóven de que nos ha contado vd., la cual, despues de tenerla vd. ya en su poder, logró huirse del sitio á donde la habia vd. mandado llevar.

—¡Oh....! no: si aquella logró salvarse, fué merced á que yo caí enfermo en aquellos días.

—Bien; pero ¿no es D. Rafael aquel que viene por el otro puente?

—Sí, él es.

—Y, segun parece, viene al encuentro de Luz.

—Sin duda estaban citados para este sitio.

—¡Oh....!—exclamó Willey exaltado de ira:—no tendrán el gusto de poder hablar de sus proyectos y de su amor.

—¿Cómo se los impide vd?

—Yo me acerco á hablar con ellas antes de que él lo haga: daré el brazo á la jóven,

y veremos qué sucede despues. Siganme vdes. á distancia regular, porque ahora mas que nunca necesito que pensemos lo que hemos de hacer.

Y sin detenerse, dejó Willey á sus compañeros, y se dirigió con ligero paso hácia donde Luz y su anciana madre se encontraban.

Sus tres amigos, como les habia ordenado, le seguian á regular distancia.

Ya estaba cerca de ellas, cuando aun le faltaba á Rafael, que venia del lado opuesto, un gran trecho para llegar.

Luz que habia visto á Rafael, y que ignoraba que era seguida de Willey, sintió bañado su corazon de placer.

El doctor, que vió á su rival aun lejos, saboreó el placer de llegar antes que él, ofrecer el brazo á la jóven, y privarle de la dicha de hablar de sus proyectos de union.

Ya estaba á pocos pasos de la hermosa, cuando el gentío, que era allí inmenso, le impedía andar tan á prisa como él deseaba.

Luz, entre tanto, seguia andando, y Rafael marchaba á su encuentro.

Willey, temeroso de verse arrebatado el bien que deseaba, se abrió paso por entre la multitud cuando aun era tiempo de que llegase antes que su rival.

—Lo que es por hoy—dijo interiormente con infernal satisfaccion—no has de gozar de las dulces palabras de una pasion que yo aborrezco.

Y avanzó algunos pasos, aunque con gran dificultad, por entre la mucha gente de ambos sexos que cruzaba en todas direcciones.

No le separaban ya ni cuatro varas de la hermosa Luz, cuando se sintió agarrado del brazo y que le impedían andar.

—No se haga *desimulado*, señor *doitor*, y no porque va de *putifraque* no quera hablar á los *probes*.

Willey volvió la cara con enojo hácia el importuno, y se encontró con la jóven y graciosa Federacha, con quien le vimos hablar en el baile *leperocrático* la noche en que fué á ver á sus amigos.

—Déjale que se vaya, porque le será *vi chornoso platicar* con nosotras delante de las de tono.

Advirtió la Tangos que iba con la Federacha.

—¿Y qué me importa?—contestó esta última; y luego, dirigiéndose al doctor, añadió con festivo acento:—¿No me *merca* flores para mi altar?

Willey estaba quemado de verse detenido en aquel instante en que iba á alcanzar á Luz, y avergonzado á la vez al notar que las miradas de todos estaban fijas en él al verle hablando con las dos jóvenes del bajo pueblo.

Los tres individuos á quienes habia dado órden que le siguieran, hicieron alto.

Pablo y D. Juan que se habian detenido en aquel sitio para gozar desde allí del precioso golpe de vista que presentaban las centenares de canoas cubiertas de flores que se mecían en el largo canal, y el número infinito de personas que se agitaban en las estrechas calles y puentes que en ese día del año remedan una animada romería, fijaron la atencion en la persona con quien de tal confianza usaban dos mujeres, cuyo

trage indicaba en el momento su baja condicion.

Pablo, al elavar los ojos en el grupo, reconoció al doctor, de quien poco antes se habian ocupado los jóvenes, cuya conversacion habia escuchado, y se sorprendió.

Excitada su curiosidad por lo que habia oido hablar de él, no quiso perder ni una sola palabra de las que pronunciaban, y escuchó con la mas viva atencion el diálogo que mantenian.

—¿Con que me merca vd. las flores para mi altar? ¿cirilo ó norte (1)?

Volvió á preguntar con desenfado la Federacha.

—Sí; mas tarde:—contestó el doctor tartamudeando;—pero ahora es imposible porque voy de prisa.

—Irá su merced siguiendo á alguna *catrina*, y por eso será. ¿A que si estuviera esto mas sólido (2) no se mostraba su merced tan *polinario* (3)?

(1) Sí ó no.

(2) Solo, sin genta.

(3) Ingrato.

—No, á nadie sigo; pero me es preciso comunicar un asunto de importancia á esas dos señoras que van ahí delante, y no puedo detenerme.

Pablo dirigió la vista hácia donde habia indicado el doctor, y al descubrir á la hermosa Luz y á Rafael que venia de frente, adivinó el intento de Willey.

—*Vaiga* su merced por donde guste,—respondió la Federacha.—Solo le *albierto* que no le perdono las flores que me ha ofrecido.

Y la Federacha, dejando al doctor, siguió su camino en compañía de la Tangos, llamando la atencion de todo el mundo.

Willey, al verse libre, trató de ganar el tiempo que habia perdido, y apresuró el paso para alcanzar á la hermosa Luz que iba ya á bastante distancia.

Los tres individuos con quienes le vimos llegar, volvieron á marchar detras de él.

—¿No le parece á su merced, amo Don Juanito—dijo Pablo—que ese extranjero trata de estorbar que esa señorita Luz y D.

Rafael, de quienes se ocupaban aquellos *catrines*, se hablen?

—Así me parece.

—¿*Quere* su merced que le sigamos para ver si es verdad?

—Pero ¿qué nos importa?

—La verdad, desde que conocí á ese señor, me *discuadró*, y, la verdad, como ví padecer tanto á mi amo D. Miguel por causa de un tal Rossi que, entre *pariéntesis*, era mas enamorado que *Tupido*, no quisiera que el novio de esa señorita sufriera lo que sufrió mi amo.

—Pero ¿qué vamos á hacer?

—Nada, sino que yo quisiera observar, y si algo descubriese, decirle al interesado que vigilase con los cien ojos de *Arcos*.

—Argos, Pablo, Argos.

—El caso es que su merced me entiende.

¿*Quere* su merced que le observemos?

—Vamos por donde quieras.

Y Pablo y D. Juan marcharon detras de Willey.

Sus tres amigos le seguian á prudente distancia.

El doctor, por fin, llegó á alcanzar á las señoras, y les dirijió la palabra.

Los tres individuos se detuvieron al ver que se quedó á hablarlas. Luz, al verle, se puso pálida como un difunto. D. Juan y Pablo, que seguian al doctor, hicieron alto, y se colocaron á cierta distancia para escuchar lo que hablaban.

En aquel momento llegó á donde estaban las señoras, el galante Rafael.

La hermosa Luz vió el cielo abierto al tenerle á su lado, y le dirijió una dulce mirada, en que iban expresados su gratitud y su amor.

—¿Quieren vdes. continuar andando hasta llegar al fin del callejon de S. Miguelito, y concederme la honra de acompañarlas?

Preguntó el doctor.

—Con mucho gusto.

Contestó la anciana.

Luz dirijió á su amante una mirada de inteligencia para que no la dejase con el doctor.

Rafael comprendió el deseo de su amada;

y cuando Willey ofrecia su brazo á la jóven, aquel hacia otro tanto.

—Mil gracias, señor doctor:—dijo Luz apoyando su brazo en el de Rafael:—tenga vd. la bondad de dárselo á mi mamá.

Willey reprimió su cólera, y presentó el brazo á la anciana.

Una carcajada sonó detras de él.

El doctor volvió la cara, y vió á Pablo que hablaba con D. Juan sin poder contener la risa; pero como ignoraba si se reian de él ó de algun punto de la conversacion, se vió precisado á callar.

Luz y Rafael iban por delante entretenidos en una conversacion en que expresaban, en dulcísimos conceptos, todo el amor del alma, sus proyectos de ventura para el porvenir, su felicidad sin término, y el eden de goces en que iba á resbalar su vida.

La alegría que reinaba en aquel instante en el punto que recorrian; la vista de las flores que cubrian las canoas y la orilla del canal; la embalsamada atmósfera que respiraban, el bullicio causado por la multi-

tud que habia acudido para ver entrar las ligeras embarcaciones de los indios; los gritos de éstos pregonando sus efectos, y el confuso murmullo de tantas voces juntas, contribuia á aumentar el encanto de aquel instante en que sus almas identificadas por una sola idea, por un pensamiento, por una pasion, el amor, creian escuchar en todas partes la voz del objeto amado que el viento llevaba de horizonte en horizonte publicando su felicidad.

Era uno de esos instantes de pasion y de amorosa embriaguez que compensan con usura todos los tormentos, todos los sobresaltos, todas las lágrimas que acompañan la vida entera de los amantes.

Se hallaban en un sitio en que todo respiraba amor, las flores, el agua, la atmósfera impregnada de aromas, el cielo, la brisa y las bellas jóvenes que, seguidas de sus tiernos adoradores, recorrian aquel punto, soñando despiertas en un mundo de bienaventuranza sin término y de placeres inefables sin guarismo.

Esas jóvenes se hallaban en la época de

la poesía, como hemos indicado que dicen algunos: en la edad que el Himeneo, hijo de la hermosa Vénus, se presenta á sus ojos con el bello colorido de la mitología, jóven lleno de atractivo, robusto y hermoso, coronada la sien de rosas y con una antorcha en la mano indicando el amor inestinguible, el amor puro, la luz de la felicidad en la vida, las flores que embalsaman la existencia de los que se unen, y la antorcha que alumbraba el sendero de su ventura. Se hallaban en ese dulce período que puede considerarse como la introducción á la vida de esposos; introducción que es la poesía encantadora, dulcísima, que precede á la prosa del matrimonio consumado.

En aquel sitio, pues, se veía en agradable mezcla la prosa con la poesía. Las tiernas jóvenes que aun no estaban unidas al sér que idolatraban y que iban delante de los autores de sus días, estaban en la risueña época de la poesía; los séres que les habían dado la vida y que marchaban detras, se encontraban leyendo ya el libro tranquilo de la prosa. Pero este libro encerraba tambien

su poesía; las jóvenes tan admiradas eran el resultado de esa prosa, y la admiración que causaban, era la satisfacción mas inefable, mas pura, mas tierna que podia halagar el corazón de sus padres: quiere decir, que en la prosa del matrimonio está otra poesía no menos grata, no menos armoniosa, no menos dulce que la otra.

¿Qué autor no se gloria con el buen éxito de sus obras? ¿Qué padre no se gloria con la admiración que causan sus hijos?

¿Qué placer mas grande, mas íntimo, mas espiritual para un poeta, que la creación de los bellísimos conceptos con que cautiva al público? ¿Qué poesía mas dulce para el hombre, que los caros objetos con que Dios bendice los sagrados lazos de su unión?

La época de las pretensiones es la de la poesía erótica; la del matrimonio, la poesía filosófica y sublime.

Entre el animado y numeroso concurso que invadía el Puente de la Merced, de la Leña, la calle de Rodan y el callejon de S. Miguelito; en medio de tantas flores, lujo

y alegría, solo habia un hombre, en cuyo corazon se levantaba un sentimiento rebelde y vengativo.

Este hombre era Willey, que iba dando el brazo á la anciana madre de la hermosa Luz, devorando en silencio los zelos y la desesperacion.

Fijos los ojos en la feliz pareja que iba delante entregada á una conversacion la mas animada y amorosa, cada palabra, cada sonrisa que se dirijian, era un dardo que le clavaban en el pecho y que exaltaba su ira y el deseo de venganza.

—Muy callado marcha vd. hoy, señor doctor.

Le dijo la anciana notando su silencio.

—Sí; voy mirando....

—Ya, ya he visto que no aparta vd. los ojos de Rafael y de mi hija.

—¿Yo?... no....

Dijo Willey titubeando, temiendo que sospechase algo de lo que pasaba en su corazon.

—Sí; como es vd. un verdadero amigo de Rafael y se interesa vd. de una mane-

ra íntima por su felicidad y la de mi hija, no es extraño que esté vd. pendiente de sus palabras.

—Es cierto:—contestó Willey con aplomo, viendo que sus miradas habian sido interpretadas favorablemente:—Rafael es el amigo único que tengo, y su felicidad me interesa tanto como la mia.

—Lo creo. ¡Y qué buena pareja que hacen! Véalos vd. qué atortolados marchan. ¿No le parece á vd. que va á ser un matrimonio envidiable?

El efecto que aquellas palabras produjeron en Willey fué terrible. La observacion de la anciana estuvo á punto de hacer estallar la cólera encerrada á duras penas en su corazon; pero conociendo que por medio del disimulo se podia llegar al fin que él se habia propuesto, hizo un esfuerzo supremo para contener la ira de que estaba dominado, y contestó con sonrisa forzada.

—¡Oh...! sin duda: será un matrimonio de los mas felices.

—Como formado por el amor: porque

Luz no tiene mas idea ni mas pensamiento que Rafael.

—Ni éste—dijo el doctor ahogando su enojo—mas pensamiento ni otra idea que la de amar á Luz.

—Cierto. Son dos almas con un solo pensamiento, con una sola idea, con un solo deseo.

—Seguramente.

Contestó el doctor reprimiéndose.

—Vd., como padrino que va á ser de este casamiento, debe estar orgulloso de que tanto se amen.

—Sin duda.

Y Willey guardó silencio y miró hácia atrás para ver si marchaban tras él los tres amigos, á quienes para asegurarse mas, les hizo una seña disimulada con la cabeza para que le siguieran.

Pablo, que no le perdía de vista y que advirtió aquel movimiento, volvió la cabeza para ver á quién habia llamado, y al notar en los tres extranjeros, dijo á D. Juan.

—Algo malo intenta ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque he visto que ha hecho seña á aquellos tres que vienen allí muy *desimulados*.

—¿Quiénes?

—Aquellos tres *grandotes* que parecen tres *tristanes*.

—Sí; ya los veo, y en efecto que parecen titanes por su corpulencia.

—¿Y qué dice de eso su merced, niño D. Juanito?

—Digo que nada tiene de particular que les haga señas para que le sigan, puesto que querrá ir con ellos así que deje á las señoras.

—Ya veremos; pero yo soy muy *pico largo* (1), y por si acaso es otra cosa, vámosle siguiendo, porque es fácil si no que le perdamos en este laberinto de *Greda*.

—De Creta, querrás decir.

—De *Greda* ó de Creta; pero ya que le he comido el trigo (2); quero ver en lo que para esto.

Y continuaron su camino marchando de-

(1) Vivo, listo.

(2) Ya que he descubierto el secreto.

tras de Willey, y observando á los tres amigos del doctor.

En aquel momento dos hombres iban á salir de una tienda de abacería, ó *abarrotés*, como las llaman en México, en donde acababan de empeñar algunas piezas de ropa; pero uno de ellos, al ver á Pablo que pasaba junto á la tienda, se ocultó para no ser visto de él, detras de la puerta, y agarrando de la mano al otro, le hizo que se detuviera.

—¿Qué sucede?

Le preguntó aquel á quien detenía.

—Que no salga vd., Ernesto.

—¿Por qué, D. Diego?

—Porque va ahí el indio Pablo, y si llegase á sospechar que he venido á empeñar los vestidos de mi mujer y de mis tiernas hijas, que merced á sus obsequios compraron, me miraria con horror.

—Como me mira todo el mundo á mí:—contestó Ernesto, que no era otro que aquel jóven de interesante figura á quien vimos en la casa de juego de Duval vender á Doña Anita el marco en que tenia el retrato

de su amada madre.—Sí, como me mira á mí, señalándome como al asesino de mi esposa y de mi inocente hija!

Y el jóven se puso pálido con aquel recuerdo, y se estremeció fuertemente.

—Eh, no hay que entregarse á la tristeza.

Le dijo el esposo de Elisa.

—Es una idea que no me deja un solo instante, D. Diego; una idea que me acosa como el remordimiento á los condenados, y solo en el juego, en esa fatal mesa que labró la desgracia de toda mi vida, encuentro el olvido de mis penas.

—Vamos, pues, á esa mesa que á vd. y á mí con tal rigor nos ha tratado, y véamos si hoy sacamos de ella una cantidad que cambie nuestra triste posicion social.

—Vd.—dijo Ernesto con profunda tristeza—aun puede ser feliz si la fortuna le sonrie, porque vd. solo ha perdido sus bienes materiales, y éstos se pueden volver á adquirir fácilmente en el mundo; pero ¿quién me devuelve á mí la tranquilidad del alma? ¿Quién arranca de mi conciencia ese grito constante que en todas partes y á todas ho-

ras me acusa de asesino de mi querida esposa y de mi inocente hija....?

—Los bienes se recobran jugando; la tranquilidad de conciencia, con el arrepentimiento. Pero dejémonos de reflexiones, y marchemos á jugar, ya que ha pasado Pablo.

—Sí, marchemos; porque yo busco ya en el juego, no el remedio á mis males, que no lo tienen, sino el adormecimiento de ellos, como apura el enfermo el ópio, no para recobrar la salud, sino para morir con menos tormentos.

—¿En cuánto ha empeñado vd. lo que trajo?

—En veinte pesos.

—En otros tantos he empeñado yo lo que traje: formemos, pues, vaca, como habíamos convenido, y con los cuarenta pesos, estoy seguro que desbancaremos.

—Aquí tiene vd. mi parte, para que vd. sea el que juegue.

Dijo Ernesto entregándole los veinte pesos en que había empeñado todo lo que le quedaba.

—Está bien: ahora, marchemos.

—Marchemos.

Y Ernesto y Diego, discurriendo sobre el sistema que debían seguir para ganar, salieron de la tienda y cruzaron por entre la gente que invadía todos los puntos.

Entre tanto la hermosa Luz, apoyada en el brazo de su amante, y entregada á las más risueñas esperanzas de amor y de ventura, se paseaba tranquila por aquel improvisado pensil que presentaba una vista la más animada y deliciosa.

Preiso es haber concurrido el Viérnes de Dolores á ese sitio triste y olvidado el resto del año, para tener una idea de la afición de los mexicanos á las flores, y del afán de comprarlas para adornar con ellas los altares que elevan en sus casas todas las clases de la sociedad, desde la más rica hasta la más pobre, á la Madre del Salvador, el Viérnes de Dolores.

Aquí varias canoas que acaban de vender sus flores, se alejan para hacer lugar á otras que, al vender las suyas, desaparecen para que ocupen su lugar otras cien y cien que se suceden sin interrupción: allí varios criados de casas particulares cruzan por enme-

dio del gentío, llevando en la cabeza grandes canastas llenas de rosas, amapolas y claveles, mientras multitud de revendedores se agolpan á la orilla de la acequia á comprar á los indios todo lo que conducen en las canoas.

El ruido, el bullicio, la animacion y la alegría que reina en esos momentos es indescriptible.

Eran ya las nueve de la mañana; el gentío era inmenso: los balcones de la calle de Roldan y del callejon de S. Miguehito, lo mismo que las azoteas, estaban apretadas de personas de ambos sexos: las canoas que habian llegado cargadas de flores, iban quedándose sin ellas: canastas llenas de amapolas, rosas y claveles eran conducidas, ya á las fondas para adornar las mesas, ya á las casas particulares para adornar los altares improvisados.

El sol empezaba á hacerse insoportable, y la gente decente comenzaba á retirarse.

—Vamos ya, que el sol abrasa.

Dijo á Luz su anciana madre.

Y la jóven, apoyada en el brazo de su di-

choso amante, bajó por el Puente de la Merced, y penetró en las anchas calles, con direccion á su casa.

El doctor, dando el brazo á la anciana, iba por detras celoso y frenético, y dirijia la vista hácia la acera de enfrente por donde iban sus tres amigos.

A corta distancia, y observando todo, iban D. Juan y el indio Pablo.

Al llegar á la puerta de la casa, el doctor se dispuso á despedirse de las señoras.

Sus tres amigos hicieron alto en la esquina de la calle.

Don Juan y Pablo fingieron quedarse hablando enfrente.

—¿No pasa vd?

Dijo la anciana á Willey.

—Mil gracias: tengo que visitar algunos enfermos: tendré el gusto de volver mas tarde.

—Como vd. guste.

—Hasta luego.

El doctor se despidió de las señoras y de Rafael, y cuando ellas penetraron en el za-

guan, acompañadas del último, Willey se dirigió á donde le esperaban sus amigos.

—¿Ves como no habia intentado nada, y que lo único que deseaba era que le esperasen para ir con ellos?

Dijo D. Juan á Pablo.

—Ya lo veo; pero siempre *jué* bueno venirles siguiendo.

—Ahora, si quieres, te acompañaré á ver al padre Enrique.

—Vamos, señor.

Y Pablo y D. Juan se alejaron, cuando Willey llegaba á donde estaban sus tres amigos.

—¿Conocen vdes. bien la casa y la calle? Les preguntó el doctor en voz baja.

—Perfectamente.

—¿Están vdes. resueltos á servirme en lo que me prometieron?

—A cualquier hora.

—Mil gracias.

—¿Qué debemos hacer?

—Escúchenme vdes.

Y Willey les dió algunas instrucciones en secreto.

Poco despues se separó uno, y pasó por enfrente de la casa examinándola detenidamente, y se fué á colocar en la otra esquina de la calle.

Igual cosa hizo el segundo, que se fué á reunir con el primero.

El tercero, separándose de Willey, pasó por junto á la puerta, miró con ojo escudriñador hácia dentro, y se juntó á sus compañeros.

Pronto se reunió el doctor á ellos; se hablaron en voz baja, se apretaron la mano, y se separaron, citándose para un sitio.

Willey, contento de ver que podia contar con la cooperacion de los tres hombres que acababan de separarse de él, exclamó interiormente, brillando en sus ojos la alegría de los réprobos.

—Mi plan es infalible; Luz, esa jóven orgullosa que me desprecia, será mia sin remedio.

Y como si esta idea despertase en su corazon otra de igual naturalza, añadió:

—Pero antes que los desaires de ella, he

sufrido los de otra ingrata belleza que he jurado vencer: los de la hermosa Elisa. Tengo en mi poder, hace tiempo, el documento terrible para poder triunfar de su esquivez: la carta con que le he estado amenazando que le enseñaría á su esposo si no correspondía á mi pasión; pero que no ha producido resultado ninguno, porque no me ha visto resuelto á hacerlo. Sin embargo, es ya preciso tomar una resolución decisiva; es preciso que elija de una vez, entre mi cariño y la entrega de ese papel al hombre á quien está unida. Si supiese que la encontraría en este instante sola....

Willey se detuvo sin acabar la frase, al encontrarse sus ojos con dos hombres que en aquel momento penetraban en una casa de juego.

Estos dos hombres eran Ernesto y Diego, á quines vimos empeñar los únicos objetos de valor que tenían para exponer su importe al azar de una carta.

—La fortuna me sonríe;—pensó interiormente Willey al ver entrar á Diego en la casa de juego.—Elisa está sola, como an-

helaba: es preciso hacerla saber mi última resolución; hacerla comprender que el documento que guardo lo verá inmediatamente su esposo, si no corresponde á la pasión que ha encendido en mi pecho. Vencida su resistencia por el temor, solo me resta triunfar de Luz, que no pueda salvarse del lazo que la he tendido.

Y Willey, dominado por la pasión impura que inflamaba su corazón; por aquel deseo sensual que no conocía límites en él y ante el cual lo atropellaba todo, acarició la lisonjera esperanza de un próximo y seguro triunfo.

Willey, como lo hemos dicho ya otras veces, era uno de esos hombres que sienten encenderse su corazón á la vista de la primera mujer hermosa que encuentran: uno de esos hombres tenaces y emprendedores, que lejos de arredrarse ante los obstáculos, se sienten con mayor fuerza para vencerlos; porque esos obstáculos son incentivos poderosos á la pasión bastarda que abrigan y que se han propuesto satisfacer: uno de esos hombres que solicitan

sin descanso el amor de todas como una cosa imprescindible, necesaria á su corazon, y que sin embargo, no aman á ninguna: que tienen por un instante fija su imaginacion en una de las bellezas que les cautiva, y que se olvidan de ella para ocuparse á poco de otra que se presenta á su mente risueña y seductora: hombres cuyo corazon se asemeja á un espejo que se encuentra ocupado por la última figura que se presenta.

Y esto habia sucedido con el doctor.

Cuando su mente estaba fija en la hermosa Luz, la presencia de Diego le hizo recordar que existia Elisa; y acariciando la idea de poder vencer su esquividad en aquellos instantes en que la creia sola, se olvidó de la primera, y halagado por la esperanza de un seguro triunfo, abrazó con ardor un criminal pensamiento que concibió de repente, y se dirigió hácia la casa de la desdichada Elisa.

CAPITULO XIII.

La Semana Santa.

En ningun país se celebra con mas gusto y animacion la Semana Santa, que en la bellissima ciudad de México.

No hay sala de casa particular donde la devocion de la familia no haya improvisado un vistoso altar, donde despiden su aroma las pintadas y variadas flores, brillen los vasos con vivas aguas de colores, heridas por millares de encendidas velas de blanca cera, adornadas de papel de oro y plata, que oscilan suavemente, produciendo un efecto maravilloso, y donde en bruñidas fuentes

sin descanso el amor de todas como una cosa imprescindible, necesaria á su corazon, y que sin embargo, no aman á ninguna: que tienen por un instante fija su imaginacion en una de las bellezas que les cautiva, y que se olvidan de ella para ocuparse á poco de otra que se presenta á su mente risueña y seductora: hombres cuyo corazon se asemeja á un espejo que se encuentra ocupado por la última figura que se presenta.

Y esto habia sucedido con el doctor.

Cuando su mente estaba fija en la hermosa Luz, la presencia de Diego le hizo recordar que existia Elisa; y acariciando la idea de poder vencer su esquividad en aquellos instantes en que la creia sola, se olvidó de la primera, y halagado por la esperanza de un seguro triunfo, abrazó con ardor un criminal pensamiento que concibió de repente, y se dirigió hácia la casa de la desdichada Elisa.

CAPITULO XIII.

La Semana Santa.

En ningun país se celebra con mas gusto y animacion la Semana Santa, que en la bellissima ciudad de México.

No hay sala de casa particular donde la devocion de la familia no haya improvisado un vistoso altar, donde despiden su aroma las pintadas y variadas flores, brillen los vasos con vivas aguas de colores, heridas por millares de encendidas velas de blanca cera, adornadas de papel de oro y plata, que oscilan suavemente, produciendo un efecto maravilloso, y donde en bruñidas fuentes

y tazas de porcelana, colocadas con órden simétrico, no se ostente el cándido trigo luciendo como un blanco rio rizado por las auras y bañado por los fulgentes rayos del sol.

La escogida juventud de ambos sexos, en la cual residen la religiosidad, la franqueza, la urbanidad y el talento, se reúne en estas noches en la casa de algun amigo á cantar el *Stabat Mater*, del inmortal Rossini, con la precision y maestría que exige tan delicada música.

Las personas que han sido convidadas para visitar estos vistosos altares, se ven obsequiadas por los dueños de la casa con refrescos de chia y de horchata, que es costumbre dar en esos dias á los concurrentes.

Pero no solamente en las casas de la alta sociedad y en las de la clase media que es instruida, fina y atenta, se elevan esos altares, se obsequia con chia y con horchata, y se canta con perfeccion el difícil y hermoso *Stabat Mater* de Rossini y las Siete Palabras de Mercadante, sino que tambien se ven en los tristes cuartos de la clase infima, aunque con mas sencillez y pobre-

za, sin que falte por motivo ninguno la horchata y la chia para los concurrentes.

Cierto es que en los altares de esta clase infeliz no se canta el *Stabat Mater*; pero en cambio no faltan algunos músicos del bajo pueblo que estén tocando piezas agradables en honor de la Madre del Salvador.

Los altares de Dolores en la Semana Santa, se encuentran en toda la sociedad de México, como se encuentran los *bailes de posadas* en las ocho noches que preceden á la de Navidad, y de los cuales, así como de otras costumbres originales y agradables de México, hablé extensamente en mi novela histórica "El Capitan Rossi."

A algunos les parecerá que me detengo mucho en describir las costumbres que distinguen al pueblo mexicano de todos los otros pueblos.

A los que así piensan les suplico me perdonen que no participe de su opinion.

La descripcion de las costumbres de un país es altamente importante, puesto que estas costumbres reflejan la índole de los

pueblos, sus sentimientos y su grado de cultura.

Yo que conozco las de México, porque las he estudiado detenidamente, y que las encuentro gratas y apacibles, me complazco en darlas á conocer exactamente, tanto por un sentimiento de gratitud hácia los hijos de este fértil suelo, de quienes he recibido pruebas de la mas alta deferencia, cuanto porque se conserve memoria de ellas, en el triste caso de que con el transcurso del tiempo llegasen á desaparecer algunas.

Pero nada hay mas hermoso que el Jueves Santo. Día en el que el gentío es inmenso, y extraordinario el lujo.

Por todas partes se ven ricas mantillas de exquisita blonda, vestidos de costosas telas y adornos de inmensos valor.

La espaciosa plaza de Armas presenta una perspectiva deliciosa.

Allí se ven hormiguar y confundirse á todas las clases de la sociedad. Allí se escucha el dulce eco y las palabras de amor, y la destemplada voz del vendedor de cocos

y de naranjas, el desapacible ruido de las matracas, de las zambombas y de las *cantarranas*, y el pregon continuo de los dulceros y neveros ambulantes.

Aquí se ve á centenares de hombres del bajo pueblo, en pechos de camisa, conduciendo, en un largo palo, multitud de horribles figuras de cartón á quienes dan el nombre de *Judas*, destinadas á quemarse el Sábado de Gloria, despues del repique que anuncia la Resurreccion del Señor: allá un número, aun mayor, de vendedores de matracas, que en largos palos, como los de aquellos, llevan tambien esos instrumentos, verdugos del tímpano y de los oidos bien templados: en otro lado, y corriendo entre la golosa multitud de muchachos, se ve á los vendedores de rosquillas, llevando sobre la cabeza una larga tabla llena de golosinas, gritando con ronco acento: *á dos rosquillas y un mamon*; y enfrente de la suntuosa Catedral, de esa obra grandiosa que costó levantarla dos millones de duros, extiendese en línea recta una calle improvisada de rústicas tiendas, hechas de ligeras cañas

y enramada, cubiertas de vistosas flores, cortadas en las pintorescas *chinampas* de Ixtacalco y Xochimileo.

Adornan el frente de cada una de estas poéticas barracas, un antepecho ó mostrador de verdes ramas entrelazadas con rojas amapolas, sobre los cuales descansan brillantes vasos de cristal, de cerca de media vara de altos, llenos de aguas de colores, imitando la blanca horchata, el dorado tamarindo y la nacarada chicha.

A uno y otro lado, sobre una especie de reducto, formado de menuda y mojada arena, se levantan, como otras tantas columnas, grandes basijas de aromático barro de Guadalajara, colocadas unas sobre otras de mayor á menor, rojas y bruñidas, despertando en los fatigados transeuntes la sed y el deseo de saciarla.

En el interior de estas risueñas horchaterías, se descubren largas bancas de madera ocupadas por una alegre y festiva concurrencia, que entra á refrescar y pagar tributo á la costumbre de beber chia y horchata en esos señalados días.

Pero no es solo en la plaza; en cada esquina de las numerosas calles que cuenta la capital, se ve una horchateria improvisada, cubierta de flores y de enramada como las que de describir acabo, y en todas reina la misma animacion y la misma alegría.

—¿Qué toma vd., mi alma?

Es la pregunta que dirige la linda horchatera de ojos negros, expresiva faz, largo y negro pelo, que le cuelga en dos trenzas unidas por sus puntas con cintas azules, de pié breve y elevado seno, á todo el que entra en su florida y rústica mansion.

Pero si grande es el gentío que invade las calles y la plaza, no es menor el que se dirige á los suntuosos templos, en cuyos altares arden millares de velas de cera, se ostentan en abundancia las aromáticas flores, los vistosos sembrados de trigo, envían su radiante luz riquísimas lámparas de bruñida plata, y se oyen los melodiosos tonos de un lujoso piano, pulsado por algún jóven ó elegante señorita que se complace en contribuir con su talento y habilidad al

lustre de esas fiestas, de tan gratos recuerdos al corazón de los cristianos.

En medio de esta inmensa concurrencia que se agita por todas partes, y entre el bullicio y el regocijo general, se veía caminar solo y pensativo á un jóven de elegante porte, en cuyo interesante rostro estaba impreso el tinte del dolor y de la melancolía.

Mientras todos encontraban al paso apreciables amigos á quienes saludar y con quienes entretenerse en grata conversacion, nuestro personaje no hallaba ninguno á quien dirigir la palabra.

Habia cruzado el Portal de Agustinos, el de Mercaderes, las Cadenas y los sitios mas públicos sin tener que hacer ni una inclinacion de cabeza á nadie de los que transitaban. Parecia un sér extraño para aquella sociedad, donde nadie le conocia, y en la cual marchaba sin tomar parte en los placeres.

Despues de haber recorrido en el mas profundo silencio, y como dominado por melancólicos pensamientos los sitios principales, iba á dirigirse al centro de la plaza,

cuando oyó la voz lastimosa de un infeliz que se acercó á él diciéndole:

—¿Tiene vd. la bondad de socorrerme con algo? Soy una persona decente que no tiene con que llevar el desayuno á su familia.

El jóven se estremeció; metió conmovido la mano al bolsillo, sacó una moneda de plata, y la colocó en la abierta palma del que pedia.

Los ojos de éste se llenaron de lágrimas al mirarse tan liberalmente socorrido, y exclamó con una voz que expresaba el sentimiento de un corazón agradecido.

—¡Dios le premiará á vd. esta bella accion!.... ¡Las oraciones de una desgraciada familia llegarán hasta él, pidiendo por su felicidad!....

Estas palabras conmovieron tiernamente al que dió la limosna.

Sin duda debia haber sido tambien él muy desgraciado, pues solo en el infortunio se aprende á ser compasivo y generoso.

Para creerlo así hubiera bastado ver las lágrimas que se asomaron á sus ojos al se-

pararse de aquel necesitado, y la tristeza que en su semblante reinaba al continuar su meditabundo paseo por aquel océano de gente que se agitaba por todas partes.

Pero cuando mas se notaba la melancolía que en sus expresivas facciones se marcaba, era cuando miraba pasar á su lado alguna feliz pareja dirijiéndose tiernas palabras de amor y de ventura. ¡Oh....! entonces aquel hombre parecia sufrir horriblemente....! Su apacible semblante se cubria de una palidez mortal, les enviaba una mirada dulcísima de profundo interes y se alejaba conmovido, trayendo á la memoria recuerdos de grato dolor y de agradable pena.

Embebecido en sus ideas, el ruido y el bullicio parecian ofenderle, y sin embargo, lejos de ausentarse, marchaba de un punto á otro buscando los sitios en que mas numeroso era el concurso.

Sus ojos recorrían á cada instante todo el espacio que la vista abarcaba, como en busca de un objeto que esperaba hallar.

—¡Si yo la volviese á ver....!

Exclamó para sí, enviando una mirada de esperanza por cuanto alcanzaba ver; pero á este vislumbre de luz consoladora, sucedian al punto el desaliento y la tristeza.

—¡No, no existe para mí!—se interrumpia luego:—¡yo debo de olvidarla.... desterrarla de mi pobre corazon....!

Pero á pesar de estas palabras, sus ojos volvian otra y otra vez á buscar el objeto que anhelaba olvidar.

Quería huir de aquel sitio donde tanto padecía, y sin embargo, le encadenaba á él una fuerza invencible que no tenían poder para destruir ni la razon ni el convenimiento.

Parecíase en esto á aquellos navegantes que atraídos por la magia y la melodía del canto celestial de las sirenas, despreciaban el peligro de una muerte cierta, por el placer de escuchar la argentina voz de aquellas tres ninfas de estremada hermosura.

Entre tanto, el gentío era cada vez mayor y marchaba en aumento el bullicio.

Por todas partes continuaba el ruido de

las matracas, de las zambombas y de las cantarranas.

Aquí un nevero le rompe á uno el tímpano gritando junto al oído del descuidado paseante: *al nevero, al nevero: agua de limon fresco; quién se refresca!*

Mas allá se escucha el destemplado acento del rosquillero que grita con todos sus pulmones: *¡a dos rosquillas y un mamo n!*

El del dulcero, anunciando con chillona voz, *dulces para tomar agua:* el del vendedor de *cacahuates*, que con ronco pecho exclama: *¡al tostado de urno (1)!* y las distintas voces de la horchatera, del frutero y de los vendedores de *Júdas* que, al salir todas juntas, forman un concierto tan disonante como animador.

Nuestro jóven meditabundo, fatigado del paseo, sordo del bullicio y acosado por el calor, entró á refrescar á una de las rústicas tiendas cubiertas, como todas, de flores y de enramada: se sentó junto á una mesa, y pidió un vaso de horchata sin fijar la vis-

(1) Horno.

ta en las personas que en la misma pieza estaban.

—Guárdese vd. el dinero y salude vd. á las amigas, señor Nuñez.

Le dijo desde una mesa contigua una remilgada anciana que estaba con otra contemporánea suya y con un hombre de mugriento frac en animada conversacion.

El jóven levantó la cabeza, y fijando los ojos en la que le hablaba, contestó:

—Vd. dispense, Doña Anita; no habia tenido el gusto de ver á vd.

—No será mucho el que vd. reciba, cuando no se ha dignado ir á honrar la nueva y humilde habitacion en que vivo y que sabe vd. que está á su disposicion.

—Mil gracias.

Contestó Nuñez maldiciendo interiormente aquel encuentro.

—¡Ya se ve!... ¡quién se toma la molestia de visitar á las personas que vivimos en el barrio de la Palma!... No era así cuando vivia mi difunto, que en paz descanse: entonces sí que teniamos tertulias todas las

neches, y se cantaba la Atala, y se bailaba el minué, y....

—¿Vd. gusta, Doña Anita?

Dijo Nuñez ofreciendo el vaso de horchata que le acababan de servir, y contento de poder cortar de aquella manera la conversacion.

—Mil gracias; que le aproveche á vd.

—Pues como le iba á vd. diciendo, Doña Crucecita:—añadió la antigua mercachife dirijiéndose á la anciana con quien se hallaba, y reanudando la conversacion que habian suspendido á la llegada de Nuñez:—el maestro se enamoró de la discípula, le declaró su amor, y la jóven, que era una de las mas hermosas de la ciudad y que apreciaba altamente el mérito y fina educacion de su maestro, correspondió á su pasion.

Nuñez, desde las primeras palabras pronunciadas por Doña Anita aplicó disimuladamente el oido, interesado en oir lo que tan en relacion se hallaba con el principio de la historia de sus amores.

Se hablaba de un maestro y de una discípula llena de hermosura que se habian

jurado amar constantemente: Nuñez, como el lector sabe ya, se habia dedicado á dar ecciones de piano, cuando muerta su excelente madre, se encontró solo en el mundo, y pronto halló una lóven á quien consagrar su corazon. ¿Era, pues, de él y de la jóven que le hizo presentir una vida de ventura, de quienes hablaba Doña Anita?

Nuñez escuchó atentamente.

—¿Y él—preguntó Doña Crucecita—dice vd. que era de buena figura?

—De muy buena, segun me han contado, porque yo no tuve el gusto de conocerle.

—¿Y su rival?

—Nadie lo sabe: porque lo mas extraño es que á la jóven jamás se le vió hablar con otro.

—Tal vez se verian de noche cuando todo el mundo descansaba.

—Dios solamente puede saber eso. Lo único que yo sé es que la jóven desapareció en la noche, vispera de su casamiento.

Nuñez sintió que el corazon le saltaba dentro del pecho.

—¿Es posible?

Dijo admirada Doña Cruz:

—Que un coche la llevó hasta cierto punto, convenido sin duda de antemano; que allí se presentó el susodicho sugeto que todo lo había dispuesto de acuerdo con ella; que la llevó á una casa de donde no salia para nada; y que mientras sus padres y su amante ignoraban su paradero, el amante y la niña se juraban un amor eterno.

Núñez palideció al escuchar estas palabras.

—¿Hablará de ella?... —pensó:— ¡Ah!... si es cierto... ¡no era digna de mi amor!... ¡pero imposible!... ¡Sin duda es de otra mujer de la que se ocupan!...

—¿Y qué fué de su novio?

Preguntó Doña Cruz.

—Dicen que se suicidó.

—¿De veras?

—Al menos al día siguiente se encontró un cadáver ahogado en el canal de la Vega.

—¡Pobre jóven!...

Núñez respiró.

—Dispense vd., señora—advirtió el esposo de Doña Cruz:—pero si no me infor-

maron mal, ese que encontraron ahogado en la época á que vd. se refiere, no se mató por amor.

—Pues ¿por qué?

—Porque le echaron uno tras otro cinco albuces á la puerta.

Las dudas volvieron á combatir el corazón del jóven que escuchaba.

—Ello es que no se ha vuelto á saber mas del amante.

Respondió Doña Anita.

—¿Y no sabe vd. cómo se llamaba?

Preguntó Doña Cruz.

—No, mi alma, aunque sé que era un jóven de muy buena familia.

—¿Y no tiene vd. por su nueva casa alguna cosa que sea digna de saberse?

—Nada, mi alma, si no que noches pasadas se me presentó una pobre mujer pi-diéndome un rincón para dormir, y me quedé asombrada cuando al otro día la fuí viendo bajo de su mal vestido tenia una cara como un sol y un cutis como una rosa, aunque algo pálido.

—¿Era persona decente?

—¡Vaya si lo debe ser!.... Figúrese vd., Doña Crucecita, que habla muy bien, escribe mejor, y sabe hasta frances.

Nuñez volvió á prestar atención.

—¿Y es joven?

—Jóven todavía, mi alma.

—¿Y no le ha contado á vd. su historia?

—Nada, mi alma; no le he podido sacar nada: solo sé que perteneció á una familia bien acomodada, que despues quedó huérfana, tuvo amores con un joven, y....

—¿Y qué?

—Nada mas; porque de aquí no la he podido sacar por mas que he hecho para conseguirlo: pero yo creo que ella..... pues..... quien sabe si un *lapsus lingue*....

—¿Y está todavía en su casa de vd?

—Es muy servicial, y como no quiere salir para nada, y yo tenia ganas de salir á visitar las iglesias, se ha quedado cuidando de la portería.

—¿Si será ella!....—Pensó para sí Nuñez:—Pero no.... ¡imposible!.... Sin embargo....

Y se levantó de su asiento y se dispuso á salir.

—¿Se va vd. ya, señor Nuñez?

—Sí, Doña Anita.

—¿Y cuándo va vd. á visitarme?

—Tal vez dentro de un instante.

—¿De veras?

—Probablemente.

—¿Ya sabe vd. la casa?

—Tengo el apunte que vd. se dignó darme al mudarse.

—Muy bien; pues le espero á vd.

—Iré sin falta. Adios Doña Anita.

—Adios, señor Nuñez.

Y el joven se volvió á encontrar en medio de la gente y del bullicio, fluctuando en un mar de sospechas y de conjeturas.

—¿Qué simpático es este joven y qué tímido con las mujeres!—Dijo Doña Anita viendo salir á Nuñez.—No se parece al doctor Willey. ¡Jesus, qué hombre! tiene corazón de fósforo: con solo que se acerque á un vestido de mujer bonita, se enciende.

—Pues cuidado, Doña Anita.—Advirtió sonriendo el esposo de la anciana Doña

Cruz.—Porque si llega á descubrir la gracia de vd.

—¡Dios me libre de encontrarme sola con él! No porque yo pueda cometer un *lapsus linguae*, pues les consta á vdes. que soy toda una señora, sino porque siempre es bueno evitar murmuraciones, pues ya saben vdes. cómo son las lenguas de ciertas gentes.

—Temibles, mi alma—dijo Doña Cruz.—Hay personas que solo se ocupan de murmurar.

—Por eso yo, que soy una señora, me cuidó bien de no hacer lo que hacia nuestra antigua vecina Elisa, la esposa de D. Diego, á quien tanto visitaba el doctor Willey, y á quien todavía visita.

—¿Es posible?

—¡Vaya, mi alma! Nada menos que el Viérnes de Dolores fué á verla, á poco de haber salido su esposo.

—¿De veras?

—Como ya sabe vd., mi alma, que se mudó de la casa de Tacuba á otra próxima á la en que yo estoy de casera, por ser mucho mas baja la renta, fuí á verla para entregar

la un pañuelo que en la calle se le habia caído á una de sus niñas al pasar por la puerta de mi casa.

—Siga vd.

—Y estando en esto, llegó el doctor que, como no esperaba encontrar á nadie allí, puso una cara de condenado.

—¿Y ella?

—Ella se puso pálida, sin duda porque temió que yo sospechase algo.

—¡Vaya un chasco!

—Otra, en mi lugar, se hubiera marchado; pero yo que soy una señora, y que miro como un caso de conciencia vigilar por la honra del prójimo, me propuse estarle allí; porque ya sabe vd., mi alma, cuán fácil es, como decia mi difunto, que haya un *lapsus linguae*.

—Hizo vd. perfectamente.

—Cierto es que despues empecé á arrepentirme.

—¿Por qué?

—Porque ya las miradas del doctor no se dirijian á Elisa sino á mí; ¡pero de una manera....!

—De enojo sin duda: como que estaria rabiando contra vd.

—No, mi alma, al contrario: me miraba con una pasion....

—¡Ay, qué hombre!

—Por supuesto que yo me mantuve seria, como debe estar una señora.

—No le gustarian mucho á Elisa esas miradas.

—Así lo creo; y yo, por lo mismo, me levanté para despedirme, pero ¿querrá vd. creer, mi alma, que me detuviera, suplicándome que me quedase?

—¿Es posible?

—Sí, mi alma.

—Pues entonces no le querrá al doctor.

—¡Vaya! sino que lo haria para que no creyese que la visitaba con fines siniestros.

—Es verdad.

—Pero sea con el intento que faere, yo, mi alma, me quedé, y el doctor, viendo que no conseguia quedarse solo con Elisa, se marchó echándome unos ojos....

—¡Airados?

—¡Qué airados!.... mas apasionados que

Cupido. De manera que si fué con intencion de que Elisa cometiese un *lapsus lingua*, se llevó chasco, y ademas se retiró con mi desaire de señora.

Mientras las dos contemporáneas de Matusalén se entretenian en esta conversacion, Nuñez se perdía entre el gentío que llenaba la plaza, preocupado con las palabras de Doña Anita, con la historia que habia contado, y con la pobre que habia hospedado en su casa.

¿Quién de aquellas dos mujeres de que acababa de oír hablar era la que habia hecho latir en un tiempo su corazón?

¿Era la primera que le habia burlado infamemente huyendo con un oculto amante, ó la desgraciada que callaba su amarga historia?

Nuñez no sabia á qué atenerse; pero se resolvió de todas maneras á hacer la visita para desengañarse de si era su amada la que habia pedido hospitalidad, y de no ser así, informarse de Doña Anita del nombre del joven raptor, de quien se habia ocupado.

Abismado en estos pensamientos caminaba hácia la hermosa Catedral para rezar las oraciones propias de ese angusto día, cuando al pasar por junto á un corro de alegres jóvenes, oyó que uno de ellos decía:

—Aquí viene la rival de Vénus: la belleza mas perfecta de que puede envanecerse la naturaleza.

—Con efecto—contestó otro:—es la mujer que reúne en sí sola todos los hechizos que hacen irresistible al sexo hermoso. ¡Dichosos los dos que le acompañan!

En aquel instante pasaba junto á ellos la jóven á quien se referían.

Nuñez, deseando conocer á la hermosa de quien tantos elogios hacían, fijó los ojos en ella al mismo tiempo que los de la jóven se clavaban en él, y ambos se estremecieron á la vez.

Pasado aquel instante, mucho mas rápido que lo que nos tardamos en decir, Nuñez, dudando aún de lo que veía, se quitó el sombrero saludándola respetuosamente.

La jóven correspondió al saludo enviándole á la vez una sonrisa.

—¡No hay duda.... es ella....!—dijo interiormente Nuñez:—Pero esos dos que le acompañan.... No, tal vez es una persona que se le parece mucho.... ¡y como hace tanto tiempo que no la veo....! Sin embargo....

Y temiendo equivocarse fué á dar un corto rodeo para volverse á encontrar de frente con ella, que le envió otra hechicera sonrisa.

Nuñez sabia muy bien que cuando una señorita contesta varias veces, y en un breve rato, sonriendo cada vez que se encontraba con la misma persona que le saludaba, indicaba, si aun no le trataba, este concepto: *si sois lo que me pareceis, me gusta vuestra persona; y si le conocia, correspondo á vuestro cariño.*

Convencido, pues, de que de todas maneras no era indiferente para la hechicera que, si no era la que hizo en otro tiempo latir su corazón, era al menos el vivo retrato de ella, y resuelto á descubrir la verdad, la siguió á regular distancia, sin que los

que le acompañaban notasen la mas leve cosa que despertase sus sospechas.

Por fin, despues de haber visitado varios templos seguida siempre de Nuñez, se dirigió á su casa, y al entrar en la puerta, volvió con disimulo la cabeza para verle, se sonrió, llevando el abanico á la boca, y le saludó con él; dándole á entender este pensamiento: *esta es mi casa; si me quereis y sois lo que me pareceis, buscad quien os presente.*

El favorecido llevó la mano al pecho haciendo una cortés reverencia, dándole á entender: *soy caballero, y pronto me pondré á vuestros piés.*

Nuñez, á pesar de la satisfaccion que debia sentir, no parecia satisfecho aún, y esperó otro momento mirando hácia el balcón. Este se abrió, dejándose ver en él la jóven por la última vez quitándose el velo de la mantilla, manifestándole de aquella manera: *esta es mi habitacion: os amo.*

Nuñez se despidió quitándose el sombrero, contestándole con aquel saludo: *de hoy en adelante sereis mi ídolo, y esa casa el templo de mi adoracion.*

—¡Será ella....!—volvió á exclamar al verse solo;—ó será otra jóven que volverá á engañarme como me engañó la ingrata á quien nunca he podido olvidar!....

Y se quedó abismado, perdido en conjeturas que trastornaban su razon.

—¡Oh....! es preciso acabar de una vez con tantas dudas.... Marchemos á ver á Doña Anita, y ella tal vez aclarará el misterio que hasta ahora estaba oculto.

Y cuando ya iba á emprender su marcha dominado por aquella idea, sintió que una mano le tocaba el hombro, y escuchó que le decian:

—Muy pensativo está vd., querido Nuñez.

—¡Oh! ¡el cielo le envia á vd., amigo Leopoldo!

—¿Sí?

—Seguramente.

—¿Pues qué le pasa á vd?

—Una cosa que me parece un sueño.

—Pero ¿qué es ello?

—¿Sabe vd. quién vive en esa casa?

Dijo señalando aquella en que habia entrado la jóven.

—¿En el número 6?

—Sí señor.

—Muchísimo.

—¿Quién es?

—Don Felipe Flan, rico y honrado comerciante.

—¿Casado?

—No; ni nunca lo ha sido.

—¿Vive con él alguna hermana ó parienta?

—Tampoco.

—¿Entonces quién es una jóven á la cual ha venido acompañando, y he visto en el balcon?

—Sin duda será la prima de D. Félix Huerta, dependiente suyo.

—¿Sabe vd. cómo se llama?

—Soledad Noriega.

Nuñez se quedó abatido con aquella respuesta: la viveza y el ardiente fuego que por un instante habian comunicado á sus bellos y azules ojos el afán y la esperanza de haber encontrado á la hermosa jóven que le arrebataron cuando creyó llegar al colmo de la felicidad, se nublaron de repente,

como se apaga el brillo de la fulgente estrella ante las tristes nubes que se presentan antes de la tempestad.

—¡Ah!.... ¡no es ella!.... ¡no es ella!....

Exclamó con el acento del dolor mas intenso, dejando ver en su semblante la profunda melancolía en que se abismaba su alma.

Leopoldo que, tomaba un interes sin límites por todo lo que tenia relacion con la existencia de su leal amigo, se conmovió al ver que padecía, y que el origen de su padecimiento roconocia una causa, como la que á él le hacia sufrir sin descanso: ¡el amor!

—No hay que entregarse á la tristeza, ni que perder la esperanza.

Dijo Leopoldo, tratando de consolar á su amigo, cuando él, mas que otro alguno, tenia necesidad de consuelo.

Nuñez que, como nadie, conocia los sufrimientos de Leopoldo, le estrechó la mano con profunda gratitud y compasion á la vez, y fijando en él su melancólica mirada, le dijo:

—¡Me dice vd. que no me entregue á la tristeza, cuando la miro impresa en su semblante!.... ¡Me dice vd. que no pierda la esperanza, cuando vd., amigo mio, la ha perdido hace algun tiempo!....

—Sí; ¡yo la he perdido ya!—Exclamó Leopoldo con acento de profundo dolor.— Pero la he perdido, porque la impía y falsa declaracion hecha por Duval, á las puertas del sepulcro, la fatal noche del jardin, me ha presentado como criminal á los ojos del señor Landeta, que ha llegado á creer que habia dispuesto el rapto de Clotilde!.... ¡Ah! si antes me negó la mano de su protegida por la injusta acusacion hecha á mi querido padre, qué debo esperar hoy que se agrega á aquella la acusacion de raptor que han hecho pesar sobre mí!....

Y Leopoldo, que habia tratado poco antes de infundir valor en su amigo, quedó triste y abatido.

—Pero vd. cuenta siquiera con la firmeza de Clotilde, con la invariabilidad de su amor, y con que no será de nadie en el mundo, aun cuando todo el poder de los hom-

bres se empeñe en hacerla cambiar de resolucion.

—¡Sí; es verdad!.... Clotilde me será fiel hasta la muerte; pero tambien es cierto que no llegará á ser mi esposa!....

—¡Y por qué no?

—Duval buscará los medios de impedirlo, aun cuando Clotilde se resista á ser suya!

—¡Duval! ¡Ah!.... yo tengo la culpa de todo, porque no le dí el balazo en el corazon.

—No, es mejor que haya vivido; porque así podrá algun dia manifestar que me calumnió, y si hubiese muerto despues de su acusacion, Landeta me hubiera tenido siempre por un infame.

—Es verdad.

—Así algunas veces me alienta la esperanza de una vindicacion que con su muerte me hubiera sido imposible; y si el cuaderno que contiene las pruebas de la inocencia de mi padre no nos hubiera sido robado, aun esperaria en la felicidad.

—¡Oh!.... sí, ese cuaderno nos seria hoy de suma importancia. ¡Bien le dije á vd.

que lo guardase la tarde que desapareció, sin que sepamos hasta ahora quién se apoderó de él!

—Esto me prueba que existe una persona que espía mis pasos, que está pendiente de mis acciones y que acecha el instante de poderme perjudicar! Ya vd. ve, pues, amigo mio, si tengo motivos sobrados para no abrigar ninguna esperanza de consuelo!

—Y sin embargo, su situacion de vd. es mas risueña que la mia!

—No lo comprendo yo así, cuando le veo á vd. interesado en conocer á esa jóven, á quien sin duda ha venido vd. siguiendo y por quien me acaba vd. de preguntar.

—¿Y cómo quiere vd. que no la siguiese y preguntase quién era, cuando creí ver en ella á la mujer que amé con toda el alma?

—¿Será posible!

—Sí, Leopoldo; ¡pero no es ella....! Y sin embargo, ¡se parece tanto....!

Y Nuñez exhaló un hondo suspiro, arrancado por los recuerdos del pasado, y se asomaron á sus ojos algunas lágrimas.

Leopoldo le tomó del brazo, y para sa-

carle de sus tristes pensamientos le dijo, conduciéndole hácia las Cadenas, donde el gentío era mas inmenso.

—¿Y por qué, ya que hemos encontrado el parecido, no confiar en que hallaremos á la persona deseada?

—¿Dios lo quiera....!—Contestó Nuñez dejándose conducir por su amigo y dirigiendo una mirada hácia el balcón.—¿Pero visita vd. á esa jóven?

—No; pero lo hubiera podido hacer cuando fué mi vecina.

—¿Vivió cerca de vd.?

—En una de las habitaciones de la misma casa.

—¿Es posible!

—A no dudarlo.

—¿Y vivia con el señor Flan?

—No; entonces vivia con una criada, y solamente le visitaba todos los dias su primo D. Félix.

—¿Y está casado con ella?

—Veo—dijo Leopoldo—que su corazón puede llenar el vacío que le falta: ¡ha interesado el alma de vd. esa jóven, por ventura?

—No; los hombres como yo, solo aman á una mujer, y la aman para siempre. Si la he seguido, si me ha interesado, ha sido, como antes dije, porque la equivoqué con la jóven que no he podido olvidar un solo instante; con la hechicera Adela; pero una vez deshecho el error, no siento hácia ella otro afecto que el que nos inspira el retrato del sér que nos cautiva.

—Lo creo así, querido amigo. Sin embargo, si anhela vd. saber algunos pormenores con respecto á esa jóven, Doña Anita, nuestra antigua vecina, podrá acaso suministrárselos, porque era la crónica con faldas de toda la vecindad, aunque no la mas caritativa y escrupulosa.

—¡Ah!.... sí; tengo que visitarla; no con el objeto de informarme de la que en mi alucinacion pude equivocarme con la mujer que hizo latir mi corazón de amor, sino porque tal vez encuentre allí, víctima de la miseria mas espantosa, al objeto que está constantemente fijo en mi pensamiento.

—¿En casa de Doña Anita?

—Sí.

Contestó Nuñez. Y entonces le contó la conversacion que habia oido en la horehateria, con respecto á una jóven hermosa, de talento y de instruccion que, agobiada por la necesidad habia pedido, en una noche tempestuosa, asilo en la casa de Doña Anita.

Leopoldo, conociendo que la esperanza es el bien de los desgraciados, trató de dar fuerza á la idea concebida por su excelente amigo, y exclamó participando aún él de la misma esperanza.

—Tal vez sea ella. Son tantas las evoluciones de la fortuna, que todo es de esperarse sobre la tierra.

—¿Luego ha renacido en vd. tambien la esperanza que yacía muerta?

Exclamó Nuñez contento de creer que su amigo concebía un risueño porvenir.

—¡Ah!...! no.

—¿No acaba vd. de decir que todo debe esperarse sobre la tierra....?

—Sí, todo; ¡excepto mi ventura! ¡excepto mi union con Clotilde....!

Exclamó Leopoldo abatido.

Nuñez no supo qué contestar, y guardó silencio.

Preocupado cada cual con las ideas tristes que cruzaban por su mente, caminaron largo trecho sin pronunciar una palabra.

Luego, como si buscasen en el bullicio el entretenimiento á la pena, se dirijieron hácia él lentamente, y se perdieron en el inmenso gentío que llenaba el concurrido paseo de las Cadenas.

CAPITULO XIV.

Fiestas de los indios.

En los momentos mismos en que un inmenso gentío invadía la Plaza de Armas, las Cadenas, y penetraba lleno de lujo y de devoción á los templos para visitarlos, otra gran parte de la poblacion se dirijia á las cortas poblaciones de indios de los alrededores de México, con la curiosidad de ver celebrar las fiestas de Juéves y Viérnes Santo, que suelen presentar una novedad desconocida en otras partes.

Unos se dirijian al pueblo de Tacubaya, otros á Ixtacalco, y no pocos á Culuaacan.

El canal que conduce á estos dos últimos puntos, estaba cubierto de canoas, dirijidas

Nuñez no supo qué contestar, y guardó silencio.

Preocupado cada cual con las ideas tristes que cruzaban por su mente, caminaron largo trecho sin pronunciar una palabra.

Luego, como si buscasen en el bullicio el entretenimiento á la pena, se dirijieron hácia él lentamente, y se perdieron en el inmenso gentío que llenaba el concurrido paseo de las Cadenas.

CAPITULO XIV.

Fiestas de los indios.

En los momentos mismos en que un inmenso gentío invadía la Plaza de Armas, las Cadenas, y penetraba lleno de lujo y de devoción á los templos para visitarlos, otra gran parte de la poblacion se dirijia á las cortas poblaciones de indios de los alrededores de México, con la curiosidad de ver celebrar las fiestas de Juéves y Viérnes Santo, que suelen presentar una novedad desconocida en otras partes.

Unos se dirijian al pueblo de Tacubaya, otros á Ixtacalco, y no pocos á Culuaacan.

El canal que conduce á estos dos últimos puntos, estaba cubierto de canoas, dirijidas

por robustos remeros, vestidos de calzon blanco, remangado hasta el muslo, en mangas de camisa, descalzos, y con sombreros de petate, de anchas alas, que los defendía de los abrasadores rayos del sol.

El embarcadero de la *Viga* se veía lleno de gente del pueblo que, afanosa y alegre, se embarcaba para concurrir á las fiestas de los indios.

Aquí dos ó tres familias de honrados y sencillos artesanos penetraban en una canoa cubierta con un toldo de petate, y se colocaban dentro de ella, provistos de un almuerzo de *enchiladas* (1), *guajolote* (2), *frijoles* y pulque: allí un grupo de leperos salta á una canoa llena ya de gente, donde al son de la *jaranita* (3), del bajo y del arpa, marchan bailando algunas parejas un jarabe animador: en otra parte un cargador deja caer en una de esas ligeras embarcaciones, un pellejo lleno de pulque que lo recibe una docena de devotos del jingo del

(1) Pan de maíz con pimientos.

(2) Pavo.

(3) Bandurria.

maguey; y por donde quiera, chiquillos que saltan de alegría, mamás que los cuidan que no caigan al agua; músicos que cantan; remeros que llaman con aguardientosa voz á las personas que se acercan al embarcadero; gritos, risa, alegría, bullicio y confusión.

—Oiga vd., D. Paz;—decía desde la canoa una jóven del pueblo, vestida con enaguas cortas y zapato de raso, dirigiéndose á un grupo de hombres que estaban en la orilla;—avise vd. á D. Encarnacion que ya no *merque* la cerveza; que se venga, porque ya se va la canoa.

El hombre á quien se dirijia, se separó del grupo de amigos, y fué á alcanzar al que le indicó la graciosa jóven.

—¡Valedor!

Gritó desde lejos.

El hombre á quien la voz se dirijia se detuvo diciendo:

—¿Qué se ofrece, D. Paz?

—Que se *güelva* vd. ya sin *mercar* la cerveza.

—¿Quen lo manda?

—La Federecha, porque ya se va la canoa para Ixtacaleo.

—¿Y mi compadre Don Trenida?

—Tambien está ya con ella, lo mismo que D. Getrudes, D. Margarito y D. Concepcion.

—Pero ¿y qué bebemos!

—Palque, valedor, que para eso llevamos un pellejo que acaba de traer mi padrino D. Soledad.

—Entonces nada hay que replicar; porque habiendo pulque, todo lo demas sobra. Pero ¿no esperamos á D. Cármen y á D. Piedad, como habiamos convenido?

—No; ahí vendrán cuando *quieran*.

—Entonces les damos un *gregorito* (1).

—No, porque se queda D. Asuncion á esperarles.

—Entonces está *güeno*.

Y al decir esto se acercó al que le habia llamado, y juntos se dirijieron á la canoa y entraron en ella, que ya estaba llena de gente y dispuesta á partir.

—¡Vámonos!

(1) Un chasco.

Gritaron todos los pasajeros dirijiéndose á los remeros.

Estos iban á empezar á remar, cuando se presentó en la orilla un jóven de buena presencia, pero en cuya blanca faz se revelaban la tristeza y los sufrimientos.

—¿Hay lugar para mí?—Dijo con voz débil.—Han salido todas las canoas y me precisa llegar pronto á Ixtacaleo.

—No, no; aquí no *almetimos cátrines*.

Dijo un hombre del bajo pueblo y de cara feroz, que embozado en una sábana, se hallaba al lado de tres músicos, que sentados al borde de la canoa, tocaban en el arpa, bajo y *jaranita*, un jarabe que bailaban algunas parejas.

—¿Y por qué no ha de entrar?—dijo uno de los que acompañaban á la Federacha:—

¿No *semos* todos iguales? ¿No *quiere* él venir en la canoa de los *probes*?

—Sí, sí, que entre.

Dijo la Federacha.

Los remeros atrancaron la canoa que ya empezaba á andar, y el jóven entró diciendo:

—Gracias: no hubiera molestado á vdes.

si hubiese encontrado otra canoa; pero como la mayor parte han salido ya, y las otras empiezan ahora á recibir pasajeros. . . .

—Sí señor: ha hecho su merced muy bien:—dijo el que habia abogado por él:—aunque *probes, somos gente* honrada y tenemos *prencipios*; y mientras esté en la canoa D. Encarnacion, añadió levantando sobre la frente el ala del sombrero y echando éste hácia atras—*naiden* le faltará á su merced al *respeuto*, si es que no se hace antes el ánimo de *sacarse* (1) al campo y de *rifarse* (2) conmigo.

—Gracias.

—Es que es la *merita* verdad; y no es porque me la *quera echar de lado* (3), sino porque así me *nace*, y estoy dispuesto á sostenerlo aquí y donde *quera*, y lo digo *quedito* y *recio*.

—Gracias.

Volvió á repetir el jóven, poco enamorado de aquel lenguaje raro de su protector; y sin atreverse á fijar en él los ojos, pene-

(1) Salir.

(2) Luchar, reñir.

(3) Porque blasona de valiente.

tró en la canoa, y se dirigió al sitio mas retirado y solitario, donde, de pié y con los brazos cruzados, se quedó triste y meditabundo.

Los remeros empezaron á bogar, y la canoa empezó á deslizarse por el estrecho y pintoresco canal, con direccion á Ixtacalco.

—Vaya, D. Consuelo;—dijo á uno de los músicos el embozado que se habia opuesto á que entrase el jóven de figura simpática;—entone vd. algun versito de los que á mí me *cuadran*.

—¿Cuál?

—Ya sabe vd., contra los *encolados* (1).

—Allá va, D. Genovevo.

Contestó el del arpa, y cantó este mal forjado verso:

Los elegantes del dia
son como el *atole* frio,
en las bolsas el silencio
y en los tacones el ruido.

—¡Bavo! ¡bravo!

Exclamó el D. Genovevo dirijiendo la

(1) Los elegantes de guardilla.

vista á nuestro jóven para ver si se habia picado.

Pero la persona á quien se trató de ofender con aquel verso, se encontraba demasiado entregada á profundas reflexiones para haberlo escuchado.

De pié, y quieto en un punto retirado, fijos sus ojos en el canal por donde la canoa se deslizaba, con la cabeza caída sobre el pecho y con los brazos cruzados, aquel jóven parecia la estatua de la melancolía, meditando en los recuerdos pasados.

En su blanca y simpática fisonomía velada por el tinte del dolor y de la tristeza, se reflejaba no sé qué de misterioso y de siniestro que predisponia el alma á la compasion y al interés.

En sus ojos azules, de mirar dulce y cariñoso, que, como hemos dicho, se hallaban fijos en un punto, brillaba de vez en cuando alguna lágrima que la reprimia cerrando sus grandes párpados, adornados de largas y agradables pestañas.

El hombre del bajo pueblo que, embozado en su sábana, habia pedido á los músicos

que cantasen, viendo que no habia conseguido llamar la atencion del jóven, volvió á gritar:

—Otro versito por ese *chisgo*, D. Consuelo; pero con voz mas *rebusta*, para que lo oigan los *catrines*.

—Voy á servirle á vd., D. Genovevo.

Y el músico cantó con voz ronca y destemplada este otro mal perjeñado verso:

Mucho *reló* y mucho *frac*,
mucho *tono* y mucho *guante*,
y los *bolsillos* sin *blanca*,
y el *estógamo* con *aire*.

—¡Bravo! eso ha sido lo *mero güeno*.

Exclamó el embozado de la sábana, dirigiendo la vista hácia donde estaba el jóven rubio; pero éste continuó sin dar señales de hacer caso de lo que pasaba á su derredor.

—Parece una *estantua*.—Dijo la Federacha á uno de los que con ella iban.—Si *quedrá* hacer el *eisamen* de conciencia.

—Y es buen mozo.

Advirtió la Tangos, jóven de simpática

figura y de gallardas formas, inseparable amiga de la Federacha.

—¿Por qué no lo dices mas *recio* para que te oiga?—Dijo otro de la reunion, cuya cara estaba dando idea de sus malos hechos.—A tí nada hay que te *cuadre* tanto como los *rotitos* (1).

—¿Ya empiezas con tus tonterías, *Madeleno*? Pues ¿qué, decir que es *bonifacio* (2) es asegurar que me *cuadre*?

—No; pero siempre los *probes semos*, ó no *queren* hacer de *segunda fila*.

—Pues bien; haremos lo que nos *nazca*, que á Dios gracias, no tenemos marido ni *naiden* á quien dar cuenta de nuestras *ai-ciones*.

—Pero....

—Nada: el que me *quera*, me ha de *querer* así: que este es mi modito y *seaca*.

—Corriente: ya cierro la *botella* (3).

—Ademas de que ese jóven podrá ser to-

(1) Epíteto con que tratan de insultar á la gente decente.

(2) Bonito.

(3) La boca.

do lo bien parecido que se *quera*; pero *res-peuto* á dinero, no creo que tenga mucho mas que ninguno de vdes.

—Y es verdad:—dijo la Federacha:—su sombrero de fieltro no es nada nuevo; su levita está muy lejos de ser flamante, y la lleva abrochada hasta el pescuezo, lo cual indica que la camisa no está muy limpia ni muy nueva.

Y era verdad lo que la Federacha decia.

El traje del jóven, aunque cortado á la moda, revelaba, á primera vista, que su dueño, aunque persona de buena educacion, no debia disfrutar de las comodidades de que gozó sin duda al mandarlo hacer.

Esto, agregado á su aire triste y meditabundo, á su ensimismamiento y descuido de cuanto le rodeaba, manifestaban que aquel hombre habia sufrido algun gran golpe de fortuna.

Entre tanto, la canoa se deslizaba sobre el pintoresco canal, y los acordes de la música se iban á perder entre los bravos de los que aplaudian á los que bailaban, y en-

tre los gritos y zambra de la multitud que en otra infinidad de canoas se dirijia al pueblo de Ixtacalco.

¡Qué bella es la perspectiva que se descubre á la vista del observador al pasar el sólido puente que sirve de puerta á la grandiosa capital! Todo es risueño, magnífico y sublime en este sitio en que el hombre se encuentra rodeado por todas partes de objetos que le sorprenden, que le inspiran sentimientos tiernos, religiosos, elevados, que el idioma humano no tiene palabras para expresar.

Desde allí se descubre, sobre una vasta llanura de esmeralda, esmaltada de flores que embalsaman la atmósfera, centenares de pequeñas casas blancas, esparcidas en el ancho valle y semi-ocultas entre el ramaje de los bosques, como otras tantas cándidas gaviotas, descansando á la sombra de los copudos árboles. De entre espesos bosques poblados de corpulentos árboles, levántanse arrogantes los dos gigantescos volcanes, el Popocatepelt y el Iztaccihualt, como dos invencibles guerreros, cuyos blancos pena-

chos van á perderse entre el undulante cortinaje del cielo. Rivalizando en gentileza y megestad con estos dos constantes centinelas que dominan todo el extenso valle, y cuyas elevadas cimas se ven cubiertas constantemente de nieve, se descubre el magnífico bosque de Chapultepec, cuyos corpulentos árboles, vestidos de blanco heno, presentan al observador las brillantes páginas de los reinados de los últimos emperadores aztecas. La vista, paseándose por los bellísimos objetos que se descorren ante ella, descubre á un mismo tiempo los pequeños campanarios esparcidos por el valle, los baños, las aves, las flores, los lagos, los pueblos, las aldeas, y allá semi-oculta entre las blancas nubes y cerrando el horizonte, la suntuosa emperatriz de las ciudades del Nuevo-Mundo, la bellísima ciudad de México, con sus anchas calzadas, sus magníficos edificios y grandiosos templos. A completar la pintoresca perspectiva de este admirable panorama viene la brillante cinta de plata que, saliendo del lago de Texcoco, penetra en la populosa ciudad, sosteniendo en su

trasparente superficie millares de ligeras canoas que cruzan en distintas direcciones el pintoresco canal.

La mañana estaba deliciosa.

Los alegres viajeros, sin detenerse á examinar las bellezas de la creacion, seguian cantando y bailando.

El jóven rubio, abismado en sus pensamientos, continuaba cruzado de brazos y sin alzar la vista de un punto.

—¿Qué, no quiere vd. cantar ya, D. Consuelo?

Dijo el embozado de la sábana al músico, viendo que hacia algun tiempo que no cantaba.

—Voy á entonar otra copla, D. Genovivo, que se me *afigura* que le cuadrará á vd.

—Bueno; oigamos.

Y el músico cantó lo siguiente:

Yo enamoré á una chinita
de estas de vestido *ampon*,
y me dijo la maldita,
váyase de aquí *panzon*,

no tiene para *semita* (1)
y quiere comer *mamon* (2).

—En *efeuto*, no tiene ningun *defeuto*, es de lo mas *perfeito*.

—No diga vd., compadre, *efeuto*, *defeuto* y *perfeito*.

—Pues cómo se dice, compadre?

—*Efeito*, *defeito* y *perfeito*.

—¿Qué *perfeito* ni qué calabaza! *Perfeito*.

—No sino *perfeito*, y si no, que lo diga mi valedor D. *Madaleno* como se *preuncia*.

—Yo—contestó aquel á quien querian poner de juez—siempre he dicho *perfeito*, *efeuto* y *defeuto*.

—¿Lo ve vd., compadre?

—Sí; pero la gente fina *preuncia efeito*, *defeito* y *perfeito*. ¿No es verdad, D. *Trenidad*?

—Sin duda; y yo digo lo *mesmo*; *efeito*.

—¿Lo ve vd., compadre?

—Sí; pero tambien vd. ha oido el parecer de D. *Madaleno*, que dice: *efeuto*, *defeuto* y *perfeito*.

(1) Pan del mas corriente.

(2) Bizcocho de huevo.

—Bien; pues *¿quiere* vd., compadre, conformarse con lo que *decida* D. Margaritof

—Hombre—dijo éste—á mí no me pregunten nada de *tiologia*.

—Si no es *tiologia*;—dijo otro de los que escuchaban la discusion:—lo que se disputa pertenece á las matemáticas.

—No, padrino—le advirtió otro—se me *afigura* que es asunto de *bramática*.

—Eso, eso quise decir, de *bramática*.

—Bien, sea de lo que fuere: vdes. cómo dirian, *efeuto*, como yo sostengo que se debe decir, ó *efeito*, como asegura mi compadre?

—Yo digo que *efeuto*:

Dijo uno.

—Y yo; replicó otro.

—Y yo; dijo un tercero.

—Y yo; añadieron varios.

—Pues á mí—dijo otro de los oyentes—me parece que se debe decir *efeito*.

—Y á mí.

—Y á mí.

—Y á mí.

A la acalorada disputa, uno de los que

estaban bailando se dijo hácia los que discutian.

—¿A dónde vas?

Le preguntó su compañera.

—Voy á escuchar; porque no hay cosa que mas me *cuadre* que cuando dos se *agarran al pico*, que es lo que *istruye*.

Y á imitacion de él todo el mundo se agrupó en derredor de los que disputaban, excepto nuestro jóven, de finos modales, que continuaba inmóvil y cruzado de brazos.

—Pues ya ve vd., compadre—dijo uno de los que disputaban—cómo hay muchos de mi opinion, esto es, que se debe decir: *efeuto*, *defeuto* y *perfeuto*.

—Lo mismo hay de la mia; pues sostienen que está mejor dicho *afeito*, *defeito* y *perfeito*.

—¿Pero cómo dice la leyenda?

—¿Cómo dice?

—Precisamente traigo aquí unos versos de un *evangelista* (1) que se lo van á probar á vd., compadre.

(1) Memorialista en España; pero es preciso advertir que el evangelista de México no tiene instruccion ninguna.

—Y yo traigo otros que le convencerán á vd. de lo que yo digo.

—Vamos á ver.

—Vamos á ver.

Y ambos echaron mano al bolsillo y sacaron un papel.

—Los concurrentes se aproximaron á ellos cuanto les fué posible.

—Oiga vd., compadre, y ya ve vd. que están en letras de molde.

Si premias, chata, el *afeuto*
de mi, que por tí suspiro,
en mi alma harás tal *efeuto*,
que me tornarás *de al tiro*,
de malo en hombre *perfeuto*.

—¿Lo ve vd., compadre? Dijo el que acababa de leer.

—Se dice *perfeuto*, no hay duda; dijeron todos.

—Agora lo veremos—añadió el que sostenía lo contrario:—oigan vdes. los que yo traigo, y que también están con letras de molde.

—Vamo á ver.

Eres un cielo *perfeito*

de belleza extraordinaria,

no tienes mas que un *defeito*

que te muestras á mi *afeito*

en extremo *polinaria*.

—¿Lo ve vd., compadre? Exclamó el lector.

—Pues entonces se debe decir *perfeito*.

Dijeron todos.

—No, sino *perfeuto*;—dijo el que leyó primero.—Mis versos están hechos por el mejor *evangelista* de los que están en el Portal de Santo Domingo.

—Lo *mesmo* los que yo he leído.

—Pues ¿cuánto *quere* vd. apostar, compadre, á que se dice *perfeito*?

—Lo que vd. *quera*, compadre.

—Un almuerzo de *enchiladas*, con su correspondiente pulque.

—Corriente.

—Se conforma vd. con lo que diga D. Refugio, que está presente, y que es *evangelista* que la *entelige* para esto de poesía?

—Corriente: paso por lo que diga.

—Vamos, resuelva vd., D. Refugio.

Don Refugio, que era otro hombre del bajo pueblo, que no se habia atrevido á tomar parte en la discusion, porque lo mismo que todos, ignoraba cómo se debia decir, y temia perder la fama de sábio que tenia entre aquella gente, perdió el color y la serenidad.

—Sí, sí, que D. Refugio sentencie.

Exclamó la multitud que esperó en silencio á que despegase los labios.

—Pero, hombre, para ¿qué es eso?—Dijo sudando de congoja D. Refugio que veia comprometida su reputacion, y tratando de que no se hablase mas sobre el asunto—que diga cada cual como mas le *cuadre*, y asunto concluido.

—No, no; hay apuesta, y es preciso que vd. diga como está mejor dicho, si *perfeito* ó *perfeito*.

—Sí, sí; es preciso.

Gritaron todos.

—¿Quién de vds. es el que ha dicho que se debe decir *afeuto*, *perfeito* y *defeuto*?

—Yo.

—Es decir que vd. sostiene que se debe decir *defeuto*, *afeuto*, y *perfeito*?

Volvió á preguntar D. Refugio tratando de ganar tiempo y ver cómo podia eludir su opinion.

—Sin duda.

—Bueno. ¿Y quién es el que asegura que ha de ser *afeuto*, *defeuto*, y *perfeito*?

—Yo.

—Muy bien.

—Diga vd. ahora ¿quién tiene razon?

—Con que vd. dice que *afeuto* se debe decir y no *afeuto*?

Repitió, acongojado el electo juez en aquella cuestion.

—Sí, hombre.

—¿Y vd. que *afeuto* y no *afeuto*?

—Eso es.

—De manera que vd. que dice *afeuto*, no está de acuerdo con el *afeuto*; ¿no es esto?

—Sin duda.

—Ni vd. que dice *afeuto* está con el *afeuto*.

—Sí, hombre, sí.

—Luego lo que hay que resolver... Hom-

bre, vamos á bailar un jarabe y dejemos la discusion.

Dijo tratando de escabullirse; pero todos le agarraron, y le obligaron á permanecer allí.

—No se va vd. hasta que no sentense.

Don Refugio vió que no habia remedio, y continuó.

—Luego, como he dicho antes, lo que hay que resolver es si está mejor dicho *afeuto* que *afeito*, ¿no es esto?

—¿Cuántas veces hemos de decir que sí?

Contestó impaciente uno de los de la disputa.

—Luego la cosa está entre si vd. que dice *afeuto*, ó el señor que dice *afeito*, hay alguno que tiene razon.

—¡Dale! ¿no se le está á vd. diciendo que sí?

—De manera que lo que se desea saber....

—Lo que se desea saber, hombre de Barabás, es que nos diga vd. sin mas rodeos, si se dice *afeuto* ó *afeito*, y se acabó.

—Pues yo les diré á vdes....

Y el evangelista se quedó meditando.

—¿Cómo?

Preguntaron con impaciencia.

—Pues se dice.... Pero, hombre, dejen vdes. la discusion para otro dia,

—No señor. ¿Cómo se dice?

—Pues se dice....

—Diga vd.

—*Afeuto*.

—¿Lo ve vd., compadre? he ganado.

—Esperen vdes., señores, que todavía no he acabado—añadió D. Refugio.—Se dice *afeuto*, y se dice tambien *afeito*.

—¿Lo ve vd., compadre?—contestó el otro—yo he ganado.

—De ambas maneras lo usan los autores que yo he leído, pues tengo todas las obras de todos los *evangelistas* desde que escribian junto al *caballito* (1), que estaba en la Universidad, hasta las últimas escritas por

(1) Dan vulgarmente el nombre de *caballito* á la magnífica estatua ecuestre de Carlos IV, que habiendo sido quitada del centro de la Plaza de Armas al hacerse la independencia, fué llevada al patio de la Universidad, fuera de cuyo edificio se ponian los memorialistas ó *evangelistas*. Despues se trasladó la estatua al Paseo Nuevo, que es don-

mis compañeros en el Portal de Sto. Domingo.

—No me conformo.

Dijo uno de los de la disputa:

—Ni yo; añadió el otro.

—¿Pues se conforma vd., compadre, con

de hoy se encuentra, y los evangelistas pasaron al Portal de Santo Domingo, donde están actualmente.

La expresada estatua ecuestre se expuso al público en la Plaza de Armas el día 28 de Noviembre de 1803. Acordó su erección el marqués de Branciforte, siendo virrey de México; y mientras se fundía hizo colocar una provisional, que se alzó el 9 de Diciembre de 1796. La obra de la estatua, que es de bronce, fué encomendada al célebre escultor español, D. Manuel Tolsa. El metal que se fundió pesaba seiscientos quintales, y tardó en liquidarse desde la tarde del 2 hasta la mañana del 4 de Agosto: la fusión en el molde fué cosa de quince minutos. La altura total de jinete y caballo es de cinco varas y veinticuatro pulgadas: en el vientre de éste cupieron holgadamente veinticinco hombres, que entraron por una puerta que exprofeso se dejó en la parte superior del anca. El marqués de Branciforte costeó la estatua. "Esta obra, dice de la estatua un viajero, excede en primor y pureza de estilo á cuanto nos ha quedado del mismo género en Europa, exceptuando solo el Marco Aurelio de Roma."

Una de las cosas que hace resaltar el mérito de la estatua de Carlos IV, es que caballo y jinete son de una sola pieza.

la opinion de ese *catrin* que viene tan pensativo en la canoa?

—Me conformo.

—Ese por *juerza* ha de saber cómo está mejor dicho.

—Corriente: vamos á preguntarle.

Y los dos de la discusión, acompañados de los oyentes, se acercaron al jóven meditando.

—Tenga su merced la bondad de sacarnos de una duda, caballero.

El jóven pareció despertar de un sueño, y volvió la vista hácia los que le hablaban.

—¿En qué puedo servir á vdes?

Les dijo con voz dulce y acento melancólico.

—Tenemos una disputa sobre unas palabras, y quisiéramos que su merced tuviera la bondad de decirnos cómo están mejor dichas.

—¿Cuáles son?

—Yo digo que es mejor castellano *afeito*, *defeuto* y *perfeuto*, que *afeito*, *defeito* y *perfeito*, como asegura mi compadre. ¿Quién tiene razon?

—Tengo el dolor de decirles á vdea. que ninguno, porque ni se dice *afeuto, defeuto y perfeuto*, ni *afeito, defeito y perfeito*, sino *afecto, perfecto y defecto*.

Los de la cuestion quedaron estupefactos.

El evangelista corrido.

Los oyentes, admirados, ponderaron el talento del jóven, y se retiraron al sitio que antes ocupaban, donde continuaron oyendo cantar.

Y nuestro jóven, cruzando los brazos, fijando la vista en el agua que corria, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, volvió á quedar sumergido en sus meditaciones.

La canoa entre tanto habia caminado con tal velocidad, que dejando atras á centenas de las que antes que ella habian salido, estaba ya á pocas varas de Ixtacalco.

Millares de personas se veian saltar de las ligeras embarcaciones que habian llegado á la orilla del sitio que sirve de muelle.

La animacion que reinaba en el pueblo, con motivo de la fiesta, era extraordinaria.

y por todas partes no se escuchaban mas que gritos, música y voces de alegría.

La canoa en que marchaban las personas de que nos hemos ocupado, llegó tambien, y todas saltaron á tierra para tomar parte en el regocijo general.

Solo nuestro melancólico jóven permaneció en el mismo sitio sin darse prisa á desembarcar.

—¿No va su merced á tierra, señor amo? Le dijo uno de los remeros viendo que no salia.

—Mas apreciaria que me llevase vd. á Culuacan.

—¿Imposible!

—Le pagaré á vd. bien.

—Aunque me diese su merced lo que me diese. La fiesta de Ixtacalco es *retemucho* mejor que la de Culuacan, y yo, aunque es verdad que *quero* ganar, *quero* tambien divertirme.

—¿Y no sabe vd. si habrá algun canoero que me quiera llevar?

—Puede. ¿Por qué no va su merced al

pueblo y pregunta en los *jacales* si hay alguno que lo *quera* llevar?

Nuestro joven tomó el consejo del remero, y saltó á tierra con objeto de buscar quién le llevase al pueblo que anhelaba.

Ixtacalco, ese pueblo de indios que conserva todavía su primitiva fisonomía, y que se deriva de las palabras *Ixtla calli*, que significa *casa blanca*, presentaba en esos instantes un aspecto sencillo y risueño.

Sus calles, en que no se ven otros edificios que las humildes chozas de los indios, se veían llenas de arcos de vistosas flores, cogidas de las pintorescas chinampas que embellecen aquel antiguo pueblo, cuya agricultura tanto llamó la atención de Hernán Cortés y de sus valientes soldados.

La torre de la iglesia se veía adornada de vistosos gallardetes de variados colores, y la puerta y el átrio, de grandes amapolas rojas y amarillas que daban al conjunto un aspecto agradable.

Aun era muy temprano, y la gente se paseaba por todas partes esperando la hora de la función.

Los vendedores de naranjas, de agua de limón, los rosquilleros y los dulceros atronaban el aire pregonando sus mercancías.

La alegría era general.

Solo nuestro joven marchaba triste y meditabundo por en medio de aquella multitud, que no pensaba más que en gozar.

Había entrado en varias chozas, y no había podido encontrar quien quisiera llevarle á Culucan.

—¿Quiere ir su merced á las chinampas?

Le preguntó al llegar al extremo del pueblo, un indio que se ocupaba en hacer coronas de flores con su familia á la puerta de su choza.

—No; lo que le agradecería á vd. es que se dignase llevarme á Culucan.

—¡A Culucan!... imposible. Si fuera otro día...

—¡Otro día...! ¡otro día...!—exclamó con acento melancólico el joven.—¡Ah!... ¡otro día acaso no estará el padre Enrique!

—¡El padre Enrique dice su merced?

Preguntó el indio suspendiendo su trabajo.

—Sí, el padre Enrique, á quien me interesa verle hoy mismo.

—Vamos, señor amo—dijo el indio levantándose de donde estaba sentado:—si es para ver al padre Enrique, no hay *oservacion* que hacer: voy á llevar á su merced: es un *padrecito á quien* debemos mucho todos los *naturales*.

En la fisonomía del jóven brilló la alegría.

—¡Ah!... gracias, gracias:—exclamó:—corramos, pues, ya que vd. se digna conducirme.

—Vamos, señor amo.

Y el indio, diciendo á su interlocutor que le siguiera, se dirigió por en medio del gentío al embarcadero; desató una canoa que estaba amarrada al tronco de un árbol, entró en ella con el jóven, y poco despues remaba con indecible brío con direccion á Caluacan.

Pero en tanto que el uno profundamente abismado en sus meditaciones y el otro remando con ahineo, se dirijen á ver al padre Enrique, escuchando á lo lejos el rumor de a fiesta, penetremos al sitio en que aquel digno sacerdote se encontraba en ese mismo momento.

CAPITULO XV.

El padre Enrique.

Estamos en una pieza sencilla, donde no se veia ninguno de esos muebles y adornos que el hombre ha inventado para ostentar un lujo deslumbrador, que halaga los sentidos y proporciona al cuerpo los regalos que le quitan su actividad y su fuerza, que le debilitan y le enervan.

En la pieza que nos ocupa, solo se veia una mesa de cedro, encima de la cual se descubria un Santo Cristo en el momento augusto de espirar: escultura, si no de gran mérito, de buenas proporciones, que despertaba en el alma sentimientos cristianos

—Vamos, señor amo—dijo el indio levantándose de donde estaba sentado:—si es para ver al padre Enrique, no hay *oservacion* que hacer: voy á llevar á su merced: es un *padrecito á quien* debemos mucho todos los *naturales*.

En la fisonomía del jóven brilló la alegría.

—¡Ah!... gracias, gracias:—exclamó:—corramos, pues, ya que vd. se digna conducirme.

—Vamos, señor amo.

Y el indio, diciendo á su interlocutor que le siguiera, se dirigió por en medio del gentío al embarcadero; desató una canoa que estaba amarrada al tronco de un árbol, entró en ella con el jóven, y poco despues remaba con indecible brío con direccion á Caluacan.

Pero en tanto que el uno profundamente abismado en sus meditaciones y el otro remando con ahineo, se dirijen á ver al padre Enrique, escuchando á lo lejos el rumor de a fiesta, penetremos al sitio en que aquel digno sacerdote se encontraba en ese mismo momento.

CAPITULO XV.

El padre Enrique.

Estamos en una pieza sencilla, donde no se veia ninguno de esos muebles y adornos que el hombre ha inventado para ostentar un lujo deslumbrador, que halaga los sentidos y proporciona al cuerpo los regalos que le quitan su actividad y su fuerza, que le debilitan y le enervan.

En la pieza que nos ocupa, solo se veia una mesa de cedro, encima de la cual se descubria un Santo Cristo en el momento augusto de espirar: escultura, si no de gran mérito, de buenas proporciones, que despertaba en el alma sentimientos cristianos

y piadosos; un breviario de pasta de cuero, con broches de laton, y una Biblia: en un rincon del cuarto se hallaba una humilde tarima de pino blanco, sin colehon ni sábanas, que ostentaba por almohada un grueso tronco de roble. A la cabecera de este duro lecho, y colgado en la pared, se descubrian otro Santo Cristo y una pilita de tosco barro, llena de agua bendita: junto á la mesa, pero en uno de sus costados, estaba un sillón de nogal, de brazos, con respaldo de baqueta y asiento de lo mismo: que indicaba su antigüedad y la modestia del que mandó hacerlo.

En esta pieza no se veia ni cielo raso en el techo, ni alfombra en su pavimento.

En sus blancas paredes, en vez de lujosos cuadros, solo se descubrian algunas estampas, representando las imágenes de algunos santos.

En este humilde cuarto, que representaba la negacion de todos los goces materiales, se veia de rodillas junto á la mesa, y fijos sus ojos en el Santo Cristo, un modesto sacerdote, en cuyo apacible semblante

se retrataban la piedad y la ardiente fe cristiana.

Su edad seria como de 44 años: esbelto su cuerpo; hermoso y varonil su rostro, y arrogante su figura.

En sus hermosos ojos, sombreados por largas y sedosas pestañas, brillaba la luz de la inteligencia, á la vez que la mansedumbre y la caridad. En su espaciosa frente se leia el fondo de una alma angelical, y en su poética cabeza, velada por suave y finísimo cabello, el talento y la dignidad.

Bajo el modesto traje del sacerdote, se adivinaba un cuerpo esbelto y lleno de gracia, que hubiera envidiado el mas elegante jóven. Pero aquellas gracias naturales con que le habia favorecido el cielo, no lisonjeaban su alma, entregada toda entera á la devocion y al amor de Dios.

Ocupado su corazon con la idea de la Divinidad, y mirando el mundo como la cárcel en que gime el espíritu, su mente se elevaba en aquel instante hasta el trono del Señor, y sus labios se movian pronunciando estas palabras del libro de los Salmos.

“Ponme por ley, Señor, el camino de tus justificaciones, y lo inquiriré siempre.”

“Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y la guardaré de todo mi corazón.”

“Guíame á la senda de tus mandamientos, porque esa quise.”

“Inclina mi corazón á tus testimonios, y no á la avaricia.”

“Aparta mis ojos, que no vean la vanidad; en tu camino dame vida.”

“Haz firme en tu siervo tu palabra, mediante tu temor.”

“Corta el oprobio mio que he sospechado, porque tus juicios son agradables.”

“Mira que yo he codiciado tus mandamientos: haz que yo viva en tu justicia.”

“Y venga sobre mí tu misericordia, Señor; tu salud segun tu palabra.”

Y al pronunciar esto sus ojos estaban fijos en el Crucificado, y sus lágrimas corrían en abundancia humedeciendo sus mejillas.

Así en religioso éxtasis permaneció un largo rato entregado todo á Dios y al cielo.

De repente su frente su nubló como asaltado por una idea funesta.

En su semblante se operó un cambio terrible, y en su mirada se pintó el espanto y el terror.

Parecia querer alejar de sí algun horrible pensamiento que pretendia introducirse en su corazón.

Entonces volvió de nuevo á Dios los ojos y exclamó con el Salmo XXXI:

“En tí, Señor, esperé: no quede yo jamás confuso: líbrame por tu justicia.”

“Inclina tu oído á mí: apresúrate á librame. Sé para mí un Dios protector, y una casa de refugio, para que me hagas salvo.”

“Porque tú eres mi fortaleza, y mi refugio: y por causa de tu nombre me guiarás, y me sustentarás.”

“Me sacarás de este lazo que han escondido para mí: porque tú eres mi protector.”

“En tus manos encomiendo mi espíritu: tú me has redimido, Señor, Dios de la verdad.”

“Aborreces á los que observan vanidades inútilmente. Mas yo en el Señor esperé.”

“Me regocijaré y alegraré en tu misericordia. Porque miraste mi abatimiento, salvaste de angustias á mi alma.”

“Y no me encerraste en las manos del enemigo: pusiste en lugar ancho mis piés.”

“Ten misericordia de mí, Señor, que estoy atribulado: conturbado está con el pesar mi ojo, mi alma.”

Uaos golpes dados á la puerta de la pieza vino á interrumpir aquella oracion.

Poco despues se escuchó la voz de un hombre que decia desde afuera.

—Padre, D. Enrique, buenos dias; ¿se puede entrar?

El sacerdote se levantó del suelo, se enjugó las lágrimas, y serenándose cuanto le fué posible, contestó:

—Adelante.

La puerta se abrió entonces dando entrada á un hombre que vestia el traje de la gente del campo, llamada *ranchera*.

Rica botonadura de plata adornaba sus lujosas calzoneras de paño azul celeste, que

estaban sostenidas por un precioso ceñidor de seda carmesí, bordado de colores: una chaqueta con alamares de plata, que llevaba sin abrochar, dejaba ver un chaleco de seda claro, con flores verdes y encarnadas, y una camisa finísima y muy bordada, en cuya pechera se ostentaba un fino y grande alfiler, con una rica piedra, pero tosco y charro. Sobre sus hombros llevaba una lujosa *manga* (1) morada, con *dragona* bordada de oro, y orlada toda aquella con un ancho galon del mismo metal.

Al entrar se quitó el sombrero, de inmensas alas, cubiertas de ancha cinta de oro, y acercándose con profundo respeto al sacerdote, le besó la mano.

—¿Qué tal se ha descansado, Pablo?

—*Perfeitamente*, padreeito.

—Me alegro.

—Como no tengo que discurrir como el rey *Salmon*, ni me inquietan los cuidados que á *D. Sopas*, como decia mi antiguo amo *D. Miguel*.

—Diria *Salomon* y *D. Opas*.

(1) Ya al principio hicimos la descripción de este traje.

—Pues *ansina* lo dije.

—Muy bien.

—Y, por fin, ¿qué ha resuelto su merced, padrecito? ¿Se va su merced á Texcoco conmigo, para bendecir la capillita de mi *rancho*? Ya sabe su merced que solo he venido con ese *oijeto*, y que al no encontrarle á su merced en México, y saber que se *jayaba* su merced aquí, porque le habian llamado para arreglar á dos que se están *pejiando* por un *rauchito*, en que le han escogido á su merced de *álbitro*, me he vepido, como le dije á su merced anoche, á rogarle que se vaya á bendecir mi capilla.

—Si fuese solo para bendecir la capilla, iría con mucho gusto; pero como allí se encuentra Miguel con....

—*Mas mejor* para su merced, porque de paso verá su merced á su antiguo amigo y á su esposa María, que le esperan con impaciencia.

—¡No, no....! ¡imposible! Ya te he dicho, Pablo, que yo no debo ver á María.

Dijo el sacerdote estremeciéndose al pronunciar aquel nombre.

—¿Se mostrará su merced *polinario*, cuando solo han venido de Guadalajara por ver á su merced?

—¡Oh....! yo les agradezo mucho.... pero no; ¡no puede ser....!

—¿Y cómo me *guelvo* sin su merced, padrecito? Dirán que no he formado empeño; y Dios sabe que por servir á mi antiguo amo D. Miguel, daría la vida.

—Pues en lo que pides es imposible que le sirvas.

—Pero ¿por qué, padrecito? ¿No iba su merced con frecuencia á verle cuando era su merced *melitar*?

—Si, Pablo: cuando yo era militar no habia hecho sagrados votos, que hoy me veo obligado á cumplir.

—Pero yo creo que por ir á ver á una familia á quien apreciamos, y nos aprecia, no se falta á los deberes con Dios.

—Cierto que no, Pablo. Un sacerdote puede muy bien visitar á sus amigos, y ser un fiel ministro del Señor: no excluye una cosa á la otra.

—Pues entonces....

—Pero en mi resolución, Pablo, existe otro motivo.

—¿Cuál?

—Un motivo que jamás deben ya pronunciar mis labios para no despertar recuerdos que deben estar muertos para siempre en mi memoria.

—¿Es el que su merced, cuando aun no se había consagrado al servicio de Dios, cuando podía disponer de su corazón y era libre como lo era la señorita María....

—Silencio, Pablo.... silencio.

—Pero....

—No evoquemos recuerdos de otros tiempos que pasaron para siempre. Vete á divertir. ¿No oyes el ruido de los cohetes y el repique de las campanas, que celebran la fiesta de hoy....? Anda; ve á gozar de la animación que reina en el pueblo: ve, y déjame por un instante solo. He sido llamado para servir de árbitro en las diferencias de dos antiguos amigos, sobre los lindes de un rancho, y tengo que meditar la manera de avenirlos.

—Pero ¿me promete su merced, padrecito, ir conmigo á Texcoco?

—Veremos, veremos; por ahora ve á disfrutar de la función que se celebra en la iglesia.

Y Pablo salió de la estancia, y el virtuoso sacerdote, volviendo á caer de rodillas, pronunció con fervor estas palabras del salmista, dirigiendo sus ojos al Salvador.

“¿Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los poderíos!”

“Mi alma codicia, y desfallece por los átrios del Señor. Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo.”

“Pues el pájaro halló casa para sí en donde poner sus pollos. Tus altares, Señor de los poderíos, Rey mío, y Dios mío.”

“Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: por los siglos de los siglos te alabarán.”

“Bienaventurado el varón cuyo socorro es de tí; dispuso subidas en su corazón.”

“Señor, Dios de los poderíos, oye mi oración: escúchalas, Dios de Jacob.”

“Dios protector nuestro, míranos, y vuelve á mirar el rostro de Cristo.”

“Porque mejor es un dia en tus átrios, que millares. Escogi estar abatido en la casa de mi Dios, antes que morar en las tiendas de los pecadores.”

“Porque Dios ama la misericordia y la verdad: el Señor dará la gracia, y la gloria.”

“No privará de bienes á aquellos, que andan en inocencia: Señor de los poderíos, bien aventurado el hombre que espera en tí.”

Y se quedó en profundo recogimiento.

Después de algunos momentos de meditación se levantó: estuvo quieto un instante; y luego, colocando los brazos hácia atrás, y agarrando con la mano derecha la muñeca de la izquierda, se puso á pasear á cortos y mesurados pasos por la pieza, teniendo siempre fija la vista en el suelo.

—¡Pobre Miguell!...—exclamó poco después enternecido:— Ha hecho este largo viaje solo por ver á su leal, á su antiguo, á su único amigo, y éste, lejos de correr á su encuentro, se dispone á desgarrar su corazón, negándose á verle!.... ¡Ah!.... me

tendrá por un ingrato!.... Pero no, no lo soy.... La ingratitud es un defecto que nunca ha tenido entrada en mi corazón.... Le quiero como le quería cuando nos comunicábamos nuestros goces y nuestras penas.... cuando unidos íntimamente por los lazos mas fuertes de la mas sincera amistad, recorríamos juntos las calles y los paseos de la hermosa capital. ¡Ah!.... ¿Por qué no viene solo?.... Entonces yo volaría á sus brazos sin detenerme un solo instante.... Pero le acompaña Ma....

Y cual si el nombre que habian empezado á formular sus labios encerrase alguna idea funesta y dolorosa, se detuvo espantado sin atreverse á terminarlo.

¿Por qué?

Lo diremos en breves palabras.

El padre Enrique habia sido militar.

Durante esa época sintió cautivado su corazón por una jóven que reunia á una hermosura incomparable, todas las virtudes.

La jóven, aunque le distinguia con su amistad, amaba á otro, y fué bastante sincera para confesárselo.

El hombre á quien María amaba, se llamaba Miguel, era primo de ella é íntimo amigo de Enrique.

Dotado éste de un corazón noble y generoso, lejos de tratar de disputar á su amigo el codiciado cariño de María, reprimió su amor dentro de su pecho, y siguió consagrándola en silencio una pasión que alimentaba la esperanza, pero sin volverla á importunarla con palabras amorosas.

Así continuó por algun tiempo alimentado con la lisonjera idea de que tal vez podría presentarse alguna causa que le hiciese dueño de aquella celestial mujer á quien idolatraba, hasta que, viéndola unirse á Miguel con el indisoluble lazo del matrimonio, se alejó de los felices esposos, y buscó en el ruido de los combates el remedio á sus penas.

Algun tiempo vivió así, visitando de vez en cuando al venturoso matrimonio que residía en una bella hacienda próxima á Guadalupe; pero convencido al último de que solo obligaciones muy sagradas podrían hacerle olvidar una memoria que dominaba

toda su existencia, tomó la firme resolución de separarse del mundo, y de consagrarse á Dios.

Realizado su pensamiento, y obligado por su ministerio á permanecer en México, jamás volvió á ver á su amigo ni á la esposa de éste; y entregado á una vida austera y ejemplar, rompió todos los lazos que en un tiempo le atáran al mundo para contraer indisolubles con Dios.

Enrique, así como habia sido en el siglo, modelo de militares modestos, honrados y pundonorosos, fué despues modelo tambien de dignos ministros del Señor.

La oración, la caridad, todas las obras, en fin, que enaltecen al hombre y le acercan á su Salvador, eran practicadas constantemente por Enrique.

Y cuando alguna vez la débil naturaleza le traía á la memoria algun recuerdo de otra edad, su corazón se asustaba, y su mente lo rechazaba al instante como indigno y perjudicial.

He aquí el motivo por el cual resistía á la invitación de Pablo para ir á visitar á su

antiguo amigo, y la causa de no haber querido acabar de pronunciar el nombre de María.

Pero dejémosle en su estancia entregado á sus reflexiones, y volvamos la vista hácia la canoa en que dejamos á nuestro meditando jóven.

—Ya estamos *próximamente*, señor amo.—Dijo el indio remero dirijiéndose al individuo que conducía en su canoa, y que no había pronunciado una sola palabra en la travesía.—Y parece que ha venido mucha gente á la funcion.

La persona á quien iban dirigidas estas palabras ni siquiera pareció oirlas.

Con la cabeza caída sobre el pecho y cruzado de brazos en la popa de la canoa, parecía un sér indiferente al mundo y viviendo solo para meditar.

Poco despues la canoa llegaba al embarcadero de Culucan.

El golpe dado por la ligera embarcacion al chocar con las otras canoas, le sacó de sus reflexiones, y le hizo ver que había llegado al pueblo.

—Ya está su merced servido.

Le dijo el indio dejando de remar.

—Gracias, amigo:—contestó el jóven saltando á tierra y poniéndole una moneda en la mano:—Puede vd. irse cuando guste.

—¿No le espero á su merced?

—No; me quedo.

—Está bien, señor amo.

—Una palabra: ¿cree vd. que el padre Enrique esté en la casa en que suele hospedarse?

—No, señor amo: me parece que ahora estará en la funcion de iglesia.

—Está muy bien: adios.

—Adios, señor amo.

Y el jóven se dirijió hácia el templo.

Las calles de Culucan estaban adornadas de millares de arcos de flores colocados de trecho en trecho, embalsamando con su aroma la templada atmósfera.

Las chozas de los indios, cubiertas tambien de flores y de verde enramada, revelaban el regocijo de la poblacion entera, visitada en aquel instante por millares de

indios de los pueblos comarcanos, y por muchas familias de la capital, que desde el dia anterior habian llegado con objeto de ver la original manera con que los indios celebran la Semana Santa.

Las torres de la iglesia y las gruesas paredes del átrio estaban adornadas con blancas colgaduras y gallardetes de diversos colores.

Un indio, con una gran rueda de cohetes artificiales, se hallaba fuera de la iglesia, pero próximo á la puerta, esperando la hora á propósito para dar fuego á la rueda.

Otro corria por en medio de la gente, llevando en los hombros un *torito*, tambien de fuegos de artificio, que se quemaba encima de él, con grande algazara de los concurrentes.

Preciso es haber asistido á esas fiestas, como he asistido yo, para conocer todo el entusiasmo que los indios tienen por las funciones religiosas.

Se puede decir que en este punto son fanáticos.

Nada hay para ellos que tantos atracti-

vos encierre, como el dia destinado á festejar al santo del pueblo. Todas sus economías de un año, que tal vez han tenido ocultas debajo de tierra, se destinan entonces á la compra de cohetes y castillos, velas de cera, cintas de colores, banderolas y gallardetes con que adornan el interior y exterior de la iglesia. Los puntos por donde ha de pasar la procesion los embellecen con arcos de frescas ramas, alternados con otros de olorosas flores; y enfrente de la puerta del templo colocan un castillo artificial, que queman despues de la funcion, no sin que hayan precedido millares de cohetes voladores, varias ruedas de fuegos artificiales al elevar la hóstia, y algun *torito* hecho de tronadores cohetes, que lo quema uno corriendo con él á cuestas, al son del tambor, y que tanto que reir da á los espectadores. Pero entre sus fiestas religiosas, las que mas llaman la atencion son las que tienen lugar en la Semana Santa en ciertos pueblecillos de los alrededores de la capital, y á los que he concurrido muchísimas veces, y que ahora que nuestra

historia nos encuentra en ellas, voy á describir con toda exactitud.

Antes de que llegue esa semana memorable en los anales de la cristiandad, los indios acuden á México á proveerse de todos los objetos que juzgan indispensables para dar á la función aquel brillo que á dias tan remarcables corresponde. Lama de oro y plata de las mas exquisitas labores; albas finísimas; caretas de carton figurando las cabezas de los animales mas espantosos; castillos artificiales; instrumentos de viento; estandartes de mil colores; penachos de vistosas plumas, todo lo compran y llevan de México con un placer que no lo cambiarían por ninguna otra felicidad del mundo. Por fin brilla la deseada aurora del memorable Juéves Santo, y el rajado esquilon de la iglesia, que toca á vuelo, los cohetes voladores que se cruzan por la azulada esfera, la destemplada música de los indios que recorren las calles, la bulla de las indias que se asoman á las puertas de sus chozas; los gritos de los muchachos que tremolando cada cual en la punta de una caña una

bandera ó un pañuelo forman el vítor indispensable en tales fiestas, y el gran número de canoas que cargadas de gente cortesana van llegando al pueblo, anuncian que la hora de dar principio á la función de iglesia está próxima.

Así, ni mas ni menos, sucedia en Culhuacan en los instantes en que nos encuentra nuestra historia.

Nuestro meditabundo jóven que acababa de saltar de la canoa, se dirigia á paso lento hácia la iglesia por en medio del gentío, sin fijar la atención en nada de lo que le rodeaba.

Grupos de indios, vestidos de fariseos, y cubiertos los rostros con caretas que imitaban cabezas de animales los mas feroces, cruzaban en todas direcciones hablando en alta voz, y dando gritos descompasados.

Varios muchachos, los mas, descalzes y sin camisa, con un haz de cohetes voladores debajo del brazo y un tizon en la mano, se ocupaban en despedir aquellos al aire, produciendo una no interrumpida detonación que se unia al ruido de una charanga

que precedía á un vitor de muchachos, semejantes á Adán en el vestido que, con largas cañas, en cuyas puntas tremolaba un trapo ó un pañuelo viejo de algodón, recorrian el pueblo dando extraordinarios gritos.

A éstos se unian las chillonas voces de las indias, que sentadas en las puertas de sus chozas, con una enorme olla delante de ellas, pregonaban con voz nasal: "aquí hay *tamales*, mi alma, de chile, de dulce y de manteca; pásen señoritas."

El callado personaje de que hemos hablado, caminaba por en medio de aquella nueva Babel, triste y reflexivo, sin distraerse un solo instante de sus meditaciones.

Abismado en éstas, que sin duda debian ser dolorosas, cuando en tan florida edad le obligaban á estar triste en medio de la alegría general, penetró en la iglesia, se quedó quieto en un punto, recorrió con la vista todo el templo como buscando un objeto, y no hallándolo, pronunció interiormente estas palabras: "No está; esperaré."

Y se quedó de pié junto á la pila del agua

bendita, volviendo la vista hácia la puerta para fijarla en cada individuo que entraba.

Cansado de esperar inútilmente, y queriendo sin duda hacer menos largo y penoso el tiempo, se puso á examinar la iglesia.

Era la vez primera que veía celebrar una funcion de aquellas en los pueblos de indios.

Acostumbrado á las solemnes funciones de las grandes ciudades de México, de las cuales nunca habia salido, y en las que las fiestas de Semana Santa se celebran con una pompa y gusto que puede competir con las que tienen lugar en la misma Roma, pronto llamó su atencion lo que á su vista se presentaba en aquel pueblo de indios que, como todas las aldeas habitadas por los mismos, presentan costumbres enteramente distintas á las del resto del país.

El templo estaba adornado con millares de gallardetes, de vistosos colores, que colgaban de la bóveda, muchos de los cuales sostenian en sus puntas, pintadas jáulas con lindísimos pájaros, de brillantes plumages, que no cesaban de trinar un solo instante.

Mil velas de blanca cera, en que estaban elevadas, de trecho en trecho, por ambos lados, y á distancia como de dos pulgadas, pequeñas pajas de bálago, con banderitas de hojas de pan de plata y oro, ocupan todo el altar, guardando simetría con millares de naranjas, adornadas de la misma manera. El efecto que esto producía á la vista, era admirable. Los raudales de luz que vertían las adornadas velas sobre las temblantes banderitas de oro y plata; el brillante color que adquirían con los matizados reflejos de aquella las fragantes naranjas; el continuo oscilar de los gallardetes y de las banderolas, halagados por el ténue viento que por la ancha puerta del templo penetraba, y el continuo gorjeo de los pintados pájaros que agitaban sus brillantes alas en las doradas jaulas, formaban un todo tan agradable, que no le es dado á mi humilde pluma encarecer suficientemente.

Nuestro jóven apartó la vista del altar mayor, que brillaba como un rio de oro y plata, bañado por los lucíferos rayos del na-

ciente sol, para dirijirla por el resto del templo.

Allí tienen vdes. un número considerable de naranjos, colocados en pintados barriles, frondosas ramas y vistosas flores, figurando el Huerto en que oró el Salvador del mundo. En medio de ese fingido Huerto se descubre de rodillas al inocente Jesus en actitud humilde y suplicante. Frente al púlpito se ostenta una mesa en que están sentados los jueces romanos, representados por verdaderos indios, vestidos con largas túnicas, entre los cuales, y ocupando un lugar principal, se ve á Pilato, con grandes anteojos; personaje que generalmente lo desempeña la persona que entre ellos pasa por dotada de mas talento: allí están todos ocupados en revisar, con el mayor afán, y haciendo ridículas gesticulaciones, el libro de las leyes para juzgar y prender al Salvador: junto á ellos se descubre á Júdas, desempeñado por otro indio, que no cesa de sonar el bolsillo lleno de dinero en que habia vendido al Divino Maestro; y dispuestos á ejecutar las órdenes que se les dicten, se ve á

varios fariseos, personificados tambien por indios, disfrazados todos con caretas, imitando la cabeza de una serpiente, de un demonio, de un leon, ó de un oso. Estos fariseos llevan en la cabeza cascos de carton unos, de hojalata otros, y algunos de laton viejo, adornados con largas colas de gatos ó de perros; en las manos llevan gruesas cadenas que arrastran por el suelo para hacer mucho ruido, y destinadas para ponerlas al Redentor en cuanto les den la órden de prenderle. Mientras los jueces y Pilato se ocupan en hojear el libro de las leyes, y en dar sendos puñetazos sobre la mesa, como quien discute un asunto de los mas serios, otro indio, que representa al ángel de que habla S. Lucas que se le apareció al Señor para confortarle, y que estaba vestido con una alba vieja, puesta sobre unos calzones anchos, se dirije con una enorme copa dorada, de madera, al Huerto en que está orando el Hijo de Dios, y se la coloca en los labios para que beba.

En tanto que tiene lugar esta original pantomima, que nuestro jóven contempla

asombrado, el cura sigue predicando un sermon análogo á las circunstancias; mas viendo que se pasa el tiempo, y que los fariseos no van á prender á Jesus, interrumpe su discurso, y sonando las manos exclama: "¿Hasta qué hora esperan para prender á Jesucristo? ¿No ven vdes. que ya hemos llegado al punto del prendimiento? ¿Van tres veces que les digo que le prendan, y nadie se mueve!" Entonces los fariseos, á una señal de Pilato, haciendo gran ruido con las cadenas, corren al Huerto, guiados por Júdas, el cual, acercándose al Salvador, le da un beso que suena como un cañonazo; mas no bien le ha dado el falso ósculo, cuando los fariseos se arrojan sobre Jesus, le cargan de cadenas y le conducen á la prision en medio del llanto y de los gritos de dolor de todos los indios que están en la iglesia. Para que nada falté, por la tarde le sacan de la prision, le conducen al átrio de la iglesia, y allí, como si realmente fueran judíos, azotan á nuestro Salvador.

Nuestro jóven que, habia visto todo aquello con gran asombro, y que casi se habia

olvidado del objeto que le había llevado á Culucan, se acordó de repente del asunto importante que le preocupaba, y dirigió la vista por segunda vez hácia el gentío que ocupaba el templo, buscando sin duda á una persona.

—No está:—dijo al fin interiormente:—Sin duda no sale aún de casa, y en ella podré encontrarle: marchemos al momento.

Y nuestro personaje salió de la iglesia al pronunciar estas palabras.

Al cruzar una de las calles en que se entretenía la gente en ver quemar un *torito* de fuegos artificiales, se vió precisado á de tener el paso detras de una elegante señora que, apoyada en el brazo de un caballero, marchaba delante de él, y cuyo rico traje revelaba pertenecer á la clase distinguida de la capital.

Nuestro jóven, impaciente por llegar pronto á la casa del sacerdote Enrique, pisó involuntariamente el vestido de la esbelta señorita, la cual, como era natural, volvió hácia atrás el rostro.

El jóven alzó los ojos para pronunciar

una excusa, al mismo tiempo que la señora fijaba en él los suyos; pero de los labios de aquel como de la bella, solo salió, al reconocerse, una exclamacion de sorpresa.

El personaje á quien hemos visto venir en la canoa, aterrizado y sin formular una disculpa, desapareció entre el gentío, en tanto que la hermosa, pálida y temblando, se asió fuertemente del brazo de su compañero.

—¿Qué te pasa, querida Luz? ¿qué tienes que estás temblando...? ¿Quién es ese hombre que te ha hecho lanzar ese grito?... ¿Te ha robado algo?...

Le preguntó el elegante que le acompañaba.

—No; nada me ha hecho.

Contestó la hermosa Luz, casi sin poder respirar.

—¿Pues qué te ha sucedido?

—¿No conoces á ese jóven, querido Rafael?

Le dijo la hermosa,

—No puse cuidado en su fisonomía. Pero ¿quién es que así te ha conmovido?

—¿No te he contado la funesta historia de mi tierna amiga Enriqueta?

—¡Aquella virtuosa y bella señorita, que habiendo vivido en la opulencia, murió después de hambre y de miseria al año de casada, mirando espirar á sus secos pechos al desgraciado fruto de su unión?

—Sí.

—¿Y qué?

—Que ese hombre.... que ese jóven que acaba de desaparecer....

—¿Quién es....? acaba.

—Es el mismo que, arrastrado por infames amigos al juego, perdió cuanto tenía, causando su muerte.

—¿Su esposo Ernesto!

—Sí, su esposo Ernesto, que lleva pintados en el rostro el remordimiento y la desesperación. ¡Ah....! su vista me ha hecho recordar á la tierna amiga de colegio, á quien amé como á una hermana, y cuya muerte lloro todavía.

—Tranquilízate, querida Luz:—le dijo

Rafael con la mayor dulzura:—compadezcamos á ese desgraciado, y no entristezcamos, con funestos recuerdos, estas horas que Dios se ha dignado conceder á nuestro amor.

Tienes razón: no hemos venido de México á pensar en las desgracias de otros sino en nuestra felicidad. Pero detengámonos un instante á esperar á papá y mamá, que vienen muy atras.

—Sí; los esperaremos: se han entretenido en ver quemar el *torito*, y nos han dejado venir muy á la vanguardia.

—¡Pobre papá!—exclamó Luz.—Después de tanto tiempo de destierro, todo le sorprende y le agrada con su familia. A tus recomendaciones y á tu influjo debe la libertad, y nunca nos habla de tí sino para elogiarte.

—¿Y á quién, mas que á mí, interesaba verle entre nosotros que, con su llegada, alcanzaba la felicidad de unirme á tí para siempre?

—¡Ah!.... ¡qué dichosa soy!

—Mas tambien es preciso que no nos ol-

videmos de la parte que para conseguir que le alzasen su destierro, tomó mi amigo y compañero Willey.

—¡El doctor!....

Dijo Luz poniéndose pálida como la muerte.

—Sin duda; y por lo mismo que toma parte en todos nuestros goces, siento que te hayas empeñado en que no le convidásemos para que nos acompañase á ver esta función de pueblo.

—¿Te ha disgustado que yo suplicase que nada se le dijera?

—¡Disgustarme nada de lo que á ti te parece bien!... ¡qué error, querida Luz! ¡Qué cosa puede haber para mí mas grata que satisfacer tus mas ligeros deseos?

—Lo sé.

—Pero ¡qué daño nos podia haber causado la presencia de Willey, que tiene verdadero empeño en nuestra ventura?

—Estamos mejor solos: así hay menos testigos que nos incomoden y nos impidan hablar. Las personas que aman necesitan

estar solas para que los labios pronuncien sin reserva lo que siente y dicta el corazón.

Durante este diálogo llegaron los padres de la jóven, y todos juntos se dirigieron á la iglesia.

El desgraciado Ernesto, cuya vista tanto habia sorprendido á la hermosa Luz, habia atravesado, entre tanto, las calles que le separaban de la casa en que hemos visto al padre Enrique, y penetraba en el zaguan pronunciando estas palabras:

—¡Soy un infame, cuya vista causa horror á los que me conocen!.... ¡El asesino de dos ángeles!.... ¡De Enriqueta.... la mujer que tanto amé y á quien hice desgraciada, y de mi hija!.... ¡Oh!... ¡el juego... el juego me ha perdido!.... ¡Y sin embargo.... el juego es mi pasión.... mi delicia.... mi existencia!....

Y subió de dos en dos los peldaños de la escalera.

La fiesta, entre tanto, seguía en el pueblo. La detonación de los cohetes se escuchaba á cada instante.

Los gritos de los muchachos y el mur-

mullo del inmenso gentío que llenaba las calles, penetraba en todas partes.

El joven llegó á la puerta de la habitación del padre Enrique con inquietud.

En su oído resonaba aún el grito de horror lanzado por la hermosa Luz, la tierna amiga de su desgraciada esposa.

La puerta estaba cerrada, y se detuvo un instante sin atreverse á llamar.

La voz del sacerdote, que rezaba dentro, se escuchaba confusamente.

Ernesto se estremeció.

—¿Qué voy á hacer?—Dijo para sí temblando.—Este sacerdote es la virtud personificada.... ¡Cómo, pues, atreverme á....

Y no pudo continuar.

La voz del ministro del Señor llegó clara á su oído, pronunciando estas palabras del libro de los Proverbios.

“Teme á Dios y apártate de lo malo.”

“No te deleites en las sendas de los impíos, ni te agrade el camino de los malos.”

“Huye de él, y no pases por él: desvíate, y abandónalo.”

Ernesto se sintió conmovido.

Un estremecimiento horrible sacudió sus miembros.

Es que si había perdido en el juego sus sentimientos humanos, no había perdido aún la conciencia.

Esta secreta voz, con que Dios avisa al pecador, le hizo avergonzar de su pasado, y le obligó á titubear.

Sin embargo, este toque divino fué instantáneo.

—¿A qué esta cobardía ridícula?....— Exclamó despues de un instante de indecisión.—El padre es rico.... yo necesito dinero.... ¡Oh!.... léjos de mí ridículos temores.

Y animado con estas palabras tocó á la puerta.

—Adelante.

Contestó desde adentro el padre Enrique dejando de orar y poniéndose en pié.

El que llamaba abrió la puerta y se quedó en el umbral.

El sacerdote fijó la vista en el que entraba y exclamó sorprendido: ¡Ernesto!

CAPITULO XVI.

Proyecto infernal.

Las ocho de la noche acababan de dar en el reloj de la alta torre de la Catedral de México.

Las últimas vibraciones de las campanas que daban la plegaria de ánimas, espiraban en la lúgubre habitacion de una calle situada junto al hospital de Jesus Nazareno.

Sobre una mesa, cubierta con un tapete oscuro, se veia el esqueleto completo de un cuerpo humano, dos calaveras de diferente tamaño, algunas canillas amarillentas, varias obras de medicina, una cajita abierta con instrumentos de cirujia, varios pomos con píldoras y polvos, un tintero de latón

y un candelero con una gruesa vela que despedia una opaca luz sobre aquellos tristes despojos de la muerte, que estaban revelando la miseria de la humanidad y lo fugaz de la existencia.

En las paredes de aquella lúgubre estancia, en que reinaba un profundo silencio, en vez de vistosos y agradables cuadros, se veian figuras iluminadas para el estudio de anatomía, varios dibujos mostrando los complicados tegidos del cuerpo, y un curioso aparato en que se observaba la circulacion continua de la sangre en el cuerpo humano.

Cualquiera, al penetrar en la estancia que nos ocupa, conocia que aquel sitio era el gabinete de un médico.

En medio de tantos objetos que recordaban al mortal el término de su vano orgullo y necia vanidad, se encontraba meditando un hombre, sentado junto á la mesa, puesto el codo sobre ella, y apoyada la cabeza en la palma de la mano.

Una larga bata de grandes flores amarillas dejaba apenas ver un pantalon de casi-

mir café de cuadros negros, y unas chinelas bordadas que calzaban un pié ancho y mal formado.

Una gorra griega con abultada borla encarnada cubria su cabeza, y una corbata alta negra envolvía su corto y grueso cuello.

En la mirada de este hombre y en su fisonomía estaban pintadas la impaciencia y la inquietud.

En su torvo ceño y encapotada frente se reflejaban un carácter impetuoso y la fiera de una alma dominadora.

Después de haber permanecido largo rato quieto y meditabundo, dejó su actitud pensativa, hizo un movimiento de impaciencia, dió un golpe con la mano sobre la mesa, y se puso en pié pronunciando estas palabras:

—¡Oh!... me desespera el esperar!

Y se puso á pasear por la estancia á largos pasos.

De repente creyó escuchar ruido, y se detuvo mirando hácia la puerta.

A poco se abrió ésta dando entrada á uno

de los extrangeros, que vimos con Willey en el Puente de la Leña.

—Creí que ya no venia vd. hoy.

Dijo el que habia estado esperando, es trechando la mano del que entraba.

—Recibí el recado de vd. en que me suplicaba viniese, pero me ha sido imposible venir antes, doctor.

—¿Ha estado vd. ocupado?

—Y mucho; como que he tenido que comprar las provisiones de boca para llevarnoslas al desierto en que vivimos y trabajamos.

—¿Y cuando es la marcha?

—Dentro de pocos dias. Sabe vd. que me detuve por la herida del señor Willey que tan cerca se ha visto de la muerte; pero hoy que parece que está fuera de peligro, debo acudir donde me llaman los intereses de nuestra secreta sociedad.

—Aun no le veo yo tan fuera de peligro.

—¿Es posible?

—La herida fué muy profunda y en sitio muy noble, y cualquier cosa puede serle de funestas consecuencias.

—¡Malditos amores!

—Mil veces le he dicho que pueden sernos fatales.

—¿Usted?

—Yo.

—Pero ¿qué aprecio puede hacer de lo que vd. le diga respecto de amores, cuando ve que vd. los tiene con cuantas mujeres hermosas ve?

—Es que mi sistema es muy diferente del suyo: él se somete, en parte, á la voluntad de la persona que ama: yo hago que las personas que amo se sometan á mí: él emplea las razones; yo la fuerza: él la súplica, la calma, y el respeto; yo la amenaza, el rapto y el terror. El tiempo es un tesoro muy precioso, y el hombre no debe desperdiciarlo: si la mujer nos ama, debemos hacerla nuestra antes que se arrepienta; si nos aborrece, vencerla antes de darla tiempo á la defensa.

—Singular sistema.

—Sistema que dá los mejores resultados.

—Pero que á vd. le ha fallado, sin embargo, alguna vez.

—Una sola; y eso porque, como ya le he contado á vd., caí malo, y la jóven cuyo rapto se verificó como habia dispuesto, huyó de la prisión, merced á una casualidad.

—¿Y no la ha vuelto vd. á ver?

—Jamás.

—¿Y tenia amante?

—Lo ignoro, porque yo no entraba en la casa: la veia en el balcon al pasar por su calle, siempre desdeñosa conmigo, y aprovechando un instante en que la ví salir á hacer una visita, dispuse el plan para apoderarme de ella, valiéndome, para conseguirlo, de un ardid, que me salió á medida de mi deseo.

—¿Y dice vd. que es la única que se ha salvado de sus asechanzas?

—La única. Todas las demas mujeres que han interesado mi corazon, han sido mias por la astucia, por el engaño, ó por la fuerza. Dos me quedan aún por vencer, Elisa y Luz: la primera hubiera tenido ya que ceder, si la fatalidad no hiciera que siempre la encuentre acompañada; pero ya cambia-

ré de hora, y el triunfo será mio, pues la tengo sujeta por un papelito que obra en mi poder: la segunda está sentenciada ya á ser mia, y pocas horas transcurrirán sin que la sentencia quede cumplida.

—Veo que no cesa vd. en sus propósitos.

—Nunca. Otros buscan oro y empleos sin pararse en los medios para conseguirlo; yo desprecio el oro y los empleos, y solo busco la manera de satisfacer la pasión que me inspiran las hermosas.

—Pues confieso que la empresa de vd. es la mas peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque si una sola mujer bastó para que el hombre perdiese el Paraiso y toda la raza de Adán padezca, ¿qué debe vd. esperar que le sobrevenga de tantas como vd. quiere?

—Espero que, puesto que perdimos ya por ella el Paraiso, enjague mi llanto en este mundo, que la mujer convirtió en valle de lágrimas.

—Mejor lo enjuga una botella de buen vino de Oporto.

—Yo estoy por las mujeres.

—Pues yo estoy por las botellas; es decir, por el vino que contienen las botellas; y por eso llevo á nuestra oculta fábrica algunas docenas de cajas de excelente jugo de uva, que me hagan soñar que estoy en el Paraiso perdido.

—Pero espero que no querrá vd. irse antes de que alcancemos el plan proyectado para que Luz sea mía.

—Se lo prometí á vd., doctor, en un momento de buen humor, y estoy dispuesto á cumplir mi palabra; pero me parece que será en otra visita que haga á México, porque por ahora creo que el día del golpe de mano está bastante lejos.

—Todo lo contrario: ha llegado ya, y por eso precisamente me he tomado la libertad de llamar á vd.

—¿Cómo!

—Lo va vd. á saber; pero ¿está vd. dispuesto á prestarme su ayuda?

—Le he dicho á vd. ya que yo acostumbro cumplir lo que ofrezco.

—¡Bravo!

—Ademas, vd. sabe que yo encuentro un especial placer en esas travesuras que proporcionan á los novios la rabia y la desesperacion.

—Perfectamente.

—¿Y qué ha sabido vd. de Luz?

—Que se fué á Culhuacan con su familia á ver celebrar las fiestas de Semana Santa.

—¿Y Rafael?

—Está con ella.

—¿Y qué ha pensado vd. hacer?

—He pensado que salgamos mañana muy temprano á caballo para Culhuacan, que es un pueblito de indios, situado un poco mas adelante de Mexicalzingo, que observemos, sin ser vistos, en qué casa se han hospedado, y que indagemos el dia y la hora en que han de volver.

—¿Y despues?

—Despues obraremos segun lo exijan las circunstancias del momento.

—Pero ¿ha formado vd. su plan?

—Y uno infalible, aun cuando nos veamos precisados á modificarlo.

—Es que los planes cuando están expues-

tos á modificaciones, no suelen dar el resultado completo.

—El mio lo dará.

—Es decir que Luz:—

—Será mia mañana mismo.

—¿Y no sabré....

—Mañana lo sabrá vd. todo en Culhuacan.

Por ahora solo quiero saber si está vd. dispuesto á ir conmigo mañana.

—Lo estoy.

—¿Y sus compañeros?

—Lo mismo; respondo de ello.

—Bueno.

—¿A qué hora hemos de salir?

—A las ocho de la mañana, porque á caballo se tiene que rodear bastante.

—Pues á las ocho estaremos listos.

—Muy bien.

—¿Y dónde será nuestro punto de reunion?

—En la calzada del Niño Perdido.

—Corriente; allí estaremos á las ocho esperando á vd.

—No me haré esperar.

—¿Y si la salud del señor Duval reclama su permanencia á su lado?

—No; porque aunque no está, como antes dije, fuera de peligro, tampoco se halla en un estado que necesite una continua asistencia del médico.

—Comprendo. ¿Y no tiene vd. que comunicarme otra cosa?

—Por ahora, nada me ocurre.

—Pues hasta mañana, doctor.

—Hasta mañana, mi buen amigo.

Y despues de apretarse la mano, salió el que habia entrado, quedándose Willey saboreando la esperanza de apoderarse al siguiente dia de la mujer que estaba destinada á ser la esposa de Rafael.

CAPITULO XVII.

Entre las flores el áspid.

Ha trascurrido un dia desde que vimos á Ernesto penetrar en la pieza en que se hallaba el padre Enrique.

En el pueblo de Culucan se advierte el mismo movimiento y no menor gentío.

A las ceremonias del Juéves, siguen las del Viérnes Santo, en que los indios presentan en sus costumbres al observador cosas muy curiosas y originales, dignas de ser conocidas. Costumbres que, como otras veces hemos dicho en esta obra, son enteramente distintas de las de todos los demas habitantes del país, de quienes los indios se encuentran separados, y como formando

—¿Y si la salud del señor Duval reclama su permanencia á su lado?

—No; porque aunque no está, como antes dije, fuera de peligro, tampoco se halla en un estado que necesite una continua asistencia del médico.

—Comprendo. ¿Y no tiene vd. que comunicarme otra cosa?

—Por ahora, nada me ocurre.

—Pues hasta mañana, doctor.

—Hasta mañana, mi buen amigo.

Y despues de apretarse la mano, salió el que habia entrado, quedándose Willey saboreando la esperanza de apoderarse al siguiente dia de la mujer que estaba destinada á ser la esposa de Rafael.

CAPITULO XVII.

Entre las flores el áspid.

Ha trascurrido un dia desde que vimos á Ernesto penetrar en la pieza en que se hallaba el padre Enrique.

En el pueblo de Culucan se advierte el mismo movimiento y no menor gentío.

A las ceremonias del Juéves, siguen las del Viérnes Santo, en que los indios presentan en sus costumbres al observador cosas muy curiosas y originales, dignas de ser conocidas. Costumbres que, como otras veces hemos dicho en esta obra, son enteramente distintas de las de todos los demas habitantes del país, de quienes los indios se encuentran separados, y como formando

una sociedad extraña al resto de la nación: costumbres tan curiosas para los mexicanos de las villas y ciudades, como para los extranjeros.

Son las once de la mañana.

El día está limpio y sereno.

Los indios llenos de afán, y cumpliendo con las órdenes del que los dirige, colorean en medio del átrio de la iglesia el púlpito en que ha de predicar el cura al aire libre, para que le pueda oír todo el mundo, el sermón de *las tres caídas*.

El átrio y los sitios próximos á él están apretados de gente de ambos sexos, que se rebulle como las tranquilas olas de un mar bonancible en un día sereno en que el lánguido viento apenas osa halagar la blanca lona de las veleras naves.

Los indios han dejado sus chozas para asistir al sermón, y ellos por oír, y las personas de la capital por observar, se apiñan al rededor del púlpito, formando un cuerpo compacto impenetrable.

—Quieren vdes. que busquemos otro si-

tio donde la gente no les moleste á vdes. tanto?

Dijo un caballero elegante á un señor de avanzada edad y á dos señoras, anciana una, y jóven y hermosa la otra.

—No: estamos bien, Rafael:—dijo la última sonriendo dulcemente:—solo que papá y mamá dispongan otra cosa.

—No:—contestó la anciana:—deseamos verlo todo, y este es un sitio el mas á propósito.

—¿Y tú—agregó la hermosa en voz baja dirijiéndose á Rafael—estás bien?

—A tu lado, querida Luz, todos los sitios son la gloria, y en la gloria todos están bien.

—Igual cosa me pasa á mí.

—El amor, encantadora Luz, tiene la virtud de embellecerlo todo. Los ojos de los amantes tienen la propiedad de revestir los objetos del seductor encanto que rodea constantemente el objeto amado: para ellos no hay día nublado, porque los divinos ojos del sér que idolatran son la brillante luz que les ilumina: ni hay sol abra-

sador, porque el Amor extiende sus alas sobre ellos y se ciernen sobre sus cabezas para prestarles protectora sombra: los sitios mas áridos y repugnantes para el resto de los vivientes, son bellísimos jardines impregnados de aromas, cuyas lindas flores son los nacarados labios del celestial objeto que divinizamos; su aliento el dulcísimo aroma que deleita embriagando, y su armoniosa voz el canto de las aves, el murmurio de las fuentes y el de las verdes ramas de los árboles acariciadas por el dulce viento. Para ellos no hay sitios solitarios, porque todo lo llenan con el objeto de su amor, que es su mundo, su sociedad, su paraíso y su gloria.

Y Rafael estrechó entre sus manos la blanca y torneada de su amada, que le envió una de esas dulcísimas miradas en que exprime el alma todo su amor, y que no hay en el idioma humano palabras que puedan expresar.

Luz y Rafael eran los seres mas felices del mundo.

La primera era una flor purísima, abrien-

do sus delicados pétalos al primer rayo de la brillante aurora, y mecida por las auras de un risueño porvenir, que le prestaba una gracia, una vida, un hechizo y un brillo indefinibles.

Era una de esas vaporosas ninfas de la mitología, de irresistible encanto, que parecen suspendidas entre el cielo y la tierra: una de esas jóvenes que reúnen en sí solas la gracia y la pureza de los ángeles, la dulzura de la infancia y el juicio de la virilidad.

La benévola naturaleza la habia engalanado con sus mas exquisitos dones, y la educacion religiosa habia comunicado á sus naturales hechizos, ese matiz espiritual y tierno, ese colorido místico, esa pudorosa dulzura, esa gracia suave y angelical que envuelve á la mujer en una luz de resplandores celestiales, y que esparce al rededor de sí ese suavísimo perfume que se desprende de todo su sér, como se desprende de la fragante y púdica sensitiva el regalado aroma.

Rafael reunia á la belleza varonil la afa-

bilidad y la modestia: era fino sin afectacion y elegante sin pedantería.

Enriquecido su despejado entendimiento con una vasta instruccion, pero instruccion basada en los sólidos y rectos principios de una educacion religiosa, sus acciones y sus pensamientos llevaban el sello de la honradez y de la moral mas pura, y sus resoluciones y sus palabras, iban ajustadas siempre á la virtud mas noble.

Eran dos seres digno el uno del otro; de idénticas inclinaciones, de idénticas ideas.

Llamados á vivir el uno para el otro, tiempo hacia que el himeneo hubiera unido dos almas, que ya lo estaban por la voluntad, si la fatalidad no hubiera interpuesto entre ellos al doctor Willey que, vendiéndose por amigo de Rafael, y amenazando á Luz, habia logrado, hasta entonces, retardar el enlace, influyendo con el gobierno para que no alzasen el destierro al padre de la jóven.

Pero ese motivo habia desaparecido ya, y la union se iba á celebrar dentro de bre-

ves dias á despecho del doctor que disimulaba su rabia, fingiendo un placer intenso.

Pero entre tanto que nuestros dos jóvenes, sin sentir los rayos abrasadores del sol se entregan á un diálogo lleno de amor, de ternura y de esperanza, la multitud se agolpaba al sitio en que se habia colocado el púlpito.

El cura del pueblo, que pertenecia á la raza india, se habia colocado ya en el púlpito, puesto, como hemos dicho, en el átrio de la iglesia, y la gente se apiñaba para oírle.

Bueno será advertir que los indios son tan enemigos á toda innovacion en sus sencillas costumbres, que jamas han permitido que los curas les hiciesen celebrar estas fiestas religiosas con la magestad con que se celebran en la hermosa capital de México.

Ellos creen que es mas edificante presentar de bulto todos los pasos de la Pasion, y no transigen con las observaciones ni con los consejos de las personas que opinan de otra manera.

Los curas, pues, conociendo que todos los argumentos que les pongan, se estreñan en la resistencia que oponen á admitir cambio alguno en la manera de celebrar sus fiestas religiosas, se ven precisados á obsequiar sus costumbres, puesto que éstas en nada ofenden á la religion.

Obrar de otra manera seria pasar á los ojos de los sencillos indios por irreligioso y mal cristiano.

El cura, encargado de la funcion que nos ocupa, respetando las ideas de sus feligreses, se subió al púlpito, colocado, como hemos dicho, en el átrio de la iglesia.

A las primeras palabras que pronunció de su sentimental discurso, los indios empezaron á gemir y llorar con todas sus fuerzas, en tanto que los que remedaban á los fariseos, cubiertos sus rostros con horrendas caretas de ordinario carton, llevando sus cabezas resguardadas con caseos de hojalata, y en las manos, pesadas y largas lanzas, se paseaban con arrogante insolencia, y haciendo mil visajes ridiculos, por en medio de la multitud, profiriendo

horrendas blasfemias para imitar á los verdaderos judíos, y hacer su papel con la mayor propiedad posible.

—¡Cómo me *cuadran* á mí estas *divirsiones*, padre Enrique.—Decia un labriego al modesto sacerdote de quien hablamos en otro capítulo.—Se me *afigura* que me *ja*yo en el *mesmo* sitio donde *jué* la historia de las tres caidas.

—¿Y llamas diversion, Pablo, á uno de los pasos mas tiernos de nuestra redencion? ¿al momento augusto en que el Salvador va á morir por nosotros?

—No quise decir *divirsion* de divertimento y de *jarana*, sino *divirsion* de... pues.... Esto es, que me *cuadra* asistir á estas *cerimonias* religiosas de los *naturales* (1).

—Eso es muy laudable, si se hace con objeto de sacar buen provecho de ellas.

—Eso *por de contado*: ¿quó ve su merced, padrecito, que no se puede oír estos sermones sin que *de al tiro* no se le rueden á uno las de S. Pedro? ¿No *devisa* su merced

(1) Nombre que dan á los indios.

que no hay uno que se tenga *celestes* (1), y que todos los *naturales* lloriquean á cual mas y mejor?

Y era cierto lo que Pablo decia.

Los indios de ambos sexos, como tienen de costumbre cuando escuchan el sermón de *las tres caídas*, lloraban á lágrima tendida y sollozaban á grito en cuello, en tanto que los que hacían de fariseos se mantenían serios y severos.

—Al que no *deviso* en toda la concurrencia de los concurrentes que han concurrido—dijo Pablo—es aquel joven *güero* (2) que vino ayer á ver á su merced.

—¿A D. Ernesto?

—Sí, padrecito.

—Tampoco le he visto yo, y eso me tiene con cuidado.

—Yo creo que el *probe asigun* le *vide* anoche, está desesperado.

—¿Cómo!

—Como su merced le puso la cama en mi mismo cuarto, se estuvo hasta la una

(1) Sereno.

(2) Rubio.

sentado junto á la mesa en que ardía la vela, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, dando suspiros y *preunciando* palabras *intercaladas* que....

—Pero ¿qué decia en esas palabras entrecortadas?

Preguntó el sacerdote sobresaltado.

—Pues decia: “¡yo os he matado....! ¡soy un infame....! ¡Esposa... hija mia....! ¡La vida me es insoportable....! ¡todos se horrorizan al verme....! ¡Ah....! ¡yo no puedo vivir así....! ¡es mejor la muerte!....” y otra *máquina* de cosas por ese *chisgo*, que la verdad me daban miedo.

—¿Qué escucho!....

Exclamó el padre Enrique.

—Como me creía dormido—continuó Pablo—se entregaba con toda libertad á sus *afeiciones*; y yo que le estaba *desaminando* todos sus movimientos, pude *alvertir* en sus *faiciones* una *contraicion* espantosa.

—¿Y despues?

Preguntó con ansiedad el sacerdote.

—*Dempués* se puso á *pasiar* por el cuarto sin que *prevase* un instante de las dulzu-

ras del *Moro-Feo*, como decia mi amo D. Miguel.

—Sí;—exclamó el padre Enrique con profunda tristeza;—Morfeo no favorece á los que están dominados de la pasión del juego. Ese infeliz tal vez atenta contra su vida: yo le ví feliz y contento cuando se unió á la tierna jóven que amaba: yo fuí el ministro que bendijo su enlace, y que poco despues dió sepultura á su desdichada esposa y á una inocente niña, víctimas ambas del hambre y del abandono de ese desventurado. Por eso vino ayer á verme; á pedirme una cantidad que yo creí prudente negársela, sabiendo el mal uso que iba á hacer de ella, y le ofrecí mi casa y mi pobre mesa para que viviera en ella como si fuese un hermano mio.

—Sí, pero él lo que queria era dinero, como que se lo pedia á su merced con un afán sin ejemplo.

—¡Cómo!.... ¿Lo oiste tú acaso?

—¡Vaya!... Hablaba tan alto y con tanto calor, que yo al escuchar las voces de él y de su merced desde mi cuarto, creí que le

sucedía á su merced algun *sucedimiento*, y me acerqué á observar lo que pasaba por la cerradura de la llave.

—¡Y viste....

—Ví á ese jóven, fuera de sí, decirle á su merced que le diese dinero, porque necesitaba jugar para olvidar sus penas y sus remordimientos, y ví que al negarle su merced lo que anhelaba, tratándole de disuadirle del crimen que cometía con volver al juego donde había labrado su desgracia, originando la muerte de su esposa y de su hija, sacó desesperado un puñal para herirse, pero no pudo descargar el golpe sobre su corazón, porque su merced logró contener su brazo.

—¡Ah!.... sí; Dios me dió fuerza para impedir un horrible suicidio.

—Yo me habia dispuesto á entrar al ver que se iba á herir; pero al notar que su merced le habia detenido el golpe, me quedé observando.

—Entonces presenciarias que, pasado aquel vértigo, y escuchando mis palabras, se echó arrepentido á mis piés, pidiendo

que le perdonase; que habia sido un exceso de locura, de desesperacion, al considerarse criminal y desgraciado: que no hallando mas que en el juego distraccion á sus penas, y no teniendo nada, ni amigo ninguno sobre la tierra, habia concebido la criminal idea de deshacerse de una vida que no podia soportar.

—Todo eso lo oí *perfectamente*; pero su merced calla otra cosa muy terrible que dijo.

—¿Cuál?

—Que al salir de Mexico habia resuelto arrancarle á su merced, por fuerza, una cantidad de dinero, si no se la daba vd. en calidad de préstamo; pero que al presentarse á su merced, desechó horrorizado aquella idea que le habia venido ocupando en todo el camino.

—Sí: el desgraciado habia proyectado, en su desesperacion, amenazarme para alcanzar lo que deseaba; pero su corazon que no ha perdido sus sentimientos religiosos, arrojó de sí aquel fatal pensamiento y abrazó el no menos terrible de suicidarse

para no verse dominado en lo sucesivo de ninguna idea criminal.

—¡Probe jóven!

—Muy pobre, sí: yo le ví, arrepentido del pasado, llorar la muerte de su esposa y de su inocente hija; maldecir el instante en que penetró en las casas de juego, y pedir que le perdonase el criminal pensamiento que le habia traído á verme.

—Todo lo escuché tambien yo, escondido detras de la puerta; y por eso cuando noté que estaba tranquilo y que su merced guardó el pañal, me retiré á mi cuarto.

—Pero tú me has dicho que despues, mientras te creia dormido, pronunció palabras de muerte, y que estuvo en vela toda la noche.

—Es verdad.

—Y eso me hace temer que, dominado de nuevo por la desesperacion, haya atentado contra su vida.

—Pues ¿qué, no *almitió* la proposicion que le hizo su merced de darle casa y mesa constantemente, y de auxiliarle con cuan-

to necesitase, si se resolvía á vivir con su merced.

—No.

—¿Pues qué dijo?

—Me contestó que me daba las gracias y que resolvería. Despues se despidió de mí para retirarse al cuarto en que le habia dispuesto la cama; y cuando esta mañana pregunté por él, me dijeron que habia salido muy temprano, sin desayunarse, sin que haya vuelto hasta ahora.

—Tan temprano debió irse, que yo, cuando desperté, ya se habia marchado.

—¿Y no se habrá ido á México?

—No; porque yo he preguntado si ha salido alguna canoa, y me han dicho que *den-
guna*.

—¿Estás seguro?

—Tengo *satisfacion* de la persona á quien pregunté.

—¡Ah!.... pues es preciso buscarle por todas partes: yo empiezo á temer por su vida.

—Pues mientras su merced, padrecito,

va por un lado, yo me voy por otro á ver si así lo *jayamos*.

—Está bien.

—¿Y qué ha resuelto su merced, padrecito, *respeito* á la ida á Texcoco?

—Despues hablaremos de eso: por ahora no pensemos mas que en Ernesto.

Y el sacerdote y Pablo se separaron, dirigiéndose por distinto rumbo en busca del desgraciado jóven.

En aquel momento los indios que escuchaban el sermon, lloraban como Magdalenas.

—Ya sale, ya sale la *precision*.

Gritó la multitud.

Entonces todos los ojos se fijaron en un punto.

Y en efecto; en la puerta de la iglesia se dejó ver la procesion que salia del templo para recorrer las calles.

En unas andas llevaban á Nuestro Señor con la cruz á cuestas, ayudado de Simon Cirineo, que lo hacia un indio que iba en mangas de camisa, calzon corto, verde, que se le quedaba mas arriba de la rodilla, des-

nuda la pierna y descalzo, pero tan sério como si efectivamente fuera una escultura. Detras iban amarrados, codo con codo, el bueno y el mal ladron, representados tambien por dos indios que marchaban con la misma seriedad que el primero, y que estaban tan poseidos del papel que desempeñaban, que hubieran subido al Calvario á recibir la muerte, antes que hacer traicion al carácter de los personajes que imitaban. Al salir de la puerta de la iglesia, dió el Señor, que era de goznes, la primer caída, y la gente lloraba al verle caer y al escuchar las tiernas palabras que desde el púlpito pronunciaba el predicador. La segunda caída tuvo lugar al pasar el umbral del átrio, seguida de nuevas exclamaciones del cura y del copioso llanto, acompañado de gritos de los indios; pero cuando se acercó el momento de la tercer caída, y advirtió el predicador que la Santísima Virgen aun no parecía para el encuentro, exclamó interrumpiendo su sermón: "¿A qué hora traen á la Madre de Dios? Que anden á prisa esos que conducen á la Santísima Virgen, que

ya es hora de que se encuentre con su Divino Hijo.

Al oír estas palabras, los que por otra calle conducian á la Reina de los cielos, apresuraron el paso, y al encontrarse con Jesucristo, los que cargaban las andas, hicieron que los rostros de ambos se inclinasen sobre el pecho en señal de tristeza, siguiendo despues cada cual su camino, no sin que les acompañase el llanto y los gemidos de todos, excepto los fariseos que se paseaban con altanería.

Inmediatamente, y cuando aun no acababan de enjugar las lágrimas, se presentó en un caballo blanco, vestido de romano, el *pregonero*, como dicen los indios, llevando en la mano un papel con la sentencia dada por Pilato, y acercándose al púlpito se lo entregó al cura, el cual, despues de leerlo, dijo al auditorio, que Jesucristo iba á morir entre dos ladrones por todos los pecadores.

Estas palabras arrancaron copioso llanto de los sencillos indios, y el sacerdote de volvió el *papel* al romano, quien, abrien-

dolo, y mostrándolo al pueblo, dijo en alta voz: "Esta es la sentencia en que Pilato manda que á Jesus Nazareno se le dé muerte de cruz."

Aquí fueron en aumento los gemidos, y la ceremonia continuó acompañada siempre del inmenso gentío que de todas partes había concurrido.

La hermosa Luz estaba admirada de la sencillez y religiosidad con que los indios celebran aquel día grandioso de la cristiandad.

Y en efecto; en ningún pueblo se advierte la devoción y respeto que se nota en los cortos lugares habitados por los indios.

Pero ya que he tocado la descripción del Viernes Santo, no quiero pasar en silencio una anécdota que, bien se refiera á un hecho cierto, ó bien sea una ficción, viene, de todas maneras, á dar á conocer el sencillez corazón del indio mexicano, y las inocentes costumbres de esa raza agena á la ambición y á las revoluciones.

Queriendo el cura de un pueblo de in-

dios, nacido en el mismo lugar, conmovió á sus paisanos en un sermón que habia dispuesto para el Viernes Santo, encargó á dos indígenas de su confianza, vistieran á Nuestro Señor, que era de gozaes, de una manera que conmoviese, para que, cuando en medio del discurso mandase descender la cortina que ocultaba al Salvador, se conmovieran los oyentes.

Los indios encargados de misión tan delicada, queriendo corresponder dignamente á la distinción con que los habia honrado el cura, discurrieron largo rato sobre la manera con que debian presentar á Jesus; y despues de acalorados debates, resolvieron vestirle de campesino, ó *ranchero*, como se dice en México, pantalon con cuchillos con botonadura de plata, abierto á los lados para montar con libertad á caballo; sombrero de inmensas alas; bordada faja encarnada en la cintura; grandes espuelas; largo látigo en la mano; gran espada al cinto, y colocado sobre un corcel de madera blanco en actitud de galopar.

Empezado el sermón, y cuando el cura

juzó al auditorio mas conmovido, exclamó con el mayor calor: "¡Vosotros pusisteis á nuestro Redentor hecho un mar de sangre! ¡No considerais cuán desfigurado debe estar su delicado cuerpo, por causa de los azotes que vuestras culpas han llevado sobre él? ¡Oh dolor...! ¡da compasion mirar le...! ¡Ah...! ¡pero es preciso que le contempleis para que aborrezcais vuestros pecados...! ¡Corred esa cortina que le oculta á nuestros ojos!"

Los encargados corrieron la cortina; pero el predicador que seguía de espaldas al altar y se dirijia al auditorio, continuó lleno de religioso entusiasmo: "¡Vedle...! ¡quién habia de decir que ese conjunto de perfecciones quedase tan desfigurado que le costase dificultad á su excelsa Madre reconocerle?"

Y entonces, volviendo hácia donde estaba el Salvador, y sorprendido él mas que nadie, del disfraz con que le habian desfigurado, exclamó asombrado: "Y confieso que no me admiro de que no le reconociera su Santísima Madre, pues tal le habeis

puesto, que, no digo la afligida Señora, pero ni yo, que soy vuestro cura, le conozco ya."

Esta anécdota prueba, como antes dije, la sencillez sin ejemplo de los indígenas mexicanos, el ningun desarrollo que les han dado á sus facultades intelectuales por medio de la instruccion, y de su índole pacífica, dispuesta siempre á no alterar en nada los usos introducidos por sus predecesores.

Separados completamente de la clase pensadora é instruida, porque los hombres de saber no pueden acomodarse á vejetar en pueblecillos de miserables chozas en que el oro y la plata son los objetos que menos abundan, la instruccion de los indios se reduce á no saber leer, ni escribir, ni contar; y ya se deja entender que respecto á religion no han de estar mucho mas adelantados.

Pero no solo son estas las causas que se oponen al desarrollo de las facultades del indio, sino que viene á servirle un poderoso valladar, la preocupacion en que algunos de los que debieran instruirles están, de

que los indígenas son incapaces de adquirir cultura. Yo, lejos de participar de esta opinion, creo, por el contrario, que el indio está dotado de bellas disposiciones para todo; porque cosas he visto que revelan que le sobra talento natural. He visto retratos de barro hechos por los indios de Tonalac, pueblecillo que dista tres leguas de Guadaluajara, que nada dejan que desear: parecido, color, ropage, todo, en una palabra, sacan exactamente igual á la persona que retratan, sin que para esto hayan ni aun recibido nociones de dibujo. Tambien para la música tiene el indio una disposicion asombrosa y un oido finísimo, así como para todas las artes mecánicas.

Algunos escritores han dicho, y me consta que de buena fe, que la culpa de la ignorancia en que se encuentra la clase indígena, reconoce por único origen, el empeño que el gobierno español tenia en no instruirla para que no tratase de independerse; pero esto es desconocer los hechos y la historia. El gobierno español planteó colegios magníficos en todas las ciudades,

de donde salieron hombres que figuraron entonces, y muchos de los que al presente llaman la atencion por su saber. Ahí está el colegio de S. Gregorio, levantado por el gobierno español, exclusivamente para la instruccion de los indios: no muy léjos se encuentra el llamado de las *Inditas*, abandonado al presente, pero fabricado entonces para educar á las indias: ahí el de San Juan de Letran para los jóvenes de la capital; el de San Ildefonso, Seminario, Minería, Vizcainas, las Niñas, y otros ciento, que prueban que el gobierno español estaba muy distante de abrigar las innobles miras que se le quieren suponer.

Lo que en mi concepto se ha opuesto y se opondrá por mucho tiempo, á la cultura del indio, es el corto número de poblacion blanca que aun cuenta México, y de cuyo seno no puede salir el número considerable de maestros que son necesarios para educar á cerca de cinco millones de indios que viven léjos de las poblaciones, cuyos insignificantes pueblecillos se encuentran entre sí á considerables distancias, y

cuyas vías de comunicacion son malísimas.

De esos colegios planteados por el gobierno español, y que son los mismos en que hoy se educa la juventud, salieron Alarcon, Clavijero, el padre Alegre, Sor Juana Inés de la Cruz, Quintana Roo, Gorostiza, Navarrete, Zavala, Alaman, Pesado, Tagle, Carpio, D. Carlos María Bustamante, el emperador Iturbide y otros mil, honra de las letras y de las armas de México, que son la incontestable prueba que destruye el error de los que acusan á los monarcas españoles de injustos en sus colonias.

En esos trescientos años que han pintado algunos enemigos de España como de tiranía para la América, los indios estuvieron exceptuados del servicio de las armas, estaban declarados menores de edad para evitar que en los contratos abusasen los europeos de su ignorancia y sencillez; podian introducir todos sus efectos en los mercados sin pagar derechos ningunos, y solo exhibia al año cada indio el insignificante impuesto de un real que se destinaba á hos-

pitales para ellos: en sus juicios no se les cobraba derechos ningunos: los fiscales del rey eran sus protectores natos, y en lo eclesiástico gozaban privilegios no menos notables.

Estas consideraciones dispensadas en favor de esa clase tan útil al país, hablan mas alto en pro del paternal cariño con que los monarcas españoles miraron á los descendientes de Moctezuma, que todos los exagerados cuadros en que ciertos escritores extranjeros, enemigos de las glorias de España, han tratado de presentarnos con el colorido mas negro. Si algunos españoles pudo haber crueles, como hay hombres malvados en todos los países, la nacion fué magnánima: si algun español pudo haber rapaz y avaro, mil otros hubo que supieron gastar abundantemente el oro, levantando gigantescos acueductos que eternizarán sus nombres, como el colosal que embellece á Querétaro, costeado por un solo español que quiso prestar aquel beneficio á un país que amaba casi como á su patria, y como lo amamos todos los que hemos vivido en

él y abrigamos un corazón verdaderamente español; esto es, noble y agradecido.

Mientras la primitiva raza de los verdaderos americanos de los Estados-Unidos ha desaparecido, merced á las leyes poco paternas que allí se establecieron por los ingleses que dominaron, pues la población actual es una sociedad eterogénea de todos los países, en México la raza azteca se conserva pura y considerable, formando el número mayor de la nación, gracias á que los conquistadores españoles, llenos de hidalgos sentimientos, miraron á los vencidos como á hermanos, y léjos de procurar su exterminio, se unieron á ellos, estrecharon los lazos de amistad, formaron una familia, les dieron su idioma y su relegion, y cuando al cabo de trescientos años de una suave dependencia se emanciparon de la España, los mexicanos se pudieron presentar al mundo como un pueblo enteramente azteca, puesto que es azteca en su mayor parte la sangre que circula por sus venas.

Cuando esos, pues, que tan injustamente nos critican; nos muestren que en sus co-

lonias han levantado monumentos mucho mas grandiosos que los que la patria de Hernan Cortés ha elevado por todo el continente americano: cuando nos hagan ver que las leyes dictadas en pro de sus pueblos sometidos, eran mucho mas filantrópicas que nuestras sábias leyes de Indias: cuando nos muestren que no han destruido á la raza dominada, como lo está mostrando la España; y cuando, en fin, nos prueben que sus conquistas no estén manchadas con actos inhumanos que horrorizan, la España les respetará y callará; pero en tanto que esto no puedan; en tanto que nada encuentran que poner de lo que han hecho al frente de lo que hemos hecho nosotros, callen y enmudezcan, porque cuanto mas alcen la voz para hacerse oír, tanto mas pigmeos aparecerán al lado de la magnánima España.

Que esta nación procurase conservar la preciosa joya que inmortalizó el nombre de Cortés, nada tiene de extraño ni de repugnante, y cosa es de que no se la puede acusar con justicia. Había gastado su dinero, su sangre, por descubrir un mundo que na-

die se imaginó siquiera, y pretender que lo abandonase cuando lo hizo productivo y admirable, es pedir lo que nadie ha hecho ni hará en la tierra. ¿No están apoderadas en pleno siglo XIX, el Austria del Veneto, Francia de la Argelia, Inglaterra de la India, la Cerdeña de Nápoles, Rusia de la Polonia, y Prusia de la Dinamarca? ¿Y hay alguna de estas naciones que esté dispuesta á desprenderse generosamente de la joya que posee? ¿No se está dando en los Estados-Unidos el escándalo de una guerra asoladora entre el Norte y el Sur, solo porque el primero quiere dominar al segundo?

Pero nos hemos detenido demasiado en consideraciones históricas, y yo ruego al lector que disimulando esta digresion que he creído necesaria, se digne seguirme en los acontecimientos que se encadenan con los que llevamos ya referidos.

Dijimos que el padre Enrique y el indio Pablo se habian separado y marchado en distinta direccion con objeto de saber lo que habia sido de Ernesto.

Una hora hacia que faeron en su busca.

La procesion habia ya terminado.

Nuestro Señor se encontraba ya colocado sobre el altar mayor, que figuraba el Calvario, enclavado en la santa cruz, al pié de la cual se veia á su Santísima Madre.

Los indios que habian hecho de soldados romanos, y que disfrazados de espantosas caretas vimos asistir á la procesion, para no dejar ningun vacio en el papel que representaban, estaban jugando á los dados la túnica del Salvador, teniendo al lado de ellos botellas y vasos en que fingian beber para imitar en todo lo posible á los que crucificaron á Nuestro Señor.

La esbelta Luz y Rafael, seguidos de los padres de la hermosa, salian de la iglesia, y cruzaban por la plaza que estaba, como todas las calles, apretada de gente.

—¿Has estado á gusto, hermosa mia?

—Le preguntó Rafael.

—Como solo se está cuando nos hallamos al lado de la persona amada.

—Gracias, querida Luz. ¡Cuánto celebraria que mi amigo Leopoldo disfrutase

la dicha de oír de los labios de Clotilde las palabras de consuelo que yo oigo de los narados tuyos.

—¡Pobre Clotilde!

—Pero todos los que aman están condenados á padecer; todos, menos nosotros, hermosa mía, que hemos vencido, por ventura, los obstáculos que se presentaron á nuestra felicidad.

—¡Oh....! sí.

—Leopoldo que soñaba con el triunfo al hacerse de un manuscrito que revelaba la inocencia del autor de sus dias, se vió despojado de repente de ese precioso documento, y acusado á poco tiempo de raptor, sin que haya logrado vindicarse con D. Emilio de esa injusta acusacion: Nuñez, que es un jóven de gallarda presencia y de elevados sentimientos, se vió privado de la mujer que amaba, la noche, víspera de su casamiento.

—¡La víspera de su casamiento?

Preguntó Luz estremeciéndose.

—Sí; pero ¿por qué te estremeces?

—¡Oh....! no sé; pero esa noticia me ha causado miedo.

—¿Temes acaso que á nosotros nos sobrevenga tambien alguna desgracia?

—¡Te amo tanto!

Le dijo Luz estrechándole la mano.

—Bien; pero no seas tímida: ¿qué motivos existen para que temas?

—Es verdad....

Dijo titubeando la jóven, y no pudiendo desechar de su mente una idea terrible que le habia asaltado.

¿No podia Willey haber fraguado una trama infernal para separarla, antes de casarse, del hombre que amaba con todo su corazón?

La tierna Luz volvió á temblar.

En aquel mismo instante se vió á un hombre atravesar por entre la multitud, dirigiendo la vista hácia todas partes, como en busca de un objeto.

Iba vestido con una levita de lienzo listado, pantalon oscuro, bota de montar y sombrero de paja.

Después de recorrer varios sitios sin encontrar al parecer lo que buscaba, entró en

la iglesia, paseó la vista por entre los que allí se hallaban, y salió de ella impaciente, pronunciando entre labios algunas palabras de disgusto.

Luego, resuelto sin duda á encontrar á todo trance lo que deseaba, se metió entre la numerosa concurrencia, y abriéndose paso por entre ella, marchó casualmente en direccion al sitio en que se hallaba Luz con Rafael esperando á sus ancianos padres que marchaban por detras sumamente despacio.

A poco aquel hombre se fué encontrando con otro que iba vestido casi de la misma manera.

—¿Los ha encontrado vd?

Le dijo el primero en voz baja al segundo.

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí cerca.

—¿No los equiveca vd. con otros?

—No, doctor: conozco á Luz y á Rafael muy bien desde el Viérnes de Dolores que me los hizo vd. conocer en el Puente de la Leña.

—¿Y es cierto que están de huéspedes

en una hacienda distante una legua de este pueblo?

—Se los he oido á ellos mismos en una conversacion que han tenido hace poco, bien agenos de creer que habia entre el genitio un interesado en ella.

—Bueno: el viaje no ha sido en vano.

—Todo lo contrario: la cosa se presenta mejor de lo que vd. deseaba.

—¿Cómo!

—Les he oido decir que á las siete de la noche, despues de despedirse de una familia que ha venido á Culucan á pasar las fiestas, se irán en coche á la hacienda en que se hospedan, para salir mañana temprano para México.

—¡Oh!... magnifico. Ahora es preciso alejarnos sin que me vean; esperar la noche y buscar un sitio á propósito en el camino donde esperarlos, para dar el golpe.

Y ambos se dirijieron por contrario rumbo al que llevaba Luz para no encontrarse con ella.

Al mismo tiempo que ellos se alejaban, Pablo, cubierto el rostro de sudor y lleno

de polvo y lodo; se encontraba con el padre Enrique que, como él, marchaba inquieto y fatigado.

—¿Y Ernesto?

Le preguntó el sacerdote con inquietud.

—No parece en ninguna parte: he recorrido el pueblo; he preguntado á todos, y nadie me da razon de él.

—Lo mismo me ha pasado á mí.

—¿Qué habrá sucedido!

—¿No se habrá marchado á México?

—No, padrecito; porque sé que no ha salido ninguna canoa.

—¡Oh!... ¿por qué no le daría yo la cantidad que me pidió?... ¡Si en un acto de desesperacion habrá puesto fin á su vida!...

—Aunque puede ser muy bien que se haya ido por tierra á México, como dijo antes su merced.

—¿Dios lo quiera! Mañana mismo marcharé para informarme.

—¿Y despues honrará su merced con su visita mi ranchito de Texeoco, donde le espera su buen amigo y antiguo amo mi D. Miguel?

—Tal vez, si no le ha acontecido una desgracia á ese desventurado jóven.

—Corriente.

—Ahora, es preciso que vaya á casa para dejar arregladas todas mis cosas antes de partir.

—Le acompañaré á su merced.

Y Pablo y el padre Enrique cruzaron por entre la multitud con direccion á su casa, dirijiendo hácia todas partes la vista, buscando, por la última vez, á Ernesto.

El doctor Willey que, acompañado del hombre con quien le vimos hablar, habia logrado salir de en medio del gentío, se detenía en aquel instante detras de un árbol, y miraba hácia un sitio que le señalaba con el dedo su compañero.

—¿La ve vd. ahora—le decia éste—cerca de la puerta de aquella casa amarilla?

—Sí.

—¿Y es ella?

—En efecto, es Luz.

—Ya vd. ve que no me he equivocado.

—Es verdad.

—Las facciones de la persona que se me enseña una vez, jamas se me borran.

—Pero ¿está vd. cierto de que esta noche se dirijen á la hacienda de C....?

—Le repito á vd. que sí.

—Entonces, el golpe es seguro.

—Y sin riesgo de nuestra parte.

—Sin duda.

—¡Y qué hermosa está! Confieso que tiene vd. buen gusto con respecto á mujeres: Véala vd. qué interesante.

Y Willey fijó la vista en la hermosa Luz, que aun se hallaba preocupada con la triste idea que le habia asaltado al escuchar de los labios de su amante la desgracia acontecida á Nuñez la víspera de unirse á la mujer que amaba.

Su corazon, tierno y tímido, temblaba al traer á la memoria algunas palabras amenazadoras que varias veces le habia dirigido el doctor Willey.

¡Y cuánta fuerza no hubiera adquirido su temor si hubiese visto que en aquel momento el hombre infame, á cuyo solo nombre se estremecía, la observaba atentamente ocul-

to entre el gentío, y acariciaba el plan que habia dispuesto para perderla!

Rafael que advertia pintados en el bello rostro de la hermosa la inquietud y el sobresalto, le estrechó la mano, y le preguntó con cariñoso acento.

—¿Qué tienes, hermosa mia....? ¿Aun te dura el temor que te causó la noticia de lo acaecido á Nuñez, cuando creyó alcanzar el bien mayor que existe para el hombre que de veras ama?

Luz quiso disimular su sobresalto para no turbar la alegría del sér que idolatraba, y contestó haciendo un esfuerzo para sonreír.

—No, nada temo: estoy tranquila, muy contenta de estar á tu lado.

Rafael lá envió una mirada dulce, en que esprimió toda su gratitud y todo su amor por aquellas palabras que le revelaban el cariño profundo de su amada.

Willey, que tenia fija la vista en los dos amantes, sorprendió aquella mirada, y se sonrió con la idea de la venganza.

—Sí, nada debes temer:—Dijo Rafael es-

trechando la mano de Luz:—dentro de pocos dias, un ministro del Señor, habrá bendecido nuestro amor, y el mundo será para los dos un Paraiso de interminables venturas.

—Dentro de pocas horas:—pensaba interiormente y en aquel mismo instante Willey—te arrancaré del lado de ese rival que me roba tu corazon, para gozar yo solo de tus caricias.

—¡Piensa vd., señor doctor, permanecer aquí todo el dia, para estarla viendo?

Dijo á Willey el extrangero con quien le vimos hablar.

—No; alejémonos antes de que algun conocido nos vea.

—Sí, marchemos sin llamar la atencion de nadie.

Y el doctor se dirigió con el que le acompañaba hácia fuera del pueblo.

La hermosa Luz y Rafael permanecieron aun otro instante quietos en el mismo lugar, y dirijiéndose tiernas palabras de amor.

Willey, al llegar al extremo del pueblo, volvió á mirar hácia donde estaban los aman-

tes, y exclamó herido por los zelos y con la esperanza de un próximo triunfo.

—¡Dentro de pocas horas estarás en mi poder!... ¡se habrán desvanecido todas tus ilusiones, me habré vengado de tus continuos desprecios....! ¡y serás mia sin remedio!....

Y asomó á sus labios la sonrisa de los réprobos.

El hombre que le acompañaba esperó otro instante.

La gente cruzaba en todas direcciones.

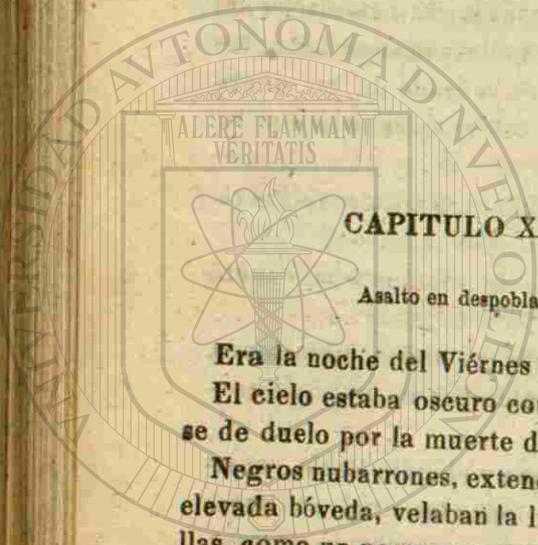
El ruido producido por la multitud continuaba.

El padre Enrique y el indio Pablo, recorrian con la vista todos los sitios en busca de Ernesto mientras marchaba hácia casa.

Luz y Rafael, seguidos de los padres de la primera, se dirijieron otra vez á la iglesia.

Willey les envió una mirada vengativa por la última vez, dejó asomar á sus labios una sonrisa infernal, se apoyó en el brazo de su amigo, y desapareció, repitiendo estas palabras:

—Pronto serás mia.



CAPITULO XVIII.

Asalto en despoblado.

Era la noche del Viérnes Santo.

El cielo estaba oscuro como si se vistiese de duelo por la muerte del Salvador.

Negros nubarrones, extendiéndose por la elevada bóveda, velaban la luz de las estrellas, como un negro crespon que enlutaba la naturaleza entera.

El trueno y el relámpago se sucedían de continuo, y el agua empezaba á caer en gruesas y abundantes gotas.

La gente que habia concurrido á la fiesta de Culzacán, se habia retirado á sus casas y á sus pueblos, y el silencio mas profundo reinaba por todas partes.

Las ventanas y balcones de los edificios del lugar, así como las puertas de las humildes chozas de los indios estaban cerradas.

El mundo parecia envuelto en las sombras.

En medio de tanta oscuridad, un hombre, vestido de levita, marchaba á pié y solo por el desierto camino que conducia de la hacienda de C.... al pueblo de Culzacán.

No envolvía su cuerpo ni frazada, ni capote que le defendiese de la lluvia, ni llevaba armas para hacerse respetar en caso de que algun malhechor le saliese al paso.

Su marcha, que al principio habia sido lenta, fué mas veloz cuando la lluvia empezó á caer con fuerza, y dirigió la vista á su derredor, para ver si descubria algun sitio donde guarecerse.

Pero sus ojos nada vieron.

En todo el inmenso campo que le rodeaba no habia ni una casa, ni una choza, ni un árbol corpulento, debajo de cuya copa pudiera resguardarse del agua.

Entonces apretó el paso en dirección á Culuaean; pero la tempestad crecía por instantes y apenas encontraba punto donde colocar el pié que no presentase el aspecto de un río.

Empapado, lleno de fatiga y aterido de frío por el helado viento que le daba de cara, iba á sentarse desesperado debajo de las anchas hojas de un maguey, que por casualidad crecía á un lado del camino, cuando alcanzó á descubrir, á favor de un relámpago, y á distancia ya de pocas varas, las paredes de una choza de adobes.

Reanimado con aquel hallazgo, continuó su penosa marcha, y pronto llegó al sitio deseado.

La choza tenía dos piezas, y estaba en ruinas y abandonada.

Las delgadas y carcomidas paredes de adobe, se veían llenas de grandes agujeros por donde entraba el viento frío, unido con el agua que arrastraba consigo.

Los techos de esta arruinada choza estaban completamente destruidos; pero sobre unas secas y gruesas ramas de árboles que

cruzaban de una pared á otra, descansando en los agujeros, se extendían algunos viejos petates debajo de ligeros adobes que servían de techo, y que sin duda habían sido puestos para defenderse del agua y del sol, por algunos indios de los que suelen frecuentar aquel camino.

Pero miserable y destruida como estaba la choza, á nuestro viajero le pareció en aquel momento un suntuoso palacio.

Allí, al menos, podía descansar sentado sobre una piedra que estaba arrimada á un ángulo de la pieza en que él había entrado, y esperar, sin mojarse, á que cesase la tempestad que crecía por instantes.

Nuestro viajero miró por los agujeros del cuarto en que se hallaba, el interior del contiguo, para ver si algo descubría; pero á la luz de los continuos relámpagos que entraban por las aberturas, solo vió una pieza igual en un todo á la que él ocupaba, y abandonada también.

Triste de verse solo en aquel solitario lugar, y notando que el huracán, en vez de ceder iba en aumento, se quitó la levita, que

la tenia empapada, se cubrió con ella lo mejor que pudo, y volviéndose á sentar sobre la piedra que servia de banco, trató de llamar al sueño en su ayuda para hacer que el tiempo se pasara con mas velocidad.

Pero su empeño fué inútil.

El sitio ni las circunstancias eran á propósito para conseguirlo.

Sin embargo, él, tapada la cabeza con la levita, y cerrando los ojos, hacia todo lo posible para descansar.

De repente un ruido notable, que se unió á un horroroso trueno, le hizo abrir los ojos, se destapó la cabeza, y aplicó el oido.

Entonces percibió claramente el galope de algunos caballos que se acercaban.

Poco despues los caballos cesaron de galopar, y se detenian á la puerta de la choza que él ocupaba, y escuchó claramente las voces de varios hombres que desmontaban de los corceles y que penetraban en la pieza contigua.

—Esto, por lo que veo—dijo uno de los ginetes—está deshabitado.

—Sin duda;—agregó otro;—y hay una

pieza al lado de ésta donde podemos dejar los caballos.

—Sí; voy á llevarlos yo:—dijo un tercero;—y así estaremos con mas comodidad en esta pieza mientras llega el momento de dar el golpe.

El hombre que estaba en el cuarto inmediato, se sobresaltó al sospechar que se hallaba junto á unos bandidos.

—Pero ¿pasarán por aquí?

Preguntó la voz de un cuarto personaje. —Estoy seguro de ello: se lo oí decir á la misma Luz que estaba hablando con Rafael, y cuya conversacion pude escuchar detras de ellos, confundido entre el gentío.

Al oir el nombre de Luz, el individuo que vimos guarecerse al principio en aquel sitio, se levantó de su asiento, se acercó sin hacer el mas ligero ruido á la pared, y asomando con cuidado la cabeza por uno de los agujeros que daban á la pieza contigua, procuró ver á los que hablaban.

Un relámpago que iluminó á poco la estancia, le hizo ver cuatro hombres, pero cuyos rostros le fué imposible descubrir por-

que los llevaban cubiertos con ligeras caretas de tafetan negro.

Un *porongo*, con una abertura en medio, llamada *bocamanga*, para meter la cabeza por ella, y que descansase aquel sobre los hombros, á manera de casulla, cubria el resto del traje que le faé imposible descubrir al que observaba.

Sin embargo, por lo que habia oido y por la circunstancia de ir enmascarados, conoció que aquellos hombres intentaban algo contra la jóven cuyo nombre habian pronunciado; y notando que iban á continuar hablando, aplicó de nuevo el oido para escuchar la conversacion.

—Seria chasco que despues de habernos mojado en grande y de haber corrido tanto, se le antojase á nuestra cara Dulceina quedarse en Culuaean por temor á la tempestad.

—No ha de suceder eso. El coche en que han de pasar por aquí para ir á la hacienda de C... tiene cuatro excelentes mulas, y estoy cierto de que en cuanto calme un poquito el chubasco, los veremos venir, bien

agenos de pensar lo que les tenemos preparado.

—¿Pero ni Luz ni Rafael, ni ninguno de la familia vió á vdes. en Culuaean?

—Ninguno.

—Porque entonces hubiera sido inútil el haber venido á caballo rodeando tanto.

—Se supone; y por lo mismo anduvimos con precaucion: no, no hay cuidado: la presa es segura.

—¡Oh...! ¡con qué impaciencia espero ese instante...!—exclamó Willey, que era el que hacia cabeza entre ellos; pero cuyo nombre habia dado orden de no pronunciar:—¡Luz...! ¡la hermosa Luz, la mujer soberbia y altiva, va á estar, dentro de breves instantes, en mi poder... en mis brazos...!

—Lo que espero le hará poquísima gracia á su novio Rafael. —Dijo el que tenia de las riendas á los caballos. —Pero voy á llevar á estos animales á la pieza inmediata.

El hombre que habia estado escuchando, temiendo que le descubrieran y le hiciesen algo porque habia oido la conversacion, al ver que se encaminaba con los caballos há-

cia la pieza en que estaba el que tenia los corceles de las riendas, subió á uno de los agujeros, y saltó al campo antes de que entrase á la pieza el individuo que conducia á los animales.

Despues de dejarlos y de atravesar en la puerta un palo para que no pudiesen salir, volvió á reunirse con sus tres compañeros.

El hombre que lo habia observado todo desde afuera de la choza, y arrimado á la agujerada pared, volvió á acercarse al sitio en que se hallaban los cuatro, y á escuchar cuanto hablasen.

—¿Están bien los caballos?

Le preguntaron al entrar al que los habia llevado.

—Perfectamente: debajo de techo.

—¿Y las armas las dejó vd. bien cubiertas?

—Están bien aseguradas en las sillas de los caballos, y tapadas á mi satisfaccion.

—Sí; es preciso cuidarlas mucho, porque sin ellas nada podríamos hacer, pues estoy seguro de que Rafel vendrá armado y que opondrá resistencia.

—Como que los enamorados se vuelven fieras cuando se trata de quitarles la novia.

El hombre que escuchaba y que no hacia ya caso de la lluvia, dejó brillar en su semblante la mas intensa alegría.

Su entumecido cuerpo pareció recobrar todo su calor y su energía, y deslizándose sin hacer el mas leve ruido, llegó á la pieza contigua, saltó por un agujero á ella: se acercó á los caballos: se apoderó poco á poco de las pistolas y espadas que se hallaban colocadas en sus sillas: las sacó con el mayor sigilo, unas despues de otras: las colocó detras de la choza y ocultas entre unos yerbajos que rodeaban las ruinas, volvió á poner atravesada la entrada de la puerta con el largo palo que habia quitado para entrar y salir con libertad: se dirigió luego al sitio en que puso las armas; tomó un par de pistolas, y cubriéndolas con la levita para que no se mojasen las llaves, se colocó detras de la pared, y siguió escuchando la conversacion de los desarmados y confiados ginetes.

Un instante despues se oyó á lo léjos la

voz de un cochero que animaba á las mulas con sus gritos, y el ruido de un coche que se acercaba.

—Ya están ahí los que esperábamos.

Dijo uno poniéndose en pié en el instante, lo mismo que sus compañeros.

—Pues á caballo sin demora.

Añadió Willey brillando sus ojos de alegría detras de la careta.

Y todos corrieron á la pieza en que estaban los caballos, y montaron en ellos.

El hombre que se habia apoderado de todas las armas, preparó sus dos pistolas, y esperó detras de la casa á ver el giro que tomaba la escena.

El coche entre tanto se aproximaba lentamente.

El agua caia con igual fuerza.

Los ginetes, quietos en sus caballos, sin pronunciar una sola palabra para no ser oídos, y colocados detras de la choza por cuyos agujeros observaban el carruaje, esperaban el momento á propósito para caer sobre él de improviso cuando se hallase inmediato á las ruinas.

Poco tuvieron que esperar.

El coche, á los cuatro minutos, se encontraba á diez varas de distancia.

—Señores—dijo Willey—pistola en mano y á rodear el carruaje.

Todos fueron á tomar el arma; pero se sorprendieron al ver que nadie tenia ni pistolas ni espada.

—¡Traicion!....—gritó uno de ellos.—
¡Nos han desarmado!

—En efecto.

Exclamaron los demas á un tiempo.

—Tal vez colocó vd. las armas en el suelo.

Dijo Willey al que habia llevado los caballos á la pieza contigua de la que los ginetes habian ocupado.

—Estoy seguro de que no.

—¿Ni habia nadie en la pieza?

—Nadie.

—Es cosa particular.

—Sin embargo, iré á ver si por casualidad se cayeron al suelo.

—No, ya no hay tiempo para eso, porque el coche está aquí;—dijo Willey:—nos so-

bra con los puñales: ¡a ellos, pues, que no hay tiempo que perder!

Y sacando de debajo del *jorongo* (1) las brillantes dagas, se echaron sobre el cochero, obligándole á detener el carruaje.

Luz que marchaba dentro en compañía de sus padres y de Rafael, dejó escapar un grito de terror.

Los enmascarados se dirigieron por ambos lados á las dos portezuelas del carruaje, vibrando sus puñales y ordenando á los que iban dentro á que salieran.

En el mismo instante sonaron dos tiros disparados sobre ellos por el hombre que estaba oculto.

A la detonacion de las armas se sorprendieron sobre manera: se acordaron de que habian sido desarmados durante su conversacion, y creyendo que lo habian sido por alguna fuerza que les habia ido siguiendo los pasos, y que les rodeaba, huyeron precipitadamente, temiendo caer en poder de la justicia. Casi en el mismo momento que los enmascarados huían por entre las som-

(1) Lo que en España se llama manta.

bras del resbaladizo campo que parecia una inmensa laguna, se presentaron en el lugar de la escena el padre Enrique y Pablo que se dirijian á caballo á la hacienda de C....

—¿Qué ha sucedido?

Preguntó el primero al ver detenido el coche, y asustadas á las señoras que dentro de él iban.

—Que hemos sido asaltados por unos malhechores.

Contestó el cochero.

—¿Y ha habido alguna desgracia?

—Ninguna, porque han huido en el instante.

—Pues ¿esos tiros que hemos oido?

—Han salido de las ruinas de esa choza que está ahí cerca.

Rafael que, al escuchar el *alto* de los enmascarados habia echado mano á sus pistolas para defenderse, bajaba del coche, mientras Pablo, sacando la espada, se lanzó á caballo al sitio de las ruinas.

El hombre que habia sido causa de que no se verificase el rapto de Luz por Wil-

ley, queriendo evitar ser descubierto, se deslizó por entre la maleza y los escombros, y poco despues echó á correr á toda prisa.

Pablo, al verle huir, creyéndole uno de los culpables, marchó en su alcance.

Rafael, que también se habia dirigido á las ruinas, disparó sus pistolas sobre el prófugo, que cayó al suelo exhalando un grito.

El padre Enrique, al escuchar la exclamacion que siguió al disparo, corrió al sitio de la escena: bajó prontamente del caballo como lo habia hecho ya Pablo; se inclinó sobre el hombre que estaba caído y cubierto de sangre, que le manaba de una profunda herida recibida en la cabeza; fijó en él sus ojos al mismo tiempo que clavaba los suyos en el padre el herido, y exclamó sorprendido y con profundo dolor.

—¡Ernesto!....

—¡Padre!....

Pronunció casi á la vez, pero con débil y desfallecida voz el hombre por quien no se cometió el proyectado rapto.

El padre Enrique, afligido al verle en aquel estado, y creyendo que el deseo de adquirir dinero para jugar le habia impellido á intentar un robo en union de los malhechores que habian huido, le dijo con cariñoso acento y restañando con su pañuelo la sangre que brotaba de su herida.

—¡Qué ha hecho vd., D. Ernesto...! ¡Ah! vea vd. las consecuencias de la pasion fatal al juego....! ¡Vd., hijo de una familia honrada, rica y virtuosa, iba vd. á echar sobre ella una mancha indeleble, cometiendo un robo!....

El herido, al mirar que le tomaban por un infame, y que equivocaban su accion generosa con la de los bandidos, miró con melancólicos ojos al sacerdote; se dispuso á hablar para sincerarse de aquella creencia que le hacia aparecer como un malvado á la faz del mundo; hizo un esfuerzo intentando conseguirlo; pero la sangre que salia de su herida, le quitó las fuerzas, y sus palabras fueron á espirar en sus blancos y secos labios sin que pudiesen ser oidas.

El desventurado, al ver su impotencia

para deshacer un error que le ofendia, pero que estaba apoyado en palpitantes y fuertes apariencias que le condenaban, sintió oprimido su corazon, y envió al sacerdote una mirada suplicatoria en que trataba de revelarle su inocencia.

Pero era imposible el leer en aquella mirada otra cosa que una súplica de piedad.

El padre Enrique veia en ella el arrepentimiento del hombre descarriado, pero era imposible que leyese la accion hidalga de que era víctima.

Ernesto, notando que no era comprendido, y que no le era dable vindicarse con las personas que tanto respetaba, quedó agoviado con el peso de un profundo dolor; sintió que las fuerzas le abandonaban; que su aliento era frio y trabajoso, y creyendo llegado el último instante de su vida, y que de ella se separaba sin poder destruir el error de las personas que le rodeaban, volvió á mirar al padre Enrique con profunda tristeza, le apretó la mano entre las suyas heladas, y sus ojos se cubrieron de lágrimas, que rodaron por su pálido semblante.

El padre Enrique, alarmado, porque temió que espirase sin confesion, se inclinó sobre él cuanto le fué posible, le cubrió con el manteo de la fuerte lluvia, que aun caía, y le suplicó que le confesase sus culpas.

El herido, que tenia fijos en el sacerdote sus ojos humedecidos por el llanto, le volvió á apretar la mano entre las suyas, frias como el hielo: hizo un nuevo esfuerzo para hablar; pero sus pálidos labios solo dejaron escapar un ¡ay! dasgarrador que fué á confundirse con el trueno que retumbaba por la solitaria y oscura campiña.

El ministro del Señor, alarmado con aquel grito, levantó el embozo del manteo con que cubria al jóven para ver á la luz de los relámpagos lo que le habia sucedido, y vió que sus ojos se hallaban cerrados y yerto su cuerpo.

—¡Pablo! — Dijo sobresaltado el padre Enrique—ayúdame á llevar á este desgraciado hasta el coche.

—¿Ha muerto?

Preguntó acercándose el indio que se habia refirado unos cuantos pasos para no oír

las palabras que el herido dirijiera al sacerdote.

—;Dios tenga piedad de él!

Contestó el padre.

Y el fiel indio, acompañado de Rafael, que tambien se habia acercado, condujeron al desventurado Ernesto al carruaje que poco despues rodaba con direccion á la hacienda de C....

CAPITULO XIX.

La víspera de casarse.

Estamos en una pequeña, pero elegante sala. Ricos sofás de damasco de seda azul con flores blancas, y preciosas sillas de exquisita hechura, forradas de lo mismo, adornan los cuatro lados de ella. Un piano de cola de bruñida madera de rosa, de un teclado igual y terso, ocupa el centro de la pieza: una brillante araña de cristal de doce lucés, cuelga de un cielo raso, pintado con delicado gusto y maestría; graciosas rinconeras, con elegantes floreros, ocupan los cuatro ángulos; costosas cortinas de seda carmesí yelan las puertas vidrieras y los balcones: un magnífico reloj de bronce dorado, con una estatua que representa á Vé-

las palabras que el herido dirijiera al sacerdote.

—;Dios tenga piedad de él!

Contestó el padre.

Y el fiel indio, acompañado de Rafael, que tambien se habia acercado, condujeron al desventurado Ernesto al carruaje que poco despues rodaba con direccion á la hacienda de C....

CAPITULO XIX.

La víspera de casarse.

Estamos en una pequeña, pero elegante sala. Ricos sofás de damasco de seda azul con flores blancas, y preciosas sillas de exquisita hechura, forradas de lo mismo, adornan los cuatro lados de ella. Un piano de cola de bruñida madera de rosa, de un teclado igual y terso, ocupa el centro de la pieza: una brillante araña de cristal de doce lucés, cuelga de un cielo raso, pintado con delicado gusto y maestría; graciosas rinconeras, con elegantes floreros, ocupan los cuatro ángulos; costosas cortinas de seda carmesí yelan las puertas vidrieras y los balcones: un magnífico reloj de bronce dorado, con una estatua que representa á Vé-

nus surcando las espumosas olas del mar sobre una dorada concha, tirada por cándidas palomas, descansa sobre una mesa de mármol blanco, que ocupa el espacio que media entre ambos balcones; excelentes cuadros de un mérito sobresaliente, representando los principales pasajes de la Biblia, cuelgan en preciosos cordones de seda, de la pared, con admirable gusto pintada, y una vistosa alfombra turca encarnada, con flores doradas y negras, cubre el terso pavimento de aquella primorosa estancia.

Un hermoso quinqué, de exquisita forma, colocado al lado del reloj, envia en aquel instante su fulgente luz sobre los ricos objetos que de mencionar acabo, prestándoles mayor hermosura y brillantez.

Sentados en uno de los sofás y en las cómodas butacas que están en sus extremos, se ven en grata y animada conversacion á una bellísima jóven, vestida con sencillez y suma gracia, á una señora y un señor de avanzada edad, á un elegante jóven, y á otro hombre de antipática figura, envuelto en un largo leviton, que lo lleva abrochado.

Estas personas, en cuyos rostros, excepto en uno, se ven pintados el placer y la alegría, son Luz, sus ancianos padres, Rafael, y el doctor Willey.

En la faz de este último, en vez de la satisfaccion que brilla en la de los otros cuatro, están impresos la inquietud, el temor y los zelos.

Sin embargo, maestro consumado en el arte de fingir, disimula bajo un exterior afable, de que se reviste cada vez que en él se fijan los ojos de alguno, sus inicuos pensamientos, y disfraza con un estilo jovial estudiado, la rabia que le devora, hasta el extremo de hacer reir á los que le escuchan.

—¡Buen humor tiene esta noche el doctor!—Dijo el padre de Luz:—¡Cómo echaba yo de menos en mi destierro sus chistes y sus oportunas ocurrencias!

—No me era á mí menos sensible—contestó el doctor con refinada hipocresía—la falta de la amable compañía de vd., y por eso trabajé con un empeño asiduo porque le alzasen á vd. ese destierro que nos tenia inconsolables.

Luz bajó los ojos avergonzada de la osadía de aquel hombre que, lejos de procurar la libertad de su anciano padre, habia, por el contrario, puesto en juego todos los medios para impedirla.

—¡Gracias!

Exclamó el anciano con reconocimiento.

—Sí;—añadió Rafael;—mi digno compañero ha sido el que ha coadyuvado mas eficazmente al logro de nuestros deseos, asociándose á mí para conseguir la dicha de volverle á ver á vd. entre nosotros.

—Felizmente todo se ha conseguido;—repuso el doctor:—y mañana tendré la satisfacción de ver realizado el complemento de todos mis deseos: la union de mi mejor amigo y de la mas virtuosa de las mujeres.

Rafael estrechó la mano de Willey con efusion de gratitud.

La anciana elogió sus nobles sentimientos, y el padre de Luz se manifestó en extremo agradecido.

Solo la hermosa jóven no despegó sus labios.

Solo ella estaba triste, cuando todos reian.

Solo ella temia, cuando todos esperaban; y es que ella solo conocia el fondo del corazon de aquel hombre funesto y vengativo.

—Sí; querido amigo:—contestó Rafael con la satisfacción del que mira próxima su ventura;—mañana seré el mas feliz de los hombres; y al dulce lazo de amistad que nos une, se asociará el que enlaza al real padrino y al agradecido ahijado. ¿No es verdad, querida Luz?

—Sí.

Baluceó la jóven, resistiéndose á pronunciar una cosa contraria á sus convicciones, y no atreviéndose á expresar con franqueza lo que sentia, temerosa de las amenazas del doctor.

—Todo está arreglado de la manera que habíamos dispuesto:—dijo el anciano:—pasaremos el dia en Taebaya: ya he mandado que adornen las glorietas y cenadores de la huerta con arcos de flores y gallardetes: los músicos tocarán durante la comida las piezas mas selectas, y el salon destinado para el baile de la noche está dignamente engalanado.

—¡Magnífico!...—exclamó el doctor, ocultando bajo una grata satisfacción, que fingía en su cómico semblante, el despecho y la rabia que le consumían.—Voy á pasar el día mas venturoso de la vida.

—Me alegraré infinito.

Contestó el padre de la jóven.

—Y tan es cierto que considero la union de mi amigo Rafael como el acontecimiento mas grato para mí, que yo, que nunca me he acercado á la fuente de Hipocrene, voy en esta misma noche á pedir la inspiracion á las musas para escribir un epitalamio, que tendré el gusto de leer á la hora de la comida.

—¡Gracias, compañero.

Exclamó el novio, agradecido á aquella prueba de amistad y de deferencia.

—¡Y nos acompañará al día de campo el padre Enrique?

Preguntó la anciana madre de Luz.

—Es sacerdote muy celoso de sus deberes, y es muy difícil porque mañana tiene una urgente ocupacion.

Contestó su esposo.

—¿Pero tú le has convidado?

—Le escribí suplicándole que nos honrase, y me contestó dándome las gracias, pero poniendo en duda el asistir.

—¡Oh! ¡qué sacerdote tan ejemplar es el padre Enrique! Nunca me olvidaré del paternal esmero con que la noche que asaltaron aquellos cuatro enmascarados nuestro carruaje en Culnacán, cuidó del desgraciado Ernesto, á quien juzgamos un malvado, y que fué quien desbarató el inicuo plan de los infames que habian dispuesto arrebatarte de nuestro lado.

Willey se estremeció al escuchar aquellas palabras. Como todo hombre á quien su conciencia le acusa, temió que sospechasen de él; y diestro en el arte del disimulo, hizo que á su semblante asomase el gesto de la indignacion, y exclamó con exaltacion.

—¡Oh...! ¡cuánto siento no haberme encontrado allí! entonces los malvados no se hubieran salvado: les hubiera perseguido hasta alcanzarles, y á la culpa, hubiera seguido el terrible castigo que merecian.

—El susto que yo recibí al verlos asomar

por la portezuela—dijo la anciana—fué indecible.

—El robo debiera castigarse con la pena de muerte.—Interrumpió el doctor.—Sin duda serian algunos que tenian noticia de que iban vdes. á pasar la noche en la hacienda de C... y que trataron de robarles en el camino, creyendo que llevaban vdes. dinero.

—Sin duda.

—Pero ¿no se ha llegado á sospechar quiénes eran?

Preguntó Willey.

—No, porque ni hemos tratado de averiguar. Ernesto, que es el único que podia decirnos algo, pasó casi toda aquella noche sin habla; y como al dia siguiente nos venimos á México, y él fué llevado á casa del padre Enrique, nada hemos llegado á saber.

Willey respiró.

—¡Pobre jóven!

Dijo la anciana.

—¿Ni se sabe qué motivo le condujo á aquel sitio?

Preguntó el doctor.

—Sí;—contestó el padre de la jóven.—Por la mañana, poco antes de ponernos en camino, le hizo el sacerdote Enrique algunas preguntas, con respecto á si sabia el nombre de alguno de los que habian asaltado el coche.

—¿Y qué contestó?

Dijo Willey con ansiedad y palideciendo.

—Que no supo cómo se llamaban las personas, porque nunca se nombraron.

El doctor recobró la tranquilidad, y para disimular su pasada turbacion, preguntó:

—Pero él ¿cómo se hallaba en aquel sitio, y á aquella hora?

—Porque, segun le dijo al padre Enrique, habia salido muy temprano á pasearse con objeto de desechar de su mente pensamientos terribles y funestos; que caminando á la ventura habia llegado á la hacienda C.... donde permaneció hasta entrada la noche; que entonces se puso en camino para Culhuacan, y que cogiéndole la tempestad, se refugió en la choza á donde poco despues llegaron los malvados.

—No hay duda que la Providencia condujo á aquel sitio á Ernesto.

—Cada vez que me acuerdo que disparé sobre él mi pistola y que pude matarle, me estremezco.

Dijo Rafael.

—Como que todos creimos que la bala le habia atravesado la cabeza, al verle cubierto de sangre y que habia caído al suelo en el instante de la detonacion del arma.

—Pero, por fortuna;—dijo el doctor mas sereno—no fué mas que una caida fuerte, acontecida, segun vdes. me han contado, por lo resbaladizo del piso que estaba mojado, en la cual se abrió la cabeza con una piedra puntiaguda al dar en tierra.

—Ciertamente.

—¿Y qué ha sido de él?

Preguntó Rafael.

—Que mientras estuvo malo, vivió tranquilo con el padre Enrique, que como he dicho antes, lo llevó á su casa; pero que al verse bueno, se marchó de ella para poder estar con mas libertad y continuar frecuen-

tando las casas de juego, en que sigue pasando su vida.

—¿Y para qué hemos tocado, en vísperas de un día de placer y de alegría—exclamó Willey con un aplomo inaudito—un asunto de tristes recuerdos? ¿No es mejor que hablemos de las dichas que esperan á los novios, y del regocijo que tendremos mañana?

—Es verdad.

Contestó Rafael.

Y la conversacion tomó entonces otro giro y mayor animacion.

Cada cual hablaba de lo que se proponia hacer á la hora del general regocijo.

Solo Luz no despegaba sus labios sino para responder á una que otra pregunta que se le dirijia.

Mientras todos se entregaban al placer, ella habia estado observando á Willey, y habia sorprendido en su rostro señales de una inquietud muy marcada, que le tenian en extremo alarmada.

El reloj que estaba sobre la mesa de mármol sonó las once.

El doctor hizo un movimiento involuntario, y dirigió la vista hácia la puerta, fijando en ella los ojos con avidez.

—;No parecen!....—dijo para sí:—¿habrá ocurrido algo?....

Y bien fuese para disimular su impaciencia, ó bien porque tratase de entretener á los concurrentes; empezó á hablar de asuntos en que todos tuviesen que tomar parte.

Sin embargo, las furtivas miradas hácia la puerta, se repetían á cada instante que pasaba.

Véamos, entretanto, lo que pasaba en otra parte.

Eran poco mas de las once de la noche, cuando tres hombres, que á juzgar por su traje eran un venerable sacerdote, un notario con algunos papeles debajo del brazo, y un elegante caballero que les acompañaba, desmontaban de un coche simon en la esquina de la calle de la Monterilla y San Bernardo.

El que marchaba elegantemente vestido, sacó una moneda, se la dió al cochero, y le dijo que podia irse.

El auriga obedeció, y dirigió sus flacas mulas, muy débiles para el enorme simon que arrastraban, á una de las carrocerías de la calle de los Rebeldes.

—Ya estamos cerca.

Dijo el que iba con traje sacerdotal, caminando en medio del notario y del otro.

—¿A qué hora le dijeron á vd. que viniésemos?

Preguntó el notario.

—A las once.

—Acaban de dar precisamente.

—Sí; son doce minutos mas:—Añadió el elegante sacando su reloj, y mirándolo á la luz de un farol:—Pero en lo que creo que no hemos andado acertados es en haber despedido el carruaje.

—¿Por qué

—Porque tal vez necesitaremos de él.

—¿No les he dicho á vdes. que en la casa hay coche?

—Es verdad.

Dijo el notario.

—¿Y para cuándo está dispuesto el casamiento?

Preguntó el elegante.

—Para mañana mismo.

Respondió el sacerdote.

—Pues á mí me habian asegurado que Luz habia resuelto no casarse hasta que no estuviese de vuelta del destierro su anciano padre.

—Y no ha faltado á su palabra.

—¿Luego está ya en México?

—Hace algunos dias.

—¿Y los encontraremos á todos en casa?

—A no dudar.

—¿Y tambien á D. Rafael?

—Ese nunca se retira antes de las doce.

—Me alegro, para no perder tiempo.

Y los tres, en el mismo órden que hemos dicho, torcieron hácia la calle de S. Agustin.

Allí se detuvieron en la esquina mirando hácia todas partes.

—¿Viene alguno?

Preguntó el elegante.

—Nadie.

Contestó el notario.

—¿Y el sereno?

—Está lejos, y durmiendo.

—Pues avancemos.

—Sí, porque el tiempo se pasa y es urgente.

—Y á mí me estorban estos hábitos.

—Y á mí estos papeles.

—Y á mí este frac, á que no estoy acostumbrado.

—Sin embargo, la escena que nos ocupa—dijo el primero—es algo mas divertida que acuñar moneda falsa.

—Y que conducirla de noche por vericuetos y caminos ocultos, para que los conductores mexicanos que la traen á la capital no sospechen de nosotros.

—Amigos míos—dijo el supuesto sacerdote—no hay atajo sin trabajo. Si cierto es que hemos trabajado, tambien lo es que en poco tiempo hemos hecho un capital que jamas lo hubiéramos adquirido en Europa con el organillo y las habilidades de una mona.

—Capital que anhelo ya disfrutar descansadamente en mi patria.

—Todos tenemos el mismo deseo, y creo que pronto lo veremos cumplido.

—Si no lo perdemos por mezclarnos en asuntos de ningun provecho, como el que hemos emprendido esta noche por complacer al doctor.

—Lo que vamos á hacer no nos compromete, nos sirve de entretenimiento, y complacemos á Willey, que siempre se ha mostrado deferente y servicial con nosotros.

—Es cierto.

—Pero para que las cosas salgan sin tropiezo, es preciso hacerlas como el doctor ha dispuesto.

—¿Y estará ya arriba?

—Sí; me dijo que estaria desde muy temprano.

—¿Y le amarraremos á él tambien?

—Así lo ha ordenado para que no sospechen nada los de la casa.

—Corriente.

—El señor Willey entiende estos negocios como nadie.

—Ya lo veo.

—Es un diestro general en materia de conquistas amorosas.

—Y que no desiste del plan que se ha

propuesto: Le salió fallido este en Culhuacan, la noche del Viérnes Santo, y hoy lo va á ver realizado en México.

—Sin duda. Pero silencio, que ya me parece que hemos llegado.

—Sí, este es el número.

—¿Nadie nos espía?

—Nadie.

—Pues prepararse, que voy á llamar.

Todos echaron mano al bolsillo, mientras el que iba vestido de clérigo, llamó á la puerta.

Los pasos del portero que se acercaba, se oyeron á poco.

El disfrazado de sacerdote, sacó un arma, que la ocultó debajo del manteo.

El cerrojo de la puerta se oyó quitar por dentro.

Los que esperaban se hicieron una seña de inteligencia.

Casi al mismo tiempo se vió entreabrir la puerta y asomar por ella la cabeza de un hombre, preguntando:

—¿Quién es?

—Nosotros:—contestó el fingido sacerdo-

te;—que venimos para un asunto concerniente á la boda que se ha de celebrar mañana, y que nos están esperando arriba. ¿No están ahí D. Rafael, el señor Willey, la señorita Luz y sus padres?

—Sí, señor.

—Bueno, pues abra vd. antes de que sea mas tarde.

El portero, al ver á uno vestido con el traje de un ministro del Señor, no llegó á recelar la mas mínima cosa.

Sabia que al siguiente día se celebraba la union de la señorita con D. Rafael, y creyó que aquel sacerdote, el notario y el que les acompañaba, eran personas á quienes esperaban con impaciencia.

—Voy á abrir al instante.

Contestó el portero.

—Pañal en mano, compañeros.

Dijo en voz baja el fingido clérigo.

La cadena que sujetaba por dentro la puerta se oyó quitar.

A poco se abrió ésta; y cuando el portero se disponia á decir, "pasen vdes.," se vió amenazado por tres puñales, tapada la

boca con un pañuelo y atadas las manos hácia atras.

El que hacia de notario cerró la puerta; y los tres juntos, sin hacer ruido, y cubriéndose el rostro con antifaces, se dirijieron al cuarto del cochero, á quien tambien amarraron, dejando á él y al portero encerrados juntos.

En seguida subieron la escalera, cruzaron el corredor sobre las puntas de los piés, se acercaron á la cocina, donde estaban las criadas, las sorprendieron, las amenazaron si gritaban, las amarraron y las dejaron tambien encerradas con llave.

Seguros ya del éxito, se encaminaron con el mayor sigilo hácia la sala.

Las voces de los que hablaban en ella se oian claramente.

El doctor se reia estrepitosamente.

Rafael celebraba los agudos dichos de su falso amigo.

Los dos ancianos participaban del regocijo de su futuro hijo político.

Y hasta la misma Luz parecia haber per-

dido el miedo que al principio de la noche se habia apoderado de su alma.

Sin embargo, Willey estaba impaciente.

Un desasosiego interior le atormentaba.

Esperaba, al parecer, algo que no aparecia.

De repente volvió los ojos hácia la cortina que velaba la puerta de la entrada, y vió asomarse detras de ella la cabeza de un hombre enmascarado, que volvió á ocultarse.

La faz del doctor se sonrió de placer, y su pecho latió de esperanza.

Solo él habia visto la aparicion de aquella cabeza, y solo él, por lo mismo, sabia lo que debia esperar.

—¿Y á qué hora es la ceremonia?

Preguntó con notable alegría.

—A las siete;—contestó Rafael:—así podremos ir temprano á Tacubaya para gozar en el campo el fresco ambiente de la mañana. ¿No te parece bien, hermosa Luz?

Las cabezas de tres hombres enmascarados se dejaron ver detras de la cortina.

—Como vdes. lo dispongan.

Contestó la hermosa Luz.

Rafael iba á hacer algunas observaciones, cuando se vió de repente sujetado, así como el doctor y el anciano, por los hombres que habian penetrado en la casa, y que armados de puñales, les amenazaban con la muerte.

—¡El que dé un solo grito es muerto....!

Y antes de que nadie pudiera volver de su sorpresa para defenderse, se vieron amarrados y sin poder moverse.

Luz, al ver brillar sobre el pecho de su amante y el de su anciano padre el horrible puñal, cayó sin sentido al suelo exhalando un ¡ay! desgarrador.

Rafael quiso correr en su auxilio, pero no pudo.

El doctor fingió hacer esfuerzos extraordinarios para soltarse.

Dos de los malvados se apoderaron de la jóven, mientras el otro amarraba también á la anciana para mas seguridad.

Hecho esto, se acercó en seguida á sus dos compañeros que se habian dirijido á la jóven, que estaba sin sentido.

Rafael hacia esfuerzos inauditos para desatarse y defenderla, pero era imposible.

Willey les dirigía palabras insultantes y amenazas terribles que cualquiera las hubiera creído sinceras.

Los emascarados, sin cuidarse de ellas, trataron de llevarse á Luz que seguía desmayada.

Rafael rugió como un león aprisionado: á poco vió que la levantaban del suelo y que la llevaban.

Esto era horrible para él: estaba tendido en el suelo, tapada la boca y amarradas las manos, y no podía ni moverse ni gritar.

De repente vió desaparecer detras de la cortina al objeto que mas amaba en el mundo, conducido por aquellos tres malvados.

Despues oyó el ruido de la llave conque cerraban la puerta de la sala en que dejaban.

A poco escuchó la rotacion de un coche que salia de la casa.

El desgraciado amante, persuadido que dentro de aquel carruaje se llevaban su felicidad y su ventura, lanzó un grito de do-

lor que quedó ahogado en el doblado pañuelo con que le habian tapado fuertemente la boca.

Luego aplicó con ansiedad el oido, con servando cierta dulce esperanza de ver volver en el coche á la mujer que amaba, salvada por la justicia.

Pero solo pudo conocer que el carruaje se alejaba á toda prisa.

Podó despues el ruido se fué perdiendo á lo lejos entre las solitarias calles, hasta desaparecer del todo.

Rafael sintió oprimido el pecho como si hubieran colocado sobre él la losa del sepulcro; sus ojos se le llenaron de lágrimas, y quedó sumergido en el mas profundo dolor.

Todo habia acabado para él en el mundo con la pérdida de la mujer que amaba!

Los padres de la jóven sollozaban sin consuelo.

Y el doctor, á quien los raptores se habian olvidado de tapar la boca con un pañuelo, daba voces pidiendo auxilio y clamando ven, a:



CAPITULO XX.

Presentimientos.

Sentado sobre un sillón de brazos, puesta la mano en la frente, triste, y en ademán pensativo, se ve un jóven, en cuyo pálido rostro están impresas las huellas de profundos padecimientos físicos y morales. Su rostro pálido y descarnado, está bañado de una sombra melancólica que revela el delicado temple de un corazón sensible, en donde no han penetrado aún los sentimientos especulativos que hieren de muerte el dulce amor, la tierna compasión, la ardiente caridad, y todos los nobles afectos que enaltecen á la criatura humana: sus ojos grandes

E

y negros, que aparecen mayores sobre la flaca y macilenta faz, están velados por las vaporosas lágrimas próximas á desprenderse, y que se extienden como una trasparente tela sobre sus húmedas pupilas: sus labios, blancos como el papel, se entreabren de vez en cuando y trabajosamente para exhalar un suspiro que brota del corazón, y su pecho respira con violencia, oprimido por los secretos sufrimientos que le desgarran.

Junto al sillón en que descansa este hombre, que tanto indica padecer, se descubre una cama de dorado bronce, velada por un rico pabellón que permite ver las blancas y finas sábanas de Holanda de un blando lecho aún sin componer, que manifiesta los pocos momentos que lo abandonó el sér que debió pasar la noche en él.

En medio de la pared de la izquierda, y á distancia de dos varas de la puerta que da entrada á esta alcoba, se ostenta una percha de barnizada caoba, con elegantes pantalones, chalecos y levitas, cubiertos en aquel momento por una cortina de damasco

azul; enfrente, en la pared contraria, se admira un lujoso lavamanos de exquisita hechura, con finísima aljofaina de porcelana de China, y una hermosa y dorada jarra de lo mismo, y á corta distancia un elegante tocador con grande espejo, y provisto de jabones aromáticos, de finas pomadas y de exquisitas esencias.

Eran como las diez de la mañana, y sin embargo, cualquiera hubiera dicho que acababa de despuntar el crepúsculo matutino: tan avara era la luz que penetraba al través de las flotantes cortinas que velaban la puerta vidriera de aquella alcoba, envuelta en medias sombras.

Nada se movía en ella.

El silencio que reinaba era profundo.

Parecía que el alma de aquel hombre había comunicado á los objetos la sombría tristeza de que estaba poseida, y á juzgar por la quietud que por todas partes reinaba, y por la inmovilidad del melancólico ser que sentado en su sillón y envuelto en una lujosa bata continuaba en la misma actitud meditabunda, cualquiera se hubiera

creído conducido á un abovedado mausoleo ó á una misteriosa pagoda que guardaba el embalsamado cadáver de un alto personaje que esperaba en aquella actitud la tremenda hora del juicio universal.

De repente se oyó el ligero ruido producido por los pasos de alguna persona que se acercaba con precaución para no molestar sin duda al que dentro estaba.

Poco después cesó aquel, y se dibujó detrás de la cortina que velaba la puerta vidriera, la sombra de una mujer que parecía escuchar si alguien se movía.

Pasados algunos instantes de esperar inútilmente, se aventuró á preguntar con voz no muy fuerte.

—¿Se ha levantado vd. ya, señor amo?

El joven á quien se dirigía la pregunta no hizo ni el más leve movimiento, y contestó con débil acento y sin levantar la cabeza que apoyaba sobre la palma de la mano.

—Sí, Cecilia.

—¿Le traigo á vd. el desayuno?

—Entra.

La puerta se abrió dando entrada á una

criada de edad regular que conducia un plato con un pozuelo de *atole* (2) y algunas tostadas muy delgadas de pan: era de aspecto franco y bondadoso, y en su traje revelaba á la leal *ranchera* (2) mexicana.

—¿Cómo se siente vd., señor D. Rafael?
Dijo poniendo lo que llevaba, sobre una silla que la acercó al enfermo.

—Casi igual, Cecilia.

Respondió tristemente Rafael quitando la mano de la frente y exhalando un suspiro.

—No lo permita Dios, señor amo: ahora siquiera se encuentra vd. en la convalecencia, cuando hace quince dias se encontraba atacado de una fiebre espantosa.

—Es verdad: la fiebre de la cabeza ha desaparecido, pero ha quedado la del corazón.... han calmado los padecimientos físicos, pero han crecido los del alma....

Y las facciones del convaleciente se mudaron de una manera marcada, como si

(1) Líquido de maíz que sirve de alimento á los enfermos.

(2) Mujer del campo.

los recuerdos renovasen las mal cerradas heridas de su pecho.

—Pero no se entregue vd. al dolor: es menester que busque vd. distracciones, señor amo: que cuando se encuentre vd. restablecido, salga á la calle. y haga visitas.

—Sí.

—Que no se deje vd. dominar por la pena.

—Tú no sabes, buena Cecilia, lo que son los padecimientos del alma, y por lo mismo crees que es fácil arrojarlos de nosotros como se arroja un traje cuando nos molesta. En el campo amais sin contradicción, os unís á la persona que elegís y nada se opone á vuestra felicidad; pero en las grandes ciudades, aquí á donde vienen á reunirse los hombres de todas partes. los buenos y los malos, los aspirantes y los verdaderos patriotas, los virtuosos y los hipócritas; aquí donde se confunden todos como se confunden en el mar los rios de limpias aguas y los de linfas corrompidas, los apacibles arroyos y los destructores torrentes, aquí el padre, el esposo, el hermano y el amante,

viven en continua zozobra y sobresalto, vigilando el precioso tesoro que realiza el bello ideal de su existencia, temiendo que se lo arrebaten á cada instante como me lo han arrebatado á mí.... á mí que he apurado hasta las heces la copa del dolor en el instante mismo en que acercaba á mis labios la ambrosia de los dioses!....

Y Rafael quedó abatido con la memoria de sus futuras esperanzas y sus presentes realidades.

—Ya lo veo;—dijo Cecilia conmovida por la tristeza que velaba el semblante de su amo:—¿Quién me habia de decir á mí que los muebles que trajo su merced, y que colocamos en la sala para cuando viniese á vivir á esta casa mi nueva ama Luz, se verian empolvados tantos dias, y que esa preciosa criatura que estaba destinada á su merced, se la llevarian á su pesar! ¡Pobre señorita! Yo no la ví mas que la vez que me envió vd. á su casa con las donas, pero su fisonomía quedó tan grabada en mi mente, que nunca se me barrará.

Rafael suspiró.

—Pero es preciso no perder la esperanza, señor amo:—continuó la criada notando el abatimiento del desgraciado jóven:—todos los amigos de vd. se han propuesto hacer cuanto esté de su parte para encontrarla, y como la policia logre dar con el malvado, todo tendrá remedio: ¿no le parece á su merced?

—Sí, sí:—contestó Rafael tratando de cortar aquel diálogo.—Pero ahora déjame solo; y si viene alguno de mis amigos, dile que pase.

—Está muy bien, señor amo.

—Ya sabes, al doctor, á Leopoldo y al señor Nuñez, únicamente.

—Sí señor. ¿Y no quiere vd. que haga la cama antes de irme?

—No; despues la harás.

—Como vd. disponga. ¡Dios quiera que se alivie vd!

Y la criada salió dirijiendo á su amo una mirada de compasion y de ternura.

—¿Qué me alivie....!—exclamó Rafael con profunda amargura al verse solo.—¡No

hay alivio para las dolencias del alma....! no hay alivio para el que le arrebatan en un solo instante el tesoro que ha adorado toda su vida....! ¡No hay alivio para el mal que me consume....! ¡Luz era el aliento de mi existencia, el alma que animaba la mía, el bálsamo consolador de las desgracias....! ¡Sin ella me falta el aliento vital, el alma y la eficaz medicina á mis dolencias....! ¡Ah! ¿por qué en vez de la ardiente fiebre que se apoderó de mí desde la noche fatal que la arrancaron de mi lado, no me envió Dios la muerte para ahorrarme horribles padecimientos....? ¿Por qué en vez del lecho á que me condujeron en completo delirio, no sintió mi cuerpo el frio de la tumba....!

Y el desgraciado jóven, profundamente conmovido, sintió desfallecer sus brazos, y sin fuerzas para sostener el plato, lo colocó sobre sus rodillas, inclinó el rostro sobre el pecho, y sintió desprenderse de sus ojos algunas lágrimas que fueron á caer sobre el medicinal alimento que acercaba á sus labios.

—¡Llanto.... lágrimas....!—continuó despues de un momento:—¡Ah! si alguno me las viese verter, se reiria de mí....! ¡Reirse....! ¡Ah! sí.... Pero no se reirian los hombres de alma sensitiva: no se reirian los hombres que han conservado al traves de la corrupcion y del egoismo que vienen desmoronando á los pueblos, los nobles sentimientos de la caridad y de la compasion...! No se reirian los que saben que las lágrimas del hombre son gotas de sangre que brotan de un corazon herido, no por el miedo, la pusilanimidad ó la cobardía, sino por el exceso del cariño y del amor, que engendran rasgos de heroismo y de generosidad.... ¿Qué puede esperar la sociedad del hombre que permanece impasible y con los ojos juntos ante las mas tiernas escenas de la vida....? ¡Ah! solamente los réprobos no lloran, porque en su corazon se ha secado la fuente celestial de la sensibilidad, apoderándose de él la envidia, el odio, la crueldad y la venganza....! No; yo no me avergüenzo de estas lágrimas que me arranca la memoria de la mujer que amo, porque ellas me

anuncian que Dios no ha retirado su bondad y su misericordia de mi alma....! ¡Corred, corred, lágrimas arrancadas por la dulce memoria del ángel puro de mi soñada felicidad....! ¡Corred, corred, amigas consoladoras de mi infortunio....!

Y Rafael sintió agolparse á sus ojos en mayor abundancia las lágrimas evocadas por los tiernos recuerdos de su íntima pasión: su pecho se ensanchó con aquel llanto en que salía deshecha la pena que le oprimía, y su corazón exhaló en suspiros el peso que le quitaba la respiración.

El sonido de una campanilla vino á interrumpirle en sus meditaciones: oyó que alguien se acercaba; se enjugó el llanto, y á poco vió que se abría la puerta de la alcoba, presentándose el doctor Willey.

En la fisonomía de Rafael brilló el placer que se experimenta en la desgracia á la vista de una persona á quien juzgamos interesada en aliviar nuestros males y que toma parte en nuestros infortunios.

—Tenga vd. la bondad de tomar una silla:—dijo el convaleciente jóven sonriendo

dulcemente:—¡Ha adquirido vd. algunas noticias, mi querido amigo?

El doctor acercó la silla á su confiada víctima; se sentó á su lado; le estrechó la mano con hipócrita interés, y le contestó.

—Positivas, ningunas, mi querido Rafael; pero sí con visos de probabilidad que puedan conducirnos al objeto deseado.

Los ojos del convaleciente brillaron de alegría, y en su pálido semblante la luz de la gratitud y de la esperanza.

—¡Ah...! cuénteme vd., compañero; cuénteme vd. las noticias que ha adquirido con respecto á la mujer que adoro, y cuya pérdida me costará la vida.

Y fué tan fuerte la conmoción que sintió el desventurado jóven con solo pensar que iba á oír hablar del ángel de sus amores, que tuvo que reclinarse sobre el respaldo del sillón para no caer.

Y es que Rafael amaba con todas las veras del alma: como ama el hombre de nobles sentimientos, de corazón sin doblez y de esmerada educación, que se avergonzaría de expresar lo que no siente, que se juz-

garia envilecido si profiriesen sus labios una palabra engañadora que no se hallase en disposición de cumplir; uno de esos hombres que se respetan á sí mismos, que tienen la falsía por una iniquidad; que consideran el corazón de la mujer como una flor de purísimos perfumes, cuyo cáliz virginal no debemos envenenar con el aliento impuro de falsos juramentos, sino aumentar su lozania con las auras de una pasión íntima, tierna, respetuosa y leal: uno de esos hombres que al decir á una mujer "te amo," es porque aquellas palabras salen del fondo de un alma bondadosa, llena de virtud y de cariño, de respeto y de amor.

Y esos hombres encuentran siempre correspondencia firme, invariable á su amor; porque, la mujer, dotada de una exquisita sensibilidad, nunca es la primera en olvidar; y semejante á la yerba del amor que solo mira al suelo cuando el sol que adora se ausenta á alumbrar otro hemisferio, aparta los ojos del objeto idolatrado, del sol de su constante amor, al verle que ingrato y despiadado se oculta entre las sombras de

la ingratitud, para dejarla llorando y marchar á ofrecer su pasión á otra inocente mujer que ignora su criminal falsía.

Los que no cuentan con ese fondo de moral, con esos hidalgos sentimientos, únicos con que se conquista el tierno corazón de esa dulce mitad del género humano que encierra inagotables tesoros de virtud y de cariño; los que haciendo ostentación de interesantes y seductores se acercan á cada jóven que ven hermosa, á mentir una pasión que nunca han sentido, sin mas objeto que el de vanagloriarse entre sus superficiales amigos del número y nombres de sus inocentes víctimas, esos nunca gozarán los deleites inefables que proporciona una correspondencia indestructible, porque descubierto su engaño, cada jóven, procurando sanar las heridas de su alma, les mirará con el horror con que se mira al verdugo de nuestra felicidad, introducirán la desconfianza en el candoroso corazón de la mujer que un tiempo les creyera, y nunca tendrán derecho para acusarla de mudable y perjurá.

Vais y mentís amor á la primera mujer que os agrada, le haceis promesas y juramentos que nunca pensais cumplir, y cuando veis conmovido aquel corazon, cuando veis que vuestras seductoras palabras han filtrado en aquella alma virginal y pudorosa; cuando la veis supeditada y adormecida al acento falaz y melifluo que formulan vuestros engañosos labios; cuando la veis en fin, que no tiene mas voluntad que la vuestra, otro deseo que el de agradaros, ni mas pensamiento que el vuestro, entonces buscáis un vano pretexto, os apoderais de la mas inocente sonrisa que la urbanidad y la educacion le ordena que dirija á otro, os valeis del pretexto mas fútil y menos justificable para relevaros del compromiso que siniestramente contrajisteis. Si os cree.... ¡desgraciada de ella!.... la pena y el dolor, la tristeza y el sentimiento, rasgarán su corazon, aniquilarán su existencia!.... y si no os cree.... ¡desgraciada tambien! porque su incredulidad, nacida de los desengaños que han desencantado su corazon, le obligará á no dar crédito á las sinceras y

cariñosas palabras de un jóven recomendable y honrado que, atraido de sus virtudes y de su hermosura, aspire con todas véras á la posesion de su mano.

Y esos hombres vanos, son los primeros en denigrar á la infeliz mujer; porque para justificar su incaleficable volubilidad no encuentran otro medio que el de calumniarlas y atribuirles todos los defectos de que ellos adolecen.

Pero no sucedia esto con Rafael y la encantadora Luz. El primero, dotado de un corazon noble, virtuoso y delicado, tenia formado un alto concepto de la mujer, y miraba como un crimen la falsía y el engaño que otros tienen por entretenimiento y diversion: amaba al objeto que habia interesado su alma, con ese respeto, con esa veneracion religiosa con que amamos á los seres celestiales, y sus labios siempre púdicos y respetuosos, jamas formularon otras palabras que las dictadas por la ternura, la deferencia y el amor.

Por su parte la interesante jóven correspondia á aquella pasion con toda la inten-

sidad, con toda la pureza, con todo el ardor con que ama el alma virginal de la mujer, antes que el envenenado aliento de los falsos amantes mate en flor sus celestiales ilusiones.

Por eso Rafael, que habia concebido alguna esperanza al escuchar las consoladoras palabras del doctor, esperó profundamente conmovido la fausta noticia que tenia relacion con el sér á quien se dirijian como á un centro de atraccion todas sus ideas, todos sus pensamientos, todo su porvenir, su alma y su existencia.

Wiley manifestó conmoverse á la vista de los padecimientos de aquel hombre, en cuyo pálido semblante estaban retratados á la vez el temor y la esperanza, la fô ardiente y la resignacion.

—Sabe vd.—le dijo dando á su fisonomía un tinte de profunda compasion—que tomo un vivo interes en todo lo que á vd. le pertenece, y que nada me arredra cuando se trata de su felicidad.

—¡Gracias, mi generoso amigo, gracias!...

Exclamó Rafael enternecido por aquellas falsas demostraciones de cariño.

—Impulsado, pues, por este sentimiento de amistad, no he descansado un instante, tratando de averiguar algo sobre el extraño acontecimiento de esa funesta noche en que vuestra idolatrada Luz fué arrancada del hogar paterno, y nosotros amarrados inhumanamente por unos enmascarados.

—¿Y qué ha sabido vd?

—Sabe vd. que esos hombres despues de haber cometido el rapto, dejaron el coche abandonado en la plazuela de Buenavista, soltando las mulas para mayor seguridad.

—Nada de eso ignoro.

—Pues bien; empeñado yo en encontrar una luz que me condujera al fin que nos hemos propuesto, no dejé casa, vivienda, ni accesoria ninguna donde no preguntase; hasta que una pobre mujer, á cuyo esposo curo, me dijo: “Señor, en esa noche á que vd. se refiere, yendo yo por una medicina, vi entrar en un cuarto, que hasta ese mismo dia habia estado deshabitado, tres hombres y una señorita muy bien puesta, que

iba triste, muy tapada y en silencio: al amanecer oí el ruido de un carruaje, y como el cuarto en que habian entrado aquellos señores quedaba enfrente de mi casa, la curiosidad me hizo abrir la puerta en el momento en que montaban en un coche, tirado por cuatro mulas, que partió llevando el rumbo de Tacuba.”

—¡Ah! ¡me han quitado hasta la esperanza de mi felicidad....!—exclamó Rafael, abrumado con el peso de aquella desgarradora noticia.—Antes pusieron obstáculos á mi enlace trabajando por prolongar el destierro del padre de mi amada, y cuando aclarada su inocencia y vencidas todas las dificultades tocaba con la mano la realizacion del bello ideal que halagaba mi existencia, el rapto y la violencia vienen á consumir lo que no pudieron la intriga y la calumnia!...

—No hay que dejarse avasallar por la desgracia: yo tengo mas fé y mas energía para combatirla, y espero que al cabo venceremos. Para conseguirlo he empezado por escribir á todos los pueblos cercanos, para que mis amigos me den parte en el

instante en que vean llegar á la jóven, cuyas señas he dado minuciosamente.

—¡Gracias, amigo mio, gracias....!—exclamó Rafael estrechando la mano del doctor;—pero ereo que todo será en vano: el raptor no puede ser, en mi concepto, sino algun personaje á quien el gobierno se ve obligado á dispensar muchas consideraciones, si atendemos á lo que nos costó alzar el destierro del padre de mi desventurada Luz.

—¡Cómo! ¿eree vd. que la dificultad en alcanzar la libertad del anciano, haya reconocido por causa el amor de alguna otra persona hácia la hermosa Luz?

—Sí; lo sospecho: todo el mundo sabia mi resolucion en no celebrar mi enlace con la mujer que amaba mientras no se le alzase su destierro, y la dificultad en conseguir esto, á pesar del empeño de vd., y las palabras de temor que algunas veces se escaparon de los labios de la jóven que idolatraba, vienen á dar fuerza á mis sospechas.

El doctor, á quien le convenia alejar de

si toda sospecha, creyó conveniente apoyar aquella idea.

—No habia cruzado por mi mente ese pensamiento:—dijo Willey como herido por aquella observacion y fingiendo meditar sobre ella.—Y con efecto, examinando detenidamente, nada se presenta mas lógico y natural.

—¿Conviene vd. en mi idea?

—Es preciso; porque solamente así se explica esa dificultad con que, á pesar de mi influjo y mis altas relaciones, tropezamos para alzar el injusto destierro de su padre. Pero ¿no sospecha vd.

—Nada, absolutamente nada: es un pensamiento que me asaltó mucho antes de que sucediera esta desgracia; pensamiento que hoy se asocia á otro mas fatal y terrible, que me roba el sosiego y me enloquece.

—¿Otro pensamiento mas fatal.?

—Sí; mucho mas horroroso y desgarrador que, si por desgracia se llegase á realizar, me costaria la vida!

Y en el rostro de Rafael se pintó el espanto y el terror: una palidez mortal veló

su semblante, y un repentino calosfrio hizo estremecer todos sus miembros.

—Es preciso no abrazar como cierta la primer idea funesta que nos asalta: la mayor conquista del hombre es dominarse á sí mismo.

—¡Ah.! ¡si no me dominara, reventaría de pena el corazon.!

—Vamos, valor, mi querido Rafael: el mal es grave, en efecto, pero no irremediable. Aunque el raptor sea, como es presumible, una persona con quien la justicia no crea prudente ejercer su autoridad, por esas consideraciones que todo gobierno nacido de una revolucion se ve precisado á guardar en tiempo de convulsiones políticas con ciertos pro-hombres de influencia en el ejército y el pueblo, sin embargo, descubierta su nombre, yo me obligo solemnemente á devolverle á vd. la inapreciable joya que le ha quitado.

—Pero esa joya—exclamó Rafael estremeciéndose con el pensamiento que iba á emitir—¿estará limpia y pura, sin mancha y esplendente, como en el instante en que la

ví desaparecer de mis ojos?.... Esa purísima flor de divina esencia que perfumaba mi vida, y cuyas candidas hojas solo habian sentido el respetuoso halago de las auras del pudor y de la inocencia, ¿no habrá caido marchita al álito impuro del hombre que la arrancó del pensil en que abrió su candida corola al contacto del celestial rocío de la virtud y de la religion?....

El doctor pareció abrumado con aquella observacion, cruzó los brazos, incliné la cabeza sobre el pecho, exhaló un suspiro, y quedó como oprimido del dolor que desgarraba el corazon de su engañado amigo.

Rafael interpretó aquella tristeza y aquel silencio de Willey por contestacion afirmativa á los temores que combatian su alma.

No sabia que bajo el exterior hipócrita con que demostraba un pesar que estaba muy léjos de sentir, aplaudia el que se hubiese apoderado aquella idea del corazon de su engañado amigo: no sabia que aquel hombre estudiaba el carácter y los sentimientos de sus víctimas, y que sacaba provecho de sus mismos temores, apresurán-

dose á poner en práctica lo que mas íntimamente les heria.

Por el contrario, juzgando el fondo del inquieto mar por la apacible superficie de sus ondas en calma; la venenosa víbora por los lucientes colores de su pintada piel, y á las pérfidas sirenas por su canto seductor y su extremada belleza, estrechó agradecido la mano de su falaz amigo, y continuó con el acento de la mas honda amargura.

—¡Ah!.... veo que en el generoso corazon de vd., se abriga el mismo temor horrendo que en mi alma: sí; ese silencio, esa tristeza que vela su noble semblante, me revelan que participa vd. de mi desgarradora idea.

—Bien, amigo mio, es verdad que temo; pero el temor no es una prueba:—contestó el doctor con voz melosa y procurando con sus estudiadas palabras de consuelo, dar mayor fuerza al desgarrador pensamiento de Rafael.—Parece, en efecto, que el hombre que de tan inicuos medios se ha valido, y que ha obrado con una constancia y un sigilo que exceden á cuanto la imagina-

cion podia concebir, al verla sola, abandonada y sin defensa, haya llevado á cabo la obra de su iniquidad, sin conmoverse ante las súplicas, las lágrimas y el dolor de aquel ángel de virtud y de pureza, echando mano ya de la fuerza, ya de las amenazas, ó ya tal vez de un narcótico servido en el agua que debia acerear á sus sedientos labios.

—¡Oh!.... eso sería el colmo de la iniquidad y de la infamia!....

Exclamó el desgraciado Rafael apretando los puños y encendiéndosele sus pálidas mejillas con la sangre que se agolpó de repente del corazón noblemente indignado.

Y al pronunciar estas palabras trató de levantarse, impulsado por el deseo de correr en busca de la mujer que idolatraba; pero su fuerza física no correspondia á la fuerza moral de que estaba poseido, y no bien se puso en pié, cuando volvió á caer sentado sobre el sillón, sin poder dar un paso.

—¡Ah!.... ¡no puedo.... no puedo!...— dijo con el acento de la desesperacion y volviendo á ponerse cadavérico: —¡Estoy

condenado á padecer sin poder volar á defenderla!.... y ella en tanto, Dios mio, me llama tal vez en medio de su afliccion y de sus penas para salvarse de los infames que tratan de envilecerla.

Y ocultó su rostro entre las manos respirando con violenta agitacion y sin poder continuar. La indignacion le habia prestado energía para expresar con fuego su pensamiento: pero aquella energía fué instantánea como la luz del relámpago, y quedó abatido y sin fuerzas como el desgraciado náufrago que lucha con las olas, y haciendo el último esfuerzo supremo llega á la playa, donde cae extenuado de fatiga.

Wiley puso la mano sobre el hombro de su víctima con muestras de profundo interés, procuró dar á su rostro el tinte mas subido de melancolía, y con acento blando y plañidero contestó tratando de revelar un sentimiento extremo.

—Estas emociones le afectan á vd. de una manera alarmante, y pueden ser causa de una peligrosa recaída que podria darnos funestos resultados con respecto á su

interesante vida: es preciso, pues, que cedan su lugar á sentimientos mas consoladores y dulces: dé vd. entrada en su corazón á la balsámica esperanza, y confie vd. en que mis leales y numerosos amigos, á quienes, como antes dije á vd., he escrito, me comuniquen el rumbo que llevan los raptos, para que arranquemos de su infernal poder la rica perla, la flor divina en que tenía vd. cifrada su felicidad y la ventura de toda su vida. Sí, amigo mio; confie vd., y recobre vd. la tranquilidad, porque ese ángel volverá á su presencia para llenar el vacío que la perfidia ha dejado en su alma.

—¡Sil. . . . pero si á esa luciente perla le han quitado el esmalte que le embellecía; si á esa flor le han hecho perder las blandas tintas de su virginal pureza; si á este ángel le han despojado de la brillante y nítida aureola que circunda el alma de los seres sin mancha; si vuelve, no con la dulce sonrisa que vaga en los púdicos labios de la inocencia, sino con la tristeza y la palidez del blanco lirio de los valles cuando el austro abrasador ha pasado robándole su

frescura, entonces, en vez de esa felicidad que ha sido el bello ideal de mi existencia, el dulce ensueño que ha acariciado mi mente, como acaricia una madre el lisonjero porvenir del niño que sonríe en la cuna, el llanto y el pesar, el dolor y la vergüenza, amargarán todas las horas de mi triste existencia. . . .!

—Sensible es, en efecto—contestó Willey, tratando con hipócrita compasión de introducir el despego hácia Luz en aquel corazón altamente delicado—recibir empañado con el aliento impuro de un infame corruptor, el limpio espejo que reflejaba amoroso nuestra sola imagen; doloroso el que el público injusto y mordaz señale con el dedo al ser que idolatramos, hincando su enconoso diente en su honra y su reputación, haciendo injuriosas versiones sobre un acontecimiento que la maledicencia pinta siempre por el lado mas ofensivo. Pero si la voluntad de esa modesta joven—añadió con aire filosófico; cuando conoció que sus primeras palabras habían hecho la impresión que deseaba—ha estado en relación inversa

con la pérdida de su límpida pureza; si la fuerza y la perfidia han arrastrado una nueva víctima á que aumente el catálogo de las jóvenes desgraciadas, vd. debe hacerse superior á las preocupaciones del vulgo, y olvidar lo pasado, sin acordarse de las caricias que ha recibido de otro hombre, de los lúbricos abrazos que desgarraron su corazón; del fuego impuro de sus lascivos labios con que habrá quemado los virginales del ángel indefenso, y....

—¡Oh...! ¡antes la quiero muerta....!—
Exclamó Rafael sin dejarle acabar, herido por aquellas palabras que el doctor [había] tenido buen cuidado de marcar, sabiendo el efecto que producirían en el alma sensible y amorosa de su engañado amigo:—
¡Muerta, sí.... porque la muerte al menos le ahorrará á la infeliz la vergüenza de sus recuerdos que la martirizarían toda la vida, y á mí el dolor de verla padecer....!

El doctor se dió interiormente el parabien por aquellos hidalgos sentimientos que tan eficazmente contribuían al logro de su intento: éste se reducía á levantar un valla-

dar insuperable entre los dos amantes, y ninguno mas inaccesible que la mútua delicadeza de que ambos alentaban.

Willey vió, pues, bien preparado el terreno para llevar adelante con feliz éxito su plan, y contestó:

—Tiene vd. razon, compañero: la muerte de la mujer que se ama es preferible á su deshonra.

—Pero tal vez la salvaremos antes: ¿no es verdad, querido amigo...?—exclamó con la mayor ansiedad Rafael, sin poder conformarse con aquella desgarradora idea:—
¡Ah....! si yo estuviese bueno.... si me hallase en disposicion de salir.... yo la buscaría por todas partes, y la encontraría.... la encontraría, sí, antes de que los malvados lograsen echar una negra mancha sobre su virginal pureza!....

—¡Y no cree vd. que hay amigos que bajarán con el mismo empeño é interes que vd. desplegaría?

Preguntó el doctor con mentida tristeza y fingido resentimiento.

—¡Ah! sí; perdóneme vd., compañero....

sé la parte que toma vd. por mi felicidad... conozco su noble corazón, y le aseguro que no ha sido mi ánimo ofenderle.... En vd., en vd. solo deposito mi entera confianza, y espero, por su medio, recobrar ileso el tesoro que me han arrebatado....

—Al menos no descansaré hasta conseguirlo.

—¡Gracias.....!

—Ahora mismo voy á ver si he recibido algunas cartas de las personas á quienes he escrito.

—Sí, por favor, no se detenga vd.

—Y si alguna buena nueva recibo, la pondré en el instante en conocimiento de vd. para que dispongamos lo que se debe hacer, y partiré yo en el acto á salvar á esa jóven.

—Es vd. el mas generoso de los hombres.

—Es un deber de amistad y de conciencia. Pero si por desgracia nada conseguimos.....

—Entonces—exclamó Rafael incorporándose resuelto en el sillón—no descansaré hasta no dar con el raptor infame, y derra-

mar hasta su última gota de sangre... Sí;—añadió exaltándose á medida que habla;—nada le valdrá entonces la protección del gobierno, porque á los justos enemigos de ese gobierno que deja impunes los delitos, me uniré yo, se unirá Cabrera, se unirán todos los amigos, para arrojarle de la altura que ocupa, y colocar otros hombres que diesen garantías á la sociedad.

—Y me uniría yo con toda el alma.

Dijo el doctor tendiéndole la mano para despedirse.

—¿Tambien vd?

—Yo siempre me coloco al lado de la justicia y enfrente de la tiranía.

—Bien:—exclamó Rafael con profunda emoción de gratitud.—Pero tal vez no sea necesario tocar ese extremo: tal vez el hombre que me ha arrebatado de mi lado á la mujer que adoro, tema el resultado de nuestras pesquisas, y la deje volver al seno de su familia, exigiéndole el silencio mas profundo.

—No es imposible.

—¡Oh....! Dios lo quiera.

—Para conseguirlo, trabajaré sin descanso.

—Gracias. ¿Y ha tenido vd. la bondad de seguir visitando á mis enfermos?

—Sí, compañero, y continuaré haciéndolo hasta que vd. se encuentre en disposición de hacerlo por sí mismo.

—Mil gracias.

El doctor y Rafael se estrecharon la mano, y aquel salió diciendo.

—¡Qué confiados son todos los hombres que abrigan una alma generosa y sin doblez....! Me cree su mejor amigo.... me abre las puertas de su corazon.... me confia todos sus secretos y me revela sus proyectos, para que yo saque el provecho mas positivo de todo.... En este momento me juzga interesado en salvar á la mujer que adora.... ¡imbécil....! voy, sí, en su busca; pero es para alcanzar sus caricias y desgarrar tu corazon con la infamia que arroje sobre ella, que tanto me ha despreciado por tu causa....!

Y Willey, como el génio del mal que sa-

borea su venganza, bajó precipitadamente la escalera, cruzó á prisa las calles principales, penetró á poco en los suburbios de la ciudad y se dirigió hácia un estrecho callejon, donde se levantaba en medio de miserables barracas de adobe, una casa pintada de encarnado, rodeada de árboles y de un alegre y espacioso campo.

Rafael, entre tanto, quedó abatido y triste, con el pensamiento fijo en un objeto que era el centro de atraccion en que giraban todas sus ideas; en su adorada Luz; pero aquel pensamiento, dulce y tierno otras veces, estaba mezclado entonces con la amarga hiel del temor de una incomparable desgracia. Su présago corazon le anunciaba que la mujer que amaba no podia ostentar ya en su frente la pureza de los ángeles que rodea de un encanto indefinible la natural belleza de esa dulce mitad del género humano. Pareciale que una melancólica sombra, la sombra que imprime la pérdida de la inocencia, velaba su frente, y que aquellos frescos y encendidos labios, envidia en otros tiempos de los claveles y de las ro-

sas, habian quedado blancos y secos al infero contacto de los impuros y corrompidos del hombre infame que habia cubierto de luto su corazon.

Estas ideas eran demasiado fuertes y desgarradoras para el alma sensible y amorosa de Rafael: queria desterrarlas de su mente, pero era en vano: aquel pensamiento estaba como enclavado en su corazon, é iba mezclado en su misma sangre, invadiendo como ésta, todas las partes de su cuerpo.

Abrumado con el inmenso peso de tanto sufrir, puso los codos sobre las rodillas, apoyó la frente en las palmas de las manos, exhaló un suspiro, y quedó con la vista fija en un punto.

Así estuvo algunos instantes, hasta que el ruido de la puerta que se abrió dando entrada á Cecilia, le sacó de sus meditaciones.

—Señor amo—dijo la criada;—un jóven muy bien puesto y de buena figura, desea entrar á visitar á vd.

—¿No ha dicho su nombre?

—Sí señor; pero, la verdad, se me ha olvidado.

—Dile que entre.

Cecilia se fué, y Rafael se sentó bien en el sillón para recibir á la persona anunciada, de la que nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

una bota de lustroso charol; y un chaleco oscuro de terciopelo de un dibujo de exquisito gusto, contrastaba con la blancura de una camisa de holanda, con especial esmero planchada.

Era imposible reconocer bajo este elegante trage al pobre mendigo que pocos meses antes vagaba por las calles de S. Angel, envuelto en viejos y sucios harapos. Era la brillante perla que despues de haber estado enterrada en el lodo inmundo y corrompido, salia mas tersa y resplandeciente á ocupar el lugar preferente que le correspondia entre las mas escogidas.

Desde el momento en que habia confiado al trabajo el alivio de sus amargos pensamientos, se habia operado en toda su persona un cambio radical y favorable.

Sus miembros habian adquirido mas robustez y agilidad; su talento artístico habia encontrado en los cuadros de los grandes autores un vasto campo de donde su fecunda imaginacion arrancaba al arte sus mas preciosos secretos, para dar á sus obras el bello colorido que empezaba á inmortalizar.

CAPITULO XXI.

Proyectos.

El hombre que se habia hecho anunciar, y que penetró á poco en la alcoba del desgraciado Rafael, era Nuñez, el leal amigo de Leopoldo, á quien vimos figurar al principio de estos acontecimientos, en el trage y condicion mas humildes.

Ahora, por el contrario, vestia un trage elegante, que realzaba sus delicadas, aunque varoniles formas: su ondulado y blondo cabello echado graciosamente detras de la oreja, caia lustroso y brillante sobre el cuello de una levita negra y flamante, perfectamente cortada: un pantalon claro de finísimo casimir hacia resaltar el brillo de

zar su nombre: en su noble corazon se habian desarrollado con el cambio de fortuna, los sentimientos generosos y humanitarios, religiosos y tiernos que se revelaban en su apacible rostro y en la dulce mirada de sus francos y azules ojos, como se retratan en un espejo todos los objetos que se encuentran repartidos en un cuarto.

Sus finos modales y su esmerada educacion, unidos á una figura interesante y simpática, le habian conquistado el aprecio de la fina sociedad que frecuentaba, y destinado un lugar preferente en los círculos ya filarmónicos, ya literarios, formados por la ilustrada juventud de México.

Como desde los pocos dias del rapto de su amada y de haberse entregado á los excesos de la embriaguez, con el objeto de ahogar en ella el pensamiento de sus desgracias, se habia ausentado de la capital vagando á la ventura por los pueblecillos de poca importancia, nadie, si no es él, se acordaba ya de ese triste período de su vida.

Todos habian vuelto á encontrar conver-

tido en excelente artista al distinguido joven que habia recorrido la Europa, y al cual creian de vuelta de algun otro viaje agradable y de importancia.

La riqueza y el lujo son como el sol: al verle aperecer radiante y magestuoso en el horizonte, derramando luz y vida sobre el haz de la tierra, nadie se acuerda de las nubes pasajeras que alguna vez han velado su esplendente disco.

Nuñez se adelantó hácia Rafael, que le tendió afectuosamente la mano.

—Veo con placer que está vd. ya levantado, lo cual me indica una notable mejoría.

Dijo Nuñez con el acento agradable que dan el interes y la amistad.

—Sí; la muerte es mas humana que mis ocultos enemigos, pues mientras aquella detiene su golpe sobre mi cuerpo, éstos lo descargan terrible y mortal sobre el alma.

—Pero ese golpe no quedará impune; y si hasta hoy se han sustraído los malvados á nuestras pesquisas, merced á la indolencia de los hombres que empuñan el timon

del Estado, pronto se sustituirán con otros que, teniendo por norma la justicia, dicen eficaces providencias para descubrir á los culpables.

—Y de qué me servirá que los malvados caigan, si para entonces han inmolado la honra de la mujer que amo?

Núñez se quedó como herido de un rayo: su hidalgo corazón, fijo siempre en los rectos principios, reglaba los afectos de los demás por los que él alentaba, y en consecuencia, no había avanzado su mente hasta ese pensamiento que le hizo estremecer, por lo mismo que lo encontró verosímil. Aquella amarga reflexion le tocaba también á él muy de cerca, y por la vez primera en su vida, temió encontrar á la mujer que amaba.

Hasta entonces solo le había creído desgraciada, pero nunca imaginó que podría encontrarla privada de la limpia honra, tan necesaria en la mujer como á la rosa su perfume y sus colores.

Toda la fe y la resignacion con que hasta ese instante había esperado recobrar el

dulce objeto de sus ensueños de amor, vinieron por tierra, como caen esos castillos de naipes fabricados por los niños al menor soplo del viento.

Rafael notó la mutacion que se había operado en el semblante de su amigo: conoció que con sus palabras había abierto hondas heridas mal cicatrizadas todavía en su pecho; se arrepintió interiormente de su imprudencia, originada por el dolor, y tratando de disculpar su debilidad, le dijo afectuosamente:

—Los desgraciados, en vez de pagar con plácemes los consuelos que vienen á prestarnos los benévolos amigos, no hacemos mas que obligarles á ser partícipes de nuestras penas, sin comprender que con ellas despertamos sentimientos desgarradores que el bálsamo del tiempo tenía adormecidos. Me había olvidado de que vd. sufre como yo: que una misma historia puede referirse á nuestros desgraciados amores, y que ambos lloramos la desaparicion del sér que formaba el encanto de nuestra vida.

—Es verdad; pero hay amargas reflexio-

nes que producen resultados mas favorables que las dulces palabras formuladas por los tiernos afectos de la amistad. Nunca habia cruzado por mi mente la desoladora idea de ver empañado el honor del ángel puro que me hizo vislumbrar en el porvenir todos los goces inefables del paraíso; pero la justa observacion de vd., el laudable temor por el limpio lustre de la virtud de la mujer que ama, son un aviso saludable que me hace pensar sériamente en la posibilidad de mi eterna desgracia. La ciega confianza en la virtud de mi idolatrada Adela; la persuasion de que antes consentiria en su muerte que en perder su virginal pureza, me hicieron acaso descuidar alguno de los medios eficaces de salvarla; medios de que me valdré desde hoy que me ha hecho vd. participar de sus celos.

—Sí; yo no dudo tampoco que entre la muerte y la deshonra, abraza la mujer virtuosa, sin titubear, la primera; pero no se trata aquí de eleccion ninguna: los verdugos no daban á elegir á los mártires el mar-

tirio que mas les agradase; y ya que les era imposible disponer de la voluntad y del alma de sus víctimas, aplicaban, prevalidos del dominio que les daba la fuerza, el tormento que mas terrible juzgaban.

—¡Oh....!—exclamó indignado Nuñez;—es preciso acabar de una vez con las incertidumbres. Ahora conozco que he sido un criminal, cuando en vez de correr sin descansar por todas partes buscándola para salvarla, me entregué desalentado y sin esperanza á la funesta embriaguez para adormecer el pensamiento. Pero yo indagaré, preguntaré á todos, penetraré en todas las casas, y sabré al fin lo que ha sucedido ó lo que tengo que esperar.

—Vd., amigo mio, puede hacerlo;—replicó Rafael con tristeza;—pero yo que estoy aquí sujeto por una enfermedad que me impide disponer de mí; yo... yo no tengo mas esperanza que en mis amigos y en la caida de este gobierno, á cuya sombra se ha consumado mi desgracia.

—Y los amigos le servirán lealmente, y

el gobierno que no pone coto á los desmanes que acosan á la sociedad, caerá indefectiblemente.

—¿Lo cree vd. así?

Preguntó Rafael irradiando en sus ojos la alegría mas intensa.

—Sin duda.

—¿Cómo!

—Porque el disgusto es general en todas las clases que ven el horizonte de su porvenir cada vez mas oscuro, y anhelan un cambio en los hombres que se hallan en el poder.

—¿Y vd. forma parte de los descontentos?

—Sí; pero no pienso asociarme á los que conspiran.

—¿Por qué?

—Porque los hombres en quien han puesto los ojos, temo que sean peores que los que hoy mandan.

—¿Será posible?

—Sin duda.

—Siento entonces haber indicado á un amigo íntimo, hace un instante, mi odio hácia los actuales gobernantes, porque estoy

seguro que habrá ido á inscribir su nombre entre los conspiradores, creyendo prestarme un servicio.

—¿Y quién es esa persona?

—El doctor Willey.

—¿El doctor Willey!

Dijo admirado Nuñez.

—¿Le conoce vd?

—Bastante, aunque hace mucho tiempo que no le veo.

—¿No tiene vd. formado de él la misma opinion que yo?

—Al contrario: es hombre á quien siempre he mirado con recelo.

Rafael se sorprendió.

—Y ese recelo—dijo con afañ—¿ha reconocido alguna causa justa?

—Ninguna absolutamente.

Rafael se tranquilizó: apreciaba con todas veras al doctor; le creia un leal amigo, y hubiera sentido en el alma recibir un festo desengaño.

—Me alegro mucho de que no reconozca la desconfianza de vd. motivo alguno justificable hácia él.

—No, mi desconfianza nace de esa repugnancia natural que, sin saber por qué sentimos hácia ciertas personas que nos antipatizan, por buenas que sean.

—Pero esa antipatía suele desaparecer muchas veces cuando tratamos á los individuos. ¿Ha tratado vd. al doctor?

—Nunca, ni lo deseo.

—¿Por qué?

—Porque me parece que su presencia seria para mí de mal agüero: hay hombres que llevan, á donde van, la desgracia; y me parece que éste seria para mí uno de ellos.

—Esas son preocupaciones.

—Yo las llamo secretos avisos del preságo corazon. ¿No le han sucedido á vd. mil contratiempos desde que es su amigo?

—Que me hubieran pasado también á no tener su amistad. Sin embargo, Willey ha hecho por mi felicidad lo que solo puede hacer un leal amigo.

—No lo dudo.

—El trabajó con empeño porque le alzase el destierro al padre de mi amada, y á no haberse visto sorprendido y amarrado la

noche en que me llevaron cuanto en el mundo amaba, él hubiera salvado á Luz de los infames raptos que me la arrebataron llevándose mi felicidad.

—Como en otro tiempo se llevaron la mia los malvados que nunca he podido descubrir.

Y Nuñez se quedó triste con aquel recuerdo.

El pasaje relativo á Rafael le trajo á la memoria el suyo, de igual naturaleza, que estaba escrito con caracteres indelebles en el libro de su vida.

El, lo mismo que Rafael, se habia visto despojado de la mujer que amaba, la noche víspera de unirse para siempre á ella.

Este pensamiento le oprimió el corazon, y quedó meditabundo.

Rafael que notó aquella repentina mudanza, le preguntó.

—¿En qué piensas, querido amigo?

—En la semejanza de la desaparicion de los objetos de nuestro amor. También el ángel que idolatraba desapareció, lo mismo

que el que vd. amaba, la noche víspera de nuestro enlace.

—¡Es cierto....!—exclamó Rafael conmovido.—Por eso el lazo de amistad que formó la simpatía, lo hace indisoluble la desgracia igual que á los dos nos agobia.

—¡Si; los desgraciados deben ser amigos, porque ellos solos saben compadecerse y consolarse mutuamente!

—Pero ¿vd. de nadie sospecha?

—De nadie: ninguno visitaba, como he dicho á vd. otra vez, la casa del sér que constituía mi ventura y mi porvenir; pero si álguien hubiese llevado relaciones de amistad con la familia de mi amada, y hubiera sentido hácia él la repugnancia que experimento hácia Willey, que visitaba á los padres del ángel que vd. ha perdido, mis sospechas hubieran caído sobre él inmediatamente.

—Pero no habiendo motivo para esas sospechas, hubiera sido injusto ofenderle con una suposición infundada.

—¡Qué quiere vd!.... ese hombre me es antipático, como nadie me ha sido en el

mundo, y yo hubiera recelado hasta de sus mas pronunciadas acciones de amistad.

—¡Cómo!....—exclamó con ansiedad Rafael:—¿ha visto vd. en Willey algo que pueda acusarle?

—No, porque si algun indicio tuviese, se lo hubiera comunicado á vd. inmediatamente; pero mi poca confianza en él, reconoce por origen, como antes dije, ese sentimiento de antipatía y de repulsion hácia las personas en cuya fisonomía creemos ver sentimientos opuestos á los nuestros.

Rafael apoyó la frente en la mano, y se quedó meditando un instante: en su faz se dibujaban alternativamente, como en un espejo, la duda, el temor, la confianza, la indignacion, la benevolencia, todos los afectos del alma. Profundamente afectado por las palabras de su amigo, se detuvo en su mente, por un momento, la idea de la perfidia de Willey, pero al instante la rechazó horrorizado, como un pensamiento criminal, indigno de un hombre agradecido.

—¡Oh....! ¡no.... imposible....!—exclamó:—el que ha trabajado empeñosamen-

te por conseguir la libertad del padre de la mujer que amo; el que se ha visto atado y en peligro de perder la vida por nuestra causa; el que ha recorrido toda la ciudad en busca del ser que idolatro, y ha escrito á los pueblos comareanos para que capturen á los raptos, no puede alentar ideas bastardas de ningun linaje.

—Al decir que no me inspira confianza, no ha sido mi ánimo acusarle de malvado, no: lejos de mí toda suposicion ofensiva; mi objeto no ha sido otro que indicar á vd. que seria conveniente guardar con él en nuestros asuntos una prudente reserva, sin comunicarle los pasos que damos para encontrar á Luz.

—Pero eso seria renunciar á los servicios que pudiera prestarme un leal amigo para encontrar al ser, sin el cual no podria vivir feliz.

—No; no trato yo de que le indique vd. que deje de dar todos los pasos necesarios para encontrar á la desventurada Luz, sino que no le dé vd. noticia de lo que nosotros

practicamos, ni de los que nos proponemos dar.

—Lo comprendo.

—¿Y lo hará vd. así?

—Lo haré por complacer á vd., aunque me será muy sensible ocultar á un amigo nuestros pensamientos y proyectos, porque me parece que es una ofensa hecha á la mas sincera amistad.

—La reserva no es ofensa, sino conveniente prudencia.

—Está bien: obsequiaré el deseo de vd.

—Perfectamente: de la discrecion depende el buen resultado. Vd., Leopoldo y yo, de quienes ha hecho el amor sus víctimas, trabajaremos sin descanso para saber lo que ha sido de la hermosa Luz, y el cielo hará que la encontremos.

—¡Oh...! sí, Leopoldo es un excelente amigo que, como vd., olvida sus desgracias para remediar las mias.

—El consuelo mas dulce del que sufre es procurar calmar los padecimientos de los desgraciados.

—¡Es verdad! Pero ¿no hay una esperan-

za de que triunfe al fin de todos los obstáculos?

—Yo la tengo; pero la nueva acusacion que de raptor sobre él ha hecho pesar el infame Duval; el alivio de éste de aquella herida que creímos mortal, y su exigencia en pedir á D. Emilio el cumplimiento de la palabra empeñada en hacerle dueño de la mano de Clotilde, tienen á mi excelente y virtuoso amigo Leopoldo, sin consuelo y abatido.

—¿Y Clotilde?

—Clotilde sufre como él, y su salud va desapareciendo de ella de una manera visible.

—¡Pobre Leopoldo!

—Sí, tan desgraciado como nosotros.

Dijo Nuñez levantándose y disponiéndose á salir.

—Se va vd. ya, amigo mio?

—Sí; desde este instante voy á recorrer la ciudad y á indagar por todas partes el paradero de mi inolvidable Adela, á la vez que el de su desgraciada Luz.

—¡Ah! gracias, gracias por la parte activa que toma vd. en mis penas.

—Como vd. se ha tomado siempre en las mias.

—¡Oh! sí; la suerte de vd. me interesaba tanto como hoy me interesa la mia, y cuando le veia padecer, como ahora padezco, mi corazon anhelaba el término de sus penas, con todo el empeño de la verdadera amistad.

—Lo sé, amigo mio.

—Pero ¿cuada ha llegado vd. á saber de su Adela?

—Nada.

—Pues ¿cuál fué el resultado de la visita que hizo vd. á Doña Anita, en cuya casa creyó vd. que tal vez encontraria á la mujer que adora?

—Desgraciado, porque la persona que encontré no era la que anhelaba mi corazon, y feliz, porque tuve la proporcion de tender una mano amiga á un sér desgraciado, de fina educacion, de virtud y de talento, que hoy es útil á la sociedad.

—¿Será posible?

—Era una mujer hermosa y de instruc-

cion, reducida á la miseria por causas que no he querido saber, y que hoy se ocupa dignamente en instruir á la niñez, en una humilde, pero decente vivienda, que yo tuve al gusto de proporcionarle al siguiente día.

—De esa manera, no fué infructuosa la visita.

—Todo lo contrario; ha sido fecunda en buenos resultados: ha salvado de la miseria á una persona buena y desgraciada; ha devuelto á la sociedad un miembro útil, y á la niñez una institutora que siembra en sus tiernos corazones las semillas de la virtud, de la urbanidad y del saber, bases sólidas de todo bien social.

—¿Y en dónde tiene su escuela?

—En el mismo barrio de la Palma, junto al edificio de que es casera Doña Anita, pues no media entre la una y el otro mas que una especie de huerta, con algunos árboles.

—¿No es esa la casa á que se mudó Elisa desde que su esposo D. Diego perdió en el juego las mesadas que tenia guardadas y

que le enviaba la hermosa Clotilde para mantener á sus criaturas?

—La misma, y su habitacion está contigua á la de la nueva maestra, á cuyo cargo están sus dos niñas.

—¡Pobre Elisa!

—Muy desgraciada ciertamente. Reducida al último extremo de pobreza, con un tirano dentro de casa, porque no es otra cosa un jugador que le arrebató de las manos para sepultar en el juego cuánto recibe de Clotilde, la infeliz no tiene mas consuelo que sus lágrimas y el amor de sus dos inocentes ángeles que le acarician.

—¡Oh! ¡el hombre que se entrega á ese detestable vicio, pierde hasta los nobles sentimientos de esposo y de padre!

—Y la vergüenza y la salud:—dijo Nuñez exaltado:—El cuadro que presenta esa desgraciada familia es el mas triste y desgarrador que puede trazar la pluma. Una mujer hermosa y llena de virtudes, triste y desolada, sin haber acercado á sus labios el sustento, envuelto su lánguido cuerpo en

una tela grosera y remendada, arrasados en lágrimas los ojos, orando con sus dos tiernas niñas, hambrientas y desnudas, en una húmeda pieza de descascaradas paredes y lúgubre, por el hombre que le despoja de lo que la caridad de un ángel le envía, es la escena menos desgarradora de la vida de esos desventurados seres. Sí, la menos desgarradora; porque ese interesante grupo de tres inocentes mártires, no está ennegrecido por la imponente figura del jugador que, frenético por haber perdido, penetra en la pieza profiriendo insultos y blasfemias, y dando señales muchas veces de habersele extraviado la razón.

—Eso sería el colmo de las desventuras para la infeliz Elisa.

—Pues en el débil estado que le dejó su larga enfermedad, y en los accesos que le asaltan cuando la suerte le es contraria en el juego, temo que se realice esa desgracia. Pero yo estoy dejando transcurrir inútilmente un tiempo precioso que reclama mi presencia en otras partes. Adela y Luz nos llaman acaso afligidas en este momen-

to, y es preciso arrancárlas del poder de sus verdugos.

—¡Ah! ¡cuánto diera por poder acompañar á vd., amigo mio....! Cuando la materia está en acción, el espíritu padece menos; y alentada el alma con la dulce esperanza de hallar al objeto amado, no da lugar á que la imaginación se entregue á funestas y desgarradoras ideas.

—Es que la mía está constantemente ocupada con la memoria de la mujer que amo, desde que mis ojos se fijaron en la joven Soledad, que vino á despertar con su semejanza todos mis recuerdos del pasado.

—Y si el corazón de esa joven está libre, ¿por qué no realizar con ella los sueños de ventura y de felicidad que acarició su mente en otro tiempo?

—¡Ah!.... eso es imposible.

Dijo Nuñez triste y conmovido.

—¿No acogió con benevolencia la demostración de amor de vd. el día en que la llegó vd. á equivocarse con su querida Adela?

—Sí, amigo mio.

—Pues entonces....

—He dicho que es imposible.

—¿No reúne las mismas gracias y figura que la hechicera que hizo latir por primera vez su corazón?

—Sin duda alguna. Sus facciones, su sonrisa, su dulce mirada, su aire de pureza y de candor, todo, todo es un perfecto trasunto de la mujer que amo con todas mis potencias. No se parece mas una gota de agua á otra gota, ni un lirio á otro lirio que Soledad á mi inolvidable Adela. Pero no es ella.... ¡no es ella!.... Y por íntima y profunda que sea mi simpatía hácia esa jóven, cuya imágen conservo, á pesar mio, en mi memoria: por grande que sea el interes que ha despertado en mi alma, nunca podrá ocupar el lugar del primer objeto de mi amor. No sé qué fuerza secreta y sobrenatural me arrastra hácia ese ángel que se apareció á mis ojos como la realizacion de mi esperanza: no sé qué atraccion magnética bebí en sus miradas y se filtró en mi alma, que me lleva hácia esa jóven que atesora los encantos de mi amada; pero es lo cierto que no he vuelto á cruzar por su ca-

lle, que he renunciado al placer de verla, y que he hecho los mayores esfuerzos hasta para desterrarla de mi memoria. ¡Solo siento—añadió profundamente conmovido—que se haya mostrado deferente á mi manifestacion de amor, porque así no hice mas que despertar un sentimiento dulce en su corazón, para verter luego la hiel del desengaño y pasar á sus ojos por un malvado!....

Y Nuñez sintió nublada su vista por las lágrimas.

Parecia que le costaba un extraordinario esfuerzo no acercarse á la mujer que reunia las cualidades y la belleza del sér que amaba.

Su corazón, al hablar de aquella jóven, se conmovia tiernamente como si se tratase del objeto real que idolatraba.

El nombre de Soledad sonaba tan dulcemente á su oído y le hacía estremecer de dicha, como el de la inolvidable Adela.

Nuñez se reprendía á sí mismo este sentimiento, casi idéntico, que experimentaba entre la persona parecida y la verdadera. Su delicadeza se resistia á dar entrada á

otro cariño que pudiese competir con el que consagraba á la mujer que habia adquirido derechos sagrados á su amor, y no se podia explicar la causa de olvidar muchas veces la memoria de Adela con el recuerdo de Soledad.

—¿Era acaso que amaba á ésta?

Núñez se estremecía cuando le asaltaba este pensamiento, y se ponía triste temiendo un cambio en su corazon.

—No, no....!—exclamaba luego como queriendo desechar aquella idea que calificaba de criminal;—yo no amo mas que á Adela: mi corazon y mis pensamientos son de ella.... de ella solamente: Adela es mi dicha, mi felicidad, mi mundo, mi vida: sin ella todo es muerte y agonía.... ¡todo llanto y tristeza....!

Rafael comprendió lo mucho que debia padecer su amigo; pero ignoraba la lucha interior que sostenia para que la memoria de Soledad no disputase el imperio de su alma á la memoria de la desdichada Adela.

Núñez, á quien empezaba á preocupar la idea que le dominaba siempre que se pro-

nunciaban aquellos dos nombres que se disputaban el dominio sobre su alma, hizo un esfuerzo para romper el vasallaje que se sentia arrastrado á pagar á la prima de D. Félix, estrechó la mano de su amigo, y dominado por la memoria de su desdichada Adela, exclamó con una emocion profunda.

—Los que tenemos la dicha de no haber gastado nuestro corazon en los placeres; los que hemos entregado nuestra alma y nuestra vida, nuestro pensamiento y nuestra voluntad á la mujer que ha hecho latir con el fuego del primer amor nuestro amoroso pecho, no podemos pertenecer á ningun otro sér de la tierra. Ni vd. podrá amar jamas á otra mujer que á Luz, ni Leopoldo á otra que á Clotilde, ni yo á otra que á mi tierna Adela....! Somos tres amigos desgraciados, condenados á una misma pena, á un mismo dolor.... á unos mismos sufrimientos....!

—Sufrimientos terribles que, á prolongarse mucho, acabarán con mi vida.

—¡Oh! no; yo tengo fe en que los padecimientos desaparecerán: yo tengo fé en

que á nuestras presentes penas seguirá una cadena no interrumpida de delicias amorosas, un mundo de placeres inefables, de felicidad sin término! Yo tengo fe en que la Providencia, despues de haber probado en el crisol de la desgracia los quilates de nuestros sufrimientos y de nuestra constancia, nos devolverá la perdida ventura, haciendo que encontremos á los séres que tan infamemente nos han sido arrebatados.

—¡Lo cree vd. así?

Exclamó Rafael irradiando en sus lánguidos ojos la alegría, sintiendo encenderse en su corazon, con las palabras de su amigo, la luz de la esperanza.

—Sin duda.—Contestó Nuñez con una seguridad que reanimó el caido espíritu de Rafael.—Pero para conseguirlo, es preciso no descansar un solo instante: buscar por todas partes á esos dos ángeles que gimen en poder de los malvados, y no desmayar ante los obstáculos y los contratiempos.

—Sí, es preciso buscarlas desde este momento:—dijo Rafael levantándose del sillón por el vigor y la fe que las palabras de Nu-

ñez habian prestado á su alma; pero al ver que su cuerpo no correspondia á la fortaleza de que estaba animado el espíritu, y que sus piernas, cediendo á la debilidad que les habia comunicado la enfermedad, se doblaban, obligándole á sentarse de nuevo, cuando trataba de correr en busca de su amada, exclamó con el acento mas profundo de tristeza:—Pero imposible....! ¡Yo no puedo buscarla....! ¡estoy condenado á permanecer quieto en esta silla cuando me parece escuchar la voz de mi amada Luz, que me llama en su auxilio....!

Y el desventurado jóven dejó caer su cabeza sobre el pecho, abrumado con el peso de su profundo dolor.

—Pero yo puedo buscarla, indagar su paradero, saber dónde se halla, y la buscaré, si, la buscaré desde este mismo momento, y la encontraré, como encontraré á la mujer que adoro.

—¡Ah! gracias.... gracias, generoso y buen amigo....!—dijo alentado de nuevo Rafael:—Sí; yo tambien participo de esa fe

de que está vd. animado, y espero en la felicidad.

—No hay, pues, que desmayar: adios, amigo mio: corro desde ahora en busca de los seres que constituyen nuestra dicha, y espero que pronto seremos felices.

—¡Ah....! sí, vaya vd., vaya vd. sin detenerse.

—Somos tres amigos desventurados; pero la desgracia que pesa sobre nosotros pasará al fin, y vd., Leopoldo y yo, lo digo con la fe que me inspira el Hacedor Supremo, alcanzaremos el bien que los hombres se han conjurado para arrebatárnoslo. Adios.

Y Nuñez estrechando la mano de su amigo, salió de la pieza llevando en su corazón la esperanza de su futura felicidad.

Rafael le envió, al salir, una mirada tierna y de gratitud, y se sintió como él, animado con la risueña idea de un delicioso porvenir; pero cuando volvió á quedar solo, cuando no pudo escuchar las palabras de consuelo de su amigo que hasta entonces habian sostenido su esperanza, el desaliento volvió á apoderarse de su alma; sintió que

la esperanza le abandonaba, y semejante á esas flores que se reaniman al sentir el vivificante calor del brillante sol, y se inclinan lánguidas sobre su tallo al ausentarse en occidente, así el amante de Luz se sintió animado al escuchar el acento lleno de fé del valeroso Nuñez, y quedó abatido, con la cabeza caída sobre el pecho cuando le vió alejarse.

Predispuesto su corazón al sentimiento y al dolor, miró como un sueño las risueñas esperanzas que un momento antes le hicieron concebir su leal amigo; creyó como imposible un porvenir feliz; y abrumado con el peso de las ideas mas funestas, ocultó el rostro entre sus manos, exhaló un hondo suspiro, y se entregó á los mas tristes pensamientos.

Agolpáronse á su imaginacion mil ideas desconsoladoras y terribles: trajo á la memoria las palabras de Nuñez con respecto á Willey; se acordó de la triste situacion de su desgraciado amigo Leopoldo; de la amarga vida á que estaba condenada la hermosa Elisa, esposa de D. Diego; de la po-

bre mujer á quien Nuñez habia conocido en casa de Doña Anita, y que estaba constituida en institutora de la niñez; de los tormentos que desgarraban el pecho del valeroso Nuñez; de las ilusiones de ventura sin término que él habia acariciado pocos dias antes, soñando en gozar de las caricias de la amorosa Luz, y que desaparecieron para no volver jamas; de los proyectos de felicidad trazados para el porvenir; y todas estas ideas juntas, agolpadas á su imaginacion, y asociadas á la terrible conviccion de que nunca seria feliz, le oprimieron horriblemente el pecho.

Rafael, no pudiendo resistir al peso de tantas emociones, levantó la cabeza, miró al cielo con afligidos ojos, juntó las manos en ademan de súplica, y abriendo sus pálidos y secos labios, exclamó con el acento mas profundo de dolor.

—¡Dios mio, Dios mio, ten piedad de los que padecen.!

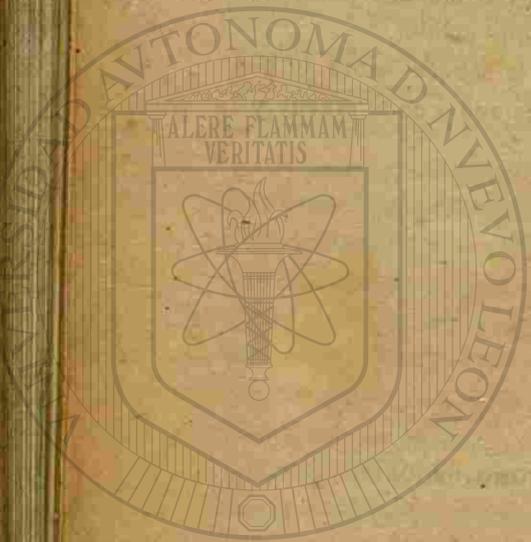
Luego llevó la mano á la frente, que la sentia abrasada como si la fiebre volviese á invadirla.

Sacó un pañuelo para secarse algunas lágrimas que se asomaban á sus ojos.

Exhaló un suspiro arrancado por el recuerdo de la mujer que amaba.

Volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho, y todo volvió á quedar en el mayor silencio.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL SEGUNDO TOMO.

CAP. I.— <i>Un manuscrito</i>	3
CAP. II.— <i>La lectura</i>	20
CAP. III.— <i>El Desafío</i>	48
CAP. IV.— <i>Continuación del cuaderno</i> ..	61
CAP. V.— <i>De la mano á la boca</i>	76
CAP. VI.— <i>La casa de juego</i>	92
CAP. VII.— <i>Un plan</i>	131
CAP. VIII.— <i>Una escena en el agua</i> ...	141
CAP. IX.— <i>La Cita</i>	612
CAP. X.— <i>Un baile leprocrático</i>	190
CAP. XI.— <i>Lo que pasó en el jardín</i> ...	237
CAP. XII.— <i>El Viernes de Dolores</i>	252
CAP. XIII.— <i>La Semana Santa</i>	299
CAP. XIV.— <i>Fiestas de los indios</i>	335
CAP. XV.— <i>El padre Enrique</i>	365
CAP. XVI.— <i>Proyecto infernal</i>	400
CAP. XVII.— <i>Entre las flores el áspid</i> ..	411
CAP. XVIII.— <i>Asalto en despoblado</i> ..	452
CAP. XIX.— <i>La vispera de casarse</i> ...	471
CAP. XXI.— <i>Presentimientos</i>	494
CAP. XXI.— <i>Proyectos</i>	530

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

